

A black and white portrait of Pío Gil, a man with a full beard and mustache, wearing a dark suit jacket over a red vest and a white shirt with a ruffled collar. He is seated in an ornate chair, looking directly at the camera with a serious expression. The background is dark and out of focus.

# Pío Gil

EL CABITO

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

A logo for the 200th anniversary of the Battle of Carabobo. It features the number '200' in a large, bold, sans-serif font. Below it, the words 'BATALLA DE' and 'CARABOBO' are stacked in a smaller, all-caps, sans-serif font.

200  
BATALLA DE  
CARABOBO

**Pío Gil** Seudónimo del abogado y escritor Pedro María Morantes, nacido en La Sabana, Táchira, en 1865. Durante sus primeros años, escribió poesía y publicó artículos en *El Tribuno de Mérida* y *El Eco de Occidente*, entre otros. A partir de 1903, ocupó cargos públicos y empezó a registrar en secreto los vicios y la corrupción del gobierno de Cipriano Castro. Luego de un viaje por Europa, publicó bajo seudónimo escritos contra el jefe de Estado, lo que dio como resultado la destitución de su cargo y el exilio. Sus obras lograrían ser introducidas al país clandestinamente. Murió en París en 1918.

154

**El Cabito**

PÍO GIL

« Cipriano Castro

Detalle de una foto con su gabinete

1902



## COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

### EN HOMENAJE AL PUEBLO VENEZOLANO

El 24 de junio de 1821 el pueblo venezolano, en unión cívico militar y congregado alrededor del liderazgo del **LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR**, enarboló el proyecto republicano de igualdad e “independencia o nada”. Puso fin al dominio colonial español en estas tierras y marcó el inicio de una nueva etapa en la historia de la Patria. Ese día se libró la **BATALLA DE CARABOBO**.

La conmemoración de los 200 años de ese acontecimiento es propicia para inventariar el recorrido intelectual de estos dos siglos de esfuerzos, luchas y realizaciones. Es por ello que la **COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO** reúne obras primordiales del ser y el quehacer venezolanos, forjadas a lo largo de ese tiempo. La lectura de estos libros permite apreciar el valor y la dimensión de la contribución que han hecho artistas, creadores, pensadores y científicos en la faena de construir la república.

La **COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO** ofrece ese acervo reunido en esta colección como tributo al esfuerzo libertario del pueblo venezolano, siempre insurgente. Revisitar nuestro patrimonio cultural, científico y social es una acción celebratoria de la venezolanidad, de nuestra identidad.

Hoy, como hace 200 años en Carabobo, el pueblo venezolano continúa librando batallas contra los nuevos imperios bajo la guía del pensamiento bolivariano. Y celebra con gran orgullo lo que fuimos, somos y, especialmente, lo que seremos en los siglos venideros: un pueblo libre, soberano e independiente.

**Nicolás Maduro Moros**  
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

**Nicolás Maduro Moros**  
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

### COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO

**Delcy Eloína Rodríguez Gómez**

**Vladimir Padrino López**

**Aristóbulo Iztúriz Almeida**

**Jorge Rodríguez Gómez**

**Freddy Nández Contreras**

**Ernesto Villegas Poljak**

**Jorge Márquez Monsalve**

**Rafael Lacava Evangelista**

**Jesús Rafael Suárez Chourio**

**Félix Osorio Guzmán**

**Pedro Enrique Calzadilla**

# El Cabito

PÍO GIL



## Índice

11	INTRODUCCIÓN
13	Capítulo I
37	Capítulo II
47	Capítulo III
77	Capítulo IV
91	Capítulo V
117	Capítulo VI
171	Capítulo VII
195	Capítulo VIII
233	Capítulo IX
263	Capítulo X
289	Capítulo XI

301	Capítulo XII
313	Capítulo XIII
331	Capítulo XIV
343	Capítulo XV
357	Capítulo XVI
375	Capítulo XVII
395	Capítulo XVIII
417	Capítulo XIX
427	Capítulo XX
445	Capítulo XXI
457	Capítulo XXII
473	Capítulo XXIII

---

*Ninguna altura se corona con el mérito, sino con el incondicionalismo aplaudidor; no se sube con el vuelo, sino con el arrastramiento; los caracoles babosos vencen a las águilas aladas.*

*Cayó el Restaurador, pero el telégrafo sigue transmitiendo las felicitaciones ridículas, los periódicos siguen publicando las alabanzas bochornosas, los concejos municipales siguen elaborando los mismos acuerdos sumisos de la Restauración.*

*A pesar del movimiento dignificador de diciembre, los cortesanos arrodillados colocan en el turíbulo la resina embriagadora, buscando marear al general Gómez, como marearon al general Castro.*

*Derribando al déspota, el general Gómez apenas ha realizado la mitad de una gran obra; la otra mitad, la más importante, la hará obligando a todos los prosternados de Venezuela a que se pongan en pie, y arrancándoles el incensario de las manos.*

*Juvenal, Víctor Hugo, Montalvo, Vargas Vila, han rayado con sus plumas el rostro de los déspotas. A veces, la Revuelta, los ejecuta. Sobre los áulicos no ha caído nunca ni el castigo de la pluma ni el del banquillo.*

*Esa deficiencia de la justicia revolucionaria, en lo que se refiere a Venezuela, trata de subsanarla este libro y otros que le seguirán.*

*¡Hay que tener el valor de exhibir la vileza de los aduladores, aunque se produzca la náusea!*

PÍO GIL

*Diciembre, 1909*

## El cabito

I

Le repito que es inútil anunciarla —decía por centésima vez el portero de la Gobernación, ya de mal humor—. Don Tello está actualmente ocupado en asuntos importantes y no recibe a nadie.

—Y yo le repito que si él sabe que yo lo solicito, me manda pasar inmediatamente.

—¡Qué va!...

—¡Bueno! —insistió la mujer—, haga la prueba y preséntele mi tarjeta.

El empleado porteril, fastidiado de aquella insistencia que duraba hacía ya diez minutos, volvió despóticamente la espalda. En Venezuela, el despotismo se ha infiltrado de tal modo en el espíritu nacional que hasta los más insignificantes porteros adoptan cada vez que pueden entonaciones cesáreas: las porterías también han tenido sus Ilustres Americanos... Pero en virtud de una reacción muy natural, las entonaciones cesáreas que usan los funcionarios públicos, desde el último corchete hasta el genio en turno que ocupa la Presidencia de la República, se embotan en la aguantadora resistencia de la ciudadanía,

que no se desanima con las negativas, ni se corre con los ceños, ni se amedrenta con los gritos. Por esto la mujer, alargando siempre su tarjeta para que fuera llevada al Gobernador, trató de colarse en los salones del Despacho, cuando el portero entreabrió la cancela en la medida estrictamente necesaria para pasar él solo y de flanco. Estas puertas casi nunca se abren de par en par: nuestros grandes empleados en sus oficinas, sobre todo si manejan fondos públicos, parecen enfermos que toman todo género de precauciones para que no entre el aire colado de ninguna fiscalización; diríase que el viento libre de la calle los enferma, y viven encerrados con porteros inexorables en las entornadas puertas, que cuando se abren, es para que pase de lado una sola persona, como lo acababa de hacer el cancerbero de la Gobernación, y como empezó a hacerlo también la mujer que consiguió meter medio cuerpo entre las dos hojas entreabiertas.

Esto hizo subir la entonación del portero a la declamación parlamentaria:

—¡Ah caramba con la señora! ¿No le he dicho que no se puede entrar?

Pero la señora, a riesgo de dejar maltrechos el galante tratamiento y el gran sombrero colmado de flores artificiales, ya medio caído de su cabeza, con su medio cuerpo prensado entre las hojas, no respondía, ni retrocedía, sino que continuaba en su propósito de colarse, con una tenacidad silenciosa, sin importársele un ardite de la exasperación del otro, con el cual entabló una villana lucha de violentos forcejeos.

Puso término a esa lucha alguien que venía de adentro, de los salones del Despacho, hacia la puerta de salida; el portero, muy obsequioso, abrió las dos hojas de par en par, para que cupiera todo lo que iba a pasar por allí. Lo que iba a pasar por la puerta era un viejecito muy acicalado, muy altivo, con esa altivez que casi no cabe por las calles, la altivez hinchada que comunica a algunos pobres hombres la importancia de la función oficial. Llevaba los entrecanos bigotes cuidadosamente

retorcidos hacia arriba, no se sabía a punto fijo si belicosos o seductores; en las sienes, sobre las orejas, los cabellos entrecanos también, hacían un copetico o pompón muy vistoso en los cuales bien podrían enredarse todavía algunas miradas femeninas.

La dama, que estaba ya dentro del recinto, se dirigió a él:

—Don Alcides: me interesa tratar un asunto muy importante con don Tello, y el portero no quiere anunciarme.

El viejecito, con un rígido movimiento de maniquí, se volvió con pompón, bigotes y todo, y le dijo al portero con una voz profundamente solemne, de una solemnidad casi trágica:

—¡Déjela entrar!

Y emprendió majestuosamente el descenso de la escalera.

Don Alcides era un señor muy conocido, y más que conocido, temido. Tenía su olimpo en las oficinas de Recaudación, donde aterrorizaba a los contribuyentes durante el día; por las tardes, el júpiter fiscal se hacía júpiter ecuestre, y se constituía en figura decorativa de la vía pública, jineteando en gordísima mula cubierta con gualdrapas bordadas de hilo de oro, con bocado, charnelas y baticola de plata ella, y él con gordas espuelas del mismo metal, cuyas rodajas amenazaban permanentemente el vientre de la bestia, a causa de la posición del pie, que se estiraba mucho hacia abajo, buscando tocar levemente con solo la punta el estribo muy largo, a usanza llanera.

No abandonaba por ningún motivo sus ademanes imponentes: a ello estaba obligado, no solo por el puesto que desempeñaba, sino también por la voz que poseía, sonora, grave, hecha para el mando; una de esas voces de las cuales se enamoran sus propietarios, hasta el punto de sumirse en un perpetuo éxtasis de auto audición. Diríase que son ellos los narcisos de la declamación. Esas voces altisonantes, imponiendo el continente majestuoso, y el continente majestuoso a su vez, refluendo



sobre las voces altisonantes, forman no pocas veces nuestras grandezas militares y políticas, nuestras glorias científicas, nuestros héroes y nuestros genios, trapalones y comediantes, repletos de actitudes y desprovistos de aptitudes.

Se divisaban todavía la cabeza y los pompones de don Alcides, que se iba hundiendo escaleras abajo, rimbombaba todavía por los aires su voz ordenando: «Déjela entrar», cuando ya la dama, después de atravesar, precedida del portero, algunos salones extensos y desiertos, trasponía una puerta entornada, penetraba en una pequeña pieza e iba a sentarse en un rincón que aquel le señaló.

Realmente, en aquellos mismos momentos, don Tello Mendoza, gobernador del Distrito Federal, trabajaba. En uno de esos gabinetes retirados que tienen los palacios de gobierno, donde los altos y laboriosísimos empleados oficiales, como los actores en sus camarines, reasumen su carácter personal, sin despojarse del todo de su carácter escénico, don Tello, en compañía de dos individuos jóvenes, se encontraba frente a una gran mesa, en cuyo centro fraternizaban un tintero y un litro de brandy, rodeado este de una parvada de pequeñas copas de cristal rojo.

Don Tello, en su casa, era don Tello; en su estrado de la Gobernación, era el gobernador; pero en aquella pieza apartada, silenciosa y penumbrosa, don Tello y el gobernador se compenetraban, se confundían, resultando una dual personalidad político-bursátil, que allí reflexionaba lo mismo en los negocios particulares que en los negocios del Distrito. Buenos contratos, ideados y madurados en aquella pieza por don Tello, recibían después en el estrado oficinesco la aprobación del gobernador. Algunas empresas de carácter privado se aseguraban con algunas medidas de carácter gubernamental; y el celo oficial del gobernador por conservar el bien inestimable de la paz, recibía considerables refuerzos en la conveniencia del ciudadano que negociaba con los caudales públicos. El antagonismo entre los intereses de la patria, ante los cuales nuestros

hombres públicos viven sacrificándose, y los intereses personales, que nuestros hombres públicos viven sacrificando en aras de la patria, encontraban en aquel recinto reservado soluciones armonizadoras, que dejaban tranquila la escrupulosa conciencia del poderoso mandatario.

Allí don Tello se convencía de que podía negociar con las rentas de la Gobernación, y el gobernador pensaba que bien podía hacer algo en beneficio de don Tello. Las inspiraciones del patriotismo y las codicias del egoísmo se equilibraban en un ingenioso sistema de partida doble y se balanceaban al fin con una probidad perfectamente patriótica. Los millones del gobernador del Distrito Federal eran la *moderatta* retribución del progreso asombroso del Distrito Federal: el gobernador enriquecido quedaba solvente con el Distrito transformado, del mismo modo que a los inmensos desfalcos de Guzmán Blanco, Regenerador; Crespo, Legalizador, y Castro, Restaurador, imparten con profunda gratitud su aprobación los congresos, en nombre de la patria regenerada, legalizada y restaurada. ¡Qué diantre! Ninguno está obligado a trabajar de balde, y los que ejercen el difícil oficio del patriotismo deben cobrar sus honorarios, sin permitir, si es posible, el derecho de retasa.

Tan distante de la casa de habitación como del despacho de gobierno, aquel saloncito, pues, era una charca intermedia, donde un anfibio, compuesto de partes iguales de Tello Mendoza y gobernador del Distrito, a veces maquinaba, a veces se adormilaba, a veces hacía literatura. Al antro penumbroso solo llegaban gentes equívocas, pensionistas de burdel, que concurrían a delatar el dato sorprendido en las confidencias del lecho o de la orgía; panegiristas hambrientos que iban a hacerse pagar las notas dadas en esas desafinadas orquestas de murguistas que cantaron las glorias de Castro; mercaderes de perfil judío, que a trueque de módico tanto por ciento, iban a vender el secreto de alguna nueva explotación del pueblo, de alguna nueva sangría, de algún nuevo monopolio, de esos que por ser muy grandes para las tragaderas de los

prefectos, y al mismo tiempo muy insignificantes para las mandíbulas del presidente o de doña Zoila, le correspondían en el escalafón del reparto al gobernador; y finalmente, personajes siniestros que por hábito caminan en puntillas, que se acercan y se alejan como espectros, sin hacer ruido, y cuya voz nadie conoce, porque solo hablan a cuchicheos en las orejas de la policía secreta, en las oficinas de delación y espionaje.

Cuando entró la dama, don Tello oía con religioso silencio la lectura que, de unas cuartillas escritas a máquina, hacía uno de los mozos, con una voz muy enfática, que revelaba que el lector estaba contagiado en aquel momento de la moral epidemia que reinaba en aquella época: la admiración sin límites. El otro mozo comprobaba cuidadosamente la lectura declamada con las pruebas impresas en largas tiras de papel que tenía ante los ojos; y los mudos signos de aprobación que hacía con la cabeza y con las cejas, indicaban que la admiración era en él tan aguda como en el que leía en alta voz. Este a veces suspendía su tarea, mientras su compañero efectuaba alguna corrección marginal; luego volvía al principio del período para poder saborearlo íntegro, de un solo tirón. Estos frecuentes saltos atrás prolongaban el arrobamiento cuasi sibarítico del gobernador y sus dos ayudantes tipográficos, pero demoraba el despacho de los asuntos íntimos de la Gobernación, como lo revelaban cinco o seis individuos, mudos como fantasmas, que habían ido sentándose al lado de la dama, en los escaños situados en el rincón oscuro. El lector de las cuartillas originales había llegado, casi ronco ya, a un pasaje culminante: era el final. Su voz, a causa de la fatiga, simulaba una sorda entonación emocionada y patética; sus manos se agitaban con furia en el aire, y sus cejas, a fuerza de enarcarse, se habían huido hacia el medio de la frente, donde tomaron el aspecto de dos agudísimos acentos circunflejos. Aquel mozo era la imagen de la estupefacción.

El de las pruebas de imprenta, comprendiendo que no podía dar a su faz aquella expresión de asombro, se puso en pie, arrojó las tiras sobre

la mesa, con ese gesto de anonadamiento mudo que tienen los hombres cuando se ven empequeñecidos ante las grandes obras humanas o los grandes espectáculos de la naturaleza: el tipógrafo parecía que estaba en presencia de las pirámides de Egipto o de las cataratas del Niágara; dio en silencio un paseo por el recinto gesticulando una profunda convicción; después, silencioso siempre, recogió y ordenó las tiras dispersas sobre la mesa, hasta que al fin pudo exclamar golpeando el rollo de papeles:

—En este nuevo volumen, créamelo, don Tello, usted se ha excedido a sí mismo: hay pensamientos admirables.

Desenvolvió otra vez el rollo de papeles para recitar como muestra el que primero encontrara:

—«A proporción que el pensamiento se ilustra, la voluntad prospera, y el carácter mejora». No hay más allá: el Cabito en sus brillantes improvisaciones no dice cosas más bellas.

El gobernador, satisfecho y convencido, llenó tres copitas.

Su nobilísima sed de gloria, que no se quedaba atrás de su sed de oro, se aumentaba con cada descubrimiento que sus cortesanos hacían en él de nuevas aptitudes intelectuales. Gran financista en el Ministerio de Hacienda, gran patriota en la Gobernación; orador primero, cuando sus gobernados le dijeron que hablaba, se hizo después escritor, cuando le dijeron que no solo hablaba, sino que también escribía.

Había obtenido fáciles triunfos oratorios en las inauguraciones de algunas obras públicas, pero no estaba satisfecho. Tenía ahora otras ambiciones. Los aplausos frenéticos de sus empleados, enfermos de entusiasmo, que era tanto más agudo cuanto mayor era el sueldo; esos aplausos que casi le apagaban la voz cuando en la inauguración de cada obra pública del Distrito, decía esta hermosa frase final: «En nombre, pues, del glorioso Restaurador de la Patria, hago desde hoy formal entrega al

pueblo soberano de esta nueva obra», esos aplausos ya no le satisfacían; una secreta voz de emulación orgullosa le decía que esos aplausos se tributaban también a las pedestres peroraciones del Invicto. Además, los triunfos del orador son aturdidores, pero efímeros; son el palmoteo que se disipa en el aire sin dejar nada tras de sí; los triunfos del escritor, si menos ruidosos, son más duraderos: son el libro empastado con amor, con pasta artística y fuerte, atrayente y durable; el libro que perdura en el anaquel, que se nombra en las antologías, que se menciona en la historia de la literatura del siglo respectivo. Y escribió un libro, *Intimidades*, que casi no fue conocido, porque el Invicto, sin aducir, como de costumbre, ninguna razón, le prohibió terminantemente que lo diera a la circulación. En la ciudad de las anomalías, donde hay viaductos que se pasan por debajo y túneles que se atraviesan por encima, don Tello debía de agregar una rareza más: un libro impreso destinado a permanecer inédito. Pero *Intimidades* circuló subrepticamente, y las subrepticias felicitaciones que el autor recibió, le convencieron de que el libro era bueno y que la prohibición de su jefe no era más que envidia, envidia a su talento literario, de que carecía el Restaurador; entonces concibió la idea de escribir otro libro, ese cuyas pruebas acababan de ser corregidas, y en el cual se había excedido a él mismo, según dijo el tipógrafo.

La emoción que oprimía el gáznate del tipógrafo declamador se había calmado merced al descanso y a una segunda libación de brandy; las cejas habían vuelto a su lugar, perdiendo su apariencia de acentos circunflejos; el anonadamiento del otro ante la abrumadora obra maestra también había desaparecido; aquellas almas habían vuelto a su estado normal sin ningún esfuerzo, con la misma baja facilidad con que, momentos antes, habían entrado en el entusiasmo delirante.

Don Tello se puso en pie, brillante el ojo de inveterada propensión al guiño, que menguaba un tanto su dignidad de gobernador y le comunica a veces al rostro una callejera picardía de limpiabotas; los carno-

sos carrillos, en una permanente expresión de sonrisa, recogidos hacia arriba, rebosando salud y satisfacción de sí mismo; la chiva y la perilla sacudidas, revelando la agitación huracanada del labio inferior, epileptizado con un movimiento mudo, precursor de grandes frases, semejante al sacudimiento de alas, que agarradas todavía a las rocas, dan las águilas, ensayando los grandes vuelos; los omoplatos echados hacia atrás primero y hacia arriba después, doble movimiento a cuya merced la cabeza aparecía tirada hacia adelante y embutida entre los hombros, hermosa postura tribunicia que adoptaba cuando iba a discurrir; don Tello, lo repetimos, puesto así en pie, paseó sobre el pequeño auditorio de panegiristas, delatores y tipógrafos, una mirada inofensiva que él creyó olímpica, y declamó dirigiéndose a los empleados de la imprenta:

—¡Que me lo impriman eso en el papel más fino que haya en Caracas! —Había hablado el literato.

Giró después la cabeza un cuarto de circunferencia, y gritó a los cinco o seis personajes que estaban en el escaño del rincón:

—¡Esperen ustedes en el patio! —Había hablado el gobernador.

Después se volvió a la dama, y le dijo endulzando el acento: —¡Acércate, Josefa! —Había hablado el proxeneta.

Los tipógrafos, delatores y panegiristas, haciendo ademanes de asombro por ese ciceroniano arranque de elocuencia con que el gobernador los había echado fuera, salieron, en tanto que la nombrada Josefa se sentaba en una silla que a su lado le mostró don Tello.

—¿Me traes buenas noticias? —le preguntó—. Dentro de un mes será el baile de Montálvez, y yo todavía no sé si podré presentar al Cabito algo que le satisfaga. ¡Me había descuidado! Los otros ya las tienen conseguidas, y sé que todas ellas son bellísimas.

La mujer hizo un movimiento de hombros que, expresando descaro o desdén, usaba con mucha frecuencia.

—La muchacha que he conseguido —dijo— eclipsará todas las bellezas que puedan llevar los otros.

Don Tello meneó la cabeza con aire desalentado e incrédulo:

—Lo dudo; has de saber que traerán lo mejor de Venezuela y del extranjero; tienen no solo guayanesas, apureñas, aragüeñas, sino también europeas, puertorriqueñas y cubanas: ¡Hay una andaluza!

—No importa —contestó Josefa sonriendo con entera tranquilidad—. Mejor que esta, solo que bajara un ángel del cielo.

—¿Y está ya entendida?

—No: es una joven honrada, que no se seducirá con dinero solamente, sino con mucha maña, ayudada con mucho dinero, y eso, ¡quién sabe! Por lo poco que he podido averiguar de ella, comprendo que es una muchacha difícil de conseguir. ¡Ya quisiera ver yo si con ella sacan campaña Mercedes o Juana Lugo!

Don Tello sonreía, pensando que las dificultades de la empresa las aumentaba Josefa, como siempre, con el propósito de encarecer sus oficios y aumentar la prebenda.

—Las mañas las tienes tú y el dinero, todo el dinero que se necesite, te lo daré yo; ¿pero crees que conseguiremos la muchacha? Porque si no lo crees hay que buscar otra; te lo repito: solo nos queda un mes para esa conquista.

—Sí lo creo, porque a las mañas y al dinero, si no bastan, sumaremos un recurso más eficaz aún: la influencia del poder. Por lo pronto, lo que interesa es que asista al baile llevada por usted, para que triunfe sobre las otras, porque juro que triunfará. Después veremos cómo la convencemos de que debe corresponder al amor del Cabito, porque juro también que el Cabito se enamorará de ella; pero lo repito, la aventura es peliaguda.

En el rostro del heroico gobernador asomó una sombra de inquietud.

—Peliaguda por el carácter de la joven —siguió Josefa— ya lo tengo dicho; por lo demás, no hay ningún peligro: nos entenderemos solo con un viejo.

El heroico gobernador tornó a serenarse y exhaló un ¡ah! de satisfacción, como si se le quitase un peso de encima.

—Y como hay que empezar los trabajos, porque dentro de un mes se dará el baile...

Al decir esto la mujer se puso de pie y estiró la mano, cuyo dedo cordial encorvándose sobre sí mismo rascaba la palma, con ese movimiento vulgarísimo con que ciertas clases de personas piden dinero.

Por toda respuesta don Tello sacó de una gaveta de la mesa un grueso paquete de billetes de banco que puso sobre aquella mano pedigüña, y agregó después:

—Gira contra la Tesorería Municipal por todo lo que necesites; yo daré las correspondientes órdenes para que carguen religiosamente esos egresos al capítulo Imprevistos.

Hablando así se habían acercado a la puerta entornada de la salida, a donde el portero acababa de llegar también trayendo una tarjeta que entregó al gobernador y que este se guardó sin leer.

—No te olvides de volver a darme cuenta del curso de los sucesos; esta última vez tardaste mucho en venir. ¡Y pensar que a causa de mis muchas atenciones, casi me iba olvidando ya del baile, de ti, y del asunto que te he encomendado!

—¡Yo he venido, pero el portero no me deja entrar, ni me anuncia siquiera! —contestó Josefa lanzando una mirada de acusación al modesto empleado.

Pero el gobernador lo disculpó:

—¡Si molestan tanto! ¡Tú no sabes lo pesado que es ser gobernador!

—Aquí don Tello hizo un movimiento de resignación y continuó:

—Únicamente porque el Cabito no quiere que le renuncie el puesto, es por lo que estoy desempeñándolo, créelo, Josefa.

Se detuvo nuevamente: después ensayó un noble gesto de desprendimiento, y agregó:

—Y también porque hay que hacer algún sacrificio por la patria.

Se dirigió luego al portero:

—Siempre que la señora me solicite, hágala pasar sin demora.

La mirada de acusación de Josefa se trocó en mirada de triunfo, que envolvió de pies a cabeza al portero, el cual, en señal de que deseaba transarse y echar, como hacen los políticos caídos, un velo al pasado, se inclinó primero ceremoniosamente ante la mujer, y después corrió a levantar la pesada cortina de la puerta.

Josefa salió, subió a su coche y se hizo conducir a la agencia de casas de alquiler de Luis F. Müller. Preguntó por el alquiler mensual de una casa situada en la parte alta de la ciudad.

—¿Entre qué esquinas? —preguntó el agente.

—Las esquinas no tienen nombre, porque las calles por esos lados no están trazadas todavía; aquello es un callejón; la casa tiene el número 10; es el único dato que puedo darle.

El agente permanecía perplejo. Josefa vino en su ayuda.

—¿Tiene usted el plano de la ciudad? Tal vez podría determinar aproximadamente con él la situación de la casa.

—¿Y está a nuestro cargo?

—Sí: tiene pegado un papel que dice que se alquila por ustedes.

El agente trajo el plano; Josefa mostró el callejón, y después de pensar un momento, el agente dijo:

—¡Ah!, sí, ya se cuál es la casa, treinta pesos con fiador.

Josefa hizo un mohín:

—¿Con fiador?

—Sí.

—No quiero exigir ese servicio a nadie; prefiero pagar adelantadas las mensualidades.

—¡Oh!, no podemos; eso es contrario a las instrucciones terminantes de los dueños de las casas.

—¡Por trimestres anticipados! —dijo Josefa.

El agente seguía meneando negativamente la cabeza.

—¡Por semestres anticipados entonces!

Los movimientos negativos del agente tuvieron una breve interrupción, pero se reanudaron después.

—Pues pagaré una anualidad o dos, las que usted quiera, con tal que me releve del fiador —replicó Josefa ya impaciente, golpeando el pavimento con el regatón de su sombrilla, y mostrando al agente el grueso fajo de billetes, al mismo tiempo que se hacía este cálculo: «En tres o cuatro meses realizo mi plan, y subarriendo por el tiempo que sobre».

El movimiento de rotación de la cabeza del agente había cesado:

—Está bien —dijo—. Nos contentaremos con que el pago de los alquileres los haga por anualidades anticipadas. Voy a traer la llave. ¿En favor de quién extendemos el recibo? Porque supongo que usted pagará ahora mismo. ¿El nombre de usted?

Josefa tuvo un momento de vacilación, miró fijamente a su interlocutor y le preguntó sonriendo:

—¡Cómo! ¿No me conoce usted?

—No tengo ese honor.

—¿De veras? ¡Qué raro! ¡Si a mí me conoce todo Caracas!

—Pero yo no —contestó con calma teutónica el agente.

—Clementina Blanco, servidora.

El agente hizo una cortés inclinación de cabeza; se sentó al escritorio, extendió el recibo en toda forma, y lo entregó junto con la llave a la inquilina; esta pagó y se despidió.

En la mueblería de Martínez Egaña compró un pequeño mobiliario para una mujer sola, encargando se lo llevaran esa misma tarde a la casa recién alquilada, cuya situación determinó, valiéndose también de un plano.

—¡A casa! —ordenó después al cochero— Zamuro a...

—Ya sé dónde es —le interrumpió el auriga—: anoche llevé uno allá.

Momentos después, el coche se detenía ante la casa designada: una casa de buen aspecto, con dos ventanas, hermoso zaguán y tupido jardín, cuyo follaje verde se alcanzaba a divisar a través de los calados del entreportón. Sobre la puerta de la calle colgaba un farol de vidrios rojos, en cuyas cuatro caras se leía este aviso, escrito con letras negras: «Se alquilan camas».

Al abrir la mujer el segundo portón, avisó la llegada con su tintineo una campanilla que pendía de un arco de fleje, fijo a la hoja.

Dos o tres rostros femeninos se asomaron curiosos por las entornadas puertas y rejas interiores, desapareciendo con medrosidad de colegialas cuando vieron quién llegaba.

—Florinda —gritó Josefa—, ¿dónde está la negra Petra? Llámamela.

—¡Petra! ¡Petra! —gritó una voz en el interior—. ¡Que te llama la señora Josefa!

Esta se dejó caer en el sofá del corredor; para echarse fresco con el abanico, desprendió el tupido velo, se quitó el sombrero florido que tiró a su lado, descubriendo la hermosa cabeza, inteligente y vivaz, blanca de canas que ofrecían un raro contraste con las pestañas y las cejas negrísimas. También formaba un contraste no menos raro la expresión ingenua y candorosa de los ojos, unos ojos de niña, con la fisonomía

tornadiza y astuta, por la cual se veían pasar las picardías y las desvergüenzas, como por el pavimento sucio de un calabozo se ven pasar las sombras de las ratas.

A aquella mujer no se le podía asignar edad, a causa de los afeites; en la cara pintada aparecía el anacronismo cómico de la arruga que se esconde bajo los polvos, de la lividez senil o enfermiza que se disfraza con el color de la salud o de la juventud. ¿Qué edad tendría? «Veinticuatro años» decían las pestañas y las cejas negras, los ojos infantiles, las mejillas sonrosadas. «Cincuenta años» contestaban a su vez las canas de la cabeza y la doble barba escurrida y flácida. La boca simiesca, que se ensanchaba o se recogía como un disco, con un circular movimiento de beso permanente, no daba ningún indicio tampoco sobre la edad. En aquella boca el larguísimo hábito del ósculo había estampado sus huellas indelebles; el beso mercenario aleteaba entre una red de surcos, como se conserva por mucho tiempo el calor de la lava bajo las frías rugosidades de la costra. ¿A quién debía creerse? ¿Al ósculo que pugnaba por salirse de su cárcel de arrugas, o a las arrugas que aprisionaban al ósculo rebelde?

¡Veinticuatro años Cincuenta años!

Se tendió en el sofá para descansar; su rostro apareció inundado de una laxitud cansada, la misma laxitud que hacía desfallecer su cuerpo y su voluntad. Porque en la lucha por la vida no son los músculos de los miembros los únicos que trabajan: también trabajan los músculos del rostro; la cara se fatiga tanto como se fatigan los brazos, las piernas y las manos. ¡Por calles y plazas van los rostros humanos puestos en guardia, como enemigos que se aprestan al ataque o a la defensa! No solo con los bíceps se golpea, no solo con las manos se estrangula, no solo con los puños se saca sangre: los rostros humanos también hacen todas esas cosas: golpean con las miradas, hieren con las sonrisas, matan con el gesto. La lengua a veces se entierra en las carnes como un puñal;

en el ceño de dos frentes que se encuentran, muchas veces va envuelto un reto de muerte; hay miradas llenas de odio que se cruzan como si fueran dos espadas; una sonrisa desdeñosa asesta de paso un puntapié; una mueca ambigua, que se va tras una persona que pasa, es un venablo cobarde que mata por la espalda su reputación. Y en esta lucha sin tregua no trabaja sino el rostro, que se va deformando poco a poco, de acuerdo con el gesto fisonómico más frecuentemente repetido, a impulso de determinado esfuerzo intelectual o pasional. Entonces sobre las facciones aparece la fisonomía, que pone en los rostros el rasgo común que liga con cierto aire de familia a todos los que tienen las mismas pasiones y ejercen la misma profesión; sobre los inertes músculos faciales aparece el ceño de los coléricos, la frialdad lívida de los envidiosos, la imbecil fatuidad de los adulados, la baja humildad de los aduladores, la unción de los clérigos, la hipócritona amabilidad de los comerciantes, la falsa bajeza de los cortesanos. Ese rasgo común de la clase denunciará a la monja en un cuadro de bailarinas, con tanta seguridad como una bailarina en un coro de monjas; al mercader, aun cuando se disfrace con arreos militares, como Matos; a los proxenetas, aun cuando lleven portafolios ministeriales, como los favoritos de Castro.

¡Cómo denuncia a los hombres la fisonomía! ¡Cómo permite ella devolverlos a la clase a que pertenecen cuando la suerte caprichosa los saca de ella y los lleva a otro medio! ¡Con cuánta seguridad despoja ella a algunos triunfadores de su frac de caballeros y les restituye su librea de lacayos! Solo en la soledad, en el sueño o en la caja mortuoria, cuando el hombre, tranquilo, no tiene de quién defenderse ni a quién agredir, la mascarilla de combate cae; una impasibilidad profundamente triste, esa que se ve en el rostro de los muertos, de los dormidos o de los ascetas solitarios, sustituye el ceño amenazador o a la risa despiadada, como bandera melancólica que demuestra la existencia de una sola realidad en el mundo: el infinito e inconsolable dolor humano.

Como ejemplo de lo que acabamos de decir, ahí estaba Josefa medio dormida, tan distinta de la Josefa despierta que hemos visto, que casi no se conocía. De su cara se había borrado la fisonomía de la rufiana; la expresión de descaro e ingenuidad accesorias al oficio, se habían desleído entre sombras de abatimiento y de fastidio; las cejas y las pestañas negras y las mejillas sonrosadas no atestiguaban ya nada favorable acerca de la edad de aquella mujer, a cuyo rostro marchito se asomaba un alma hastiada, tal vez lacerada, que si no tenía cincuenta años, por lo menos los había vivido ya. Fue breve aquel momento de desasimiento somnoliento: como guerrero que tras corto descanso viste nuevamente la cota, recoge el escudo y ciñe la espada, así la expresión triste y tediosa de aquel rostro desapareció desleída entre los rasgos adquiridos: las cejas recobraron el ceño imperioso, los ojos el mirar candoroso, la frente la comba inteligente, los labios la sonrisa besadora: los rasgos de la fisonomía despertaban y se ponían nuevamente en pie.

Josefa miró a su rededor; su atención revoloteaba de objeto en objeto, y cuanto iba pensando lo iba diciendo:

—Las colillas de los cigarros andan rodando, la saliva mancha el suelo, porque hay brutos que se imaginan que las escupideras son soperas; las sillas están regadas por el patio, ahumados los tubos de las lámparas, como si en esta casa no hubiera agua, ni escobas, ni gente. ¡Cómo estarán los cuartos! No voy a verlos para que no se me reviente la vejiga de la hiel. Seguro que estas flojas no han hecho otra cosa que dormir toda la mañana.

—¡Sí, cómo no! —rezongó una voz dentro.

Josefa había empezado a hablar en voz baja, pero su voz había ido elevándose en un crescendo colérico; hacia el fin del monólogo ya no hablaba sino que gritaba; el refunfuño de adentro acabó de sulfurarla; se puso en pie nerviosamente, y arrojando el derrame de bilis se entró

por la espaciosa galería, que estaba en un completo desorden. Tres camas que había en la pieza, separadas por tabiques plegadizos, parecían nidos inmundos; los colchones, manchados y remendados, quedaban en descubierto por el desarreglo de las sábanas y cobertores de dormir por la noche, que en este género de casas son sucios, y completamente distintos de las decorativas ropas, limpiísimas y hasta lujosas, que visiten las camas en el día, o cuando se dan en alquiler a los clientes. En una atmósfera enrarecida, que ya había sido respirada muchas veces, se mezclaban el humo de los cigarrillos, la transpiración nocturna de los cuerpos, las emanaciones de las aguas sucias del tocador y de los vasos de noche, los efluvios grasosos y rancios de ungüentos y pomadas, y el olor a mugre de las ropas y las medias regadas por el suelo.

Enaguas, faldas y túnicas de todos colores colgaban de los clavos de la pared, uno de los cuales, el más alto, frente a un bidet colocado en un ángulo de la habitación, sostenía el recipiente de hierro esmaltado de una irrigadora, alrededor del cual daba tres vueltas el tubo de *cautchou*, quedando erecta la punta de la cánula, como la cabeza de un reptil destructor de vidas, en acecho.

Las mesitas de noche en la cabecera de cada cama, veíanse colmadas de cigarrillos sueltos, ligas, cintas ajadas, arquillas torcidas o abiertas, peinetas con solo una docena de dientes, destapadas cajitas de ungüentos verdes o grises.

Sobre el aguamanil monumental, que más bien parecía *seidboard* de comedor, veíase una gran jarra, una gran ponchera, que por lo grande bien podía servir para semicupios, jaboneras inundadas de agua en las cuales los jabones de olor se deshacían sin más provecho que el de dar sus perfumes penetrantes; peines cuyos dientes estaban atascados de mugre, se ladeaban sobre cepillos ralos, que tenían ahora más cabellos que cerdas trajeron de la fábrica. Rota la fila ordenada del día, amon-

tonábanse en este aguamanil una porción de tarros llenos de polvos de coral para los dientes, polvos negros para las cejas, blancos para los cuellos y las espaldas, rojos para los labios, rosados para las mejillas; borlas de todos los tamaños posábanse como aves en sus nidos, en moteras de todas formas; estaban allí, en fin, en loco desorden, todos los utensilios, todos los recursos que la cosmética pone en manos del amor mercenario, para disimular, en complicidad con las pantallas de color de rosa que tamizan la luz de los quinqués, el paño de las hepatitis alcohólicas, las lividices del trasnocho orgiástico, las placas de la sífilis, los hoyos de las viruelas, los costurones de la escrófula.

Josefa furiosa abrió puertas y ventanas para que entrara aire y luz.

—Avísenme las señoritas —gritaba— si les debo buscar sirvientas para que les compongan las camas y les ayuden a vestirse y a peinarse.

Luego se detuvo en la mitad de la pieza, y se encaró con todas ellas:

—Ustedes me van a desacreditar la casa y me van a correr la clientela. ¡Quién va a venir aquí a respirar estas hediondeces, ni a mirar estas porquerías!

Un terceto de risas contenidas contestó a la filípica furiosa de Josefa; y cuando esta, como un ciclón, pasó a la otra pieza, tres cabezas desgredadas y descaradas se estiraron por encima de los bastidores, haciéndole muecas picarescas.

En el otro cuarto solo había una muchacha. Florinda, apenas núbil, con expresión de sencillez completamente campesina, que pedía las alpargatas para los pies y el sombrero de cogollo para aquella cara, todavía atrigueñada por el sol y la intemperie de los campos. El candor y la sana robustez de aquella muchacha ofrecía un contraste extraño en aquel antro de enfermedades y de vicio; parecía un botón de rosa traído esa misma mañana de Galipán, para ser colocado entre otras flores podridas, que habían servido ya de adorno en muchas orgías. En esta habitación



todo estaba ya arreglado; cuando Josefa entró, la muchacha se levantó y se quedó mirándola, con una mirada de interrogación.

Pero Josefa, con el berrinche que traía, y atenta solo a la requisita policial de la pieza, no reparó por lo pronto en la muda pregunta de Florinda.

—Señora Josefa, dígame, ¿lo encontró?

Satisfecha del arreglo del cuarto, Josefa dispensó su atención a Florinda y le contestó:

—No; vete convenciendo de que lo que es ese tipo ya no vuelve. Olvídalo. Eres joven y bonita: otros te amarán.

—¡Pero si él me dijo que nunca me olvidaría!

—Sí; te diría esas cosas tan bonitas, pero ahora te está dando a entender todo lo contrario. Olvídalo. El patiquín aquel te mandó saludos; me encontré con él en la calle; se está muriendo por ti; pero con tu despego y tu aire antipático, vas a ahuyentar a este, como a los otros. Hay que complacer a los hombres, no solo con nuestras caricias, ¿sabes?, sino también con nuestras alegrías: para eso pagan. Mira, mijita: tienes que aprender a reír, a reír siempre: cuando llores, ríete también, para que se crea que tus lágrimas son de risa. Ese es el secreto de una de las flojas que están allí, en el otro cuarto; aun cuando es más bien fea que bonita, la solicitan porque está siempre alegre; para correr un trueno no tiene semejante; hace reír a todo el mundo con sus cosas: haz tú lo mismo; las penas hay que esconderlas, porque son ofensivas a la vista, como la ropa sucia; debes ahogar tus penas en lo más recóndito de tu corazón, disipar de tu frente el ceño triste, para que aparezca la sonrisa alegre en los labios, la sonrisa que nos trae amigos, y sobre todo, esto, esto...

Josefa, con su ademán acanallado, se rascó la palma de la mano con la uña del dedo cordial. Hablaba sin amargura, con cierta entonación monótona, como si repitiera por centésima vez una aprendida y fasti-

diosa homilía del oficio: guardó silencio un momento; después agregó, encogiéndose de hombros:

—Y si no puedes hacer eso, resuélvete a morirte de hambre, o a trabajar como una negra.

—Yo me volveré a mi campo.

—¡A que te mate tu papá a palos! —exclamó asombrada Josefa.

—Serviré en una casa de familia.

—¿En qué casa? Si yo no te la busco, tú no la encontrarás, y lo que es yo, no te la busco: ya te lo he dicho. ¿Crees tú que eso es mejor que estar aquí conmigo? Aquí eres libre, y en otras partes vas a ser esclava. Y luego, que pronto te vuelves a enamorar, porque este maldito corazón no escarmienta; la señora de la casa resulta muy regañona y uno de los jóvenes se compadece de ti, y así empieza la repetición del drama.

—Yo no volveré a querer a nadie.

—Bueno: haz lo que tú quieras —dijo con acento de fastidio Josefa—, a mí no me gusta violentar a nadie; únicamente te recuerdo que hace un mes que te dejó tu amado, y no has ganado nada, porque no has querido aceptar a nadie.

—Es que yo no quiero a ninguno de esos.

El asombro de Josefa llegó a su colmo:

—¿Acaso lo haces porque quieres a alguno? Lo haces porque necesitas comer y necesitas vestirme. ¿De qué piensas vivir entonces? Voy a decirte una cosa: yo ya no puedo...

La aldeana por toda respuesta se puso a llorar, con los fuertes resoplidos que son de suponerse en aquella alma simple que no sabía disfrazar sus impresiones, en aquel tórax robusto, en aquellos pulmones poderosos y sanos: unos resoplidos que le llenaban la garganta de mil ruidos chillones y silbantes: unos sollozos hechos para llenar la selva y acallar

los torrentes, en plena campiña. Y era que el dolor íntimo de Florinda estaba de acuerdo con sus órganos de expresión: el dolor era grande, como eran ruidosos sus gemidos. La realidad de la vida, brutalmente, la sacudía por los brazos, y la obligaba a ponerse en pie y a andar, en momentos en que se sentía desfallecer; la obligaba a luchar para vivir, cuando deseaba morir.

Josefa, que al principio sintió impulsos de reírse de aquellos clamores netamente aldeanos, se compadeció después, a causa de la sinceridad de ellos; y pensó que ella había llorado, si no de igual manera, porque como hija de la ciudad, había aprendido desde pequeña a llorar con decencia, sí por igual motivo. Recordó que ella había tenido que combatir, hasta vencerlas, las repugnancias de su pudor sublevado, de su dignidad herida de mujer, cuando empezó a ofrecer sus caricias a hombres que le eran desconocidos, y a veces, repulsivos; cuando prodigó sus besos sin amor, cuando rio sin alegría, cuando fingió los primeros estremecimientos voluptuosos, sin voluptuosidad. Reflexionó que igual a su historia, que ya iba a terminar, sería la historia de esa muchacha que ahí se estaba sacudiendo de dolor, chillando y moqueándose sin arte ninguno, con una rusticidad selvática, que desmejoraba su rostro, tan bello y tan dulce: seducida y abandonada primero como Florinda, por un desalmado; explotada después por una abadesa, que le dio asilo, pudo economizar algún dinero porque era bella, y aceptó la vida tal como se le venía encima; se hizo propietaria de una casa de lenocinio, en la cual, a su turno, de explotada, se convirtió en explotadora de otras seducidas y abandonadas. Y he ahí que había podido vivir, no obstante que al principio creyó que iba a morir.

Al llegar a este punto de sus reflexiones, tomó a mirar a Florinda, que se sonaba estrepitosamente; y viendo aquel dolor, volvió a encogerse de hombros; esos torrentes de lágrimas también los vertió ella, y allí estaba ella con cuatro casitas propias que le daban una regular renta, un esta-

blecimiento con numerosa clientela y relaciones muy valiosas en la alta sociedad y en la política. Murmuró un ¡bah! indefinible, un ¡bah! lleno de esa burla compasiva con que los expertos de la vida se mofan de los ineptos de la vida; puso la mano sobre la cabeza de Florinda, y le dijo con convicción:

—No llores; eso se te pasará, ya lo verás; yo te lo aseguro. Arréglate para que salgas ahora mismo conmigo.

Petra, la cocinera, calculando que ya no la necesitarían, se presentó al fin, arrastrando unos zapatos viejos vueltos chancletas.

Josefa se la llevó al comedor y le dijo:

—Voy a pasar una temporada en La Pastora; tengo un negocio por allá; me llevo a Florinda; te recomiendo mucho todo. Volveré o no volveré pronto; no sé. Mañana vendrá Florinda a llevarte para que sepas dónde queda la casa: que no sepan nada de esto las otras.

Petra ya se volvía a la cocina, cuando la llamó nuevamente Josefa.

—Oye y no te olvides; allá me llamo Clementina Blanco.

Después, acompañada de la llorosa Florinda, pensando que ya los muebles irían en camino, se metió precipitadamente en el coche que esperaba a la puerta, y que echó a rodar hacia La Pastora.

Era un callejón sin salida, angosto, extendido en una pendiente de tres cuerdas más o menos, que terminaba bruscamente en un barranco profundo, de esos que abren sus fauces en la parte alta de Caracas, hacia el pie del Ávila, con apariencias de grietas inmensas, producidas por movimientos sísmicos. A cada lado alineábase una hilera de casitas y de solares sin edificar, en algunos de los cuales las viejas tapias de tierra pisada o de adobes habían desaparecido lamidas por las lluvias, y dejaban anchos portillos, tapados ahora con empalizadas de tunas verticales y muy juntas, que cerraban la entrada a los animales domésticos que pululaban por la vía, pero no a las miradas del transeúnte curioso, que quisiera fisgar el interior de los solares.

El empedrado estaba destruido en largos trechos; los adoquines, regados a lo largo del arroyo, parecían ya fistos para formar alguna barricada; y los hoyos que en la calle dejaban las piedras sueltas estaban llenos de un agua lechosa e infecta, con natas de grasa del jabón, que salía del interior de las casas y corralones.

Después de llenar los hoyos, el arroyo fangoso seguía su curso, callejón abajo, por la orilla de las irregulares aceras de lajas oscilantes e

inseguras que se movían bajo los pies de los transeúntes y les salpicaban los vestidos.

Esa mañana, una gran familia de cochinitos que acababa de salir de un corralón, precedida de la autora de sus días, tomó tranquilamente posesión de la calle. La tribu porcina hociqueó e interrumpió el sueño de una tribu perruna, compuesta de unos falderillos esqueléticos que tomaban panza arriba la matinal caricia del sol, y que se alejaron gruñendo, en busca de otro sitio donde echarse.

Una piedra, certeramente lanzada en defensa de los derechos de los perros, hizo gritar a la madre de los puercos, que huyó dando chillidos y resoplidos, seguida de su numerosa prole. Entonces otra piedra, no menos certera que la anterior, en desagravio de aquel atentado, hizo blanco en uno de los falderillos, el cual pobló los aires de dolientes gemidos.

Entre los cochinitos y los perrillos había enemistad invencible, y esta enemistad había producido escisión entre algunos habitantes menudos del callejón. A los chillidos de la puerca salieron corriendo a la calle algunos niños que la defendían; a los aullidos del falderillo otros niños salieron en su defensa. Los dos bandos, con sus lengüitas un poco enredadas, defendieron sus respectivos intereses. Y porque las madres intervinieron no hubo sangre, es decir, no hubo avance de piedras, ensayo infantil de las futuras guerras, a que tan dados son los niños de los barrios. ¡Cuántas de nuestras revoluciones sangrientas, hechas en nombre de avanzados principios, habrán tenido origen en la enemistad de dos chiquillos de barrio, que después han sido dos caudillos beneméritos!

Los niños, desgñados, pálidos y completamente desnudos la mayor parte, olvidaron pronto sus rencillas y fraternizaron, dominados al parecer por una nueva preocupación; todos se sentaron en los zaguanes, bostezando de vez en cuando, y mirando con gran atención hacia abajo, como en espera de algo.

El callejón estaba muy poblado, no obstante que solo había habitadas diez o doce casas nada más. Era que en cada una de estas había una reunión de familias, cada una de las cuales se embutía en una pieza, que era a la vez cocina, comedor, dormitorio y sala de recibo. Sobre el portón de las otras casas se leyó por algún tiempo el letrero: «Se alquila», el letrero fatídico y desconsolador que se veía a cada paso en las calles de Caracas, y que revelaba que en la capital, como en el resto de la república, nuestra población se moría o emigraba bajo el triple flagelo de las pestes, de la miseria y las persecuciones políticas. Más de tres mil casas vacías en la Sultana del Ávila, transformada en la mendiga del Ávila, y los anuncios de remates de fincas agrícolas que llenaban las columnas de la prensa periódica de las provincias, eran la mejor prueba del inmenso malestar económico del país, malestar que negaban los que lo beneficiaban, como niegan los parásitos moscovitas los dolores y las miserias del esquilmo pueblo ruso.

El letrero «Se alquila» había sido reemplazado para la fecha de esta historia por este otro: «Se vende». Era que el malestar se hacía más tirante a medida que la Restauración se hacía más gloriosa. Los grandes hombres siempre han sido costosos, y los pueblos que quieren darse el lujo de tenerlos, deben pagarlos. ¿Cuánto le costó César a Roma y Napoleón a Francia? No era posible que Castro, superior a aquellos, según ciertos sastres literarios que vivían midiendo la talla del Invicto, le costase menos a Venezuela.

A las voces de uno de los chicos que gritó, batiendo las manos: «Allá viene, allá viene», los otros se levantaron del quicio de los portones para mirar hacia el fin del callejón por donde subía lentamente, muy lentamente, una señora, en la cual reconoceremos a Josefa, cambiada en Clementina Blanco en su nueva casa, según las instrucciones que le dio a la sirvienta.

Parecía que venía muy cansada y que aumentaba su desaliento lo empujado y largo de la cuesta que se extendía ante su vista; pero como a la vez que caminaba con lentitud, examinaba con miradas escrutadoras dos personajes nuevos que en ese momento se veían en el callejón, se comprendía que, o no era el cansancio sino la curiosidad lo que hacía lento el andar de Clementina, o que ella se aprovechaba de la fatiga de sus piernas para observar mejor.

Uno de los personajes era un joven que iba allí mismo, delante de ella, totalmente trajeado de blanco, desde los zapatos de lona hasta el sombrero de jipijapa, indumentaria que se acostumbra en el clima cálido de La Guaira. Sobre este posaba Clementina las miradas de simple curiosidad que en los barrios, como en los pueblos, se atraen los forasteros. La atención más sostenida, y casi diríamos rencorosa, de Clementina, recaía en el otro personaje, un joven elegante, *smart*, sin duda perfumado y empolvado, cuyo traje necesariamente tendría la marca de Muscani, y que parado delante de una ventana, conversaba con alguien que estaba dentro. Como hemos dicho, a este lo miraba Clementina con hostiles miradas de inquietud.

—¿Quién será este pájaro? ¿Tendrá novio la chica? —se preguntaba entre dientes.

El joven vestido de blanco también caminaba despacio como Clementina, y lo mismo que ella, miraba hacia la ventana ante la cual conversaba el joven *smart*.

Toda la chusma de niños corrió al encuentro de Clementina. Al que primero llegó, un pequeño Adán de diez años, de inocencia y desnudez completamente paradisíacas, tuvo tiempo de preguntarle Clementina en voz baja, antes de que llegaran los otros niños:

—¿Quién es aquel joven que está hablando en la ventana de don Anselmo?

—Yo no sé.

—¿Y este otro que va delante de mí?

—Ese es el nieto de doña Manuela, que viene del puerto todos los meses.

—¡Ajá!, doña Manuela —exclamó Clementina, acordándose de una señora que siempre le había cerrado las puertas de su casa—, la vieja que nunca me ha podido pasar.

La turba de chiquillos había llegado y rodeaba a Clementina.

—¿Y tú por qué no te pones los pantalones? —preguntó al desnudo e infantil Adán.

—Porque los guardo para ir a los mandados.

—Póntelos: yo voy a darte otra muda de ropa.

—Así podré tener siempre una muda limpia para los mandados—dijo el chico con un tono lleno de previsión.

—¡Jesús! Toñita, ¡qué horror! ¿Y los trajes que te di por qué no los usas?

—Los empeñaron en el Monte de Piedad —contestó la interpelada, una Eva morena y regordeta, que a veces hacía con la mano una pantalla que ponía por delante, en la actitud púdica de la Venus de Médicis.

Al mismo tiempo que Clementina hablaba regañando al de acá, preguntando al de allá por algún hermanito enfermo, metiéndole a este entre los calzoncitos las faldas de la camisa, o alisándole con la mano a aquel los encrespados y desordenados cabellos, con un cariño muy femenino, y que no era fingido, distribuía entre los niños puñados de galletas y dulces de que traía buena provisión en una cesta, en la cual había además un paquete cuidadosamente envuelto en papel de seda.

—A ver le llevo eso —dijo quitándole el paquete uno de los chicos, no se sabe si por atención, o por facilitarle a Clementina la operación del reparto.

La distribución volvió a producir escisión, algarabía, pellizcos y riñas entre los chiquillos.

Nada valía que Clementina, para tranquilizarlos, les dijera que para todos alcanzaba. Siempre había quejosos. Sucedió allí, en pequeño, lo que sucede en mayores proporciones cuando un partido triunfante trata de hacer el bien público, empezando por el bien particular de sus miembros más distinguidos: siempre hay descontentos, que más tarde harán alguna nueva revolución en defensa del salvador principio de la igualdad... en el reparto.

A la algarabía que en la calle se escapaba del grupo formado por Clementina y su cortejo de chiquillos, se apiñaron a las ventanas muchas mujeres; todas ellas contestaron cordialmente el saludo que de paso les hizo Clementina con una amabilidad no desprovista de cierta cómica dignidad.

Los chicos, futuros ciudadanos de la república, fueron abandonando a Clementina a medida que la cesta de galletas iba quedando vacía, y los estómagos iban sintiéndose hartos. Llegó, acompañada solamente del chiquillo cortés que le tomó el paquetico, a la casa número 10; golpeó con el aldabón; al postigo se asomó la cara simpática y tristona de Florinda, y a poco se oyó el ruido de la llave que daba vueltas en la cerradura del portón.

En esos mismos momentos el joven vestido de blanco abrazaba a una anciana que salió a recibirlo de una casa situada un poco más arriba, y se despedía el que estaba parado frente a la ventana.

Hacía ya algunas semanas que la falsificada Clementina Blanco se había instalado en su nuevo domicilio. Conocedora de la vida de los barrios, donde hay cien ojos invisibles que miran a través de las celosías, cien orejas pegadas a las paredes y a las puertas, que escuchan, cien curiosidades que averiguan, y cien lenguas infatigables que murmuran,

resistió impasible y amable el examen inquisidor de los unos, se atrajo con dulzura la esquivaz arisca de los otros, y se relacionó con todos, dándose a conocer como un miembro de la distinguida familia Blanco, de Valencia; venía a Caracas a pasar una temporada, y había escogido La Pastora, por considerarla más sana; vivía una vida independiente merced a una pequeña renta de que disfrutaba. Y como sabía que el mejor modo de acabar con la ajena curiosidad es dar fácil acceso a las miradas curiosas, y que la generosidad embota las armas más agudas y aceradas, todas las puertas y ventanas de su casa, lo mismo que todos los armarios y alacenas de su despensa permanecían de par en par abiertos, accesibles a la curiosidad y a la necesidad de todo el vecindario. Solo cuando Clementina iba a hacer algunas compras o a practicar algunas diligencias, la criada, Florinda, cerraba el portón, detalle este que ya conocía la chiquillería del callejón, y le anunciaba que la señora andaba por el mercado, y regresaría trayéndoles confites, galletas o frutas.

El vecindario se cansó de espiar a la recién llegada. En la vida de esta, de doña Clementina, como la llamaban, no encontraron nada de particular: solo en un punto creyeron notar cierta contradicción entre sus palabras y la realidad, contradicción que por otra parte bien podía atribuirse a modestia: y era que su renta no debía ser muy pequeña, como lo aseguraba ella, porque vivía con una comodidad rayana en lujo. Con frecuencia llegaba en coche; hacía muchas obras buenas, cubría muchas desnudeces, acallaba muchos estómagos vacíos. También daba excelentes consejos a las muchachas: en esos mismos días, nada menos, logró disuadir de su locura a una inexperta paloma que estaba dispuesta a salirse de su nido con un gavilán. Y había impedido, gracias al pago de dos mensualidades caídas y otra anticipada, que el casero echara a la calle a veinte inquilinos, acomodados en una casita, que cuando más tendría espacio para diez personas. Ya lo hemos dicho: en los barrios, la gente pobre, para poder pagar el alquiler, hace estas aglomeraciones

heterogéneas, en que viven como colmenas enemigas, familias de educación y condición completamente distintas. Allí, el buen vivir se codea con el mal vivir, la cultura con la vulgaridad, el trabajo con el ocio; obreras que no necesitan de su pieza sino para dormir, porque de día trabajan fuera, se tropiezan en los zaguanes, al anochecer, con mujeres que no necesitan de su habitación sino en el día, porque de noche se van a la calle: en la mañana, tornan a encontrarse estas mujeres en los zaguanes, pero en viaje opuesto: la muchachas honradas salen a su trabajo; las muchachas viciosas regresan a dormir.

Clementina, pues, adquirió en el callejón fama de buena, en toda la extensión del vocablo: buena por la generosidad de su corazón, y buena por la moralidad de sus costumbres. Gracias a su diplomática filantropía, se captó las simpatías del vecindario, y se consideró al abrigo de averiguaciones retrospectivas sobre su vida, que le habrían estorbado la realización de los planes que la llevaron al callejón.

Bien sabía Clementina que a esas averiguaciones no se entrega la curiosidad sola, sino la curiosidad espoleada por la malquerencia. El pasado de los demás no lo hurgan las personas que quieren bien, sino las personas que odian. Clementina estaba tranquila por este respecto: se hallaba entre gentes desvalidas, que le recibían todo, desde la cordialidad hasta la liberalidad, con reconocimiento; gentes humildes, que saben agradecer sencillamente, que olvidan tal vez, pero que no muerden, como los felinos bravíos, la mano que los acaricia. Es en otras orgullosas clases sociales donde se encuentran las malas índoles, para las cuales la gratitud es carga insostenible: hacer a esas personas un bien, es hacerles una ofensa: para ellas el beneficio no tiene lineamientos de amor, sino lineamientos de vejamen: la caridad no les lleva consolaciones, sino humillaciones. Tener que pedir o tener que aceptar un favor es para ellas una mortificación inmensa que las obliga odiar al que les hace favor. Para ciertos famélicos, para ciertos sitibundos, para ciertos harapientos,

nada hay tan odioso como la mano que les dio de comer, que les dio de beber o les dio de vestir. Para ciertos caídos, nada es tan aborrecible como la mano que se tendió misericordiosa para levantarlos. Por una extraña inversión de las ideas, aquella mano recordará siempre a esos hambrientos, a esos sedientos, a esos mugrientos, a esos arrodillados que tuvieron hambre, que tuvieron sed, que vistieron andrajos y se arrastraron por el lodo: recuerdos odiosos, ¡todos esos recuerdos! Hacer un bien a esas gentes es crearse un enemigo eterno; acercarse a consolarlas es tan peligroso, como aproximarse a desenredar a la mapanare que ha quedado presa entre las zarzas del camino. El conocimiento que en el curso de la vida he hecho de tales seres, me ha explicado esta frase amarga, y a primera vista incomprensible, de un amigo mío, a quien el cacique de mi parroquia perseguía implacablemente: «No me explico esta hostilidad del heroico y denodado general Peñalosa: ¡Jamás le he hecho ningún bien!».

Así, pues, Clementina, con los beneficios que hacía, no se había echado encima ninguna mala voluntad, sino que se había atraído todas las simpatías de los habitantes del callejón, y estaba segura de que nadie averiguaría su pasado.

Iba a penetrar a su casa, cuando una voz muy fresca y argentina gritó desde la ventana de enfrente:

—¡Clementina, buenos días!

—¡Buenos días, Teresa! ¿Estabas ahí? He debido suponerlo.

—¡De veras! ¿Y por qué? —replicó la voz, a la cual una alegría íntima le comunicaba un timbre muy armonioso.

—Porque la calle está hoy muy concurrida.

—La encuentro tan desierta como de costumbre.

—Ahora sí, pero hace un momento, no.

Y Clementina añadió en tono de reproche cariñoso:

—Mira, Teresa, no te hagas la musiuá. ¿Por qué no me lo habías dicho?

En la ventana se escuchó un gorjeo de risas; pero la nombrada Teresa debía ser muy discreta, o muy reservada, porque respondió:

—¿Pero qué quiere usted que yo le diga?

—¡Te felicito! —insistió Clementina—, es un buen mozo.

—¡Ah Clementina! —contestó la voz en medio de sus risas, que esta vez tenían cierta expresión de orgullo amoroso. La voz agregó después:

—Clementina, un favor: antes de bajar abuelito para la oficina, deseamos él y yo consultar con usted un asunto. ¿Vamos allá, o viene usted?

—Yo voy.

—¡Muchas gracias! La esperamos, pues.

Como se ve, Clementina o Josefa había logrado introducirse ya en casa de don Anselmo y su nieta e inspiraba a ellos tanta confianza, que era consultada en ocasiones.

¡Cómo no, si era tan buena! según decían en el callejón.

### III

A los arrabales, orillas de la ciudad, llegan los restos de los naufragios sociales, como a las costas, orillas del mar, llegan los restos de los siniestros marítimos.

Los despojos de locas ambiciones, de seculares orgullos, de éxitos pasajeros, son arrumados unos tras otros a las afueras de las urbes por la marejada, nunca calmada, de la lucha por la vida.

Allí se ve vuelto andrajos el antiguo traje de seda, remendada la bota de charol, apabullado el sombrero de copa, manchado el guante de cabritilla, estirados e inofensivos los épicos alamares militares.

Allí aparecen convertidas en prostitutas barateras las destronadas emperatrices de la orgía, en cigarreras insignificantes las que fueron aristocráticas señoritas. Un brillante riela en una mano curtida; una hebilla de oro ajusta sobre el talle un corpiño de andrajos...

En los barrios sucumbe sin lucha y sin gloria, sin saber cómo, en algún mal rato de desfallecimiento moral o físico, el desfallecimiento de la desesperación o del hambre, en brazos de algún carretero vil o de algún quincallero despreciable, la coqueta elegante y flirteadora que



despreció buenos partidos y jugó sin quemarse con el amor de los elegantes desocupados de los salones distinguidos.

A las orillas de la ciudad llegan los vencidos, los fracasados, los caídos poderosos, que dan a la miseria un matiz desteñido de distinción exótica y falsificada. De entre las sábanas remendadas y mugrientas de los jergones surge una figurilla imperiosa, acostumbrada a mandar y a ser obedecida. Sobre el pavimento terroso de los ladrillos, se extiende un pedazo de rica alfombra que no se sabe cómo ha podido llegar hasta allí y salvarse de empeños y de ventas. Del fondo del tugurio salen cultivadas voces de calandria, cantando en francés o en italiano, las difíciles romanzas de los grandes compositores. Una lavandera que se inclina sobre la batea llena de espuma, sorprende con sus ademanes señoriles y lenguaje culto, que descubre a la gran dama. Cómodas desvencijadas por las continuas mudanzas dejan escapar, al abrirse, exquisitos perfumes medio desvanecidos, como ráfagas lejanas de mejores tiempos; y en hueca claraboya, convertida en hornacina piadosa, se destaca entre velas de sebo el cristo de marfil, enclavado en cruz de plata, con la cabeza agobiada por enormes potencias áureas, último resto del jactancioso oratorio familiar, ante el cual reza ahora la viejecita de tez límpida y cabeza plateada, con quien se extingue en la miseria un abolengo patricio.

Cuando la necesidad obliga a retrovender las grandes casas centrales, o no se tiene con qué pagar el crecido alquiler de ellas, entonces los derrotados aristócratas y ricos se van a los arrabales, donde ya les han hecho campo, arredilándose en viviendas estrechas, los rebaños plebeyos y pobres; los emigrados de las avenidas principales, llenan los suburbios; los palacios inexorables cierran sus puertas y las casucas misericordiosas abren las suyas.

Y viven inmediatos, separados por la tapia del corral y a veces por un simple tabique, familias distanciadas días antes por las arbitrarias des-

igualdades del nacimiento y la riqueza, porque la miseria es niveladora como la muerte.

A esas orillas dolorosas llegan no solo los derrotados del comercio y de la industria, los vencidos del trabajo honrado, sino también los fracasados de la política, los naufragos de las revoluciones y de las evoluciones, los vejados y los vejadores, los insolentes y los serviles, los adulados y los aduladores, en las vergonzosas luchas de las antesalas. El exministro de Estado se codea con el antiguo portero, y el altisonante comandante de armas, caído de su puesto, se toma con el policía de punto una cañita en la pulpería de la esquina.

Meses después del triunfo de la Revolución legalista, merced a la cual cayó otra vez sobre las espaldas de la República el sable de Crespo, pero dejando, eso sí, salvado el principio de la alternabilidad en el Poder, el sacrosanto principio en cuya virtud Páez saboreó las dulzuras de la reelección y de la dictadura, y los hermanos Monagas, animados de un loable sentimiento fraternal, establecieron en beneficio propio una especie de dinastía colateral, y Guzmán despotizó quince años, y Crespo diez, y Castro se había asegurado once, fuera del continuismo subsiguiente proclamado por el padre Arocha, un ejército de albañiles había invadido y transformado una casita abandonada, en la bella casita de donde salió la voz armoniosa que llamó a Clementina. Después vinieron los artistas de la brocha gorda que pintaron al óleo puertas y corredores; siguieron los tapiceros que forraron las paredes y esterillaron los pisos; llegaron después los carros con el mobiliario que una aya o camarera muy rubicunda fue distribuyendo y acomodando en los respectivos cuartos.

Entre los muebles y las habitaciones se notó desde un principio una discordancia manifiesta: las habitaciones aparecían afrentadas por el orgullo de los muebles, y los muebles humillados por lo reducido de las habitaciones. El paraqué y la galería confesaron su pequeñez para albergar las grandes camas talladas, las mullidas otomanas, los orgu-

llosos armarios; y armarios, otomanas y camas, por su parte, se sentían asfixiados en los estrechos recintos. La pobreza del papel de tapicería resaltaba al lado de los dorados marcos de los cuadros. El cielo raso de la sala recibió en pleno rostro el vejamen de un rasguño que le hizo al entrar el orgulloso copete de un larguísimo espejo. Los umbralados desfallecían al peso de las monumentales cornisas. Los pesados pliegues de las cortinas, arrastrándose por el pavimento, apostrofaban desde el suelo lo menguado de aquellas puertas, las cuales a su vez protestaban contra aquellos ropajes que las obstruían y que no habían sido cortadas a su medida. A cada paso sobrevénía alguna contradicción; a la dueña le fue imposible colgar una araña de cristal porque las cadenillas resultaron demasiado largas para aquel techo demasiado bajo: el magnífico piano de cola, como buen inglés, invadió y se apropió casi toda la sala; el piano no quedaba bien en la sala, por la sencilla razón de que esas salas no se han hecho para tener pianos de cola; en fin, entre todas las cosas recién llegadas y la casita se notaba repulsión y desarmonía.

Pocos días después, una tarde se detuvo un coche a la puerta, en la cual la aya recibió a un anciano de porte distinguido y simpático, que ayudó a bajar a una niña como de ocho años.

El coche partió y ellos se quedaron, eran los habitantes de la casita. Esta se pobló de rumores y se iluminó de alegría.

El silencio que antes reinaba en ella fue interrumpido por las risas argentinas de la niña, y las cascadas risas del anciano. Aquellas voces, tan distantes una de otra, y sin embargo tan unidas por el cariño, no ofrecían ningún ingrato contraste. La faz pálida y la faz sonrosada se veían a veces en la ventana muy juntas y muy calladas, como una noche de luna y una sonrosada aurora que dialogaran en silencio. La paz que reinaba entre aquellas almas, que estaban tan unidas sin embargo de estar tan distantes; el amor en que se fundían aquella vida que acababa y aquella vida que empezaba; la conjunción de aquella alba y aquel ocaso;

el amor que enlazaba aquellos corazones, lleno el uno, se comprendía, de los desengaños de la vida, y repleto el otro de las inexperiencias de la vida, fue inundando la casita de una calma apacible y armonizadora, que hizo desaparecer poco a poco la enemistad de las cosas. Todo se adaptó a todo. El damasco de los sofás y de las butacas, olvidado de las alfombras, hizo amigos con la humilde esterilla de esparto: los alambres del piano inteligentemente heridos, dejaban escapar suavemente sus vibraciones, para no afrentar lo bajo del cielo raso, el cual agradecido, en vez de aplastar las suaves notas, les comunicaba una resonancia muy apagada y muy triste: la salita, reconciliada con el piano, se convirtió en caja armónica: el piano, reconciliado con la salita, la pobló de notas.

Y luego el transcurso del tiempo iría poniendo a todo su sello nivelador de vetustez, que rebajaría los orgullosos a la misma condición de los humildes; el pulimento de los muebles se empañaría, raídos quedarían los almohadones de peluche, el dorado de los espejos desaparecería, en las maderas haría su nido la carcoma, y nebulosas negras y opacas irían extendiéndose por la luna de los espejos de grueso cristal.

La niña era nieta del anciano.

El anciano, triste como todos los viejos, se llamaba don Anselmo.

La nieta, alegre como todas las niñas, se llamaba Teresa.

La tristeza de don Anselmo ponía a ratos pensativa la alegría de Teresa; y el buen humor de Teresa llevaba cierta luz a la tristeza de don Anselmo. Entonces en el alma de ellos se hacía el crepúsculo, esa media tinta espiritual en que hay tanto de luz como de sombra, tanto de dicha como de dolor, en que no se sabe si se está alegre o se está triste y en que con igual facilidad asoman las lágrimas a los ojos o las sonrisas a los labios.

Teresa, muy inteligente y muy buena, comprendía a pesar de sus pocos años, que su abuelo sufría mucho, y que era preciso alegrarle un

poco la vida: su alegría, pues, era reflexiva, y no constituía el fondo de su carácter.

El abuelo se sumía a veces en largas cavilaciones, de las cuales la causa no era él, sino su nieta: los seres que ya no tienen porvenir por delante se preocupan del porvenir de los seres amados: la experiencia de los viejos se conturba con las ilusiones de los niños: las barcas desmanteladas que entran en el puerto, compadecen a las barcas empavesadas que salen a la mar.

—Aprende a cantar y a tocar el piano —le decía siempre a su nieta—; conozco muchas niñas pobres que viven honradamente de dar lecciones.

Teresa no comprendía el alcance por venir de aquellas palabras; pero entendía su significación inmediata; al par que su garganta se educaba en el solfeo, las manos de ella, que no abarcaban una octava del teclado, hacían en el teclado maravillas.

Era ya una pequeña artista, una artista de la ejecución y de la expresión; sus dedos ágiles e inteligentes no se limitaban a ejecutar con precisión mecánica la música de los grandes maestros, que al lado del piano, se veía en hermoso anaquel: la interpretaba; el alma de ella adivinaba el alma del autor.

Cuando, después de haber vendido uno tras otro, muchos muebles no indispensables, quedaron solo los necesarios, y por falta de recursos, hubo que despedir también a la aya rubia y roja, que era a la vez notable profesora de canto y piano, ya la discípula ejecutaba los ejercicios de Chopín y los estudios de Beethoven tan bien como la maestra. «Yo no tengo ya nada que enseñar a la señorita», exclamaba con calor el aya, cuya musical alma alemana vibraba con la música de Teresa.

La dueña partió. Teresa, que mariposeaba para hacer travesuras, siguió mariposeando para hacer oficio; antes jugaba y ahora trabajaba; el movimiento inútil se convirtió en movimiento útil: eso fue todo.

Aquella chiquilla, que sin saber cómo y por qué, amaneció un día convertida en ama de casa, y que solo sabía jugar a las muñecas, tocar el piano y cantar, siguió con sus risas cristalinas y sus cantos a media voz, cumpliendo con sus grandes responsabilidades domésticas; el taconeo inquieto y menudo que antes no salía de las habitaciones interiores, resonó menudo e inquieto en el jardincito, en el patio, en el corral, en la cocina, dando órdenes a la única sirvienta que había, y presidiendo como una Cenicientilla adorable las importantes operaciones del lavado, del fregado y del barrido.

Más tarde hubo que despedir también a la sirvienta. A don Anselmo no le quedaron entre sus papeles amarillentos sino pagarés con firmas no muy garantizadas, de esos que los negociantes en grande escala guardan en gruesos paquetes en su archivo, más con la idea de saber cuánto han perdido, que con la esperanza de obtener algún día el pago de ellos. Otros habían sido cobrados ya, por su valor íntegro algunos, por la mitad y por la cuarta parte los más. Con estos pagos, obtenidos después de muchos aplazamientos y disgustos, se había vivido hasta entonces; quedaban solo los otros pagarés, los inútiles e incobrables, con las firmas de todos esos badulaques inevitables, que no se sabe de dónde salen, y caen en las buenas fortunas, como las moscas en los platos de sopa, no obstante las precauciones que se toman contra ellos.

Don Anselmo emprendió el asedio de todos esos deudores, confiado, no en la honorabilidad de tales maulas, sino en que la suerte tal vez le haría echar senas en aquellas gestiones, más inseguras que una parada de tapete. El resultado fue que nadie le pagó: unos le decían que no tenían con qué, y otros más cínicos le opusieron desde luego la prescripción; todos lo insultaron: fue entonces cuando hubo que prescindir de la cocinera también.

Teresa, alegre siempre como un alba de Navidad, hizo con sus propias manos lo que antes hacían las criadas. A cada una de estas limitaciones

en el servicio, a que acompañaban otras muchas privaciones de otro género, aumentaba la taciturnidad triste de don Anselmo; y Teresa, para contrarrestar esa preocupación del anciano, aumentaba el derroche de su buen humor en la misma medida.

La historia de don Anselmo Rubio era una historia vulgar: estaba muy pobre después de haber sido muy rico, cosa que llama tan poco la atención como estar muy rico después de haber sido muy pobre, en un país de asalto, donde se hacen y deshacen los fabulosos capitales como las nubes en el cielo y las olas en el mar. Una turba burocrática reemplaza a otra turba burocrática en el espacio que va de una Regeneración a una Restauración. Pocos años separan a Bruzual Serra, bohemio que se hizo millonario y murió miserable, de Manuel Modesto Gallegos, que está miserable, después que vio correr por sus manos un río de oro. Mermados están los millones que testó el Ilustre Americano; mermados los millones que dejó el Héroe del Deber, y poco boyante se encuentra la sucesión de Andueza Palacio. Andrade todavía no se da cuenta de cómo se desvanecieron en sus manos las talegas que en ellas tuvo del tesoro público.

A los que se adueñan del poder en Venezuela, no se les puede recordar, porque no hay tiempo, que hay poca distancia del Capitolio a la roca Tarpeya: esas dos alturas, la altura del éxito y la altura del castigo, a fuerza de estar juntas se han compenetrado en una sola, sobre la cual se yerguen las grotescas figuras de nuestros caudillos, que en medio de las apoteosis que les hacen sus dolosos cortesanos, dejan ver en la faz inquietudes, como de presos en capilla. La cumbre del poder y la cumbre del delito, el solio y la horca, se han compenetrado en una sola, para hacer pedestal a nuestros héroes justiciables, en cuyos rostros se alternan la ferocidad y el miedo, con la movilidad risible y medrosa de un gorila enfurecido. Cada camarilla triunfante asalta el poder con mayores apetitos de lucro y de mando que la predecesora; el despotismo estúpido de Crespo hace recordar con cariño el despotismo oropelesco

de Guzmán Blanco; el gobierno vacilante de Andrade justifica el despotismo de Crespo; la tiranía sanguinaria de Castro exhibe como una época arcádica la administración anodina de Andrade; la Regeneración parece un paraíso, contemplada desde la Restauración. No marchamos hacia arriba, sino que descendemos; el hundimiento de hoy será visto como una cumbre desde el hundimiento más profundo de mañana.

Advertidos por una amarga experiencia, los venezolanos miramos el porvenir con desconfianza pesimista, convencidos casi de que lo que queda atrás, con ser tan malo, es mejor que lo que viene. El porvenir, hacia el cual se tienden con cariño las miradas de hombres y de pueblos, buscando en él la ilusión y la esperanza, que reaniman las fatigas del presente, en Venezuela no ofrece sino sombras al pensador solitario y patriota que vive separado por su propia dignidad, de las camarillas que marchan hacia las ruidosas recepciones cesáreas, y hacia las fracturas de las cajas públicas.

La antítesis constituye la decoración de nuestra comedia social y de nuestro sainete político; la opulencia y la miseria, el palacio y la barraca, el ministerio y el calabozo, las aclamaciones ruidosas y las proscricciones implacables, los vítores y los mueras al Ilustre Americano, los vítores y los mueras al Héroe del Deber, los vítores y los mueras a Andrade, cuyo fugaz gobierno no les dio tiempo a los industriales de la adulación de darle el título correspondiente, sucedense unos a otros como la algarabía de una borrachera de pretorianos insumisos o de lacayos en huelga. A cada transmutación política sigue un cataclismo social y económico; de las prisiones salen unos presos que ponen grillos a los antiguos carceleros; fortunas que se desmoronan, fortunas que se improvisan, basuras que estaban en el fondo y que suben arriba, cortesanos que se hunden, cortesanos que flotan, cortesanos que surgen, familias que se pierden, mujerzuelas que se aristocratizan, ruinas súbitas, millones improvisados; la emigración de estos, que van a asegurar en el extranjero la digestión del interrumpido festín; el retomo de aquellos,

que vienen a buscar en las arcas nacionales cómo satisfacer las abstinencias y las deudas del exilio; y todo esto sucediéndose con una rapidez febril, que no es el tranquilo cambio orgánico, la renovación fisiológica de las sociedades sanas, sino la rápida descomposición cadavérica de las nacionalidades que se disuelven.

No solo las fortunas se barajan y se amasan en esta vida de torbellino. Los apellidos y las honras tienen la misma suerte que las fortunas. Por malos caminos andan, no por maldad sino por necesidad, las hijas de muchos poderosos favoritos de ahora treinta o cuarenta años; y tal vez serán flores de burdel mañana, los tiernos botones de algunos poderosos favoritos de estos tiempos. ¡Cuánto ilustres apellidos se arrastran por el lodo, y seguirán arrastrándose, a consecuencia de la inseguridad y de la transmutación violenta de esta vida de barajuste! Ningún país del mundo, como no sean las Satrapías asiáticas, ofrece, como Venezuela, esa fugaz inestabilidad en todo, ese cambio frecuente de amos y de camarillas, esa alternación rápida en el saqueo y en la explotación. Diríase que los venezolanos, teniendo la íntima convicción de la inseguridad de la libertad, de la propiedad y de la persona, asaltan el tesoro público para dilapidarlo alegre y prontamente junto la vida, antes de ser robados, encarcelados o muertos por alguna revolución triunfante, antes de la terminación del desorden nacional por medio de una crisis que se sospecha y se teme, y que no se sabe si será la anexión, la conquista o la regresión a la selva primitiva, crisis hacia la cual marchamos con el pabellón amarillo a la cabeza, en medio de un grotesco grupo de caudillos fanfarrones, de periodistas corrompidos, de académicos ignaros y de oradores rimbombantes, como cantimploras vacías.

A ninguno de estos le importa nada que la muerte lo sorprenda pobre: su pobreza servirá para hacer una de las farsas más cómicas de Venezuela.

Nadie dirá que el general X, después que desempeñó altos puestos

y les sacó mucho jugo, murió miserable porque era mujeriego, porque era jugador y porque era borracho. Los numerosos agentes de la falsificación afirmarán que el general X murió pobre porque era un hombre honrado, y acabarán por pedir una pensión para la familia del difunto.

¡Y la pensión se decreta en favor de los hijos, como justiciera compensación de que su padre gozó de buenos sueldos y se cogió todo lo que pudo!

Las alternativas de la fortuna de don Anselmo no habían sido de esta especie; su riqueza pasada no se debió al bandolerismo burocrático corriente, ni su ruina actual era producida por viciosas prodigalidades. Se había enriquecido trabajando como bueno, y gastó una gran parte de su capital construyendo casas para obreros en todo el perímetro de una plaza de Caracas, las cuales le producían una gran renta. Un personaje muy importante de la política le quitó las casas; don Anselmo no encontró ningún tribunal que quisiera oír su querrela; fue empobreciéndose; una hija viuda murió y le dejó una nieta, Teresa, con la cual, completamente pobre ya, buscó un postrer refugio económico en el callejón donde vivía desde hacía muchos años.

Fue Teresa la que llamó a Clementina.

Llevados por los decretos desconocidos que aproximan las vidas y mezclan los destinos, antes que don Anselmo y su nieta, es decir, antes de la Revolución legalista, había llegado al callejón otra familia compuesta de un caballero ya de edad madura, su esposa, y un niño huérfano, nieto de ellos. Eran no solo unos vencidos sino también unos perseguidos. No habían arribado a la orilla como don Anselmo, con aires de pasada grandeza, sino con el aspecto de la miseria más profunda y el cansancio de las largas jornadas. Tenían en epidermis y escleróticas el pigmento palúdico, y en ademanes y palabra la vivacidad intelectual,

la independencia altiva, el acento cantado, la reserva mañosa, pero no desleal, de los habitantes de los llanos.

El caballero se llamaba don José Bustos y había regentado por muchos años un colegio en una población de segundo orden en los llanos del Guárico. Ilustró en la medida de sus conocimientos a dos o tres generaciones, y ejercía tranquilamente el caritativo ministerio de desasnar almas, sin pensar que pudiera crecer hasta hacerse hombre, y llegar a ser general pundonoroso y denodado, un desmirriado muchacho a quien él tuvo que reprobar en unos exámenes por estúpido, y expulsar luego de su colegio, por malo.

El padre del muchacho estaba empeñado en que don José lo hiciera bachiller, para después mandarlo a la Universidad Central a que lo hicieran «dotol», pues para eso había hecho todas las campañas de la guerra larga. Si a él le habían dado unas charreteras en tiempo de guerra, nada más natural que a su hijo, en tiempo de paz, le dieran un diploma.

Pero el muchacho resultó un paquidermo, con más inclinaciones a la animalidad que a la intelectualidad. El más despreocupado y fraudulento fabricante de doctores, el rector más venal de la universidad más corrompida, no habría tenido valor para concederle el ansiado título a aquel individuo; la dignidad consular que Calígula discernió a su caballo podría explicarse más fácilmente que la dignidad doctoral en aquella frente deprimida.

En virtud de una lógica afinidad, Celestino, que así era el nombre del muchacho, no tuvo en el colegio más habilidad que mugir como los toros, rebuznar como los burros, relinchar como los potros, gruñir como los cerdos. Nunca se le oyó silbar, ni cantar, ni tararear siquiera una de esas tonadas llaneras, de solo tres o cuatro notas, monótonas y tristes, como el panorama desolado y siempre igual de las llanuras. Jamás el muchacho ese recitó una de esas coplas pamperas, chispeantes e hirientes como un bote

de lanza, ni un corrido de tradición o de pasión, de esos que en las veladas de las queseras o de los rodeos inician a aquellas mentalidades infantiles y simples, en vagos ensueños de epopeya y de amor:

«Anoche a la media noche  
la media noche sería,  
la luna que despuntaba  
y yo que me despedía...»

Nada de eso aprendió a recitar Celestino, que en cambio se sabía los chascarrillos soeces de la canalla y los equívocos, de intensa malicia, atribuidos al español Quevedo o al criollo Arvelo; no aprendió a bailar, pero sabía tirar puntapiés a la altura de la cara de su adversario; no llegó a adquirir el arte de hacerse el nudo de la corbata, pero era habilísimo en aguzar y afilar una cuchilla, que constantemente llevaba sostenida en la pretina de los pantalones.

Tenía la cara asimétrica, con medio lado notablemente hundido, como si en el seno materno, durante la gestación, los genios de la vida, irritados contra aquel feto, hubieran estampado en él la marca de un puntapié: las orejas, como las de los seres destinados a vivir en las madrigueras, eran desproporcionadamente pequeñas y separadas del cráneo, como para recoger los imperceptibles ruidos de las asechanzas. Su fisonomía en calma, trasudaba los malos pensamientos; cuando el equilibrio de aquel rostro se rompía, era porque se estaban ejecutando las malas acciones. Después de un momento de reflexión él se iba, y a poco se escuchaba por los lados por donde había desaparecido, la nota de algún sufrimiento. Entre sus cejas vivía la amenaza; en su boca el gesto sardónico de la risotada. La nube sombría o la alegría siniestra, el ceño o la carcajada, son los dos extremos en que oscilan ciertos rostros, que corresponden a los dos extremos en que oscilan ciertas almas: la premeditación del mal y la realización del mal. Por él estaba chucuto el perro

del colegio, el gato cojo, y las aves del corral arrastraban por el suelo sus alas desarticuladas; desde que él entró al instituto no volvieron a piar las golondrinas en los aleros, ni los pichones en el palomar, porque los nidos fueron arrasados; ni las mariposas revolotearon por el corral al entrar el invierno, porque habían sido destripadas las crisálidas, ni las flores alegraban con la profusión de antes el jardín, porque las manos de Celestino, con rencor bestial y salvaje, deshojaban los botones.

Todo lo que era bello, todo lo que era inofensivo, merecía su odio. Era fuerte como un torete, receloso como un tigre, estúpido como un váquiro, terco como un mulo. Entre la turba estudiantil nadie le galleaba a él y él les galleaba a todos; había vencido a camaradas de más edad y de más talla que él: se impuso.

Aquel mozo perverso conoció en los demás el miedo, y como siempre ha sucedido, el miedo ajeno y la perversidad propia, generaron en él la noción vaga del dominio despótico. No lloraba nunca ni suplicaba; de un encierro lo sacaron a los dos días, casi exánime, resuelto a morir de hambre, antes que darle satisfacción a un compañero a quien había abofeteado; era valiente y también traidor: cuando no podía atacar por la espalda agredía de frente. Tenía todas las cualidades de la vida ancestral y le faltaban las de la vida civilizada; estaba hecho para la selva y no para la ciudad; era un regresivo producto troglodítico. Aquel hombre, organizado para luchar con las fieras, nació por equivocación en un medio donde lucharía con los hombres; hecho para jefe de horda, sería jefe de partido en un país semibárbaro donde triunfa y obtiene prerrogativas una cualidad bárbara, la valentía feroz.

La guapeza es virtud de los bosques, vestigio que va desapareciendo del salvajismo primitivo. En los medios cultos la guapeza no vale nada: nuestros guapetones en París, Londres o Nueva York irían a presidio, o serían contemplados como los héroes de Mozambique, que llevan a esas ciudades durante las exposiciones universales, para divertir al público.

Los caciques militares que entre nosotros asaltan el tesoro público, en las calles de París, llevados de sus pensiones, asaltarían el bolsillo del transeúnte: lo que entre nosotros es heroísmo allá sería apachismo; allá sería castigado lo que entre nosotros es alabado. La guapeza es cualidad inferior e inútil en los países donde predomina la inteligencia y el derecho, y cualidad relevante en los países donde predomina la brutalidad y el hecho. El valiente es producto de medios bárbaros así como el sabio es producto de medios cultos. El héroe y el sabio representan el punto de partida y el punto de mira de la peregrinación humana; las dos energías que llenan con sus luchas todo el campo de la historia donde, hace siglos, vienen combatiendo el hecho y el derecho, la fuerza y la justicia, el despotismo y la libertad.

El valiente jamás sobrepujará el coraje ni la resistencia de un gallo de riña: este animal representa el límite del valiente; el sabio puede acercarse a los dioses: la divinidad es el límite del sabio.

A medida que la civilización avanza se va encontrando inmerecida la gloria que se ofrece a los héroes e injustamente mezquina la admiración que se tributa a los apóstoles y a los sabios. Alejandro y Tamerlán, sacrificadores de hombres, van pareciendo menos grandes que Jenner y Pasteur, salvadores de hombres, y menos aún que Moisés y Confucio, apacentadores de hombres. ¿Los que inmolan pueblos a su ambición, serán más dignos de alabanza que Yersin, que le hace a la humanidad el sacrificio de su vida?

¡Empieza a maldecirse a los héroes y a bendecirse a los sabios!

Día llegará en que los conquistadores y los déspotas serán considerados como insignes bandidos, cuya gloria se debe al sentimiento que impulsa a la humanidad a arrodillarse ante los grandes delincuentes a los cuales no puede ahorcar. No se trata aquí de los altos caracteres que han puesto su energía al servicio de un alto sentimiento de libertad y de justicia: la guapeza de estos está ennoblecida con el altruismo de sus

propósitos; la dosis de animalidad y de músculo que hay en todo valor, está en ellos excusada con la dosis de corazón y desinterés que hay en todo ideal: sino de los que utilizaron su talento y su voluntad en beneficio de su propio engrandecimiento; no van estas líneas en baldón de los Libertadores, sino de los Usurpadores.

¡Los héroes cesáreos son odiosos! La criminalidad que se observa en los tiempos de paz tiene el mismo origen que el heroísmo que se observa en los tiempos de guerra: marchar contra el enemigo revela el mismo valor animal que marchar hacia el patíbulo. Muchos caudillos denodados, en épocas normales serían simples presidiarios; muchos presidiarios, trasladados a los campos de batalla, serían héroes. El bandido y el héroe están hechos de la misma pasta: los presidiarios que han escapado de las penitenciarías europeas, en Sur América se transforman en generales; los matasietes criollos que van a Europa o a sus colonias, ingresan allá en los presidios. Espíritu Santo Morales, héroe venezolano, en Trinidad, por haber querido introducir el desorden en la Isla, fue a la yola. Barret de Nazaris, escapado de Cayena, en Venezuela, fue al Capitolio. El día espantoso en que la acción común de las naciones civilizadas establezca un protectorado en el Continente Enfermo, todo el caudillaje heroico de Centro y Sur América, arrastrará cadenas. Van a faltar prisiones para alojar ese hatajo de pícaros que actualmente viven en las casas del gobierno y en los ministerios. Cuando el amor y la justicia reinen en los Estados Unidos del mundo, hermoso ideal humano, el héroe habrá desaparecido. En esa etapa de la civilización habrá terminado el reinado del hecho, como antítesis del derecho, y habrá desaparecido el héroe, personificación brutal del atentado y de la fuerza.

Venezuela, país de caudillos y de generales pundonorosos y denodados, se ha quedado, a causa de ellos, rezagada en el camino del progreso. Esta nación, desde el año de 1848, ha caído en poder de una camarilla que ha cometido toda clase de atropellos, y se le pasan los años en ha-

cer aclamaciones, apoteosis y unificaciones, en favor de todos los que triunfan. Carnicerías y rapiñas llenan los campos de inmensos alaridos; entradas triunfales de pequeños grandes hombres, llenan sus ciudades de himnos interminables; más que el mar lo que separa a Venezuela del mundo civilizado son sus caudillos; el jefe de las cavernas vive todavía en el jefe de partido y echa a la espalda la civilización.

El muchacho que don José expulsó de su colegio se hizo hombre, y como no tenía oficio ni beneficio, y además era guapo y estúpido, se hizo héroe: primero fue un prestigio de «pata en el suelo», en el hato del general, su papá; después en la aldea, fue un prestigio rural de alpar-gatas; luego, en la cabecera del distrito, fue un prestigio de liquilique y zapatos, y más tarde, en la capital del Estado, fue un prestigio de botas de campaña y espuelas de plata, que tosía y hablaba fuerte: para esa época ya era general. El presidente de la República advirtió a los laboriosos habitantes del estado Guárico que en las próximas elecciones tenían absoluta libertad para votar... por el general Celestino; y salió electo presidente del Guárico en unas elecciones libérrimas el general Celestino, a quien ya la prensa local y la de Caracas habían hecho «liberal decidido, amigo insospechable del presidente de la República y una de las más sólidas columnas de la paz pública».

En el poder, la adulación foránea rodeó al general Celestino y lo convenció de que el que llega a esas alturas a donde no alcanza la ley, puede hacer todo lo que guste, sin temor a la ley; y como el antiguo estudiante le subsistía en el fondo del alma un gran odio al rector que lo expulsó del colegio, porque por culpa de él no podía llamarse general y doctor como otros muchos compañeros suyos, le ordenó cerrar el instituto, después le vedó ejercer en el estado su profesión de médico, y en seguida vender el ganado de su hato, con la expresa advertencia de que si se disgustaba lo metería en la cárcel. Fue entonces cuando don José, sitiado por hambre y perseguido, se trasladó a Caracas. Pero no se calmó



el presidente; los cortesanos foráneos, hábiles como buenos cortesanos en halagar los malos instintos de sus amos, le dijeron un día al general Celestino, mostrándole desde una loma el ganado de don José: «Esas reses son tuyas», tal así como Villiers dijo a Luis XVI señalándole el pueblo desde un balcón de palacio: «Esas turbas os pertenecen». Y por el espacio de muchos días recorrieron el hato de don José, arreando el ganado hacia el hato del presidente, unos vaqueros armados de lanzas y winchésters, con todo el aspecto de unos bandidos, si bien eran los agentes del orden público en el estado. Otro día los áulicos lugareños, desde la misma loma, le mostraron al general Celestino las sabanas de don José y le dijeron: «También son tuyas esas tierras». Y las cercas de alambre que separaban los dos hatos se rompieron en un punto, se abrieron codiciosamente, se estiraron como dos tentáculos de pulpo, y volvieron a cerrarse, dejando agregada una gran parte del hato de don José al del presidente.

Don José voló a los llanos a defender su propiedad llevando consigo a su nieto, que se empeñó en acompañarle.

Un día que obtuvo audiencia del presidente, llegó en compañía del pequeño Juan a la casa de gobierno, atravesó los corredores, obstruidos por una cuerda de gallos en cuido, entró a la sala del despacho, donde en compañía de su secretario, encontró al benemérito primer magistrado del estado en franela y calzoncillos, apoyados en el travesaño del asiento los pies desnudos, que habían dejado en el suelo las cotizas.

Don José, deteniéndose, hizo una cortés reverencia en la puerta.

El presidente le dijo campechanamente:

—Socio, ¿qué quiere? Entre y siéntese.

Don José, un poco picado con ese tratamiento familiar e irrespetuoso de su antiguo discípulo, permaneció en pie, en muestra de respeto al presidente, y para echar entre él y el general Celestino la separación de

la buena crianza; y dijo, con toda la candidez de los que creen en las garantías ofrecidas por el Gran Partido:

—Un informe del mayordomo de mi hato me ha obligado a venir desde Caracas a molestar la atención del ciudadano presidente, en uso de un derecho que establece la Constitución: el derecho de petición.

—¿Y qué más, mi amigo?

El general Celestino, desde que era presidente, gustaba de interrumpir con esta pregunta a sus interlocutores, en señal de mando.

—Y he querido recurrir —continuó don José— en defensa de mis derechos, antes que a los tribunales de justicia, al ciudadano presidente, en su carácter de primera autoridad de policía...

—¿Y qué más, mi amigo?

— ... para que ordene que se me devuelvan mis reses, que me han sido robadas...

—¿Y qué más, mi amigo?

—... y mis sabanas, que me han sido usurpadas...

—¿Y qué más, mi amigo?

—... pues la propiedad, con todos sus fueros y privilegios, es otra garantía establecida por la Constitución...

—¿Y qué más, mi amigo?

El general Celestino hacía maquinalmente su eterna pregunta, sin ponerle atención o sin importarle nada la querrela que ante su curul de magistrado hacía aquel ciudadano; pero el secretario de gobierno, que estaba muy atento, se levantó de su mesa, y se dirigió a la mesa del primer magistrado.

—... y los gobiernos—prosiguió don José— tienen la misión de hacer efectivas las garantías constitucionales.

—¿Y qué más...?

El secretario de gobierno había llegado ya a la oreja del presidente y le dijo en voz baja: —«Ese hombre le está faltando el respeto».

—... mi amigo? —concluyó el general Celestino.

Después, dirigiéndose al alguacil que estaba parado a la puerta, le ordenó:

—Pantaleón, arrésteme ese hombre por desacato a la autoridad.

Escupió por el colmillo, metió nuevamente los pies en las cotizas y se fue, seguido de su secretario, a curarles con cambur maduro una terrible epidemia de carate que en esos días les había caído a los gallos.

Y la gran frase político-administrativa a la cual debe Venezuela su asombroso progreso, llenó el salón del despacho, proferida por el alguacil, quien se le encimó a don José con el machete enarbolado en alto, exclamando: «Marche pa la cárcel».

Don José, con un movimiento instintivo de defensa, levantó también su bastón; y este nuevo desacato a la autoridad acabó de despertar la belicosidad del policía, quien dejó caer el arma envainada sobre las espaldas del anciano.

El pequeño Juan, ciego de ira, en defensa de su abuelo, tiró con todas sus fuerzas lo único que halló a la mano, un tintero, contra el pecho del polizonte; entonces este descargó también su machete sobre las espaldas del niño, quien cayó de bruces a tierra derribado por la violencia del golpe. El niño se revolcó un momento en el suelo, exasperado por el dolor y por la ira; cuando se levantó con la faz roja, hinchadas las venas del cuello, dilatadas las naricillas, sin lágrimas los brillantes ojos, vibrante de sollozos el cuerpecito, vio que el policía a rempujones hacía marchar a don José, que volvía la cara para ver si le había sucedido algo a su nieto; y este, atrás gritando: «Papaíto, papaíto», se detenía a cada momento, tratando inútilmente de arrancar algún guijarro del piso, para tirarlo a la cabeza del alguacil; hasta que su abuelo y el conductor

desaparecieron por una puerta, guardada por un soldado, que echó al niño a la espalda y lo amenazó con la culata del fusil, cuando llegó y quiso entrar. El pequeño se quedó en la mitad del arroyo, hosco y fiero, desafiando con su debilidad el atentado triunfante.

Tenía el asombro colérico que causa a los niños la primera sospecha de que la vida es vil y los hombres son miserables. El atropello, demasiado brutal para ser olvidado, estampó en la tierna alma de Juan su marca decisiva y eterna; el dulce y natural amor a la justicia, exhibió su reverso amargo y sombrío: el odio a la injusticia. La eterna Themis que vive en el fondo de la conciencia humana apareció en el fondo de su conciencia, no solo remunerativa, sino también vengadora; la austera noción del castigo surgió al lado de la bondadosa noción del premio; presintió que hay opresores y oprimidos, explotadores y explotados, amos y siervos: generoso como era, simpatizó con los primeros y aborreció de muerte a los segundos; comprendió que hay iras santas, venganzas sagradas, rencores nobles. Se sintió abandonado, en la calle desconocida; con los puños levantados demandó del cielo piedad; con los ojos suplicantes buscó en todas direcciones un ser a quien pedirle protección; y a aquella demanda de justicia pedida a los cielos y a los hombres, contestó la calle con su desierta soledad, y el cielo con su mutismo impasible...

A don José no le hubiera sucedido lo anteriormente narrado, si en vez de invocar las garantías constitucionales, creyéndose ciudadano de una república, hubiera llegado «velutinescamente», y con la más suave de las voces y la más melosa de las sonrisas le hubiera dicho al general Celestino, dándole vueltas al sombrero entre las manos fingiendo una conmovedora timidez de liberto, estas palabras más o menos: «General, yo le cerré a usted el camino de las letras, porque adiviné en usted el caudillo providencial, cuyos hechos portentosos tienen asombrado al mundo. Y le cerré a usted las puertas de mi colegio, es cierto, pero fue para abrirle las puertas de la gloria. Ha llegado usted a la cumbre, y

el dolor que entonces sentí expulsándolo, se cambia hoy en gozo, admirándolo. ¡He venido desde Caracas a significarle personalmente mi gratitud por la gran honra que usted me ha discernido, trasladando mi ganado a su hato, y uniendo mis sabanas a sus sabanas!».

Las alabanzas de esta especie acanallada y servil constituyen un verdadero canto de sirena para nuestros imbéciles caciques. La adulación tiene una influencia extraña sobre esas mentalidades embrionarias. ¡Qué fácil es seducir a esos paquidermos! Algunos hambreados intelectuales del país lo comprenden, y por eso cultivan con tanto esmero un nuevo y productivo género de literatura: la literatura del panegírico. La vanidad de los héroes criollos es un filón que explotan, desde Fausto Teodoro de Andrey hasta Gumersindo Rivas, los que trajeron al mundo la triste prerrogativa de carecer de todo pudor. La indignancia mental de esos poderosos explica los éxitos turiferarios de esos plumíferos. La grandeza de los hombres públicos, al igual que por la trascendencia de sus hechos, se mide por la talla de sus cortesanos: eran reyes los áulicos de Napoleón, Emperador; eran héroes los áulicos de Bolívar, Libertador; eran filósofos los áulicos de Washington, Fundador. Cuando los bufones expulsan del circo a los atletas, y los retóricos arrojan del foro a los oradores, y los charlatanes asaltan la cátedra de los filósofos, y los curiales expulsan de los tribunales a los jurisperitos, es porque los augústulos imponen el reinado de la mediocridad a un pueblo en decadencia: fueron proxenetas los áulicos de Castro, Restaurador.

Los despotismos sucesivos que han pesado sobre Venezuela desde el descubrimiento hasta la Restauración: el despotismo de la conquista, el despotismo de la colonia, el despotismo de la independencia, el despotismo de los centrales y de los federales, el despotismo de los godos y de los liberales, han enfermado al fin a Venezuela de una enfermedad incurable: el miedo. Y ese miedo estuvo bajo la dictadura de Castro en su período álgido y afónico: en Venezuela se sudaba frío y se hablaba

a señas. En la mente aterrorizada del pueblo ese despotismo se destacaba a una altura a que no llegó el de Guzmán Blanco: era un error de observación y de comparación. Las esfinges del Nilo parece en ciertas épocas que han crecido sobre sus pedestales; pero no es que las esfinges se hayan elevado, es que el nivel de las aguas ha descendido. Castro no tiene, ni intelectual ni moralmente, la talla del Ilustre Americano; y si el despotismo del Restaurador parece más imperioso que el del Regenerador, es porque el nivel moral de Venezuela está más bajo hoy que lo estuvo entonces. Los concejos municipales, las legislaturas regionales, los congresos nacionales, los presidentes de los estados, no los tuvo Guzmán Blanco tan unánimemente viles, como los tuvo Castro. La semilla de corrupción que sembró el Regenerador prendió y creció con Crespo, y le dio sus frutos a Castro. Este fue lo que fue por una especie de fatalidad cronológica. Llegó a tiempo para recoger una triste cosecha de envilecimiento que había invadido un campo refractario siempre en Venezuela a todo envilecimiento: la juventud. Entre los cortesanos de Guzmán Blanco no se vio un rostro juvenil. La juventud se irguió siempre altiva ante el despotismo del Ilustre. Eran adolescentes imberbes todavía, casi todos los aduladores del Restaurador: en ese vergonzoso torneo de genuflexiones que fue la Restauración, los adolescentes hicieron huir asombrados y avergonzados a los viejos veteranos del incondicionalismo.

A la voz de Castro no replicaba ninguna voz: a su voluntad no se le enfrentaba ninguna voluntad. Castro extendía su despotismo sin ningún esfuerzo, sin ningún acto de energía, con solo ocupar los reductos que sin lucha y espontáneamente le entregaba el carácter nacional. El despotismo de arriba no tenía que luchar con el miedo de abajo, un miedo pavoroso y sin medida, que se manifestaba en todo. Las apolo-gías bochornosas de la prensa eran miedo; el mutismo de los congresos, miedo; la pasividad de los ministros, miedo; las largas listas de adhesión

partidaria, miedo; los votos razonados, miedo; el inacabable canto de gansos que se oía en toda la extensión del territorio nacional, miedo; las aclamaciones, los plebiscitos y las apoteosis, miedo; y hasta esos alardes épicos, en que Cambrones anémicos por el hambre preferían morir a rendirse, eran obra de miedo, el miedo a la muerte lenta, a la agonía prolongada del Castillo de San Carlos, la prisión sombría donde florecía un jardín de suplicios desconocidos, e imperaba como un demonio dantesco Jorge Bello, retinado artista del tormento y la tortura. Por algo es por lo que siempre da al viento, cualquiera que sea la revolución que triunfe, sus pliegues el pabellón amarillo; ese pabellón lívido que ha llegado a ser el símbolo heráldico del carácter nacional. Por miedo se evitaban en la calle ciertos encuentros; por miedo se mendigaban en la calle ciertos saludos; por miedo, los que recibían alguna carta del extranjero iban todos temblorosos a abrirla ellos mismos en presencia del Invicto; por miedo se habían relajado hasta los lazos de la sangre: «General —decía un padre—, mi hijo ha adoptado una actitud subversiva, pero yo no tengo nexos con mi hijo, sino con la Restauración». «Cabito —decía un hijo—, la actitud de mi padre lo desagradó a usted, pero yo no reconozco más padre que usted, que es el padre de la patria». Y la pestilente atmósfera saturada de delación y traición, en que nos asfixiábamos todos, era obra del miedo.

Y a causa de ese miedo que desde antiguo existe, cuando don José, ya puesto en libertad, intentó demanda contra el presidente del estado Guárico, se cubrieron hostilmente horrorizados muchos rostros, como si estuvieran en presencia de un gran sacrilegio; algunos Sanchos soltaron sus risas rebuznantes, como si estuvieran viendo una gran ridiculez.

Esa hostilidad y esa risa desde hace mucho tiempo han venido matando todos los entusiasmos generosos. En el Septenio los estudiantes de la Universidad Central iban al Panteón a ofrendar coronas y a pronunciar

discursos de rebeldía, como protesta a los discursos de sumisión y a las coronas que los miembros de la Adoración Perpetua ofrendaban con fervor cuasi religioso a las estatuas del Ilustre. Esa hostilidad y esa risa cumplieron entonces con su letal misión. De la Trinidad regresaban los estudiantes entre las bayonetas caladas de los batallones: en las ventanas, los áulicos de entonces, sus mujeres y sus hijos, se los mostraban los unos a los otros con el dedo y exhalaban la risa de sus almas repletas de incondicionalismo en esta frase bufa: «Ahí van, camino de la gloria...».

Cierto es que algunas veces desde algunos balcones caían piadosamente algunas rosas...

Y desde entonces para acá los que creen que la patria merece otra cosa que el esquilamiento y el ordeño; los que cumplen para con ella románticos y arcaicos deberes de abnegación y sacrificio; los que saben que el patriotismo es calle de amargura y no vía apia, y marchan a la cárcel o al destierro porque tienen el valor de decir alguna verdad al tirano o al favorito reinante, se los muestran con el dedo desde la altura de sus balcones, en las somnolencias del hartazgo, los que cumplen con el deber de enriquecerse y de cebarse, diciendo la eterna frase burlona: «Ahí van, camino de la gloria...».

Y al ceño altivo de las frentes juveniles ha reemplazado una nube de desaliento: en los labios de la juventud una sonrisa irónica y cínica ha helado la frase candente; la dignidad nacional fugitiva y desalojada de todas partes, del Capitolio, de los ministerios, de las redacciones de los periódicos y de las plazas públicas, se había asilado en los claustros universitarios, y merced a los decretos de expulsión fue también desalojada de allí, entre las vociferaciones de la soldadesca benemérita, y las carcajadas de los Bertoldos académicos.

El juez ante el cual propuso don José su demanda, se inhibió de conocer de ella, con los escrúpulos de un don Alfonso el Sabio, alegando que era amigo íntimo del presidente. Con las dilaciones consiguientes

fueron convocados sucesivamente los suplentes, los cuales no juzgaron prudente ser menos amigos íntimos del presidente que el juez titular, inhibiéndose en consecuencia.

Pero el secretario de gobierno, uno de esos comediantes parroquiales que tanto saben de los golpes efectistas de nuestra política teatral, un día, como iluminado por una idea súbita, permitió, o mejor dicho, ordenó al último suplente que aceptara el cargo, y lo que es más asombroso, que fallara en justicia.

—Yo no puedo hacer eso —decía angustiadísimo el papiniano rústico—; el general Celestino ha tenido muchísimo derecho para apropiarse las sabanas y el ganado de don José: para eso es presidente.

En vano el secretario decía al juez suplente que ya el general Celestino estaba en cuenta de todo. ¡Nada! El juez no se atrevía a traer a juicio ante su tribunal al primer magistrado. Y condenarlo, mucho menos: aterrorizado se hacía la señal de la cruz.

El secretario de gobierno se le acercó entonces al oído y le dijo en tono misterioso:

—¡Obedezca, hombre! ¡Es una evolución!

La palabra prestigiosa puso dudoso al suplente: ¡Una evolución!

Todos los manejos de la política, todas las combinaciones económicas en el Estado, todos los repartos en la tesorería, se habían hecho al conjuro de esa frase, especie de abracadabra milagrosa: ¡Una evolución!

En virtud de una evolución había llegado al poder el partido imperante; se había conservado en el poder en virtud de sucesivas evoluciones; secretas evoluciones habían enriquecido a muchos, y a causa de asombrosas evoluciones habían ido al congreso algunos asnos mudos, a llenar las cámaras con la pacífica elocuencia de su silencio expresivo.

El secretario de gobierno acabó de confundir al juez suplente con esta pregunta:

—¿Cree usted que juzgar al general Celestino es más grave que hacerle una revolución?

—No.

—Acuérdese de la última guerra.

Esa guerra se había hecho en virtud de una evolución ideada también por el secretario. El juez suplente se había alzado en actitud revolucionaria en defensa de los intereses de la industria pecuaria, desastrosamente perjudicados por un decreto del presidente, en el cual se había aumentado en dos bolívares el derecho de herrar cada becerro; en tres el de beneficiar cada res, y en cuatro el de estacar al sol cada cuero.

Aquel Guillermo Tell abandonó el hogar, la familia, la ciudad, se fue al monte, en una generosa sed de sacrificio por el bienestar de sus conciudadanos. De acuerdo con el secretario, la revolución duró cuatro meses, durante los cuales no se pagaron los empleados, y se impusieron muchos empréstitos voluntarios. La guerra terminó pacíficamente gracias a la intervención de un delegado enviado de Caracas. El jefe revolucionario depuso las armas, previa la promesa de una amnistía general para él y sus heroicos compañeros. Después el jefe revolucionario, el delegado, el presidente y el secretario se repartieron los empréstitos voluntarios y los cuatro meses de sueldo de los empleados birlados: los heroicos compañeros, que nunca supieron estos manejos de su jefe, se contentaron con la parte que les tocó en la amnistía: son los cándidos compañeros de siempre, los que sirven de peldaños para que otro suba. Y algunos muertos que quedaron tendidos en las sabanas, después de algunas escaramuzas, fueron un banquete ofrecido a los zamuros por aquellos honorables traficantes de sangre humana.

El jefe revolucionario aceptó el nombramiento de recaudador del nuevo impuesto, de ese mismo impuesto contra el cual, enfermo de patriotismo, se lanzó a la guerra, y que ahora, cuando él lo estaba re-

caudando, lejos de parecerle desastroso para la industria ganadera, lo encontraba por lo contrario tan pequeño, que estaba trabajando por que lo aumentaran.

Estos recuerdos decidieron al ciudadano recaudador, que era también suplente del Tribunal de primera instancia; y días después dictó sentencia, ordenando la restitución de las tierras, la devolución del ganado y condenando en las costas del juicio al presidente.

Y entonces, en el país, los gansos de la prensa, y en el exterior, los gansos consulares, pitonearon sus notas y pusieron por las nubes, tanto la salomónica entereza de aquel juez, que condenó al presidente, como el republicanismo de aquel presidente que tenía servidores como aquel juez. Esa era la mejor prueba del respeto del heroico general Celestino por las instituciones. Ese presidente y ese juez eran dignos el uno del otro. La República estaba en salvo: con hombres como esos, la República, tal como la soñó Bolívar, era ya un hecho palpable.

El Gran Partido Liberal podía oponer a sus contrarios un ejemplo como el de Páez, prócer y presidente de la República, perdiendo un pleito ante un tribunal de parroquia. Aquello fue un triunfo nacional que tuvo resonancias internacionales. El secretario de gobierno refrendó sus títulos en nuestra política de cubiletes. El juez pasó a ser una figura del foro patrio: merecía ir a la Corte de Casación. El general Celestino se destacó a gran altura como una esperanza nacional: merecía ir a la Presidencia de la República.

Pero don José, con su sentencia en el bolsillo, extendida en el papel sellado correspondiente, cuya exactitud certificaba sobre estampillas la firma del secretario, y autenticaba el sello del tribunal, vio pocos días después que las cercas de alambre de púas tornaron a romperse en un punto, se estiraron de nuevo y volvieron a cerrarse dejando agregadas a las sabanas del presidente otro lote de sus sabanas, como de cuatro

leguas, con ganado y todo, al mismo tiempo que le intimaron la orden perentoria de desocupar el estado.

Y no se defendió más: ¿qué ley podría llegar hasta el denodado general Celestino, liberal decidido, amigo insospechable del presidente de la República y una de las columnas de la paz nacional? Ni siquiera, como se lo aconsejaban algunos caracteres dúctiles, vendió don José sus tierras, ya casi perdidas para él, por el mezquino precio que le ofreció un agente secreto del presidente: y se volvió a Caracas, donde lo mató en poco tiempo la nostalgia incurable del llanero, después de escuchar no pocas veces las elegantes ironías y patrióticas amonestaciones que tienen para los desarraigados de las provincias los escritores metropolitanos.

La evolución del secretario de gobierno se había cumplido a las mil maravillas; el general Celestino se cogió las sabanas y el ganado de don José, quedó como magistrado integérrimo y ya se pensaba en su candidatura para la Presidencia de la República: tres peces gordos en una sola redada.

¡Oh secretarios hábiles!

## IV

El niño aquel llevaba las ropas con frecuencia remendadas, pero siempre resplandecientes de aseo; en sus alpargatas, en ocasiones rotas, se ocultaban los pies siempre limpios; los cabellos, cortados al rape, la faz lavada: se comprendía que el pobre niño tenía un ser que lo amaba tiernamente.

Cuando don Anselmo y Teresa se sentaban por las tardes a la ventana, el chico, que subía con un gran azafate vacío, se detenía en la acera opuesta a mirarlos en contemplación curiosa y muda.

Así pasaron muchos días.

Al fin una tarde Teresa reparó en él y a su vez se quedó mirándolo. El chico entonces hizo esa serie de movimientos y gestos de los niños que se avergüenzan; gacha la cabeza, caminó hacia atrás, hasta tropezar con la pared; se adosó a ésta, abrió un poco los brazos como si los fuera a poner en cruz, y rozando la pared con sus espaldas y el dorso de sus manecitas se alejó, lentamente, a paso lateral. Cuando oyó una carcajada de Teresa, que se reía en ese momento de cualquier cosa, se enrojeció hasta las orejas, caminó más aprisa y se metió en el primer zaguán que encontró abierto.

Al cabo de algunas tardes los dos niños se miraban como conocidos; poco después, aunque permanecían alejados y no se hablaban, ya eran amigos: con los ojos se saludaban y se decían «buenas tardes».

Cada día se efectuaba en aquellas almas una aproximación.

Una vez se deslizó por entre los balaustres y cayó de la ventana a la calle el cojín en que Teresa descansaba el brazo.

El chico corrió a recogerlo y se lo entregó.

—¡Muchas gracias! —le dijo don Anselmo con su habitual amabilidad.

Animado por el rostro bondadoso del anciano, el niño, con la confiada lisura que ellos tienen, mirando a Teresa entró en conversación con don Anselmo.

—Abuelita, al fin, ha resuelto venir esta noche a visitarlos.

—¿Tu abuelita? ¿Y cómo se llama tu abuelita? —preguntó don Anselmo.

—Manuela Bustos; vivimos al lado; dos casas más arriba, en esta misma acera.

Después de aquella especie de presentación previa de su abuelita, el niño hizo su propia presentación:

—Yo me llamo Juan; soy huérfano: no tengo sino a abuelita.

Efectivamente, doña Manuela, acompañada de Juan, les hizo tardíamente, al fin, según había dicho el pequeño, su visita de vecindad. La señora excusó su demora; sabía que a los barrios llega todo el mundo, y que es cosa delicada para los que ya viven en ellos trabar relaciones con los que llegan. «No sabemos nosotros los pobres —decía doña Manuela— si seremos bien recibidos por esas personas que pueden resultar orgullosos y paguen tal vez con un desaire la cordialidad de uno». Don Anselmo comprendió que aquello no era sino reserva discreta de la an-

ciana, y la que con igual derecho le había opuesto don Anselmo, fue desapareciendo poco a poco en el curso de la conversación, y concluyeron por simpatizar cordialmente aquellas dos familias tan semejantemente compuestas de abuelos y nietos.

Los dos niños se hicieron amiguitos inseparables; los estudios de Teresa en el piano tuvieron un oyente; sus atareos domésticos un espectador, y a veces un auxiliar; tuvo quien la hiciera correr jugando al volante.

Teresa estaba más crecida que Juan, mayor en edad que ella; pero Juan era más fuerte; levantaba rebosante de agua el balde de regar las flores, que Teresa no movía sino lleno hasta la mitad.

Jugaban, reían, charlaban y hasta reñían a veces, con esa vehemencia de los niños, que gasta tanto ruido, tantos gritos, tantas amenazas. «Se lo voy a decir a doña Manuela». «Se lo voy a decir a don Anselmo ». Y a las diez de la noche se separaban a causa de su pleito, ellos lo creían así, cuando era simplemente porque los dos abuelos se daban las buenas noches y terminaban su visita. Ya en el portón no se acordaban de sus rencillas y se decían cordialmente «hasta mañana».

Casi todas las tardes, don Anselmo se iba de paseo con ellos a la Sabana de Blanco, o al antiguo cementerio de los Hijos de Dios, o a los Mecedores; en pleno aire y en plena campiña, ellos correteaban, brincaban, gritaban. En esas caminatas Juan a veces, un poco desconsideradamente, le arrancaba de las manos la perinola, y se negaba a devolvérsela; entonces ella se arrojaba sobre el ladrón de su juguete para recobrarlos, forcejeaban un rato y rodaban abrazados por el verde césped.

Después que murió su esposo, doña Manuela, para sostenerse, hizo dulces que Juan vendía por la calle. «¡Torrejas tostadas, manjarete, gofios, tequiche!», gritaba el pequeño pregonando su mercancía. En esta operación había gastado siempre todo el santo medio día, demora que no se explicaba la buena doña Manuela, pues ella decía con cierta vanidad, que



sus granjerías no necesitaban tanto tiempo para venderse, porque eran muy solicitadas. Ahora Juan regresaba pronto, pero fiaba mucho. Fiar es el medio de salir pronto de la mercancía que se tiene prisa en despachar. Cuando Teresa, a las tres, después que se había desocupado de sus quehaceres del almuerzo, se sentaba al piano, ya Juan había realizado las operaciones mercantiles que antes le embargaban todo el tiempo hasta las seis de la tarde. Doña Manuela estaba desesperada con las fianzas de su nieto. En medio de dos besos de su abuelita, Juan recibió prohibición terminante de no fiar más. El prometió obedecer. La venta, al contado, de los dulces le hizo invertir al día siguiente todo el tiempo hasta las cuatro de la tarde; cuando llegó, Teresa cerraba ya el piano para entregarse a sus faenas domésticas. Entonces Juan colocó los dulces al doce por ocho, un descuento arruinador, en la pulpería más próxima.

—Con ese descuento me arruinas —le dijo doña Manuela—, ¿qué gano yo entonces?

Y corrió a la pulpería a reclamar sus dulces.

Estos, verdaderamente, eran buenos y tenían salida, por lo cual doña Manuela logró que el pulpero cambiara por un descuento módico, el nueve por ocho, el descuento arruinador que había estipulado su nieto.

Por necesidad lo había puesto doña Manuela a ejercer ese humilde oficio; así es que experimentó un gran contento cuando encontró este otro medio de vender las granjerías de las cuales sacaba su sustento.

Así el tiempo que ya no gastaría su nieto en su oficio de vendedor ambulante, lo emplearía en educarlo y en instruirlo. Poseía ella alguna ilustración, algo superior a la que de ordinario tienen las maestras graduadas. Le compró libros de primeras letras, papel, plumas y tinta, a Juan. Este era dócil e inteligente, y por complacer a su abuelita estudiaba mucho. Salía poco de casa. Todos los afectos de él estaban en el callejón; ¡le parecía tan dulce estudiar sus lecciones, oyendo a lo lejos el

piano de Teresa! En dos años aprendió lo que doña Manuela tenía que enseñarle. Primero aprendió a leer y a escribir; después las cuatro reglas, y la gramática de González Rodil, la geografía de Smith, la urbanidad de Carreño y la doctrina de Ripalda. Entonces se pensó en buscar el medio de enviarlo al colegio. Estas palabras, «el colegio», resonaron en los oídos de Juan con resonancias apocalípticas. Siempre que hacía alguna travesura o se encastillaba en alguna rebeldía, la señora tenía contra él una amenaza desconocida, de algo misterioso y terrible que él no entendía: «Te voy a mandar al colegio». De manera que el colegio fue tomado en la infantil imaginación de Juan unos lineamientos amenazadores y confusos, algo así como un lugar de expiación y de castigo.

Juan ya no hacía rabiar a Teresa arrebatándole sus juguetes y huyendo en seguida callejón abajo, para dejárselos ocultos tras la romanilla de alguna ventana, a media cuadra de distancia, poniéndola en la disyuntiva de tener que ir a buscarlos, ¡ella tan recatada! o de perderlos. La trataba con cierto respeto; en el chiquillo iba despuntando el caballero; la travesura irreflexiva cedía el puesto a la galantería instintiva.

Teresa, por su parte, se fue acostumbrando a ver en él algo de protección. Se acercaba a él confiadamente, como a un arrimo; a veces hasta le hacía quejosa la confianza de alguna severidad de don Anselmo.

—¿Sabes? Hoy abuelito no me dejó abrir la ventana.

Con el transcurso del tiempo, en uno y otro gradualmente se iban operando algunos cambios: ella dejaba de amar sus muñecas, abandonadas en sus cajas: él también dejaba de amar, ¿qué?... ¡nunca había tenido juguetes! Dejaba de amar sus libros, la única distracción que había tenido en la vida. Por la muerte de esos afectos quedaba libre en ambos una cantidad de alma que vagaba por espacios desconocidos.

La voz de Teresa fue haciéndose cada día más suave y armoniosa; la de Juan, más fuerte y vibrante: a medida que el timbre de sus voces se

distanciaba, ellos se buscaban más; sus voces, separándose y diferenciándose, preparaban el dúo de la canción tormentosa y eterna.

Juan se fue volviendo dominante; Teresa continuaba dulcemente sumisa; lo cual no obstaba para que en ciertas ocasiones Juan apareciera sumiso, y ella, dominante.

Teresa se desarrollaba rápidamente; al mismo tiempo que en su cuerpo se esbozaban nuevas líneas, en su alma aparecían nuevos horizontes. Su alma y su cuerpo adquirían ese vago sentimiento de curiosidad de la vida y de curiosidad de sí mismos, que deben tener las mariposas cuando empiezan a volar. Juan había crecido también, hasta el punto de sobrepasar a Teresa.

Los infantiles diálogos bulliciosos habían desaparecido entre ellos: ahora hablaban gravemente, con la gravedad con que los pájaros ensayan sus primeros gorjeos. Se les habían olvidado sus carcajadas ruidosas, pero en cambio habían aprendido a sonreír silenciosamente; y en el silencio de sus sonrisas se decían multitud de cosas que ellos no entendían.

Y sucedió que una mañana muy temprano, se presentó Juan más pulcro, más acicalado que de costumbre; sus zapatos aparecían brillantes de charol; su traje de dril estaba saturado todavía del penetrante olor a cedro del escaparate; dábale apariencia marcial un correa que se cruzaba por el pecho y sostenía sobre sus espaldas el morral lleno de libros. Marchaba todo pensativo y asustado «al colegio», en cuyos registros lo había inscrito la tarde anterior doña Manuela, quien para pagar la pensión y los libros había comprometido sus granjerías en muchas tiendas, y se proponía trabajar mucho, de día y de noche. Iba a despedirse de Teresa. ¿Qué se dijeron? Nada, y al mismo tiempo muchas cosas. Juan indudablemente se hubiera puesto muy triste, hubiera llorado por aquella separación, si no estuviera tan preocupado con las terribles palabras que le golpeaban los oídos: «¡El colegio!». Teresa también se hu-

biera entristecido bastante por su propia pena, a habérselo permitido la honda preocupación que notaba en Juan.

—¿Y por qué no te acompaña doña Manuela? ¿Por qué te deja ir solo? —preguntaba Teresa.

Precisamente ese era el gran terror del colegial: llegar solo y sin defensa al colegio, ese terrible lugar de castigo donde expiaría todos los disgustos que le había causado a doña Manuela. No lloraron, pero no sonrieron tampoco esta vez, y los niños que no sonríen, revelan sufrir tanto como los viejos que lloran.

Al doblar la esquina, después que caminó las tres cuadras del callejón, Juan, con un movimiento involuntario miró hacia atrás, y allá arriba, en la mitad de la calle, vio una forma blanca y vaporosa, que no se sabía si era una garza blanca, o un copo de nieve o una magnolia enorme. La forma blanca sacudía en el aire un pañuelo que decía: ¡Adiós! El estudiante que marchaba al colegio sintió mayores impulsos de ponerse triste: sus ojos se humedecieron ligeramente; acaso se hubiera condensado en ellos una gota de llanto, si las palabras terribles, «el colegio», no hubieran surgido nuevamente en su memoria, ahuyentando de su alma las tristezas, para llenarla de temores.

¡Después de todo no había razón para echarse a morir! Cada ocho días, todos los domingos, vendría Juan del colegio, si se había conducido bien en la semana, lo cual era indudable porque era un buen muchacho, mientras no hubiera agravios que desfacer, porque era un poquito Quijote, en beneficio ajeno. Y una semana, que son apenas seis días, en un momento transcurre.

Esto más o menos pensaba Juan cuando acabó de doblar la esquina, y eso mismo pensaba Teresa cuando le vio desaparecer. En esa edad el alma tiene una gran tendencia a consolarse. Para ahuyentar un pesar, por profundo que él sea, no se necesitan demostraciones convincentes:

bastan esos frágiles sofismas de la dicha, llamados juguetes, que hacen sonreír las bocas infantiles cuando todavía las pestañas están húmedas de llanto.

Pocos momentos después, Juan, cortado, se olvidaba por completo de Teresa ante el examen impertinente de los camaradas de colegio, que lo rodeaban y le hacían preguntas. Teresa, silenciosa en la mañana, cantó al mediodía: la interrupción de sus cantos por la partida de Juan había sido breve, como la del pájaro asustado en el bosque por la caída de una hoja.

Después del primer domingo vinieron otros; pero sucedió un fenómeno extraño: la repetición del hecho, no producía, como de ordinario, el acostumbramiento. En los seres jóvenes y llenos de vitalidad, los rozamientos repetidos no producen la dureza insensible, sino la enconación dolorosa. Después de un bienio de repetirse semanalmente estas venidas y vueltas a ir, Juan y Teresa pensaban los sábados en la noche, con júbilo cada vez mayor, que al día siguiente era domingo; y los domingos por la noche, al despedirse, se conmovía cada vez más la voz de Juan, y se nublaban cada vez más el cielo azul de los ojos de Teresa.

Juan acostumbraba traerle a Teresa bellas flores, compradas no se sabía con qué dinero; y Teresa le tenía pañuelos, con sus iniciales bordadas por ella, comprados, no se sabía tampoco con qué dinero: tal vez tomados a crédito a alguna turca ambulante.

Se hablaban menos que antes, pero se miraban más que antes; él la miraba resueltamente y de frente, abarcándola toda entera con sus miradas; ella lo miraba furtivamente; y cuando alguna vez sus ojos se encontraban, las miradas de Teresa vacilaban, como mariposas fascinadas, entre el deseo de huir y el deseo de permanecer. Diríase que los ojos de Juan formulaban una interrogación y los de Teresa titubeaban entre el deseo y el temor de responder.

A veces ella, sin saber por qué, se ponía triste y pensaba en él; se desvelaba también a veces, sin saber por qué, y lo veía a él; entonces aterrorizada, para no verlo a esas horas en su alcoba, cerraba los ojos:

—Abuelito, ¿estás dormido? —gritaba.

—No, ¿qué quieres?

—¡Nada!

También por esos mismos días, la frase tantas veces dicha por abuelita: «A Teresa no le gusta eso», tuvo para Juan una significación repentina como una revelación. La repitió y casi creyó comprenderla; y después que casi la comprendió, dedujo una consecuencia confusa, que podría expresarse con estas palabras: «Pues si no le gusta eso, no debo hacerlo». Eso se refería a las pependencias y riñas manchegas que con frecuencia tenía Juan, y en las cuales se fundaban algunos observadores profundos, que creen conocer las almas cuando las han examinado al través de un rasguño de su epidermis, para dar a entender a doña Manuela que su nieto, desgraciadamente, tenía una índole pependenciera y mala. De estos observadores profundos eran el director y los catedráticos del colegio. Solo faltaba que algún trágico suceso futuro diera la razón a estos sapientísimos y sagaces concedores de almas.

En Teresa aparecían ciertas aprehensiones extrañas. En su alcoba la luna del tocador reproducía su lecho, y una mañana al despertar ella, vio la imagen de su cuerpo semidesnudo y seminúbil, reflejado por el espejo. Ella se había despertado pensando en Juan, y se rebujó ruborizada debajo de las sábanas. ¿Por qué se ocultaba? Claro está: porque en su pensamiento había un hombre que podía verla. Antes muchas veces se había colocado en traje descuidado frente al espejo, pero nunca se había alarmado de sí misma; ella no se vio sino cuando tuvo el temor de ser vista. Los avaros no recuerdan que son ricos sino cuando piensan que hay ladrones, y las niñas se vuelven pudorosas cuando empiezan a sospechar que hay hombres.

Y desde entonces, Teresa ya no se acercó a Juan, confiadamente como antes. Amándolo mucho, amándolo más que antes, pero con un amor muy diferente, huía ahora de él.

Ahora gustaba mucho verlo, sin ser vista por él. Los domingos lo acompañaba y lo escoltaba con sus miradas desde que aparecía a lo lejos, en el principio de la cuesta, hasta que entraba a su casa, dándole el brazo a doña Manuela, que había estado esperándolo en la calle. Teresa lo veía pasar, oculta tras la celosía: unas veces él alzaba la vista como enviando un recuerdo a Teresa a través de aquella ventana que él juzgaba desierta; otras veces pasaba de largo como si no se acordara de Teresa. Ciertas alternativas que don Anselmo había notado en el carácter de Teresa, los domingos por la mañana, acaso habrían tenido su explicación en que Juan al pasar, mirase o no mirase hacia la ventana.

Este se había vuelto más respetuoso; trataba a Teresa con una fina galantería, que nada tenía de familiaridad. En ocasiones, al encontrar a Teresa sola en la sala, retrocedía y se sentaba en el corredor. Aquellos dos seres, que sin habérselo confesado, vivían el uno en el otro y para el otro, se hubieran muerto de embarazo si se hubieran encontrado solos. Teniendo mucho que decirse, no se hubieran dicho nada; ¡y así se lo habrían dicho todo!

Alrededor de ellos percibíase el silencio solemne de los templos; donde quiera que ellos estaban palpitaba un culto: había una diosa y un adorador.

Inopinadamente, Juan llegó un día de la semana con su morrión a la espalda, pálido el rostro y ajados los vestidos.

—¿Qué es esto? ¿Por qué te has venido del colegio? ¿Ya tuviste alguna riña y te expulsaron?

—No, abuelita: no me han expulsado del colegio; yo me salí de él.

¿Qué había sucedido?

Era la hora del recreo. Los niños habían invadido los jardines del colegio; unos jugaban, otros hacían gimnasia en paralelas y trapecios, otros platicando iban y venían. El hijo de un benemérito general cualquiera que gozaba en aquel colegio subvencionado por el gobierno de la privanza de que su padre gozaba en la Casa Amarilla, le había dado de paso un cuchepe en la oreja a un chiquitín inofensivo, a quien llamaban Nené, hijo de una pobre viuda, tan desprovista de dinero, como de eso otro que vale tanto como el dinero: las recomendaciones preciosas que se extienden en las tarjetas de visita. El cuchepe había hecho sonar la oreja del pobre Nené, quien se puso a gimotear de dolor. El hijo del benemérito general siguió paseándose; después volvió a pasar por un lado de Nené y metiéndole los dedos índices en un roto que tenía el saco, se lo rasgó. Nené indefenso, convencido de su debilidad, se dejaba hacer, no obstante que el desgarramiento del saco, el único que tenía para asistir a las clases, le dolió más que el cuchepe en la oreja. Juan, que veía todo esto, llamó a Nené y le dijo: «Siéntate aquí a mi lado».

Otros niños que estaban cerca, también se habían dado cuenta de la odiosa conducta del mimado hijo del general, y oyeron cuando Juan, el infantil Quijote, pendenciero y malo, puso bajo su protección a Nené. Sospechando una riña, se quedaron callados. En los recintos donde hay bullicio, el silencio en algún punto rompe el equilibrio y hace volver las caras, tanto como un ruido cualquiera, en los recintos donde reina el silencio. El que empezó en el rincón donde se encontraban el hijo del general y Juan, se extendió por todo ese lado del jardín, y atrajo las miradas hacia ellos, que estaban de pie, frente a frente, pálidos y agresivos. En ese momento se oyó una voz burlona que decía: «Buen protector le ha salido a Nené». Otra voz contestó: «¡A que no le sigues rompiendo el saco!».

Ante aquel reto, el hijo del benemérito general se le encimó otra vez a Nené, pero antes de que pudiera tocarlo, Juan se interpuso, tomó al agresor por los brazos y lo lanzó lejos. Los colegiales habían ya formado

corro alrededor de los dos campeones. El hijo del general era fuerte, pero pesado; Juan, con relación a él, era débil, pero rápido; un puñetazo de aquel habría derribado a Juan, pero este los evadía, y de vez en cuando, con la celeridad del rayo, asestaba algún bofetón en las mofletadas mejillas de su contrario. Luchaban la linfa y la fibra, la: manteca y el nervio. El hijo del general se acordó de que su cuerpo pesaba más de cuatro arrobas y quiso convertirlo en masa, tirándole un cabezazo a Juan: este se ladeó, y el otro, convertido en mole de cien libras, pasó de largo, y fue a estrellarse de narices contra el tronco de un árbol.

El director y algunos catedráticos, atraídos por el repentino silencio que había reemplazado al bullicio del jardín, llegaron en aquel momento. Entre los niños no hay aduladores. La adulación es pestilente flor de pantano, y el alma de los niños es limpia. La privanza que el hijo del general tenía entre directores y catedráticos, no la tenía entre sus compañeros. Con la sincera veracidad de los primeros años, todos refirieron a los profesores lo sucedido, haciendo a Juan irresponsable de la riña. Pero en un país donde la adulación se da como planta silvestre, no inútilmente se es hijo de un benemérito general, cuando ese general es persona tan influyente en la Casa Amarilla que consigue cuantiosas subvenciones para los colegios de sus amigos. El director del colegio subvencionado, en tanto que se resolvía el castigo que se le impondría a Juan, ordenó a este que le pidiera perdón a su contrario, ocupado en ese momento en aplicarse a las rotas narices el pañuelo empapado en agua fría.

—Sí, le pediré perdón, si él le pide también perdón a Nené.

—Él no está obligado a eso —dijo el director.

—¿Y por qué no está obligado? Él le pegó a Nené y le rompió el saco.

—¡Que no está obligado he dicho! —replicó el director.

—Pues entonces yo tampoco.

El director se acercó amenazador a Juan.

Juan retrocedió un paso y dijo con firmeza:

—No he cometido ninguna falta; defendí a Nené contra uno que era más grande que él y que yo.

—Usted le rompió las narices; ¡usted ha vertido en el colegio la sangre de un compañero! —exclamó con acento solemne el director.

—No fue Juan, fue el tronco del árbol —arguyó una voz en el corro.

—¡Es verdad! ¡Es verdad! —exclamaron muchas voces infantiles.

—¡Silencio! —ordenó el director; y asiendo a Juan por un brazo lo llevó hacia el herido para que le pidiera perdón.

—¡No! ¡No! ¡Eso no! —exclamó Juan irreductible, zafándose con una violenta sacudida de las manos del director.

Los alumnos empezaron nuevamente a gesticular y a moverse en favor de Juan, animados por el innato sentimiento de la justicia, tan poderoso en las almas infantiles.

Juan se separó sollozando del grupo, recogió los libros, tomó el sombrero, traspuso el portón del colegio y se marchó a su casa.

Relató el suceso, y agregó entre besos para contentar a su abuelita, quien en el fondo no estaba muy enfadada por esos malos sentimientos, que decían algunos, tenía su nieto, aunque fingía estarlo.

—¿Sabes? —continuó Juan—, he conseguido una colocación en La Guaira, en el almacén de un señor. Me dijo él que vendría a hablar contigo.

—¿Y tú en una casa de comercio para qué puedes servir? —preguntó pensativa doña Manuela.

El niño, grave y triste, calló un momento; luego contestó:

—Yo procuraré servir de algo: no quiero ser una carga para ti; tú trabajas mucho y debo tratar de ayudarte.

El señor William, musió William, como lo llamaban en La Guaira, efectivamente, vino por la noche. Se había encontrado en la calle a Juan lloroso y reflexivo, tal vez demasiado reflexivo para su edad, con su morral de libros a la espalda, cuando se salió del plantel. Le interesó el aspecto afligido e inteligente del pequeño, y después de que con hábiles preguntas supo el motivo por el cual se había salido del colegio, sintió por él mayor simpatía. Precisamente necesitaba un cobrador para su establecimiento de La Guaira.

—¿Quieres irte? —preguntó el señor William a Juan.

—Hable con abuelita: vivimos allá arriba en La Pastora: yo sí quiero irme para ganar algo.

El señor William era un alemán bondadoso y se dio cuenta en el acto de que en aquella casa se luchaba con honradez y energía, una de esas luchas por la vida, silenciosas y dignas, cuya heroicidad, oculta entre cuatro paredes, pasa desapercibida, sin aplausos ni auxilios de nadie.

Ofreció darle a Juan todo lo necesario, ropa, alimento, una habitación en el almacén, cien bolívaes al mes, que se aumentarían según fuese su comportamiento. El primer domingo de cada mes podía venir a Caracas a ver a su abuelita.

Y al día siguiente partió Juan para La Guaira sin despedirse de Teresa, porque no tuvo valor para ello. Al doblar la esquina miró hacia atrás: no vio la forma blanca que le batía un pañuelo diciéndole adiós, la mañana que por primera vez se había ausentado del callejón: esta vez sí lloró él; y también allá en la ventana, detrás de la celosía, esta vez sí resonó un sollozo contenido.

## V

Vosotras las novias que os habéis acostado pensando con angustia en lo interminable de la noche que os separa del esperado día siguiente, prometedor de venturas, y contáis uno a uno los tictacs del imposible reloj que en la rinconera, aquella noche, como que tiene placer en andar más lentamente; y después de un pequeño letargo despertáis de nuevo, desorientadas por el breve sueño y la impaciencia del tiempo transcurrido; y al oír en las sombras el ruido de los muelles, precursor de las campanadas, aprestadas a saltar del lecho, aguzáis el oído para escuchar, indudablemente, las cinco, la bendita hora del alba, pues vuestro breve sueño os pareció el largo y profundo sueño de toda la noche; y después de las cinco campanadas que esperáis, el reloj, imperturbable y sereno, sigue su repique hasta completar las doce, la media noche apenas, que os obliga a buscar, refunfuñando, en el lecho, una posición cómoda que no acertáis a encontrar nunca, para la interminable espera; y después de una eternidad de tiempo, en que ignoráis si dormís o veláis, y solo sabéis que tenéis pesadilla y que el lecho está incómodo y duro, percibís al fin los vagos ruidos de la ciudad que despierta, el rodar de algún ca-

rro, el pitazo de vapor de alguna fábrica distante, el golpeteo de las latas del lechero que pasa por la calle, el portón de la casa vecina que se abre mugiendo, y un débil destello de luz blanca y fría que ilumina las rendijas de las ventanas y de las puertas, y anuncia, ahora sí, la llegada del ansiado día; vosotras las novias de alma afectiva y nervios vibrantes, que habéis amado con la locura de los veinte años, y esperáis el día en que ha de llegar vuestro prometido, a quien no veis desde hace un mes, comprenderéis el alegre levantarse de Teresa, para la cual, por haber dejado el lecho antes de la hora de costumbre, ese día podía decirse que había amanecido más temprano, aunque la noche le había parecido mucho más larga.

En medio de la luz imprecisa de la madrugada, veíase a Teresa en sus habituales ocupaciones: el plumero infatigable sacudía el polvo de las rinconeras y repisas, y un trapo muy suave, impregnado de petróleo, reanimaba el brillo de los viejos muebles; la lluvia fina de la regadera refrescó después el follaje del jardín, y orló de diamantes los pétalos de las flores. Desde la sala hasta el corral resonaban esa mañana los pasos precipitados de Teresa, que hacía ese día, pero con más sonrisas en los labios y más carmines en las frescas mejillas, lo mismo que hacía todos los días; lavar todo, pulirlo todo, arreglarlo todo, de manera que a la vista no se ofreciera un solo detalle ingrato, y a cualquier parte a donde llegara la luz del sol, tropezara con superficies bruñidas y límpidas, que reflejaran la alegría de sus rayos en todas direcciones.

Las lágrimas de las arañas, los mármoles de las mesas, los botones metálicos de las puertas, los pequeños objetos de cristal o de humilde loza del paraqué o del comedor, destellaron cuando los primeros haces del sol naciente cayeron sobre la pared del patio; cada superficie lisa semejó una nebulosa, en cada arista se encendió una centella, en cada ángulo se prendió una estrellita; desde el interior de las habitaciones los objetos devolvían los rayos de luz que enviaban desde fuera las paredes bruñidas,

pintadas al óleo, las baldosas de mosaico, las hojas grasosas de éucaris y begonias, y las gotitas del surtidor que desde el fondo del estanque emergían y se elevaban por los aires, a saludar al sol.

El jardín era un derroche de policromías y aromas. La tapia medianera desaparecía bajo los trepadores tallos de las campanillas de mayo y de las flores de pascua, cuyas arracimadas flores salpicaban con constelaciones blancas, rojas y azules el fondo verde del tupido follaje.

Cada corola era un pebetero, cada pétalo una pincelada, como si el alma de Teresa, transfundiéndose, comunicara su alegría a las plantas y las flores. En tinajas y jarrones de barro, de industria criolla, las anémonas desarrollaban la pompa de sus pétalos sedosos; los malabares su blancura de nieve; las diamelas su palidez de doncellas cloróticas; los claveles ardientes, como sátrapas asiáticos, exhalaban sus exóticos aromas de canela, y las margaritas, inclinándose las unas sobre las otras, parecían consultarse sobre su parentesco de familia con las crisantemas, que se desmayaban tristes, de no estar allá muy lejos, adornando el pecho victorioso de los guerreros japoneses, o de las geishas enamoradas y felinas.

En un apartado rincón del jardín la umbría era más densa, el ambiente más fresco, el aire más balsámico; los jarrones allí estaban más juntos, y los arbustos de crotos ayudaban a dos palmas jóvenes a formar una gruta de follaje, bajo la cual un tiesto de poco fondo, dividido en tres compartimientos, contenía violetas, miosotis y pensamientos, las tres flores preferidas de las muchachas, las que en menor volumen contienen mayor cantidad de mensajes, las que más se prestan para hacer los ramilletes que los mozalbetes pueden ocultar en el puño de la camisa y las jovencitas pueden esconder entre los encajes de sus almohadas; las florecillas embriagadoras que han sido besadas por mayor número de ávidos labios virginales, y que han emborrachado a mayor número de locuelas cabezas adolescentes.

Teresa apareció en medio del jardín; de su brazo pendía una cesta de mimbrés, y en el fondo de la cesta brillaban unas tijeras de jardinería. Se detuvo dudosa. ¿Por dónde empezaría? Todas las flores parecía que tendían su tallo hacia ella, deseosas de ser cortadas por aquellas manos amadas, y morir después en la opulencia de aquella cabellera de oro. Sin decidirse, se internó por el laberinto de tinas y jarrones, levantando al paso algún tallo débil que había sido agobiado por la lluvia de la regadera.

Observó el cielo y pensó:

—Es muy temprano: a las nueve el jardín estará todavía a la sombra y podré cortar las flores; así él, cuando llegue, las encontrará más frescas.

Y al pensar en él un suspiro dichoso hinchó el seno de la bella.

Se dirigió luego al tiesto de las flores predilectas para verlas un instante. Los pensamientos se erguían como diminutos gonfalones sobre acampadas mesnadas de hojas verdes; los miosotis alzaban trabajosamente por entre el tupido follaje la súplica de sus espigas cuajadas de estrellitas azules que dicen: «no me olvides», y bajo las hojas de las matas de violetas, apartadas por los sonrosados dedos de Teresa, apareció una gloria de pétalos blancos y verdeclaros, que desde su escondite embalsamaban el ambiente. Teresa arrancó del tiesto algunas hojas amarillas y algunas flores mustias, y en ademán de retirarse se recogió la falda, hasta permitir ver, bajo la estirada media, la estrecha garganta del pie, y el contorno amplio de la pierna, velados a cierta altura por un alarmado torbellino de albos encajes. Un clavel muy encendido, el más encendido de todos los claveles, se inclinó, se inclinó mucho bajo los albos encajes hasta que, roto el tallo bajo el peso de ellos, rodó a los pies de Teresa. Esta lo recogió del suelo y cantando siempre desapareció en las habitaciones.

---

Horas después llegaba Clementina, atendiendo al llamamiento que le había hecho Teresa desde la ventana.

—Estoy furiosa contigo —dijo al sentarse Clementina, en tono de cariñoso reproche—; ¿por qué no me lo habías dicho?

—¿Qué cosa? —contestó sorprendida Teresa.

—¿Qué cosa? Pues que tienes novio.

—¿Quién?, ¿yo? —replicó Teresa en tono de evasiva, y con las mejillas rojas como una rosa purpurina.

—Tú, sí, tú; tienes novio y te lo conocí esta mañana; te sorprendí conversando con él.

Las pantuflas de don Anselmo, que al oír a Clementina, se disponía a venir a saludarla, resonaron arrastrándose en la pieza contigua.

Clementina hizo un gesto de azoramiento y bajó la voz:

—¿Me escucharía tu abuelito? ¿Por qué no me advertiste que estaba allí?

—Si escuchó, nada importa—, contestó la joven, posando sobre Clementina su mirada inocente y leal—; si tuviera novio, él ya lo sabría porque yo se lo habría comunicado.

Clementina se mordió los labios, pero luego reaccionó y dijo: —Haces bien; así debe ser, pero los amores de contrabando son más sabrosos.

—¿Sabe usted que ha venido una invitación para el baile que le da al presidente un señor Montálvez? —participó Teresa.

—¿La trajeron ya?

—¡Cómo! ¿Sabía usted que nos iban a invitar?

Nuevo desconcierto de Clementina, que como mejor pudo presentó esta explicación algo embrollada:



—No lo sabía, pero lo presumía, por las buenas relaciones que sin duda habrá adquirido don Anselmo en la oficina.

Don Anselmo desde el interior de su cuarto dio los buenos días a Clementina, y por fin apareció en la puerta, trayendo dos grandes sobres, de uno de los cuales sacaba en ese momento una gran tarjeta, que tenía hacia el centro, en la parte superior, estampado en oro, el escudo de armas de Venezuela: era del gobernador, quien suplicaba a don Anselmo aceptara la invitación que le acompañaba; la otra tarjeta, que también sacó del sobre y entregó junto con la anterior a Clementina, era la invitación al baile a que se refería la tarjeta del gobernador.

Después que Clementina las leyó, preguntó con mal disimulado interés:

—Y bien, ¿asistirán ustedes? Teresa es una de las doscientas damas, número escogido y limitado, que asistirán a esa fiesta. Supongo que no dejarán desairado este cartoncito, hacia el cual se han extendido, tan ansiosa como inútilmente, mil por lo menos sonrosadas manos, de las mil bellas de la buena sociedad, que no tendrán la fortuna de ser invitadas.

—Precisamente sobre eso, es que deseo consultarla —contestó don Anselmo sentándose—. Me sería muy duro dejar desentendida la exigencia de don Tello, a quien estoy reconocido por la buena voluntad con que se dignó colocarme, con solo la recomendación de usted; y por otra parte, como hace tantos años que estoy retirado del trato social, no conozco a nadie y tengo contra esa fiesta la prevención que se han atraído en Caracas los grandes bailes. ¿Qué clase de sociedad concurrirá al del señor Montálvez? A él tampoco lo conozco.

—¡Oh! en cuanto a eso puede usted estar tranquilo; a los salones de Montálvez concurre una sociedad muy distinguida, que da en lugar de quitar: la conozco mucho.

—¿Frecuenta usted esa casa?

—No; yo también vivo retirada de la sociedad como ustedes lo habrán notado; pero sé por informes que las relaciones de la familia Montálvez son muy escogidas. Puede usted ir con la seguridad de codearse allí con muy buena gente. Sucede también que este no es un baile oficial, de esos que se dan en el Salón Elíptico o en la Casa Amarilla, a donde concurre toda la broza sufragante o heroica de las últimas elecciones o de la última guerra, que llevó al poder al caudillo imperante; en uno de esos bailes un cochero ganó la apuesta que hizo con sus colegas de pescante de que bailaría con la hija de un ministro; este baile de Montálvez es de carácter privado, de significación puramente social. y concurrirá a él doña Zoila, la esposa del presidente, circunstancia que por sí sola es una garantía.

—Bueno, ¿y el traje? —preguntó tímidamente don Anselmo, expresando otra preocupación que lo embargaba, desde que allá en su cuarto se había planteado a sí mismo el problema de asistir.

—¿El traje? —preguntó Clementina, encogiéndose de hombros.

—Sí, el traje para Teresa, se entiende, porque yo de cualquier modo me las compondré.

—Eso es lo de menos —contestó Clementina—. Al traje le da valor la distinción personal; no es el traje el que da valor a las personas. Un aldeano con un vestido de Brummel permanecerá aldeano; y un Brummel, con un vestido de aldeano, será siempre Brummel. Teresa puede llevar unas faldas de muselina de a real la vara, y esa muselina sobre su cuerpo tomará apariencias de brocado.

—No tanto, Clementina, ¡no tanto! —exclamó don Anselmo sonriendo ante la alabanza.

Teresa, risueña, pero absorta, pensando en algo distante, no atendía al trascendental asunto que se debatía en aquellos momentos; y fue la exclamación de su abuelito lo que la hizo preguntar:

—¿Qué decía Clementina?

—Decía —replicó esta— que tú tienes en tus venas sangre de horchata. Esta invitación pondría a bailar de alegría a cualquiera otra muchacha, y tú no discutes siquiera el traje que has de llevar. ¿Sabes? —dijo interrumpiéndose como iluminada por una idea repentina—, ¡mira qué casualidad! El traje blanco que te regalé hace pocos días te servirá para esta noche: es modesto y no dará tema a la maledicencia inevitable de los salones; por lo menos no dirán que para comprarlo don Anselmo, como otros jefes de familia, empeñó todo el mobiliario de la casa, y se condenó a un mes de ayuno; sí, ese es tu traje, está admirablemente bien cortado, y es muy sencillo, de una sencillez muy elegante; te sentará a las mil maravillas; para la cabeza no necesitarás sino horquillas y cintas, que también tienes.

Don Anselmo interrogó a Teresa:

—¿Crees tú?...

—Sí, ese traje está muy bueno —contestó la joven con jovialidad distraída.

—Entonces solo te falta el calzado —observó con serena apacibilidad don Anselmo, levantándose—; voy a solicitarlo.

—No es preciso —exclamó Clementina, rompiendo las cintas de un paquetito que había conservado sobre las rodillas, el mismo que le hemos visto cuando subía el callejón—; no es preciso, don Anselmo, porque se ha verificado otra casualidad. Con motivo de la fiesta de esta noche esas vidrieras de Piccini son hoy una tentación; lo mismo que las de Boccardo, están cuajadas de botas, botines, brodequines y zapatillas primorosas, que parece vuelan ya por los aires animadas por la locura del baile. Todas las muchachas que pasan por allí quedan seducidas y mandan por algunas. Yo misma, que ni soy muchacha ni pertenezco, como Teresa, al número de las favorecidas, me detuve un rato frente a

las vidrieras de Boccardo; tuve sin embargo valor para seguir mi camino; pero llegué frente a las vidrieras de Piccini y ante la nueva prueba sucumbió la poca energía que me restaba e hice esta compra.

Al decir esto, Clementina acabó de sacar de la caja de cartón una zapatilla pequeña, nívea, mullida, una legendaria zapatilla de hada; sobre la palma de la mano, donde cabía holgadamente, exhibía Clementina aquella obra de arte, preguntando al mismo tiempo con aire de triunfo:

—¿Cómo les parece? Es el zapatico de la Cenicientilla.

—Solo que no es de vidrio —observó riéndose Teresa.

—Lo cual es mucho mejor para ti; de vidrio te maltratarían el pie, o te las rompería algún bruto de tantos como van a los bailes; mientras que la piel de Rusia, suave y resistente, no tiene esos peligros.

Y Clementina puso sobre el regazo de Teresa el obsequio.

Ante esta nueva generosidad de Clementina, don Anselmo exclamó reconocido:

—¡Usted se ha propuesto abrumarnos!

Teresa había tomado las zapatillas que le había entregado Clementina, y las examinaba en alto, con distraída curiosidad.

—Si te vienen estrechas es fácil cambiarlas; tienen número 34; elegí ese punto por cálculo: ¿acerté?

—Calzo treinta y dos.

—¿Treinta y dos? ¿Con ese cuerpazo tuyo? No puede ser eso; tu estatura hace pensar que calzas treinta y seis por lo menos.

—Treinta y dos— repetía sonriendo Teresa.

Clementina, escéptica, levantó un poco la halda del vestido de la joven, bajo cuya orla asomaba un pie arqueado y fino, del cual daba indicios a los observadores inteligentes, la mano afilada y larga. Teresa se reía de la curiosidad de Clementina, que no contenta con ver, se había

escurrido de la silla para arrodillarse en el suelo y poder tocar. El piececito inverosímil, como un pájaro, casi desaparecía entre las manos de Clementina, que redoblaba sus aspavientos: «Niña, por Dios, ¿cómo es que tú no caminas bamboleándote como las chinas? A ver —dijo tomando la zapatilla—, salgamos de dudas; pruébatelas; si te quedan grandes, hay que cambiarlas por otras más pequeñas ahora mismo, porque están volando».

Con el pretexto de desatar las fuertes botas de casa que tenía puestas Teresa, palpaba todo lo que podía de su hermoso cuerpo, y lo que no podía palpar lo adivinaba y lo inventariaba de arriba abajo con las miradas llenas del asombro codicioso que en casos semejantes deben tener en los mercados de oriente los que se dedican a la trata de blancas.

—Párate —dijo Clementina extendiendo sobre el suelo un periódico—, ¿cómo las sientes?

—Un poco flojas —contestó Teresa, puesta de pies—, pero no tanto que valga la pena de molestarse en cambiarlas.

—Sería cuestión de ir un momento a casa de Piccini —intervino don Anselmo.

—No, no hay para qué, están buenas —contestó Teresa.

—Y además que vas a bailar, y así un poco holgadas no te maltratarán tanto: bueno, pues, las dejaremos.

Don Anselmo le dijo a Teresa esto que no comprendió Clementina, y que la dejó intrigada:

—Creo que ya tienes lo necesario; lo demás es cuestión de ustedes —y se puso a leer *El Noticiero*.

Clementina volvió a ponerle a Teresa las botas ordinarias, con nuevas palpaciones y exclamaciones, de color un poco subido, que hicieron ruborizar a Teresa, la cual sonreía siempre, silenciosa y pensativa.

—¿Pero qué tienes hoy tú? Habla algo; pareces una boba; me debes las gracias por todo.

Teresa apenada exclamó:

—De veras, perdóneme; verdaderamente estoy vuelta una tonta.

Y sin dejar de sonreír agregó después:

—Pero no es por nada.

A Clementina no se escapó el estado de ánimo de la joven, y tuvo interés en averiguar la causa, porque hasta entonces no había podido sacar, con seguridad, nada en limpio, acerca de las sospechas que había hecho nacer en ella el joven que había visto parado en la ventana.

—Amoríos, amoríos, sin duda, lo podría jurar; la pava que pelaste esta mañana te ha puesto así.

Pero la joven no contestaba nada; tras de un breve rato de risueño ensimismamiento volvió a decir Teresa:

—¿Usted no ve? A pesar de su reclamo ya iba a ser descuidada otra vez; muchas gracias por las zapatillas.

—¿Por las zapatillas nada más? ¿Y mis elogios a tus piececitos y los demás accesorios que hay sobre ellos, no merecen nada? ¿Y mi felicitación por tu noviazgo no me la agradeces tampoco?

Teresa, impasible e impenetrable a la investigación de Clementina, se reía con una risa que tanto podía ser por lo que esta decía como por cualquier otro motivo.

—Ríete todo lo que quieras, pero me afirmo en lo dicho, estás preocupada. ¿Preocupada?... no es ese el término: toda preocupación es seria y tú no estás seria; estás distraída, pues; tienes algo entre pecho y espalda, pero algo muy alegre, que te hace sonreír sin son ni ton con toda la mentecatez de las enamoradas o de las bobas, y que te ha hecho poner, ahora lo reparo, en los floreros, todas las flores del jardín; afuera

no dejaste una ni para muestra; diríase que esperas a alguien; ¿a quién esperas?

La curiosidad de Clementina se desbordaba en una andanada de preguntas, cada vez más apremiantes, que aturdían a la joven; pero esta desatendió de repente y por completo a Clementina: su lejana divagación ya se había concretado; puesta de pie, tendía los brazos y sonreía, sin verlo todavía, a alguno cuyas pisadas conocidas resonaban en la acera.

—¡Juan! ¡Juan! —exclamó.

En el zaguán se escuchó una voz varonil y dulce:

—A ver, ¿cómo están por aquí?

Y en seguida Clementina vio entrar en el corredor el joven vestido de blanco que le habían dicho era hijo de doña Manuela.

Juan estaba en el pleno desarrollo de su juventud: era alto y nervioso, esbelto y fuerte como un venablo; tenía los negros ojos aterciopelados y ardientes, reveladores de una de esas almas complejas que son tiernas hasta la debilidad y enérgicas hasta la ferocidad; la tez trigüeña, los cabellos negros como los ojos, y ensortijados; la fisonomía grave, a pesar de su juventud, y apasionada: realizaba un tipo completamente árabe, de esos que sorprende a veces encontrar en los llanos de Venezuela, descendientes de aquellos moros que arrojaron al campamento cristiano primero y de ahí a tierra firme, las terribles luchas palatinas que tiñeron con sangre abencerraje o zegrí los marmóreos patios de la Alhambra.

Don Anselmo, que había permanecido en todo este tiempo abstraído en la lectura del diario centavero, al ver a Juan, a quien ya consideraba como hijo, salió al encuentro de él, lo abrazó con cordial cariño, y lo presentó a Clementina; esta, después de las frases baladíes que siguen a los conocimientos, advertida por el malestar embarazoso que experimentan los que en algún lugar están de más, a poco se puso de pie para despedirse.

Teresa quiso detenerla: «¿Tan pronto?», le preguntó.

Juan por su parte, agregó cortésmente: «Señora, ¿porque yo llegué?».

—Sí, señores, tan pronto y porque usted llegó, o en otras palabras, porque no me gusta estorbar —contestó Clementina alegremente—; ¿no me lo agradecen ustedes? ¿Van ustedes a quedar muy contrariados por mi partida?

Los dos jóvenes se reían sin contradecir la salida de Clementina, la cual miraba a Teresa con una mirada de inteligencia que quería decir: «Te descubrí!». Se despidió al fin; al trasponer la puerta del zaguán, la risueñez de su rostro se cambió en un gesto de contrariedad. «Hay novio —pensó—, no es el que yo creí, el patiquín que vi en la ventana, sino este otro, que valga la verdad, es un tipo interesante. Hay novio, es decir, un obstáculo; y la chica es una belleza: podría servir de modelo para hacer una Venus; ¡qué cuerpo! Si va al baile triunfará, no hay duda; es preciso que concurra; ¿la dejará ir el novio?». Y entonces recordó la frase que no había podido comprender de Don Anselmo: «Lo demás es cosa de ustedes».

—¿La dejará ir? —volvió a preguntarse Clementina—; ¡es preciso que concurra!

Retrocedió y se acercó a la ventana de Teresa:

—Oye, Teresa, oye; yo voy a curiosear un rato a la barra en un coche, en ese pueden ir ustedes; cuidado se arrepienten; a las diez vendré para conducirlos.

—Está bien —contestó desde el interior Teresa, y después añadió en medio de un acceso de risa, esforzando la voz:

—¡Ah!, ¡muchas gracias, Clementina!

Esta entró en su casa preguntándose dudosa: —La dejará ir el novio?

En el corredor, los dos jóvenes habían quedado solos: don Anselmo, después de informarse de la salud de Juan, de la del jefe de la casa y de los negocios del puerto, se volvió a su habitación.

Juan, afable, pero reservado, no compartía la alegría que se desbordaba por el rostro de Teresa, lozano y fresco como una flor; callaba, y así transcurrió un rato.

—¿Qué hora es? —dijo Teresa al fin, y escogió, entre otras muchas, esta pregunta insípida, como para corresponder a la insipidez de Juan.

Este sacó el reloj:

—Van a dar las once.

—Viniste muy tarde hoy, tendrás entonces que acompañarnos a almorzar.

—No, he prometido a mi abuelita que iría a almorzar con ella.

—Pues doña Manuela nos acompañará.

—Se excusará; tú sabes que es muy enemiga de aceptar invitaciones.

Teresa casi no podía contener la risa que le causaba la sequedad de Juan, como si la hubiera previsto.

—Pues entonces iremos a almorzar con ustedes; ¿no me invitarías tú?

Juan titubeó un momento; después dijo:

—Pues mira, francamente, no te invitaría, porque temería proporcionarte un mal rato.

La repulsa, en vez de desagradar, hizo reír a Teresa, y la risa de Teresa aumentó el mutismo de Juan.

Teresa resolvió entonces callarse: entonces fue Juan quien preguntó:

—Te noto muy alegre. ¿Se puede saber por qué?

—Sí se puede: porque tú estás aquí.

—¿Y recordabas que yo vendría hoy?

—Como siempre.

—No lo recordaste como siempre, porque no me aguardaste donde siempre.

Este reproche, casi esperado por Teresa, la puso más dichosa y la hizo reír con más gana. La risa de ella hizo poner a Juan más serio, casi resentido. Teresa, como todas las mujeres en casos parecidos, se complacía en acumular sombras en el alma de su amado para darse después el placer de disiparlas con una sola palabra.

—Donde siempre no, pero te esperaba —contestó.

El primer domingo de cada mes, en que Juan, aprovechando el permiso que le concedía musíu William, venía en el tren de la mañana a Caracas, a pasar el día al lado de los dos seres que más amaba en el mundo, su abuelita y Teresa, esta acostumbraba esperarlo en la ventana; desde que Juan empezaba a subir la cuesta del callejón, distinguía los dorados reflejos que el sol de la mañana arrancaba a la opulenta cabellera de su novia, y era de ella que, al pasar, recibía el primer saludo y el primer apretón de manos. Pero ese día Juan no había encontrado a Teresa aguardándolo a él, y en cambio había visto a otro joven parado frente a la ventana y conversando. Teresa, que amaba a Juan y lo comprendía, sabía que tenía esa susceptibilidad morbosa que tanto hace sufrir a ciertas almas delicadas, que como los instrumentos musicales muy finos, vibran hasta con los pequeños choques que no arrancan ningún sonido a los instrumentos ordinarios. Desgraciadamente, en los preciosos momentos en que debía llegar de La Guaira el tren de la mañana, había venido a traer la invitación y la esquila de don Tello el joven que Clementina había tomado por novio de Teresa. Cuando ya se iba, don Anselmo lo detuvo todavía unos momentos más para preguntarle desde la ventana alguna nimiedad. Teresa ansiosa, sabiendo los instantes que Juan gastaba en recorrer la distancia que había desde la estación, por haberlos contado muchas veces con los apresurados latidos de sus arterias, iba y venía y cortaba el diálogo de don Anselmo con respetuosas interrupciones en voz baja, deseando que terminara aquel coloquio que le iba a impedir estar a la hora oportuna en el sitio de costumbre. Cuando

el corazón, a una con las agujas del reloj, le advirtió que Juan ya debía venir subiendo la cuesta, corrió a situarse en el entreportón abierto de par en par, desde donde lo vio pasar, y para que la viera tosió suavemente, pero también inútilmente, porque Juan, con todos los sentidos puestos en la ventana, no la vio ni la escuchó. Comprendió Teresa que eso tuvo que mortificar a Juan porque la hacía aparecer como olvidada de su venida. ¡Olvidada ella, cuando ese dulce recuerdo la había tenido en suspenso toda la noche! Y se encontraba ahora con que ese resentimiento estaba amargado por un sentimiento más acerbo aún, el de los celos, cuando Juan le preguntó con ansiedad mal contenida:

—¡Cómo! ¿No estabas tú en la ventana cuando yo pasé?

Esa pregunta lo que expresaba era esta otra: «No eras tú la que conversabas en la ventana con aquel joven?».

Teresa contestó:

—No, yo estaba en el entreportón, pero tú no me viste. En la ventana quien estaba era abuelito hablando con un señor.

Y para que a Juan no le quedaran dudas preguntó esforzando la voz, a don Anselmo, que se hallaba en su cuarto:

—Abuelito, ¿tú no viste cuando pasó Juan?

—No, no lo vi.

—¿Y no estabas en esos momentos en la ventana?

—Sí, pero el empleado de la gobernación me impidió verlo, cuando venía subiendo y pasó por la acera de enfrente; vine a divisarlo cuando ya entraba en su casa.

Teresa miró alegremente a Juan con una expresión de triunfo; aquellas palabras de don Anselmo tenían el valor de tácitas explicaciones no pedidas sobre sospechas no dichas: creyó que eso bastaría para volver la calma a Juan, pero este siguió triste y la tristeza de él acabó por invadir

el alma de Teresa, en virtud de esa comunión de impresiones que establece el mismo nivel e iguala las temperaturas de los seres que se aman.

Teresa inclinó la cabeza y cesó de reír; a su vez ella se puso dudosa: la frialdad de su amado le hizo temer que no era amada.

Juan le tomó entonces cariñosamente la mano:

—¿Qué tienes? —le preguntó.

—Que tú hoy no me quieres.

—Es cierto, hoy ni nunca te he querido...

Teresa miró con sorpresa a Juan.

—Porque te he adorado siempre —concluyó este.

—¿Entonces, por qué estás así?

—¿Pero qué encuentras en mí de particular? Estoy como siempre.

Esto no era cierto. En ciertos temperamentos, como el de Juan, las impresiones tienen una persistencia rara y atormentadora: el beneficio recibido les hace eternamente agradecidos; la ofensa, eternamente rencorosos; los grandes infortunios, eternamente tristes; los desengaños, eternamente desconfiados. Tienen profundidades esos temperamentos, como las cavernas de las montañas, en las cuales los ruidos ya extinguidos quedan repercutiendo con profundas resonancias. Hasta las emociones fútiles de la vida ordinaria echan en ellos raíces profundas; cuando la causa emotiva ha desaparecido, la emoción subsiste por mucho tiempo todavía. Para recibir la impresión son cera esas almas, y para conservarla, granito; fácilmente se escribirá en ellas lo que después nada podrá borrar de ellas.

La serie de desazones que ese día experimentó Juan desde que entró al callejón y que Teresa sospechó con su inteligencia y con su amor, sospechas que se convirtieron en certidumbre cuando lo vio llegar reservado y grave, y la hicieron reír con esa risa tan femenina, tan propia de la

contradictoria alma de las mujeres, que se desviven por ver al hombre amado sufriendo por su causa, aunque para aliviar ese sufrimiento tengan que dar después toda la sangre de sus venas; ese dolor confuso que a Juan causaron todos los pequeños hechos inesperados de esa mañana, que fueron destruyendo una a una todas las pequeñas dichas que estaba acostumbrado a disfrutar cuando llegaba; primero el eclipse de Teresa, que le produjo una sensación de tinieblas; después un joven conversando en la ventana; luego la romanilla puesta, y tal vez Teresa ocultándose detrás de ella para que Juan no descubriera en su faz una sorpresa que era una confesión; la crueldad, maligna que revelaba ella al estar con un joven en la ventana precisamente a la hora en que él iba a llegar; todas esas insignificancias que Juan encontró al mismo tiempo tan significativas, y con las cuales él, con la vehemencia de las almas apasionadas y con la sombra de las almas tristes, hizo fantasmas de deslealtad y de olvido, habían sido disipadas de su entendimiento con las explicaciones provocadas con tacto exquisito por Teresa, pero le quedaba en el corazón cierto maltrato, cierto rezago de melancolía, del mismo modo que en la naturaleza, después que ha pasado la borrasca y brilla de nuevo la luz del sol sobre el mundo, siguen cayendo de las hojas de los árboles gotas de agua, como lágrimas silenciosas de la pasada tormenta.

—¿Como siempre? —contestó Teresa—, y sin embargo no me has dicho nada de mis ramilletes ni me has preguntado por tus matas.

Las matas de Juan a que se refería Teresa eran las de violetas, pensamientos y miosotis que embalsamaban el jardín bajo las sombras de las dos palmeras, y que eran descendencia remota de ramilletes que el mismo Juan en sus correrías de niño, había pedido a los isleños cultivadores de los jardines de Galipán y Sanchorquiz.

Teresa cuidaba las matas, pero no cogía las flores, ni habría permitido que nadie en el mundo hubiera cogido una sola; esas flores eran propiedad exclusiva de Juan, que hacía con ellas cuando venía rami-

lletitos para Teresa, que después se iban a morir, perfumando la alcoba y amarilleándose lentamente, a los pies de una imagen de la Virgen que adornaba la cabecera del lecho de su amada. Las flores mustias y secas permanecían allí hasta el mes siguiente que eran reemplazadas con nuevos ramilletes.

—¿No te sería más grato que te hablara del baile de esta noche? —preguntó Juan, después de haber tomado de sobre la mesita, y haberla leído, la invitación.

—¿Se me había olvidado! Ya ves que no me tiene ese baile tan embullada como tú te lo imaginas. ¡Oye, si fueras tú! Entonces sí tendría placer en asistir: ¿vas?

—Ya sabes, acostumbro regresar a La Guaira en el tren de las tres.

—¿Y quién te impone eso?

—Mis obligaciones.

—Sí, pero es que tú tienes otros deberes, fuera de tus deberes mercantiles; ¿o es que como dependiente eres más cumplido que como novio?

—Y además que no tengo invitación.

—Esta sirve: está puesta —dijo Teresa leyendo— al señor don Anselmo Rubio...

Y poniéndose muy colorada concluyó de leer:

—y familia; podemos pasar como hermanos si no quieres que pasemos de otra manera.

—A la sombra de esta tarjeta podría pasar como hermano o como novio; pero lo que es este traje que tengo puesto, no pasaría ni a la sombra de mil tarjetas como esa.

Esta objeción estaba prevista y resuelta.

—¿Cuánto tarda en llegar de La Guaira un expreso viniendo por el cerro? —preguntó Teresa.

—Unas seis horas.

—Pues pides por teléfono tu vestido de frac a La Guaira, y a las seis horas lo tienes aquí.

—No —replicó Juan poniéndose serio—, no voy; ni puedo ni quiero... No me divertiría mucho en un baile donde tú estuvieras: no se qué sentiría yo viendo que bailabas con otro.

—¡Pero si yo no voy a bailar sino contigo, ni yo voy a permitir tampoco que bailes con otra sino conmigo!

—¿Toda la noche? —preguntó Juan sonriendo—; eso no es permitido: y sufriría mucho viéndote en brazos ajenos.

—Lo mismo que yo viendo que abrazas a otra —contestó con ingenua pasión Teresa; y después de una breve pausa añadió:

—Mira, pienso que lo mejor es que ni tú ni yo bailemos.

—Por lo menos en reuniones donde estemos los dos.

—No, en ninguna parte, ¿sabes? Renuncia al baile como renuncio yo. ¿Bailan mucho en La Guaira?

—Poco; mucho más se baila en Macuto.

—¿Y tú asistes a esas reuniones?

—Pocas veces; hago un mal papel; el pensamiento en ti no me deja libre ninguna porción de alma para estar alegre y ser galante con ninguna otra mujer.

—¿De veras? —preguntó Teresa con acento de venturosa credulidad—; a mí me va a suceder eso mismo esta noche: si tú no vas, sé que no estaré alegre ni contenta; no quiero ir; decididamente no voy.

—¿Qué contestó don Anselmo a ese señor Montálvez?

—A él nada: fue el gobernador quien remitió la invitación.

—Bueno, ¿qué le contestó al gobernador?

—Que era casi seguro que asistiríamos.

—Pues están ustedes casi obligados a ir.

—Pero él contestó eso contando con que tú vendrías hoy, e irías con nosotros; y dispuesto si no, a hacer lo que tú resolvieras.

—Pues yo me decido por la asistencia.

—¿Pero es que tú tienes algún interés en que vayamos?

—No.

—¿O gusto?

—Pues gusto, precisamente, tampoco.

—¿Y entonces?...

—Ya don Anselmo casi prometió que iría.

—Pero casi prometer no es prometer.

—Para las personas formales y serias, sí.

—¿Y si a última hora yo me enfermo?

—Harías mal.

—No voy, y no voy —dijo Teresa haciendo girar su silla.

—Debes ir, yo te lo ruego; no te sigas por los egoísmos de mi amor, que reconozco son ridículos; únicamente te ruego que allá en el baile no me olvides ni un momento —dijo Juan.

—No voy, y no voy—repetía Teresa sobrecogida por algo inexplicable.

¿Existe el destino?

Juan, sin hacer una prohibición explícita, que él creía ridícula, con solo haber permanecido callado esta vez, habría dejado que triunfara la voluntad de la joven; pero repitió nuevamente:

—Ve, yo te lo ruego.

—¿Pero qué empeño tienes? —preguntó Teresa golpeando el suelo con el pie.



¿Existe el destino?

Juan, contrariándose él mismo, empujaba suavemente a su amada a asistir a una fiesta a la cual ella no tenía al principio gran entusiasmo en concurrir, y hacia la cual, ahora, sentía una secreta repulsión.

Pasó un momento que fue decisivo. Teresa no insistió; Juan no se retrató. Sentíanse descontentos de sí mismos. Teresa todavía tuvo un débil impulso de rebelarse de nuevo, pero no se rebeló. Juan estuvo todavía a punto de derogar su mandato, pero no lo derogó. Fueron los movimientos salvadores e impotentes que en instantes supremos de la vida se presentan a la mente humana con toda su evidencia salvadora, y sin embargo no son seguidos por la voluntad sometida a poderes ocultos y desconocidos. Los dos jóvenes se quedaron tristes, con esa tristeza de presentimiento que aqueja a los mortales cuando sienten que sobre sus cabezas se condensa, sin poder evitarlo, el rayo que habrá de fulminarlos.

Después de una breve pausa, preguntó Juan, esforzándose en serenarse:

—¿Has cuidado mucho mis matas?

—Sí, ¿quieres verlas? Ven...

Los dos jóvenes se dirigieron al jardín, y se hundieron en la penumbra formada por el follaje pomposo de los crotos y las palmeras jóvenes, que en la altura entrelazaban sus ramas y hacían una susurrante bóveda de verdura.

La verdura y lozanía de sus matas, que semejabán una tupida alfombra de hojas verdes, demostraban a Juan que esta vez, como siempre, había sido amado y había sido recordado en sus flores. Teresa, fijos los ojos en Juan, trataba de adivinar sus impresiones.

—En cada hoja de esas he puesto un pensamiento para ti —le dijo con voz muy queda.

Juan a su vez miró a la joven y la envolvió en una mirada de pasión infinita; la joven, hipnotizada por esa mirada intensa y larga, juntó las

manos en un gesto de adoración, y después las abandonó entre las manos de su amado, en un confiado movimiento de abandono, de entrega de sí misma.

Juan estrechó aquellas manecitas que se metían trémulas entre las suyas, como pájaros que buscan abrigo; y luego, en el vértigo del amor y de la juventud, rodeó con su brazo el esbelto talle de la joven, y la atrajo hacia sí, sin que Teresa opusiera ninguna resistencia. Comprendió él que no le negaría nada, que toda ella, en cuerpo y alma, le pertenecía; pero el amor tiene extraños refinamientos; en esos casos no basta la toma de posesión muda; se quiere también la manifestación explícita de la voluntad rendida, el concurso de la palabra hablada que dice «tuya», como dicen «tuya», con su lenguaje mudo, las miradas.

Teresa desfallecía en los brazos de Juan, con la cabeza echada hacia atrás para verlo, para no dejar de verlo un instante; sus rostros estaban muy juntos, y se hablaban en voz baja, un diálogo breve, en que las palabras no hacían sino repetir lo que decían los ojos.

—¿Sí?... —preguntó Juan.

—Sí —contestó ella.

—¿Dónde?...

—Donde tú quieras.

—No, dílo tú.

—Donde te agrade a ti.

Y Juan posó sus labios sobre la casta frente de su amada. Era el primer beso que le daba; beso respetuoso, antes que voluptuoso; beso de adoración más bien que de pasión; el beso que dan los novios delicados a las doncellas castas; el beso que no conciben los libertinos y que nunca esperan las mesalinas; el beso que indica a las mujeres que no solo son amadas, ¡sino que también son adoradas!

Teresa confiada echó su brazo por el cuello de Juan y con su dedo sonrosado le levantaba algunos rizos que le caían sobre la frente. Juan le dijo:

—Cuando sientas ese beso en tu frente, sin ver quién te lo da, es que me estoy muriendo.

—No tienes que darme ese aviso, porque yo me moriré primero que tú.

Como sucede siempre, aquellos dos seres tan felices en aquel momento con su amor, pensaban con placer en la muerte y hablaban de morir. Es que la naturaleza humana está organizada para el sufrimiento; el placer es hermano del dolor y el amor es hermano de la muerte; las grandes dichas son tristes; la voluptuosidad suprema vidria los ojos y los llena de sombras lo mismo que la agonía; transmitir la vida en la fiebre de la pasión es despojarse de una parte de vida. Diríase que la ventura humana, cuando traspasa ciertos límites, cae en el aniquilamiento y la desesperanza, como las sirenas acústicas, cuando se las fuerza a dar sonidos muy agudos, caen de golpe en las notas graves de la octava baja.

—¿Y no me lo anunciarás tú? —preguntó Juan tratando de bromear con aquellos pronósticos.

—Sí, te prometo que cuando me esté muriendo, me presentaré a ti: tú me verás.

—Sería un caso de telepatía digno de figurar en la colección de Flammarion. ¿Y tendrías valor para dejarme solo en el mundo?

Teresa miró a Juan:

—¿Y tú ahora poco no me dejaste sola a mí?

Juan no pudo menos de reírse y dijo:

—Vamos a armonizarnos, a disponer esa muerte de que estamos hablando como unos insensatos. Ninguno de los dos abandonará al otro; moriremos al mismo tiempo; ¿quieres?

—Me agradaría infinito —contestó la joven siempre seria.

—El mismo entierro, el mismo cortejo fúnebre, el mismo doble de las campanas.

—Y la misma fosa donde se confundirá eternamente el polvo de nuestros huesos.

—Pero si estamos ausentes, tú en Caracas y yo en La Guaira, como es muy probable, ese programa no se realizará.

—Sí, sí se realizará: si estamos separados, nuestras almas se buscarán para no separarse nunca, y yo me presentaré a ti, tú me verás —dijo con un tono que parecía profético, la joven.

Juan, sin reírse ya, subyugado por la insistencia y el acento de Teresa, exclamó:

—Y yo iré a besarte en la frente; recuérdalo bien, así —y puso otro beso más prolongado, más lleno de adoración en la frente pura de su amada.

La tristeza que llenaba el alma de Teresa se desbordó por sus ojos, que se inundaron de lágrimas; el alma de Juan se llenó de negras sombras. ¿Por qué? No lo sabían, como no sabían tampoco por qué, a pesar de esas sombras y de esas lágrimas, en sus bocas seguían luciendo sonrisas muy dulces, casi alegres.

Por una extraña casualidad, Juan formó ese día su ramillete con solo violetas blancas, blancas como el color del traje que Teresa llevaría al baile por recomendación de Clementina.

Se lo entregó a Teresa diciendo:

—Ponte esta noche mis violetas sobre el pecho; no permitas que nadie toque esas flores; imagínate que ellas son mi corazón palpitante y sin defensa, al cual van a lastimar hasta las miradas que se posen allí.

Momentos después se despedía precipitadamente para alcanzar el tren.

## VI

En una de las mejores casas del Saint Germain caraqueño, Altagracia, en la acera opuesta a la iglesia de este nombre y al Palacio de Hacienda, se detuvieron ahora años una mañana varios coches atestados de pequeñas maletas de mano.

De uno de ellos bajó un señor moreno, alto, robusto, que por su aspecto atrasado y a la vez dominante, realizaba esa forma grotesca de imperio que llegan a adquirir nuestros caciques, ese ademán palurdo y a la vez insolente que asumen nuestras cotizas democráticas cuando han estado revestidas de facultades omnímodas.

Detrás de él bajó una señora no menos ordinaria, no menos vulgar y mandona, cuya contextura exuberante, casi dividida en dos porciones por el apretado corsé, se desbordaba hacia abajo, en un vientre que se le escurría hasta los muslos, y hacia arriba en unas ubres que se le subían al pescuezo.

—¿Aquí es? —dijo al bajar la dama, con una voz bronca, desprovista de inflexiones, que servía de órgano a aquella alma desprovista sin duda de complejidades.

Y precedida de su compañero se entró por el zaguán, al cual llenó con su volumen y con los reflejos que emergían de sus joyas, de su traje de seda, y de las puntas de los zapatos charolados que se asomaban brillando bajo la orla del vestido.

De otras victorias bajaron dos jovencitos de gruesos vientres y piernas delgadas, con toda la apariencia de la caquexia palúdica, y una niña, pálida y agraciada, que por su tierna edad necesitaba de los cuidados de la sirvienta que la sacó en peso del vehículo y la llevó de la mano.

Todos entraron: el entreportón que se abrió sonando ruidoso timbre, quedó por un momento abierto para que los mozos metieran las maletas de mano de los coches, y el equipaje, un equipaje muy pequeño, compuesto de las indispensables cosas de uso personal, que a poca distancia de los coches traía un carro de la empresa de mudanzas.

Sobre el pavimento de mosaico del extenso patio, en grandes y costosos jarrones de loza, extendíase un jardín portátil; frescas ondas de verdura y de flores invadían el comedor, ventilado y lleno de luz, a través de cuyas caladas romanillas, allá en el fondo, alcanzábase a ver los pulimentados armarios, repletos de porcelanas y vajillas de plata.

Después que los mozos traspusieron el equipaje y las maletas, el entreportón volvió a cerrarse haciendo sonar el timbre; y del interior de la casa ya no vieron los curiosos que se habían amontonado en la calle, otra cosa que las lujosas cortinas que de cuando en cuando el viento acercaba a los cristales de las ventanas.

La familia Montálvez llegaba a Caracas con un capitalejo de medio millón de bolívares, acumulado centavo a centavo, peseta a peseta, onza a onza, en una insalubre y apartada región del Orinoco, prestando dinero al módico interés del veinticinco por ciento, comerciando en chinchorros recamados de plumas vistosas, placas de balatá, cochanos de oro, imponiendo de vez en cuando empréstitos voluntarios, y haciendo

trabajar como animales, en sus plantaciones, a los desdichados indios, tratados en una época en que por donde quiera se fundan sociedades protectoras de animales, peor que bestias de carga por los quincalleros de la República, más inhumanos y codiciosos que los aventureros de la conquista. Las tropelías y crímenes cometidos en La Guayana desde muchos años atrás, por autoridades que no llevan otro propósito que el de enriquecerse en poco tiempo, darán al historiador futuro materia para narrar repugnantes escenas de ferocidad sórdida, parecidas a las de la pesca de perlas en Cubagua, durante la dominación española.

Por lo pronto, se notan ya dos resultados: la desaparición de los indios, únicos braceros posibles en aquellas regiones, los cuales se han ido lentamente hacia la Guayana Inglesa, atraídos con buen trato y garantías efectivas, y un íntimo y secreto sentimiento de secesión que circula silencioso por las selvas, sentimiento que con el tiempo y alimentado por la perfidia británica, irá aumentando, hasta que Guayana siga el ejemplo de Panamá, pues los Buneau Varilla pululan en toda la América del Sur.

El día menos pensado, Guayana esquilhada, arruinada, exasperada por la explotación tan cruel como estúpida de los burócratas oficiales, tratará de sacudir el yugo, obligada por el instinto de la propia conservación, tan poderoso en las colectividades como en los individuos; entonces los patriotas gubernamentales recordarán al pueblo venezolano el deber que tiene de sacrificarse por la integridad de la patria; y los venezolanos morirán por millares creyendo combatir por la unidad nacional, cuando solo irán a poner a los Coraos propietarios o cesionarios, en la pacífica posesión de sus odiosas expoliaciones mercantiles.

El Orinoco, que debiera ser un río mundial, no es ni siquiera un río venezolano: el Orinoco es un río que pertenece a una compañía de navegación. El Orinoco pesa sobre Venezuela con los peligros y las responsabilidades de los grandes ríos; pero es una empresa monopolizadora la que se aprovecha de él.

La honrada y prudente administración de la Guayana es uno de nuestros graves problemas, por las consecuencias que entraña para el porvenir de Venezuela; pero no nos ocupamos de este ni de otros, porque los venezolanos tenemos una atención más urgente todavía; hacerle fiestas y genuflexiones al que esté en el poder, y celebrar las glorias del gran partido.

Ricardo Montálvez hubo de venirse a Caracas llamado por el general Crespo, quien le prometía asociarlo a una de tantas empresas de su gobierno industrial. En realidad era que la plaza, en que muy a la chita callando se estaba enriqueciendo Montálvez a la sombra de su carácter de gobernador, la necesitaba el Héroe del Deber para dársela a un intrigante de antesalas, quien descubrió que aquella gobernación era un Potosí, y vino con el chisme a Santa Inés prometiéndole al general Crespo que si lo hacía señor feudal de aquel territorio como lo era Montálvez, repartiría con él, por partes iguales, un botín que no bajaría de cien mil bolívares mensuales. Eran, pues, cincuenta mil bolívares que ingresarían todos los meses en las cajas particulares del general Crespo, con solo quitar a Montálvez para poner al otro. El general Crespo no dudó. Esta práctica de conseguir empleos, pagando cierta gabela el nombrado al que hace el nombramiento, fue descubierta por el doctor Pimentel, ministro de Instrucción de Guzmán Blanco, quien exigía veinte bolívares mensuales a los maestros de escuela que él nombraba o conservaba en el puesto.

Montálvez, cuando llegó el reemplazo, se puso desatinado y loco, y quiso rebelarse contra la orden de su jefe.

—¡Voy a alzarme, voy a hacer una revolución! —decía paseándose por el rancho que era a la vez gobernación y factoría.

Luego cambiaba de resolución:

—¡No, mejor es que la ciudadanía de mi mando se pronuncie por su anexión a la Guayana Británica! —y seguía paseándose.

Afortunadamente para la paz pública, por la calle pasó en ese instante el batallón bien equipado que traía el nuevo gobernador. Doña Elvira se lo mostró a su marido y le dijo lacónicamente:

—Si no te entregas, te ponen preso.

Doña Elvira, en aquella región salvaje, soñaba con Caracas como los musulmanes sueñan con el paraíso del profeta. Sentada sobre el fuerte arcón que guardaba las morocotas americanas, las onzas españolas y las libras esterlinas, apoyó con las razones que le sugirió su reducido caletre las órdenes del primer magistrado; de modo que cuando el nuevo gobernador, acompañado de su secretario y de dos edecanes, apareció a la entrada del rancho, a tomar posesión de su empleo, ya Montálvez había asumido una actitud de disciplina partidaria al jefe, y de disciplina doméstica a su mujer.

Hizo, eso sí, que los habitantes del territorio suscribieran una llorosa manifestación de despedida, que demostraba cuánto era él querido en aquellos lugares; y días después la familia, escoltada por escogidos y fieles servidores, acometió la odisea primitiva de bajar en canoas robinsonianas el gran río, hasta San Fernando de Apure, donde cambiaron en giros sobre Caracas una gran parte del oro que llevaban en estorbosos y fuertes cajones, y tomaron pasajes en una lancha de vapor hacia Ciudad Bolívar. Aquí Montálvez acabó de reducir a giros lo que le quedaba de su cuantiosa fortuna, y después de tocar en Trinidad, llegaron a La Guaira, donde permanecieron el tiempo que el exgobernador necesitó para conseguir una buena casa en Caracas y amueblarla debidamente.

Merced a esa intuición con que ciertos talentos descubren al primer golpe de vista si tal esquina es propia para una frutería o para un restaurante, doña Elvira, que se pasaba los días en las romanillas de su ventana, estudiando el nuevo medio y atisbando lo que sucedía en la calle, comprendió, en primer lugar, que su casa estaba admirablemente

bien situada entre el ministerio y la Iglesia, a igual distancia de Dios y del Diablo.

Lo que veía en el Ministerio de Hacienda la ilustró mucho. Por la mañana llegaba en su coche el ciudadano ministro, bajaba del vehículo y entraba a palacio, precedido del portero, que se había apresurado a abrir la portezuela y a recibir el voluminoso portafolio, en tanto que volaban por el aire los sombreros y se inclinaban al suelo las frentes de todos los individuos bostezadores y adulones que lo esperaban en la calle, y que en tropel invadían después el zaguán detrás del flamante hombre público. El ministro contestaba todos esos saludos con un aire entre desdeñoso y distraído, ese aire que adquieren todos nuestros grandes financistas, cuya profunda ciencia, en un país incipiente que no tiene más problema económico que el peculado de sus mandatarios, consiste únicamente en meter cuñitas al nivel del balance para que los egresos resulten iguales a los ingresos en las convincentes memorias que presentan a los congresos.

De las conversaciones que desde su romanilla oía doña Elvira a los transeúntes y grupos de la calle, había sacado en limpio que de aquel hombre, tan acatado ahora, nadie hacía caso antes de llevar la cartera; que pertenecía a los que miran el tesoro público como un queso al cual todos sus guardadores pueden sacarle su tajadita; que a poco de ser ministro de Hacienda, fueron apareciendo por todas partes las haciendas del ministro, como diría Núñez Cáceres. A pesar de todo esto, periodistas sobornados para el bombo, ponían por las nubes a aquel estadista, honrado y austero, que estaba sacrificando su salud en sacar a flote las finanzas venezolanas.

Los corrillos que a diario se formaban frente al Ministerio de Hacienda, y que por lo concurridos y renovados podían tomarse como un eco, por lo menos, de la opinión pública de Caracas, no le dejaban a doña Elvira formarse una opinión exacta respecto de nada ni de nadie.

Allí en aquellos corrillos, se hacían y deshacían figuras, se levantaban y hundían nombres, se forjaban y destrozaban reputaciones, con tal encarnizamiento y tal convicción, que Caracas llegó a parecerle a la señora la sede de las embusterías y de los fraudes más grandes, donde toda infamia encuentra defensores, todo error apóstoles, toda medianía apologistas; las existencias más huera encuentran biografiadores; de probidad pública hablan los pillos más grandes, que hace apenas pocos meses aparecieron convictos del saqueo de algún ministerio o de alguna tesorería, y de dignidad personal los cortesanos más viles que llevan todavía en los pantalones las rodilleras de sus recientes genuflexiones.

Nuestra mentira social, nuestra mentira política, nuestra mentira literaria, nuestra mentira científica y nuestra mentira patriótica, fueron medio comprendidas por doña Elvira, quien llegó a sacar como conclusión que en Caracas y en Venezuela, a punto fijo, nadie sabe a qué atenerse respecto de nada, porque todo se falsifica, y con igual facilidad se echan sombras sobre las cosas más claras, como se hacen brillar como verdades las mentiras más groseras. Cosa corriente es ver aquí a Judas predicando lealtad, a Mesalina censurando las malas costumbres, a Torquemada blasonando de liberalismo, y a Coriolano echándolas de defensor de la patria.

En segundo lugar, lo que observó en la iglesia de Altagracia no la ilustró menos, pero en otro sentido. La iglesia era un concurrido centro mundano, un *rendez-vous* de exhibición vanidosa de los trajes de última moda. Uno de los tres enemigos mortales: el mundo, había tomado posesión de aquella iglesia. Las telas más costosas, las toilettes exageradas, los trajes llamativos podían buscarse en ella.

Cuando terminadas las grandes festividades, en que predicaba el padre Arteaga, la feligresía aristocrática, que había hecho su iglesia de la iglesia de Altagracia, descendía por la gradería de la salida principal para llenar

la calle, doña Elvira, haciendo sentar a su pequeña junto con ella tras la romanilla, para que fuera educando el gusto y adquiriendo modales, se entregaba al estudio de aquellos modelos vivientes, observaba el andar airoso, la charla amena, el gesto expresivo, la voz gorjeante, la distinción no aprendida de las caraqueñas. Tras esta observación tenaz y atenta, doña Elvira aprendió a aplicar con discernimiento más o menos acertado este adjetivo: «elegante», que llegó a ser en sus labios de escaso vocabulario un hábito, y en su mente de escasas ideas una obsesión. «¡Qué elegantes!», decía ella siguiendo envidiosa con la vista algún grupo de mujeres bellas. Al fin, con ese instinto simiesco de nuestra raza, que nos convierte en monos imitadores lo mismo del más fino *gentleman* británico que del más vulgar torero español, doña Elvira fue asimilándose para su uso particular esa elegancia de segunda mano, ese buen tono postizo que adquieren las provincianas que vienen a Caracas o las caraqueñas que van a Europa, con las cuales unas y otras pretenden humillar a sus paisanas cuando tornan a la parroquia o regresan a la capital.

Montálvez y su esposa procuraron ponerse en evidencia con un boato algo rastacuero, pero también desdeñoso, que no dejaba traslucir demasiado el deseo que los atormentaba de llamar la atención y «entrar en la sociedad». Algunas tardes hacían la recorrida cursi de todos los cursis que desean llamar la atención, y salían en coche de lujo con pareja americana, reclinada ella en cojines bordados de los que se venden en Liverpool a cuatrocientos bolívares.

Abonáronse a los teatros, donde no se dejaban ver sino en las funciones de gala, en los estrenos o beneficios, cuando también concurría el presidente de la República y podía pagar sus miradas mendicantes, con algún imperceptible saludo, que contestaba al punto toda la familia, como movida por un mismo resorte, con grandes ademanes.

Los mocitos habían sido colocados en uno de los colegios más costosos, un colegio de selección plutocrática, y recibían todos los días un

billete de veinte bolívares, con la orden perentoria de ser obsequiosos con sus compañeros; y Lucinda, cuya epidermis se había despercudido ya, salía siempre asistida de su aya, una aya extranjera, muy blanca y rubia, que llevaba riquísimos delantales bordados, y grandes gorras, de que colgaban anchas y solemnes cintas de seda.

—¿Montálvez?

—Sí, Montálvez.

—¡Qué apellido más raro! Jamás lo había oído en Caracas.

—Están recién venidos.

—¿De dónde?

—De la Guayana: dicen que son muy ricos.

—¡...!

Desde la romanilla doña Elvira oía diálogos semejantes al anterior, a transeúntes que detenían el paso al pasar por el frente, y escudriñaban con curiosidad el interior, dejando ver unos el deseo de entrar, y otros, cierto gesto de indiferencia o desconfianza.

El oleaje de la ciudad, oleaje de miserias, de intrigas, de egoísmos, de adulaciones, lamió los cimientos de la casa, entró por el zaguán, y llegó hasta el entreportón.

Los primeros toques que llamaron fueron humildes, tímidos, secos, los toques que dan las manos temblorosas y los nudillos descamados.

Un desconocido franqueó, después de una breve vacilación a la voz de ¡adelante! el entreportón de Montálvez. Era un señor de edad madura, delgado, alto, moreno, empezando a encanecer, de bella barba apostólica, que él cuida mucho, para inspirar confianza.

—¡Mi jefe! ¿Cómo está mi jefe?

¡Lo que se envaneció Montálvez, al oírse llamar mi jefe, allí en la capital nada menos, por aquel caballero tan honorable!

Este agarró con sus dos manos, muy efusivamente, con efusión de amigos viejos, la mano que Montálvez le tendió, para no soltarla sino cuando ya en el paraqué, Montálvez le mostró una silla para que se sentara.

Y el individuo habló: conocía a su jefe, al general Montálvez; había seguido paso a paso, con cariño, mejor dicho, con admiración, su brillante carrera pública; notorios eran sus hábiles esfuerzos por conservar y extender la influencia venezolana en la región del alto Orinoco; en esa empresa, nadie sino el general Montálvez, su jefe y amigo, dará resultado; es sensible que el general Crespo lo haya destituido; volverlo a enviar allá, no solo es un justo desagravio, sino un deber de patriotismo. «Solo que, en ese caso —dijo inclinándose profundamente hacia doña Elvira que llegó en ese momento—, Caracas perdería el adorno, que con su presencia, le hacen doña Elvira y su graciosa niña».

Doña Elvira le dio las gracias.

—Colaboro —continuó el visitante —en *La Discusión*, el periódico más leído en Venezuela. Si usted lo permite, yo podría emprender una propaganda en este sentido, en el sentido del desagravio.

—¡Oh! no, no —se apresuró a decir Montálvez, ante una mirada de su mujer—; al general Crespo yo no le haré jamás la más ligera indicación, y por la prensa, mucho menos.

—Eso es cosa de usted; pero mi pluma está a su disposición; junto con mi amistad, he venido a ofrecérsela a usted.

El individuo se despidió y fue acompañado hasta la salida por Montálvez.

—No se olvide de volver —le dijo este, encantado de aquel caballero—, quedamos a sus órdenes: no es fórmula.

¡No se olvidó de volver! Se hizo amigo íntimo, llegaba siempre a la hora de servirse la sopa; pero solo a las muchas instancias de doña Elvira

aceptaba la invitación de ir a la mesa; entonces hacía juiciosas advertencias sobre los peligros que esconde Caracas para todo, para la salud e inocencia de los jóvenes, y para el bolsillo de los viejos.

—Sobre todo para el bolsillo, mi jefe —decía metiéndose los dedos con sus uñas ribeteadas de sucio, entre las hebras plateadas de la barba—; y el principal peligro para el bolsillo lo constituyen los sablistas.

Las frecuentes ausencias del viejo de la barba cana fueron notadas por sus compañeros de asalto de la plaza Bolívar y los bulevares: él les explicó que había estado petardeando sin ningún éxito por La Guaira y Macuto. Pero la cara lozana que transparentaba la alegría del estómago lleno, y pequeños eructos, que demostraban que algo sólido estaba desalojando el aire de las vías digestivas, los convencieron de que aquel ratón había encontrado algún buen queso, y cada cual se propuso seguirle la pista.

A poco un nuevo tipo traspuso el portón de Montálvez.

Con aire misterioso expuso a Montálvez el deseo de hablarle a solas. Era un isleño, que suponiendo verosímilmente que Montálvez, como hombre exquisitamente culto, tendría aficiones al arte, le llevaba una colección de postales, que representaban a una mujer en una pieza de baño, en los sucesivos momentos de quitarse una a una las prendas del vestido, meterse en la bañera, salir de ella con la ligera túnica pegada al cuerpo, dejando medio cubiertas para hacerlas más atrayentes, las soberbias formas, hasta que despojada de su túnica también, aparecía en la gloria de una completa desnudez.

—Es la belleza que habla al alma de los hombres refinados; esa mujer es bella, admira, pero no enciende los sentidos; contemplándola un patán no sentirá sino el aguijón de la concupiscencia; pero usted que posee una exquisita cultura estética, ante este desnudo casto, experimentará la emoción de la belleza sin mezcla de malos pensamientos.



Montálvez acababa de llegar de la Guayana, y sabía muy poco de emociones estéticas. Pasaba y repasaba sucesivamente ante sus ojos aquellas estampas, desde la primera, en la que la bella echaba el pestillo de la puerta, hasta la última en que aparecía como una Venus que sale no del mar sino del baño. Hombre casi primitivo, con todos los impulsos de la animalidad, no comprendía la contemplación desinteresada de la belleza femenina, ni el desnudo casto, de que hablaba el isleño; no concebía que viendo sin velos una mujer bella, pudiese un hombre entretenerse en la serena contemplación intelectual de las líneas, sin sentir el aguijón del deseo.

Y barajaba las postales, deteniéndose con preferencia en la penúltima de la serie, en que el cuerpo de la bañista no se veía, sino que se sospechaba apenas bajo los pliegues de la túnica, adherida como una caricia a las carnes y las velaba a medias, con esa malicia sugestiva de las telas transparentes y de las faldas medio levantadas.

El isleño no creyó necesario elogiar más la mercancía ni el refinamiento artístico de Montálvez; se había quedado mudo; comprendió que había pescado en sus redes a un incauto.

—Sin duda que son una obra de arte —dijo después de un rato Montálvez, echándola de inteligente.

—Solo que son muy caras.

El astuto isleño quiso estimular también la vanidad del carnero con lanas de oro, como había estimulado la cultura artística del jayán, y agregó:

—En Caracas son muy pocos los que se dan el lujo de poseer colecciones como esa. Solo Pedrito Salas, los Guzmanes, los ministros, en fin.

Una sonrisa fatua y desdeñosa plegó los labios de Montálvez.

—Pues ninguno de esos señores es más rico ni más artista que yo.

Y por aquella colección de postales, que valía un bolívar, Montálvez le dio al isleño lo que este le exigió, por ser a él, como un favor: doscientos.

Un nuevo personaje llegó otro día a la presencia de Montálvez y su esposa. Era un artista, mejor dicho, un aficionado, decía él, porque aquella palabra debe reservarse a los consagrados como Tovar, Michelena y Rojitas; un aficionado que luchaba solo contra la intriga y la envidia. Producía al lápiz, con desaliñada espontaneidad, lo que le sugería su vocación. Traía una muestra de sus trabajos. El artista cuidadosamente, con cariño, desenrolló unos grandes cartones, separados uno de otro por papeles de seda. Uno, dedicado a Montálvez, el heroico y denodado general, representaba un glorioso kepis, rodeado del correa de una invicta espada envainada, tendida horizontalmente debajo del kepis. En otro, dedicado a doña Elvira, estaba pintada una lira, pues el artista había descubierto que la señora, si no hacía versos, tenía talento suficiente para hacerlos cuando quisiera; en el tercero, dedicado a los niños Montálvez, se veía un compás, un libro, un tintero y una pluma de ganso, conocidos símbolos de la instrucción primaria y secundaria.

—Todo esto es obra de mi genio —dijo el artista— porque a mí nadie me ha dado una lección de pintura siquiera.

Montálvez, galante, hizo un movimiento de sorpresa.

—Sí, señor, como usted lo oye —siguió el artista—. Yo no he sido protegido por el gobierno, ni he sido comprendido por mis conciudadanos. Vivo y produzco bajo la protección de las almas generosas. En la semana pasada le dediqué un cuadro al general Mora y me envié trescientos bolívares.

Después sacó un pliego del bolsillo y se lo entregó a Montálvez diciéndole:

—Pase la vista por ese papel.

Montálvez leyó: «Esperando merecer la protección de la familia Montálvez, le dedica estos cuadros un venezolano pobre, que es a la vez artista. Vive en la esquina del Guarataro, número 33».

Había que gratificar a aquel genio malogrado. «¿Cuánto será bueno darle? », se preguntaban al día siguiente los esposos Montálvez en el comedor, a la hora del desayuno. Afortunadamente estaban en posesión de un dato: el general Mora había dado trescientos bolívars por otro cuadro.

—Por consiguiente, por los tres nuestros le mandaremos novecientos —dijo Montálvez.

—Envíale de una vez mil, una suma redonda. Ese pintor tiene mucho talento. ¿No ves cómo ha descubierto que puedo hacer versos? ¡Y yo misma no lo sabía!

Montálvez no hizo ninguna objeción a los deseos de su mujer. Estaba de buen humor y nada hay que predisponga tanto a la benevolencia como el buen humor.

Esa mañana el cartero había traído en un gran sobre, un número de *La Discusión*, ese que leía en ese momento Arturo, y que había circulado, y seguía circulando de mano en mano.

—Lee en alta voz —le dijo Montálvez a su hijo.

Arturo empezó a leer: «Otra vez la impenitente oligarquía, siempre vencida y siempre perdonada por El Gran Partido Liberal...».

—No, niño, estás leyendo el editorial. Lee el suelto que está en la crónica, el suelto aquel...

—¡Ah!, ¿el que se refiere a usted?

—Sí.

—Pero si todos lo hemos leído ya.

—Lo hemos leído, pero no lo hemos oído; léelo en alta voz; las cosas no parecen lo mismo oídas que leídas... —dijo con fruición Montálvez.

Arturo leyó: «Desde hace muchos meses se encuentra en Caracas el general Montálvez, liberal insospechable y honrado servidor de la Re-

pública. Respetuosamente recordamos al Gobierno Nacional que hombres como el general Montálvez son los que dan prestigio a una administración».

—¿Cómo se llama el periódico? —preguntó doña Elvira envanecida con aquel ditirambo que después de haberle encandilado de vanidad los ojos se le entraba ahora por los oídos como una música.

—*La Discusión*, el periódico en que colabora nuestro amigo —contestó Montálvez—; es un periódico muy independiente: mira cómo le canta la cartilla al gobierno.

—Debes hacerle una visita al redactor.

—¿No será mejor enviarle una tarjeta?

—No, hazle una visita: los periodistas son personas muy importantes, con las cuales conviene tener relaciones; llévale un buen regalo.

No pasó desapercibido para los sablistas de la plaza Bolívar el aspecto reanimado que tenían las caras del individuo de la barba entrecana, del artista y del isleño.

Y no hubo día de ahí en adelante, que no tocara a la puerta de Montálvez alguna mano huesuda, y no apareciera después en el corredor, alguno de esos conocidos individuos holgazanes y desvergonzados, que ejercen el asalto y la estafa, a pleno sol, en la plaza Bolívar y los bulevares, en las narices mismas de gobernadores, prefectos y policías, que parece no tienen más misión que garantizar a los pillos el ejercicio de sus pillerías, tanto como hostilizan a los hombres honrados. Todos llegaban francamente pedilones, hábilmente rateros o astutamente fraudulentos. Montálvez, inexperto, recibía al principio en la sala o en su gabinete a todos esos individuos equívocos, que no dejan pasar del zaguán, por desconfianza o por propio decoro, los caraqueños que los conocen. Desaparecieron algunos floreros de las mesas, algunos bibelots de las repisas, algunos plumeros de oro del escritorio. Fue una verdadera

invasión de ratas, cuyos mordiscos, al fin, pusieron desconfiado a Montálvez. Del paso de estos roedores por su casa no le quedó más recuerdo que una extraña colección de diamantes falsos, de apócrifas boletas de empeño o de llorosas cartas de préstamo. Parodiando la frase de César, podría decir Montálvez al cabo de algunos meses en que todos ellos, después de haberlo estafado, huyeron: «Llegaron, robaron y se fueron».

Solo el viejo de la barba cana, que en el ejercicio de sus triquiñuelas observaba la máxima de que es mejor que dure y no que madure, continuaba entrando en la casa de Montálvez; no había hecho ninguna exigencia monetaria, ni había cometido ninguna ligereza de manos; se había contentado con la invitación de ir a la mesa, que le hacían siempre que llegaba oportunamente. Entonces él, al hablarle Montálvez de aquellos timos, repetía mesándose la barba patriarcal:

—Yo se lo advertí, mi jefe, y se lo repito: tenga mucho cuidado con los sablistas.

Algunas familias de medio pelo, de esas que viven martirizadas por la manía de las grandezas y de tener relaciones en las calles centrales, en las casas de buena apariencia, para venir a exhibirse en sus ventanas los domingos; familias que merced a las telas de realización y las joyas enchapadas, logran una especie de nivelación del vestido, que ellas toman como la nivelación real de la fortuna, vinieron también de las parroquias distantes a hacer su visita de vecindad.

Hasta los pasajes.

En la mañana, a la salida del primer tren para Petare, un grupo de mozos, cantando, hablando y riendo, se aproxima a la taquilla de la estación.

Uno dice:

—¿Cuántos somos?... dos... cuatro... siete... ocho. Ocho billetes, primera, Dos Caminos, ida y vuelta.

—Me corresponde a mí.

—No señor, no permito.

Y se suscitaba una disputa.

Entonces algún Montálvez se les encaraba a los amigos que estaban a punto de reñir, los apartaba sin gran esfuerzo de la taquilla, en ejercicio de cierta función que él se había apropiado y que nadie le disputaba: la de pagar.

Por eso llegaron a ser popularísimos entre cierto mocerío de Caracas; sobre todo cuando a la salida del teatro los Montálvez se dirigían a La Francia o a La India, su prestigio crecía, y los seguía una cola parecida a la que le forma la ciudadanía al caudillo que marcha a la presidencia, al ministerio o la gobernación. Los amigos que habrían reñido por la compra de los billetes de entrada, si el largo brazo de algún Montálvez, tan oportunamente, no se hubiera extendido hasta la rejilla con el pago, esos amigos tampoco los abandonaban en el botiquín, aunque se estuvieran hasta las altas horas de la noche, distribuyendo y pagando tragos de legítimo S.O. No, no los abandonaban. ¡Todos ellos querían mucho a esos buenos muchachos Montálvez! Si era preciso fumar, fumaban; si era necesario beber, bebían; si era indispensable cenar, cenaban por puro espíritu de sacrificio y de compañerismo, para no dejar que los Montálvez, solos, arrostraran el peligro de un nicotinismo, de una borrachera o de una indigestión.

—¿Ustedes a qué hora llegaron anoche? —preguntó una vez el general Montálvez a sus hijos, a la hora del desayuno.

—A las dos.

El papá arrugó un poco el entrecejo; pero ellos ya sabían cómo podían conjurar la tormenta. Habían pasado la noche en muy buena compañía; se encontraban entre otros, el hermano de un ministro, un pariente del presidente de la República, y un hijo del administrador de la aduana de La Guaira.

Eso basta.

Montálvez y su mujer se esponjaban con esas buenas relaciones que ya tenían sus hijos. «Los muchachos no se descuidan» —le decía el general en voz baja a su mujer—, «se nos van por encima». Los dos esposos no habían podido todavía encontrar amistades tan buenas. Montálvez apenas había podido entrar en el club Concordia; en el club Venezuela le habían echado una mayoría de bolas negras; y en cuanto a doña Elvira, hasta entonces, sus relaciones las constituían distantes vecinas de Quebrada Honda, La Pastora y San Juan, que se iban aumentando como si se pasaran la palabra unas a otras con cierta apariencia de mutuo auxilio y que de vez en cuando enviaba invitaciones a onomásticos íntimos, a reuniones de confianza, a ensayos de cuadrilla de mala muerte, sazonados con recitaciones poéticas.

—Ya les tengo advertido con qué jóvenes deben reunirse —decía doña Elvira, y les recitaba una vez más una lista de apellidos.

—Los conocemos a todos —replicaba Ernesto—. Con frecuencia los invitamos a comer al Gran Hotel, les obsequiamos el aperitivo, y no pocas veces hemos sacado a algunos de ellos de algún compromiso con el peluquero o con el sastre.

—Ayer fuimos a los toros en compañía de unos cuantos —agregó Arturo.

—Pero no permitan que ellos paguen: con la gente decente hay que ser decentes —recalcaba Montálvez.

—Siempre pagamos nosotros.

—¿Y son muy lujosas sus casas? —preguntó doña Elvira.

—No sabemos: nos despiden en el zaguán y nunca nos invitan a entrar.

—Eso es porque ustedes no son bastante generosos con ellos —exclamaba Montálvez perdiendo de pronto su buen humor.

Pero no era por eso: es que el caraqueño tiene dos clases de relaciones; relaciones de calle y relaciones de casa; relaciones para cerrar un trueno, y relaciones para bailar en su hogar una cuadrilla. A los amigos de botiquín, que son siempre los arribistas, los pundonorosos jefes de algún cuartel, o los políticos del interior, el caraqueño los explota, pero no los presenta a su familia; al arribista rico le saca dinero; al jefe del cuartel le saca una ración; del político del interior obtiene una pensión; pero no les da nada en cambio, como no sea el gusto de pasear con ellos o de tomarse en compañía de ellos un trago. Todos esos arribistas, esos pundonorosos generales, esos prestigiosos caciques lugareños, son para el caraqueño el arroyo turbio, son la calle, y la calle no pasa del portón.

Sucedió lo que tenía que suceder; los jóvenes Montálvez, colocados entre sus padres que los aconsejaban ser generosos, y sus amigos, que se beneficiaban de esa generosidad, se volvieron unos pródigos, y se contagiaron de la manía de doña Elvira, la manía de tener relaciones distinguidas, relaciones «elegantes», como ella decía. Por todas partes se les veía mendigando la compañía de los jóvenes de la crema, de la crema verdadera, los cuales se excusaban con frecuencia de aceptar sus invitaciones. Los Montálvez imitaban todo lo que observaban en ellos. El ala del sombrero de fieltro, caída por detrás y levantada por delante, el color del vestido, las grandes corbatas batidas por el viento sobre la pechera de la camisa, un ancho cinturón reemplazando al chaleco, el ruedo de los pantalones doblado, eran detalles de indumentaria que los Montálvez imitaban servilmente so pena de considerarse deshonorados.

Vivían haciéndoles preguntas necias, como quién era su peluquero, en qué zapatería compraban el calzado, y cuál era el mejor perfume.

—Heliotropo blanco —contestaba alguno sacando su pañuelo y sacudiéndolo en el aire para que se oliera el extracto.

—No hay nada más aristocrático que piel de Rusia —contradecía otro llevando su pañuelo a las narices de los demás.

—¿Y el mejor sastre? —preguntó un día Ernesto Montálvez.

Sobre este punto tampoco habían podido los Montálvez obtener una respuesta unánime. Unos opinaban que el mejor sastre era Argouet, otros que Chaumer, otros que Cambué.

—La sastrería de Argouet era buena antes de morir el viejo; la de Cambué es recomendable cuando el mismo Cambué coge las tijeras, lo que sucede rara vez; y Chaumer, que en las piezas de encima no tiene rival, en los pantalones es detestable.

—Sí, cada uno de esos sastres tiene su especialidad y su deficiencia: especialidad de Cambué son los pantalones: nadie los corta como él.

—Así como nadie le gana a Chaumer en hacer esa pieza tan modesta y al mismo tiempo tan difícil que se llama chaleco, sobre todo si es para frac.

—Ni a Argouet en hacer un buen paletot o un buen smoking.

—De manera —recapituló inocentemente Arturo Montálvez— que para vestir bien, lo mejor sería recurrir a cada uno de esos tres por su habilidad respectiva.

—¡Caramba, has hecho un descubrimiento! Una junta de sastres para hacer un flux. ¡Pues a nadie se le había ocurrido!

—Puedes aplicar el mismo procedimiento a los perfumes —añadió otro con mucha naturalidad—; mezcla heliotropo blanco con piel de Rusia, y obtendrás un perfume exquisito.

Nadie se rio: se comprendía que en aquellas frases no había intención de ofender, pero a Arturo Montálvez se le encendieron las orejas. Más susceptible y malicioso que su hermano, comprendía que representaban un papel desairado en medio de aquellos mozos, a pesar, o tal vez, a causa de la cultura de ellos.

En los teatros, sentados los Montálvez en los asientos de atrás, porque los de adelante los ocupaban sus amigos con cierto derecho que aquellos no discutían, no parecían los Montálvez los pagadores del palco sino unos invitados, o más bien unos aceptados. En las comidas del Gran Hotel los amigos indicaban a los Montálvez los mejores vinos y los instruían sobre los platos que contenía el menú, ni más ni menos que si estuvieran haciendo a los Montálvez los honores de aquel banquete que los Montálvez pagaban.

Arturo transmitió sus aprehensiones a su hermano, y de ahí en adelante ambos se sentían humillados, pero sin resolverse a prescindir de aquella camaradería que, según su madre, les honraba y les daría con el tiempo posición.

Entre estos camaradas había algunos de exquisita finura: estos jamás los deprimían ni siquiera con bromas amistosas, como aquellos otros que les aconsejaban mezclar los perfumes o hacer junta de sastres: y estos eran, sin embargo, los que les causaban más íntimas mortificaciones. En la serena cortesanía que tenían para los Montálvez, igual, por otra parte, a la que tenían para todo el mundo, había tal aire de superioridad, que los Montálvez, al lado de ellos, se sentían deprimidos. Esta depresión la creían los Montálvez resultado de algún propósito deliberado de aquellos aristócratas por humillarlos, cuando era simplemente el contraste desfavorable que ofrece siempre el plebeyismo al lado del buen tono.

—¿Qué notaste hoy en Soteldo, cuando vio que íbamos tras él a alcanzarlo? —preguntó un día Arturo a su hermano.

—Nada: nos esperó, nos saludó tocándose el sombrero, nos cedió la acera, que nosotros rehusamos, y por último al abrir la cancela del club, la mantuvo abierta: eso fue todo.

—Es cierto, pero no sé por qué su amabilidad tenía algo de irrisión.

—O de favor por lo menos.

Así como los Montálvez mendigaban la amistad de unos mozos, otros mendigaban la de los Montálvez. Estos tenían en quién desquitarse: pero desprovistos de toda cultura, la cortesía condescendiente con que los aristócratas les rasgaban a veces la epidermis tan suavemente que, en ocasiones, ellos mismos dudaban si habían recibido el rasguño, en los Montálvez fueron brutales boxeo de jayanes. No sabían ellos de finas ambigüedades, ni de chanzas cortesas, ni de amabilidades aciduladas de ironía. Las atenciones con que los mozos finos abrumaban a veces su arribismo oscuro, y que caía sobre los Montálvez como el sobretodo de fino paño que los grandes señores dejan caer sobre el brazo de los lacayos, esa amabilidad culta, no la gastaban los Montálvez con los jóvenes que vivían en pos de ellos, porque no la tenían; no era de fino paño, sino de burda bayeta, el sobretodo que podían ellos echar sobre el brazo de sus inferiores.

Julio H. Bermúdez, erudito en el *savoir-vivre*, cortés, muy cortés, doblemente cortés, por naturaleza y por convicción, los amonestó paternalmente un día en que, en la plaza del Valle, los Montálvez, para aguardar la salida del trencito, tomaron por el brazo y arrancaron de su asiento a dos amigos para sentarse ellos.

—Ustedes están muy jóvenes y no saben cómo se bate el cobre en Venezuela. Esta tierra es muy movediza: en eso estoy de acuerdo con el general Pulido. Hay que tratar bien a todo el mundo, para estar medio bien con todo el mundo; en el granuja más despreciable tal vez se oculte un genio que puede volcar el actual orden de cosas: eso se ve todos los años, y entonces ¡ay de aquel contra el cual el genio tiene algún motivo de resentimiento! ¿Saben ustedes si alguno de esos mozos a quienes ustedes han atropellado, no será con el tiempo una gran figura? Entre nosotros no hay pobres ni ricos, vencedores ni vencidos, aristócratas ni plebeyos por mucho tiempo. Jóvenes, no olviden ustedes este consejo que les doy: hay que tratar bien a todo el mundo: al hombre honrado porque es honrado: y al pillito con muchísima mayor razón, porque es

pillito. La sanción moral que manda dar a cada cual su merecido, que la ejerza Dios el día del juicio: aquí en Venezuela lo mejor es juntar las manos para aplaudir siempre, o lavárselas como Pilatos: esa es mi regla de conducta, solo soy implacable con los godos.

Y al hablar así Bermúdez sonreía dulcemente, y entornaba los ojos como él sabe hacerlo, con una unción compuesta de partes iguales de artificio y sinceridad; la unción que tienen algunos hombres de los cuales no podría decirse con toda seguridad que son buenos, pero de los cuales sí puede decirse con toda seguridad que son muy amables.

Arturo, examinando la muestra del reloj, quiso excusar su brutalidad:

—Es que a causa de ellos, que dejaron regresar el coche en vez de detenerlo, estamos corriendo el riesgo de llegar tarde a Caracas.

—Apenas son las dos —observó Julio H. Bermúdez.

—Sí, pero hay que tener en cuenta que este trencito cuando no se descarrila o se pega, tarda una hora en llegar a Caracas —insistió Arturo Montálvez.

—Y el tranvía que sale de la estación emplea otra hora en llegar a la plaza Bolívar —agregó su hermano.

—Son dos horas, y las carreras empiezan justamente a las cuatro —dijo uno de los amigos despojados, que regresaba con un cajón que para sentarse había conseguido en una pulpería próxima.

—Convenido —replicó Arturo—, pero a las cuatro, apenas hemos llegado a la plaza y todavía falta cambiarse de ropa y recorrer la distancia que hay de Caracas a Sabana Grande.

Y agregó con impaciencia:

—Sería curioso que hoy, que va a perder Calixta, contra la cual nosotros hemos jugado siempre, no pudiéramos hacer ninguna apuesta para desquitarnos.

—¿Y por qué afirmas con tanta seguridad que va a perder Calixta? —preguntó el otro amigo que llegaba en ese momento, con otro cajón.

—Porque la carrera es de tres mil metros y Calixta tiene arranque, pero no tiene resistencia: la ventaja que conquista a los pocos instantes de la salida, la pierde poco a poco. A los dos mil metros esa ventaja siempre ha sido menor que a los mil; a los tres mil metros, que es la carrera de hoy, sin duda que Calixta, cansada, se ha quedado atrás.

—¿Y de quién son los otros caballos de esta carrera?

—Uno es del general Crespo y otro del general Fonseca.

—¡Ah!, pues entonces no me digas más: Calixta está condenada a perder.

—¿Por qué? —intervino Bermúdez.

—Porque uno de los contendientes es del presidente.

—No, hasta allá no llega la influencia política —dijo Bermúdez con su prudencia habitual.

—La influencia política entre nosotros llega hasta las cocinas —sostuvo el primer opinante.

—Calixta perderá porque se va a cansar —repitió Arturo Montálvez con autoridad de *sportman* inteligente.

—Calixta perderá porque su jockey temerá irrespetar al Héroe del Deber —ratificó el otro con convicción netamente venezolana.

---

El hipódromo de Sabana Grande estaba repleto, a causa de la sensacional corrida de tres mil metros que iba a dar Calixta, la yegua nunca vencida, que sirvió por mucho tiempo de tema en salones y corrillos y mereció el honor, a que en vano aspiran muchos intelectuales, del fotograbado del *Cojo Ilustrado*.

El presidente de la República, rodeado de sus ministros, de sus palaciegos y de sus edecanes, daba mayor prestancia a la fiesta.

Al pasar por primera vez el grupo de jinetes frente a las tribunas, dos competidores de Calixta, de los cuales el uno era Rayo, de la caballeriza del general Crespo, se le habían adelantado. Si la cosa seguía así, la invencible Calixta se iba a quedar vergonzosamente rezagada, en un cuerpo por lo menos.

—Calixta siempre había ganado, hasta que al general Crespo se le ocurrió oponerle uno de sus caballos; ¡la yegua va a perder! ¿No ves cómo se ha quedado atrás? —decía en voz baja y con ira reconcentrada una señora a otra del lado.

—Yo lo sabía, y tú también has debido suponerlo: esa es la razón por la cual yo aposté a Rayo de un golpe los doscientos bolívares que dedico siempre a las carreras. Rayo tiene que ganar.

Una gran gritería ahogó el diálogo. El grupo de jinetes acababa de pasar por segunda vez. Rayo conservaba su ventaja, pero se comprendía que era debido a los esfuerzos del jockey, que lo amagaba con el fute. Calixta no había recibido todavía ningún estímulo de su jockey.

—Lo dicho —siguió diciendo la señora, después que cesaron los gritos—; ese jockey de Calixta está sobornado, ni siquiera castiga la yegua.

—Lo que es ese jockey es un bribón —dijo con repentina inquietud la señora de los doscientos bolívares.

—Bribón y medio; Calixta nunca se había quedado atrás a la salida.

—Eso precisamente es lo que no me está gustando; Rayo ha dado todo lo que tenía: Calixta tiene reservas.

Los jugadores a Rayo, para halagar a su dueño, hacían un ruido descomunal, sobre todo los que estaban inmediatos a la tribuna del general Crespo, quien sonreía con su serena sonrisa habitual; pero de pronto cesó de sonreír.

A lo lejos, en el arco más distante de la pista, el que quedaba frente a las tribunas, se vio poco después que Rayo, cubierto de sudor, con las

narices dilatadas, daba señales inequívocas de fatiga, y perdía por instantes el terreno que había conquistado desde el principio. El jockey de Calixta, que había tenido el cuidado de no enardecerla hasta entonces, comprendió que era llegado el momento de excitar al animal, para que soltara todas las fuerzas que tenía en reserva.

A las voces del jockey, y con solo el amago del fueite, Calixta colérica iba recuperando pulgada a pulgada el terreno perdido.

Desde las tribunas pudo verse que al pasar por última vez Calixta, con el cuello estirado y las orejas hacia atrás, como oyendo las voces de su jinete, tenía ya su fina cabeza de liebre adelantada a la de Rayo.

Unas esperanzas que caían y otras esperanzas que surgían, se encontraron y se detuvieron un momento en la zona de la indecisión, y produjeron un silencio de sorpresa que se extendió por todo el hipódromo.

—¡Mil dollars a Calixta!

Ruidoso coro de risas burlonas acogió aquella apuesta. ¡Apostar a Calixta cuando se veía que iba a ganar! ¿Quién era ese temerario jugador?

Todos los rostros se volvieron.

Era un turista americano, un hijo de la raza anglosajona, de la raza positivista y práctica que va siempre sobre seguro en todas sus aventuras, desde el protectorado sobre las naciones débiles hasta las apuestas contra los caballos cansados.

Y tampoco, ¿quién iba a aceptar aquel reto? ¡Apostar por el placer de perder! ¡Sacar del bolsillo mil dollars para regalárselos al yanqui! Porque se veía, allá a lo lejos, que Calixta le llevaba ya medio cuerpo a Rayo.

Sin embargo, la raza que cuenta entre sus héroes a Don Quijote habló:

—Mil dollars a Rayo —dijo una voz.

—Mil dollars más a Rayo —repitió otra voz.

Los rostros que se habían vuelto burlones para mirar al yanqui imperturbable, se volvieron ahora sorprendidos, para mirar al que aceptaba y al que doblaba la apuesta, contra la cual habían opuesto una prudente sordera el mismo general Crespo, y el mismo ministro de Hacienda, salvador de nuestro crédito.

Los dos Montálvez, medio levantados de sus asientos, estiraban los larguísimos brazos y las larguísimas manos hacia el norteamericano, quien hizo fríamente un movimiento afirmativo con la cabeza en señal de quedar cerrada la doble apuesta.

—¿Quiénes son ellos?

—¡Los Montálvez!

El apellido circuló de boca en boca; había conquistado la notoriedad. Muchas personas se dieron cuenta de que alguna vez, en alguna parte, habían columbrado a esos mozos rodeados de amigos, pero no habían fijado su atención en ellos, como ahora, ni habían averiguado sus apellidos. ¡Por fin fueron vistos y fueron conocidos! Las mujeres, que juzgan generalmente el mérito de las personas por la corrección del vestido, observaron y comentaron favorablemente con su encantadora charla de pericos, la levita y la chistera de los Montálvez, de reglamentario color claro; la irreprochable raya del pantalón que como el filo de un sable, bajaba inflexible, sin rodilleras, desde la cintura hasta los pies; el ruedo doblado con cuidadosa meticulosidad; las polainas blancas sobre los zapatos amarillos, y el desembarazo con que les colgaba del hombro, pendiente de fina correa, el no menos reglamentario binóculo.

—Pero no lo han sacado una vez siquiera —dijo con cierto desdén, interviniendo en la conversación, una matrona que de vez en cuando soltaba frases en francés—; en París, en este *sport*, no hay par de ojos que no se ponga por delante su par de anteojos.



—Es que en París, donde las pistas son tan largas, el binóculo es indispensable; pero nuestro pequeño hipódromo se observa mejor con la vista natural —contestó un joven que tampoco había sacado el suyo.

—¿Pero entonces para qué se cuelgan ustedes esos chismes? —preguntó otra señora.

—Porque así se usa en París.

Esta razón cerró la discusión.

—Bien, mira —le dijo la matrona afrancesada al joven—, ¿eres amigo de ellos?

—Me parecen magníficos para nuestro póker de los martes.

—¿Quieres que los lleve?

—Me gustaría mucho.

—Pues serás complacida.

—Pero no te olvides.

—Descuida.

Cómo se hubiera enorgullecido doña Elvira, si hubiera oído el concepto que de sus hijos voló esa tarde de muchas bocas rosadas:

—¡Son muy elegantes!

Y el general Montálvez, que no había sido recibido ni había podido acercarse al general Crespo, ¡cómo se hubiera inflado, si hubiera visto que este ¡el presidente de la República! los había llamado con una seña, los había felicitado, y después les había dicho con voz que fue oída por muchas personas:

—Soy muy amigo del padre de ustedes, ¡salúdenmelo!

Sin duda que restregándose las manos de gusto, habría echado afuera esta frase que él usaba mucho cuando veía salir de paseo a sus hijos tan bien puestos:

—¡Estos muchachos se van a subir por el pico de la botella!

La carrera había terminado. Calixta triunfaba una vez más y hacía pagar caro el empecinamiento de los que se empeñaban en jugar contra ella. Los Montálvez alargaron al norteamericano sendos cheques contra el Banco de Venezuela. El yanqui, para recibir los cheques, no quiso interrumpir la operación, más importante para él, que en ese momento practicaba, de encender un tabaco guácharo, con mucho trabajo, a causa del vaivén de la concurrencia que abandonaba las tribunas, y con mucha curiosidad, por ser el primer tabaco de esta procedencia que se fumaba. Los Montálvez, impacientes, y arrastrados por el oleaje humano, arrojaron los cheques sobre el brazo del yanqui, que no los recogió tampoco, sino después que hubo paladeado su guácharo y seguido con la vista, con aire inteligente, la columna de humo, aromática y azul, que se elevaba por los aires.

¡No solo eran ricos, no solo eran elegantes, sino también, circunstancia más importante, eran amigos del presidente de la República! Esta fue la última observación, que respecto de los Montálvez se hicieron muchas personas. «Soy muy amigo de su padre», les había dicho el general Crespo.

La amistad del general Montálvez y su esposa fue desde ese día deseada y solicitada con ahínco. Presentado por segunda vez el general Montálvez en el club Venezuela, fue aceptado con unanimidad de bolas blancas. Doña Elvira no tuvo que ir de puerta en puerta implorando las relaciones que ella mendigaba desde el fondo de su corazón, escondida detrás de su romanilla; a las puertas de ella vinieron a ofrecerse esas relaciones; más afortunados que otros advenedizos opulentos, no necesitaron comprar esas amistades que ellos, sin embargo, habrían pagado a cualquier precio: las amistades vinieron a ofrecérselos gratis.

Las invitaciones a *soirées* y a *garden party* reemplazaron a las invitaciones a reuniones familiares. Aquella casa llegó a parecer una aduana, según era el número de personas que diariamente llegaba a ella.

Con todo, podía observarse que los visitantes más asiduos eran los recién llegados de la política, personajes importantes, inclasificados todavía, que lo mismo que los Montálvez, después de haber realizado milagrosamente la ambición de subir, estaban angustiados por la necesidad de flotar, de contrarrestar la fuerza que los arrastraba hacia abajo, la misma fuerza depuradora que hace asentar las escorias de las aguas turbias.

El arribismo trepador, que ha industrializado el matonismo y la adulación, y sube a golpes de sable y a golpes de incensario, era el que llegaba con más frecuencia, inflado de formalismo etiquetero y tocando campanillas, a la puerta de Montálvez. Porque esta burguesía heroica y adulona, esta rusticidad que procura aristocratizarse, en cierto grado de su evolución, sabe mucha urbanidad: practica formal y escrupulosa, como actos de conciencia, las felicitaciones de onomástico, los saludos de año nuevo, las visitas de digestión; se condeule de las desdichas de sus amigos tanto como celebra los acontecimientos faustos; asiste jubilosa, casi más alegre que los contrayentes, a los matrimonios; va compungida, casi más afligida que los deudos, a los entierros; a todas partes va, con las manos enguantadas, en coche de lujo, para tener derecho de que a su casa lleguen también coches de lujo y personas con las manos enguantadas; realiza en lo social la consideración recíproca como otros practican en la literatura el bombo mutuo. Se tributan grandes elogios:

—Mi valeroso compañero, el denodado general Mendoza, vencedor en Cabudare.

—Mi inteligente colega, el ilustrado periodista doctor Montezuma.

—La señora de Muñoz y de Cazorla, viuda dos veces.

Y luego profundas reverencias.

Son los especialistas del formulismo; en el ejercicio de esta especialidad en que la sinceridad no toma parte, estos esclavos de la mutualidad

de la reverencia muchas veces asisten contentísimos a un banquete, a los pocos instantes de haberse mostrado inconsolables en un entierro.

El Caracas oculto, poco visible, que practica sin esfuerzo, como hábito adquirido, la meticulosa reserva que a duras penas doña Elvira había podido observar por el espacio de algunos meses, apostada tras de su romanilla; el Caracas de las tradiciones hidalgas que se ve muy poco en las apoteosis políticas y en las fiestas de plaza y calles; el Caracas que ya va a desaparecer, oprimido entre la broza de nuestra política demagógica, como brillante veta aurífera entre las brutalidades del cuarzo, ese iba muy poco a la casa de Montálvez, con modestia señorial que contrastaba con el otro boato y la otra cursilería.

Esa clase social la distinguía en el acto doña Elvira, por ese no sé qué añejo, obra lenta del tiempo, que ha transformado, la antigua paja bravía en el césped mullido y aterciopelado de los parques de Londres, solo por el cultivo constante en el espacio de trescientos años.

Entre las damas de esa clase era que doña Elvira buscaba de preferencia sus modelos y sus amistades. Le encantaba esa distinción sin ínfulas, esa amabilidad sin familiaridad, esa alegría sin risotadas, esa seriedad sin adustez, esas finas agudezas que solo hacen asomar las sonrisas a los labios, y no dan pábulo a las carcajadas de circo, y esas ligerísimas inclinaciones de cabeza, expresivas en medio de su levedad, tan distintas de las cabezadas ceremoniosas, como saludos de danza, que prodigaban otras. Entre estas damas encontraba doña Elvira practicado el arte tan difícil y tan raro, de saber oír; callaban oportunamente para que los demás pudiesen hablar, atendían a todos, no dejaban de responder a nadie; no eran como otras fastidiosas monopolizadoras de la conversación, que solo hablaban en primera persona de sí mismas y de cuya boca salían las palabras sin interrupción, como el chorro inagotable de una espita. Sin poderse dominar a veces doña Elvira apagaba por un momento con su poderosa voz a estas habladoras egotistas; pero ellas reanudaban su

perorata sin hacer mérito de lo que acababan de decir doña Elvira o los demás circunstantes. Pero sobre todo, en estas damas verdaderamente finas, lo que más le agradaba a doña Elvira eran los trajes, en que la tiranía del figurín parisién estaba vencida por el gusto personal, sin cursis recargos de adornos, realizando el casi imposible desiderátum de conciliar la suprema distinción con la suprema sencillez.

De los movimientos, de los gestos, hasta del timbre de la voz de estas damas tomaba nota doña Elvira, para hacer ensayos a solas, allá en su habitación, frente a los espejos de cuerpo entero que formaban las hojas de sus espléndidos guardarropas; y realmente había logrado asimilarse en sus ademanes y modos de hablar mucha de aquella gracia; lo que no había podido educar doña Elvira era su voz, que a pesar de los esfuerzos que hacía para darle su timbre gorjeante y armonioso, permanecía completamente bronca y fuerte, como la que usaba en plena selva guayanesa, en sus regateos con los clientes del ventorrillo y vendedores del mañoco.

Montálvez por su lado aprovechaba en el club Concordia la compañía de caballeros educados, para hacer un curso de buen tono. La leontina de cuatro hilos que solía distribuirse dos a dos en cada bolsillo del chaleco, hecha de cochanos de oro: las yuntas de los puños, formadas también de gruesos cochanos, y el prendedor de la corbata, un cochano más gordo que los otros, tan gordo, que según el vate Romanace, no podía llamarse una pepita, sino una mi Señora Doña Josefa de oro; todas esas prendas de subido sabor parroquial, con las cuales estaba encariñado el mal gusto de Montálvez, dejó de usarlas a instancias de su mujer. Vestía de casa de los mejores sastres; se estrangulaba con altos cuellos; y ponía en prensa en estrechísimo calzado, sus pies enormes y juanetudos, verdaderos pies de jayán, que constituían el tormento de él y el terror de los demás, pues pisaba a todo el mundo. Afortunadamente había descubierto unos pies más grandes que los suyos, los de un joven Torres Cárdenas, de Valencia, que de vez en cuando venía al club a probar for-

tuna con un luis, que el tahúr pobretón traía envuelto cariñosamente en papeles. Montálvez se consolaba viendo que sus pies al lado de aquellos otros aparecían pequeños, y procuraba darse esta ilusión sentándose siempre cerca del valenciano. Había aprendido que el pescado se come con el tenedor, los espárragos con los dedos, y que las copas se toman por la base, con el pulgar y el índice, dejando los otros dedos en el aire. Decía perfectamente bien «merci», allá en el club, cuando le ofrecían una copa; «santé», cuando la apuraba; «pardon», cuando pisaba a alguno. De idiomas extranjeros no quiso aprender más; con esas tres palabras se consideró, bebedor y torpe como era, bien aviado para las dos funciones que podía ejercer en la sociedad: emborracharse y excusarse.

Había elegido de modelo a Guillermo Pimentel, al cual seguía con la vista e imitaba en todo, con una exactitud de mono. Procuraba tomar de él la amabilidad digna, el aire señoril, los ademanes reposados. Pimentel se había conquistado la admiración de Montálvez, con una simpleza. He aquí cómo: Valsaba furiosamente Pimentel en una reunión, tan furiosamente, que derribó con trípode y todo un magnífico florero que se hizo añicos y regó sobre el pavimento junto con las flores, toda el agua que contenía. Cualquiera se hubiera muerto de pena, pero Montálvez asombrado, vio cuando Pimentel, valeroso y sereno, con su eterna sonrisa amable arrostró el escándalo, y dijo mostrando audazmente a la aglomerada concurrencia los restos esparcidos por el suelo: «Los dueños de esta casa saben hacer tan felices a sus convidados, que verdaderamente aquí se vuelve uno loco y no sabe lo que hace». Fue una salida que hizo reír y que a Montálvez le pareció tan admirable, que se le clavó para siempre en la memoria.

Pasaron los meses, y con los meses las relaciones se entraron en la vida de Montálvez como el comején en un mueble dorado. No aparecía el negocio prometido por el general Crespo, el cual con evasivas dilatorias daba largas al asunto, cada vez que Montálvez le trataba de él. El atur-

dimiento de aquella vida divertida, no le dejó comprender a Montálvez que su capital tenía grandes descabros, los descabros que a una estampaban en él los ferrados cascos de Calixta y las enguantadas manos de las amistades. Estas, si Montálvez no tuvo que comprarlas para que llegaran, tuvo que pagarlas después que le llenaron la casa todos los días. En el mutuo cambio de vanidades y egoísmos que constituye la vida mundana, ser atraído, como lo fue la familia Montálvez, resulta al fin de cuentas tan caro como atraer, pues hay que retribuir los festines y los bailes, con bailes y festines. La sociedad cuando halaga no lo hace desinteresadamente: abre en cuenta corriente un crédito en el cual el halagado tiene que hacer también sus abonos.

De las atracciones que resultaban más costosas eran los martes de póker de la respetable familia donde sus dos hijos habían sido presentados.

Allí se congregaba una parte de la crema con el objeto de pasar un rato de esparcimiento. Se jugaba nada más que por distracción; el juego, el póker, servía de pretexto para reunirse y pasar el rato.

Así se decía de puertas afueras, pero de puertas adentro la cosa era muy distinta; las apuestas no debían ser tan pequeñas, no debían ser apuestas de distracción, sino de vicio, desde luego que ya eran tres las veces que los jóvenes Montálvez le habían pedido a su padre fuertes sumas para satisfacer deudas de honor, como se llaman las deudas del tapete. A Montálvez le enorgullecía que la palabra de sus hijos tuviese en aquel centro tan distinguido el valor real de los billetes de banco, pero le escocía la frecuencia y lo fuerte de las pérdidas.

—Pero bien —pensaba Montálvez—, ¿es que se reúnen para distraerse, o para jugar de verdad? ¿Ese es un centro de aristócratas o de tahúres?

Eran las dos cosas, porque esas dos cosas no son incompatibles. Allí se jugaba fuerte, se jugaba con pasión, se jugaba por vicio, y además todas aquellas mujeres jugaban fraudulentamente, y desplumaban con sus son-

risas y sus trampas a los inexpertos, encogidos y tímidos como los jóvenes Montálvez, que creyeron deber de galantería dejarse robar de aquellas damas tan bonitas. Por algo tuvo tanto empeño aquella señora de las carreras, en que los Montálvez fuesen llevados a los martes del póker.

Por curiosidad, más bien que por previsión, el general Montálvez pidió balance. El banco le contestó con este saldo favorable: Bs. 25.000.

Acostumbrado a la vida de parroquia, donde por más que deseaba ser pródigo se asombraba de que no gastaba nada, Montálvez no tenía la noción de lo que cuesta la vida en grande, y ahora no volvía en sí del asombro que le causaba lo mucho que había despilfarrado. ¡Su medio millón se había reducido a Bs. 25.000!

No, no podía ser, ¡el banco estaba en un gran error!

Abrió gavetas, rebuscó papeles, examinó libretas, confrontó talonarios: ¡el balance del banco estaba de acuerdo con sus propios apuntes! Un sudor frío inundó la frente de Montálvez; el espectro de la miseria descarnada y cubierta de harapos se bosquejó en su mente. En un tiempo relativamente corto su medio millón había sido devorado por Caracas como un mendrugo de pan por los peces de un vivero.

Ese día se encerró a cavilar en su cuarto, a hacer números y cuentas sobre cuartillas de papel. Por la tarde, pálido y demudado, salió de su encierro y presentó a doña Elvira un limitado presupuesto de gastos; los recibos no eran semanales sino mensuales; los abonos de los teatros quedaban testados, se suprimía el coche; la profesora de canto y piano y el profesor de idiomas eran despedidos; la servidumbre quedaba reducida a una cocinera y una camarera; se testaba la gruesa cantidad asignada para gastos personales de Ernesto y Arturo, a los cuales, entre otras cosas, se les prohibiría terminantemente volver al póker de los martes.

De este modo el general Montálvez aspiraba a conservarse a flote, sin aparecer como arruinado, por lo menos diez meses más, tiempo que él

juzgaba suficiente para conseguir del general Crespo algún empleo o algún contrato.

Pero los proyectos de economía se estrellaron ante la terquedad granítica de su esposa. Doña Elvira, anonadada también, comprendió que estaban abocados al abismo, pero no se sometió al régimen de vida propuesto por su marido. Estaba enferma de vanidad. Prefirió llegar en triunfo al borde del abismo y despeñarse en él con el lujo de costumbre, antes que bajar lentamente al fondo, por sucesivas transacciones con el desastre. Con su instinto infalible de mujer, comprendió que el medio en que vivían era explotable, pero también era implacable, y las fieras se contienen mirándolas valerosamente de frente. Habían sido generosos y tenían el derecho de ser exigentes; hasta entonces no habían hecho otra cosa que sembrar beneficios y la cosecha de gratitudes se escaparía de sus manos si abandonaban el campo. Era preciso seguir con el mismo boato para que las relaciones no los abandonasen y poder utilizarlas, haciéndolas converger a la consecución de algún ministerio o de alguna diputación para su marido.

Montálvez hizo un movimiento de asombro al oír estos delirios de su mujer.

—Todos esos puestos —siguió esta respondiendo al movimiento de su marido— puedes desempeñar tú como los han desempeñado tantos otros: para ser ministro basta saber firmar, y para ir al Congreso basta ser mudo, o lo que es más fácil todavía, hablar mucho. También puedes obtener alguna delegación a Los Andes, de donde han venido ricos Atilano Vizcarrondo o Antonio Fernández, o la concesión de alguna mina, que a costa de muchos peligros estará descubriendo a estas horas algún explorador tonto, al cual las trácalas ministeriales se la quitarán en cuanto no más la denuncie.

Montálvez permanecía desconcertado y mudo. Doña Elvira siguió en su propósito de reanimarlo, de impedir que cayera en uno de esos des-

alientos profundos que se apoderaban de él siempre que tenía alguna gran contrariedad:

—Estamos en Caracas, somos de los ochenta mil privilegiados que viven del trabajo de dos y medio millones de siervos diseminados en toda la extensión de la República: estamos en el corazón; aquí afluye todo el oro de Venezuela, y necesariamente tiene que tocarnos una parte.

De acuerdo con la voluntad de doña Elvira, no se cambió ningún capítulo en los gastos de la casa. El fausto siguió, rumboso y despilfarrador como siempre, para que las amistades no se alarmaran. ¡Inútil precaución! Advertidas, no se sabe por qué, tal vez por el aire preocupado de Montálvez, o por las solicitudes reiteradas con que asediaba el Palacio de Santa Inés y los hombres de influencia en el gobierno, es el caso que las relaciones empezaron a hacer el vacío en torno de la familia Montálvez. El galguismo que descubre las fortunas que se ocultan, tiene también olfato muy fino para conocer las fortunas que amenazan ruina. Los recibos de doña Elvira no resultaron tan animados y concurridos como otras veces: las amistades empezaron a alejarse evitando alguna posible exigencia. Dejaron de llegar algunas invitaciones: la familia Montálvez empezó a ser víctima de ciertos olvidos inexplicables. Sobrevinieron excusas mal zurcidas dichas al encontrarse por casualidad en la calle o a la salida de misa.

—¿Sabe usted? La invitación fue remitida; ustedes estaban de los primeros, ¡cómo no! Yo misma escribí la lista; la culpa fue de los repartidores; ¡está tan malo el servicio urbano!

Doña Elvira se tranquilizaba un poco:

—Tal vez —pensaba— tal vez fue cosa del correo: ¿pero ya tantas veces?; antes no sucedía eso.

Pero estas reflexiones no pudo hacérselas el día del santo de Lucinda. Antes, al llegar el día de doña Elvira, que ella no avisaba a nadie,

desde la mañana empezaban a llegar los saludos y los regalos, que eran altamente agradecidos, con valiosa propina a la criada, y el consabido «diles que les esperamos esta noche». Por una especie de adivinación del cariño, todas esas amistades sabían siempre la fecha de su onomástico. Y ahora, en este cumpleaños de su hija, que doña Elvira con mucho tacto había recordado a sus amistades, los saludos no vinieron.

Le parecía eso absurdo a doña Elvira. Que la desbandada de las relaciones se hubiera efectuado después de sabida su ruina, era explicable; ¿pero por qué se fugaban cuando ni en su vida ni en su casa se había presentado ningún indicio de catástrofe? La inexperta señora ignoraba que en la sociedad también hay ratas que con mucha anticipación abandonan el barco que está amenazado de naufragio.

A los dos meses la familia llegó al borde del vértice y se despeñó de repente, entre el aturdimiento de una vida rumbosa, como una nave empavesada cuyo casco se abre de golpe. Con los últimos mil bolívares, Montálvez recibió del banco la cancelación de su cuenta.

Los desaires y humillaciones que la arruinada familia devoró desde ese momento no tuvieron número, y se extendían desde las miradas compasivas, dadas desde lejos, sin acercarse mucho en previsión de algún pedimento, hasta los desvíos villanamente francos y hostiles. Entre estos dos extremos hallábanse los indiferentes, los que fingían no conocer ni haber conocido nunca a ninguno de los Montálvez, los que pasaban al lado de ellos sin saludarlos y sin verlos. Todas esas relaciones de la víspera, al ver que de las mesas se levantaban los manteles, volvieron a aquella casa la espalda y se fugaron en tropel, cuando todavía tenían en el estómago el último hartazgo y en el cerebro los vapores de la última libación.

Fue aquello, para Montálvez, una transformación completa de la vida. La variación que observaba en el mundo exterior, lo convenció de que

él también era otro, que el hombre rico y el hombre pobre son dos personalidades totalmente distintas. Como los demás lo despreciaban, él acabó por sentirse despreciable. Sí, no había duda, ¡él era otro! Ser rico o ser pobre es tener dos naturalezas opuestas; el hombre en sí no es nada, su valor se lo dan sus bienes de fortuna. Él, pobre, era un hombre muy diferente a cuando era rico; así se explicó por qué en el club el portero ya no se adelantaba a tomarle el bastón y el sombrero cuando llegaba; por esa razón también en la estación de los coches la línea de vehículos no se movía como otras veces, y le salía al encuentro, como tributándole honores, ni los conductores de tranvías, haciendo mil esfuerzos, detenían ahora los caballos con movimientos precipitados, cuando se acercaba levantando el bastón con un ademán lleno de autoridad, el ademán que había usado siempre.

Los jóvenes Montálvez también sufrieron crueles desaires. Desde que no ofrecían tragos de *cognac* y vasos de cerveza, nadie los buscaba. Ernesto dejó de ser esperado a la hora de costumbre, y por último fue terminantemente despedido por una novia a quien quería con el alma y con el cuerpo, con todo el romanticismo y toda la virilidad de la juventud.

Arturo llevaba en la mitad del corazón una herida causada por un camarada íntimo, que le volvió la espalda en momentos en que le tendía la mano para saludarlo en la plaza Bolívar, en presencia de muchas personas, una noche de retreta. Las mujeres también habían sufrido sus afrentas. Doña Elvira tuvo por muchos días sonrojos de ira en la faz y lágrimas de despecho en los ojos, porque desde su ventana se había deshecho en manoteos cariñosos a la prefectesa, que pasaba por la calle en calesa de lujo, y ella, la prefectesa, su amiga más querida, no se había dignado contestarle el saludo; y Lucinda miraba con ojos tristes la esquina desierta de la cual había desaparecido el jovencito que por primera vez le había dado unas flores y le había dicho palabras de amor.

Los que se habían tragado aquella fortuna, después que escurrieron las copas y les dieron a los platos los últimos lengüetazos, se retiraban lejos a rumiarla, con una indiferencia casi animal por lo innoble; y los devorados, algunas tardes, sin tener a dónde ir, porque ya varios desaires les advertían que en ninguna parte serían bien recibidos; sin esperar que alguien viniera, como otras veces, a buscarlos en carruaje para dar algún paseo, se agolpaban a la ventana, devorando cada cual decepciones que los otros desconocían, y que daban al conjunto de sus rostros un vago gesto de rencorosa desesperación y de posibles delincuencias. Con su gesto trágico, allí en la ventana, esa familia en ruina hacía pensar en la claraboya de las prisiones por donde a veces deja ver el crimen su faz siniestra. ¿De qué no serían capaces ellos para recobrar su posición perdida? Lo decía la cara decepcionada y sombría de Montálvez. El crimen, el robo, se transparentaba en su rostro, en tanto que sus manos se apretaban convulsivamente como agarrando el puñal o la ganzúa. Solo Lucinda, inocente y dulce, seguía mirando a la esquina desierta, con un gesto en que había mucho de dolor y nada de rencor. La faz de ella en medio de los otros rostros sañudos, era el pedacito de cielo, triste pero no amenazador, que a veces dejan descubierto las tardes nubladas.

Con el último resto enviado por el banco, Montálvez quiso probar fortuna al juego. Fue una larga noche llena de alternativas irónicas, en que la suerte, riéndose de él, le hizo ganar al principio, allá en el club, fuertes sumas, que hicieron tender hacia él, nuevamente cordiales, muchas manos esquivas. Pero el oro que se amontonó delante de él volvió a irse, y Montálvez llegó a su casa sin un solo centavo en el bolsillo.

Con gesto descarado y rabioso, aquel día fueron despedidos en masa los profesores y los criados, que llenaron la casa de clamores y gritos injuriosos porque no se les pagaban los últimos salarios.

Como si estuvieran sobre aviso, se presentaron todos los acreedores; llovieron las cuentas de los sastres, de las modistas, de los almacenes, de

los botiquines, traídas precipitadamente, con la precipitación nacida de la esperanza de que a veces, en esos casos, son pagados los que primeros llegan. Los empleados de la luz eléctrica vinieron y se llevaron arañas y bombillas, los del teléfono cargaron con los aparatos que doña Elvira con una estúpida ostentación de riqueza había hecho instalar en cada habitación.

Todas las escenas lastimosas de las vidas en bancarrota, las escenas desagradables de los caracteres agriados por la desgracia que carecen de la suprema dignidad de la pobreza, se sucedieron ruidosamente en el espacio de algunos días. El sedimento de vulgaridad de aquellas gentes se revolcó: caído el dorado barniz exterior de la educación postiza, que no arraiga en el corazón y solo aparece en los ademanes, surgió el barro plebeyo: las palabras de la hampa se decían allí entre manoteos encanallados o brazos puestos en jarras. La voz de doña Elvira recobró toda la extensión maritornesca de cuando reñía con la peonada. Unos a otros se culpaban del desastre:

—Todavía tendríamos ocho meses de vida cómoda, si no te hubieras opuesto a mi plan de economías —le decía Montálvez a su mujer con su terrible voz de caporal enfadado.

—Porque no creí que fueras tan estúpido que en dos meses no sacaras algún provecho de nuestras amistades.

—¿Cuáles amistades? ¿No recuerdas que todas se fugaron?

Después en aquellas vidas, sobrevino un acomodamiento inestable, interrumpido por pleitos rápidos y cortos, parecidos a las querellas de muchas personas que duermen en un lecho reducido, las cuales procuran no manotear mucho para no provocar en los demás manoteos que incomodarían a todos.

Los jovencitos frívolos, con hábitos de holgazanería y perfectamente inútiles, se distraían hasta tarde de la noche, parados en las esquinas,

con el espectáculo de los episodios callejeros, y dormían de día tendidos en canapés y mecedoras, estorbando el paso con sus largas piernas estiradas. Acostumbrados a gastar, para procurarse algún dinero trataron de fracturar los escaparates en que doña Elvira guardaba algunas joyas. Ella cerró sus habitaciones y se guardó las llaves.

Entonces ellos, con algunas monedas que petardeaban, se hicieron jugadores.

En la pieza semioscura, bajo la araña que, suspendida del techo, ilumina la mesa por donde ruedan los dados, y deja sumidos en la sombra los jugadores que se agrupan en torno, el padre y los hijos, aprovechándose de la penumbra para fingir que no se conocían, se pasaban el grasiento tacuro cuando les llegaba el turno.

Los gastos diarios devoraron las joyas; quedó el recurso último, el mobiliario, que se traslada en grandes carretones ruidosos, que van por las calles publicando la ruina de los hogares con los mil chirridos de sus ruedas escandalosas.

Los agentes de mueblerías de lance, que siguen paso a paso desde el fondo de sus ratoneras las etapas de nuestras grandezas efímeras y adivinan el momento preciso de las supremas desesperaciones, vinieron un día y se llevaron el suntuoso mobiliario, por el precio que les plugo fijar en esa premeditada y alevosa explotación de la bancarrota, que ejercen los muebleros.

Se verificó entonces la última desbandada, la de los pocos amigos que se resistían a creer que la ruina de Montálvez fuese completa. ¡El vacío absoluto se hizo en torno de aquella casa que ya no tenía muebles!

Los monumentales espejos, las colgaduras de damasco pendientes de ricas cenefas y abiertas con doradas abrazaderas, las lámparas de alabastro sobre trípodes de bronce, los grandes jarrones con plantas raras sobre pilastras marmóreas, las talladas rinconeras, los frágiles bibelots,

los relojes monumentales de péndola pausada y campana sonora, tienen íntimos nexos con los visitantes complacientes que llenan los salones de los protegidos de la suerte. Esos muebles y esos amigos pertenecen al sistema planetario de la dicha, los liga una invencible ley de atracción, siempre giran unidos. Entre la rica bota de charol y la fina alfombra de Persia; entre las arañas deslumbradoras de luces y las pecheras brillantes como láminas de porcelana; entre las costosas orquídeas llenas de aromas, y los tenues pañuelos de gasa llenos de perfumes; entre los guantes de cabritilla y los almohadones de peluche; entre el frufrú de las faldas de seda y los armoniosos acordes de los pianos de cola; entre los muebles aristocráticos y los amigos aristócratas, en fin, hay la fraternidad íntima e indestructible de las cosas que recíprocamente se complementan. Siempre están juntos: por esa razón tras las carretas repletas del lujoso mobiliario vienen los coches atestados de amigos distinguidos; pero también tras las carretas que se llevan el lujoso tren, se van los coches en que huyen las relaciones. Las mujeres bellas que se estiman no vuelven donde ya no hay lunas de cristal que reflejen el esplendor de sus alhajas y la tentación de sus escotes; los hombres decentes no tornan a las salas desnudas que podrían ensuciar con el polvo del ladrillo el ruedo de sus pantalones. Los venturosos de la vida, lo mismo que los desheredados de la vida, buscan incontrastablemente su nivel, como los líquidos; el chal de seda en el tabuco es tan discordante como el harapo mugriento sobre el diván; en el mullido sofá se sentiría incómodo el tosco obrero; en el taburete de cuero se lastimarían las carnes delicadas de la belleza clorótica; para eso está ahí la hidrostática social que restablece el equilibrio; las niñas cloróticas buscan el sofá, el obrero el taburete de vaqueta, el chal se despliega sobre el diván como el ala transparente de una inmensa mariposa, y en las sucias paredes del tabuco se extiende el harapo, como el ala membranosa de un murciélago inmundo; y hasta las postales de los poetas, los rebeldes igualitarios, que vierten sus flores



lo mismo a las plantas de la belleza de sangre azul que de la belleza de sangre roja, y sueltan, como los pájaros vagabundos, sus ritornelos amorosos en los aleros de los palacios y en los aleros de las cabañas; las postales de los poetas, aprisionadas en el álbum de piel de Rusia con filetes de oro, se van también sobre el frágil atril de nácar y de ébano, que huye grotesca y cobardemente, como un bufón palatino, que en la confusión de la derrota, se lleva sobre las espaldas una sonora caja de música.

¡Cuánto lloró Lucinda por su álbum! ¡Fue por lo único que lloró ella! Pero a pesar de sus lágrimas el álbum también se lo llevó el mueblero, el álbum que tenía poesías de Lazo Martí y de Racamonde, epigramas de Potentini, prosas de Díaz Rodríguez y Semprún, acuarelas de Gabriel Montano, caligrafías de Julio Suito, rosas de Tovar Toro, que casi hacían sentir sus aromas y sus espinas, y pensamientos de Núñez de Cáceres, intensos y amargos, como alcaloides de experiencia y de ironía.

Sobre las encrespadas olas amenazadoras, doña Elvira otro día iba a echar el último resto de aceite que le quedaba.

Acababa de traer el estuche que contenía la leontina de cuatro largas hebras, las yuntas y el prendedor para corbata, hecho de cochanos de oro, las prendas aquellas con las cuales en la lejana parroquia, se adornaba Montálvez los domingos.

Para atender a los gastos del día siguiente iba a vender al peso, ese oro en bruto, a un rubio individuo que sacaba de una caja pequeña, con impasibilidad hebrea, una pequeña balanza de platillos y un juego de pesas con los múltiplos y submúltiplos del gramo.

El joyero puso todo el oro en un platillo; en el otro fue agregando pesas, hasta que la balanza, levantada por una palanca que funcionaba al pie de la columna que sostenía los brazos, exhibió los dos platillos a una misma altura.

—Cien gramos: doy por ellos cien bolívares.

Doña Elvira, repentinamente, había recogido las prendas y las había vuelto al estuche.

Estaba distraída, como dominada por una idea súbita. Suspendidos por el broche levantaba y dejaba caer los hilos de la leontina, mirando los cochanos con una fijeza extraña, como si fueran ellos las cuentas de una camándula de sortilegio, que le estaban haciendo misteriosas revelaciones.

—¿Le conviene? —preguntó por tercera vez el judío.

El rumor macizo de los cochanos que seguían desgranándose sobre la caja fue la única respuesta.

El joyero creyó que aquel mutismo era desagrado por lo ínfimo del precio ofrecido, y de un golpe hizo una oferta doble.

Doña Elvira, vuelta en sí de su meditación, cerró el estuche, y contestando más a sus propios pensamientos que a la pregunta del judío, dijo:

—No vendo ese oro por ningún precio.

Al llegar Montálvez de la calle, doña Elvira tuvo con él a solas, una conversación muy animada, pero no obstante su animación, terminó pronto. Fue el diálogo breve en que las dificultades se disipan ante las soluciones evidentes, que no dan lugar a réplica.

—Escríbele ahora mismo —dijo doña Elvira, y puso sobre la mesa recado de escribir.

Montálvez escribió una esquila y sobrecarta para el presidente de la República.

La contestación llegó en la noche, concediendo para el día siguiente, en Santa Inés, la audiencia solicitada.

—Me has sorprendido con tu viaje —le dijo el general Crespo a Montálvez cuando llegó a su presencia—. ¿Con que te vas a la Guayana?

—Sí, envió a Elvira con la familia para Europa, en tanto que yo me voy en solicitud de ciertos cangilones muy escondidos que hay en Sierra

Parima. Ese trabajo tengo que hacerlo yo personalmente, porque no me conviene que nadie más tenga conocimiento de él.

—Ya me imaginaba yo que por algo te volvías. ¿Qué proyectos tienes con esos cangilonos?

—Nada más que recoger la arena que las lluvias han arrastrado al fondo de ellos.

—Pero aquí mismo, en el Guaire, encuentras toda la arena que quieras sin necesidad de ir tan lejos.

—Pero no arenas como aquellas, arenas de oro, oro en polvo, el Dorado de la leyenda. La situación de esa quebrada es un secreto que por una casualidad poseo yo solamente. Cuando usted me llamó a Caracas, estaba preparando ya la excursión que voy a emprender ahora.

—Pero tú debes saber que sobre explotación de minas hay una ley... —empezó a decir el general Crespo, cuya codicia se iba despertando.

—Aquello no es una mina que se explota, sino un tesoro que se encuentra en una región desconocida y desierta: esas arenas no necesitan aparatos para ser beneficiadas: basta llevar potes y llenarlos, sin que el gobierno pueda echar sobre esos potes llenos de oro, y que por senderos ocultos se sacan a la Guayana Inglesa o al Brasil, ni un solo artículo de la ley de minas.

—¿Y cuándo es el viaje?

—Muy pronto, después que haya partido la familia, que saldrá por el próximo español. Ya he vendido todo y tengo todo listo; solo me faltaba despedirme de usted y pedir sus órdenes.

—Bueno, pues, adiós, y que te vaya bien.

Montálvez estrechó la mano que le tendió el Héroe del Deber, quien rumiando alguna de sus rapacidades habituales lo siguió con la vista.

Montálvez, esperando ser detenido por el general Crespo, retrocedía haciendo reverencias, pero el general Crespo sospechó estos deseos y no

lo detuvo; entonces Montálvez se acordó de algo cuando ya llegaba a la puerta, y se puso a palparse todos los bolsillos rápidamente.

—¿Qué se te ha perdido? —le preguntó el general Crespo, sonriendo por haber adivinado los deseos de Montálvez.

Este no contestó inmediatamente, absorto en la operación de registrarse los bolsillos: después de un breve silencio exclamó:

—¡Cómo tengo la cabeza! ¡Estos viajes! Vine también a traerle una muestra de las arenas, pero...

En el rostro impassible del general Crespo apareció un asomo de interés, que fue observado al vuelo por Montálvez; este empezó de nuevo la requisa de los bolsillos uno tras otro, empezando por los pantalones, con más cuidado, con más lentitud, dejando traslucir en los gestos mudos que hacía, el temor de que la muestra que él creía haber colocado en sus bolsillos, tal vez no estaba en ellos:

—Caramba: la dejé, sí, no me queda duda, la dejé sobre el escritorio —murmuró hablando consigo mismo.

En la faz del general Crespo, el asomo de interés de hace poco se convirtió en contrariedad ávida por aquel olvido, que tampoco pasó desapercibida por Montálvez, el cual entonces con gran aplomo siguió diciendo, mientras hurgaba en el bolsillo del pecho, después de haberlo palpado a golpecitos por encima:

—No, creo que... ¡sí, aquí está!

Se acercó al Héroe del Deber:

—Pardón —dijo al rozar con sus pies los pies presidenciales.

—A ver —dijo el general Crespo recogiendo las piernas y examinando en una cajita que le ofreció Montálvez, unos polvos que no eran otra cosa que arenillas del Guaire, mezcladas en una mínima proporción con las limaduras de los cochanos.

—¿Pero esto es realmente oro? ¿No será algún otro metal? —preguntó desconfiado el general Crespo.

—Es oro puro —contestó Montálvez.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Porque hice analizar esas arenas por un joyero.

—¿Competente? —volvió a preguntar el general Crespo, cuyo interés crecía.

Tan competente, que confiado en su informe, he dispuesto mi viaje. Sin embargo, las cosas mientras más seguras son mejores. Me gustaría que usted hiciera examinar por su parte esas arenas.

Y naturalmente, el informe que el experto rindió días después despertó las codicias del presidente.

De una plumada le dio a Montálvez uno de esos empleos de gracia, que remuneran generosamente el inmenso trabajo de poner un recibo cada quincena. Después con un acento en que el amigo insinuaba y el magistrado ordenaba, le expresó a Montálvez la conveniencia de que demorara su viaje por algún tiempo todavía, pues lo necesitaba en Caracas.

—Esto es un contratiempo para mí —decía Montálvez, fingiéndose un mártir de la disciplina, al general José Ramón Núñez, secretario del presidente, que salió a acompañarlo hasta la salida—, solo por obedecer al jefe me quedaré; pero no hay sueldo que me produzca lo que me daría mi viaje.

—No hay inconveniente en que lo realices; lo hemos impedido únicamente para que nos asegures al general Crespo y a mí una uñita en el negocio del oro en polvo.

Montálvez meneó negativamente la cabeza, y dijo riéndose:

—A ustedes si se les da una uñita, se cogen todo el brazo.

La noticia de que Montálvez no había vendido todo su tren, porque estaba arruinado, como se creía, sino porque al contrario, con un capricho de rico, enviaba su familia a Europa, salió por todas las puertas del palacio de Santa Inés y sustituyó a la realidad; fue una mentira más que rodó por las calles, y fue aceptada, y tomó puesto en el caótico conglomerado donde se amontonan todas nuestras mentiras.

Aun las relaciones que con noble fidelidad, permanecieron al lado de Montálvez hasta que la venta del mobiliario les advirtió que debían irse porque la ruina de aquel hogar era un hecho indudable, esas relaciones creyeron que se habían equivocado, y dieron más crédito, como siempre sucede, a los rumores callejeros del viaje a Europa, que a lo que vieron sus propios ojos.

—¿Y cuándo se van? —preguntaban algunos.

—¿Acaso el general Crespo es tan cándido para dejarlos ir? Montálvez en el exterior, rico, y un poco descontento del general Crespo, habría sido una amenaza para la paz pública.

—¿Está preso entonces?

—Tampoco; ¡qué poco político es Ud.! Eso habría disgustado a los amigos que Montálvez tiene en la Guayana, donde es muy prestigioso, como puede deducirse de la despedida que firmaron sus gobernados cuando se vino. A Montálvez le dieron un empleo en que por no hacer nada, gana cuatro mil bolívares mensuales.

La amistad, una vez más puesta en evidencia, del presidente de la República, en cuyas habitaciones entraba Montálvez sin anunciarse, gracias a las minas que poseía de oro en polvo, lo rehabilitaron mucho más que los cuatro mil bolívares mensuales de su empleo.

La enredadera pisoteada se agarró del tronco del poder, dispuesta a subirse hasta las ramas. El naufrago se asió del cabo que le tiraban, con la resolución de no soltarlo nunca, ni aun a costa de las mayores

infamias. El arruinado, que en negras noches de insomnio pensó en la ganzúa, se hizo político. El vencido, en cuyo rostro se esbozó, en tardes de desesperación, el gesto de las delincuencias posibles, se hizo cortesano. Y el cortesano-político ingresó en el nuevo medio, apretando siempre las manos, ¡como si en ellas llevara constantemente el puñal y la ganzúa!

Esta es la génesis de casi todos los políticos-cortesanos de Venezuela.

Las condiciones de la vida moderna, con la mayor seguridad ofrecida a las personas por la civilización: la luz eléctrica alumbrando las viejas callejuelas apartadas, propicias antes a los asaltos; las líneas férreas inutilizando las solitarias veredas, aptas para las asechanzas, han empujado al campo del patriotismo palabrero y gárrulo a los héroes del despoblado y de la encrucijada. No se registran ya agresiones a los viajeros en medio de los caminos: los malhechores están en otra parte; en las anteceras del poder y en el asalto de las tesorerías.

La astucia sin escrúpulos y el abajamiento sin vergüenza dan hoy los rendimientos que antes cosechaban el matonismo sanguinario y audaz. Los vivos sustituyen a los asesinos, los hábiles reemplazan a los ladrones. Los piratas no andan ahora fugitivos por alta mar, sino que atracan tranquilamente a los muelles nacionales en los barcos del gobierno, convertidos en almirantes. Los contrabandistas no hacen a escondidas sus introducciones clandestinas, sino públicamente y a la luz del día, en las oficinas de aduanas, como administradores e interventores. Rinconete y Cortadillo han llegado a sentir en el corazón el santo amor a la patria, y se han hecho patriotas. La corte de los milagros ha aprendido a hacer leyes, y se ha trasladado en masa a los palacios legislativos. Los arcaicos y desarrapados salteadores de caminos se han transformado en los próceres beneméritos de la política. Y en las redacciones de los diarios, lo mismo que en las casas de gobierno, convertidos en periodistas austeros y en magistrados integérrimos, han hecho irrupción las anti-

guas cuadrillas de titiriteros y de bandidos, demostrando una vez más la supervivencia de las especies, por la ley de la adaptación al medio.

De ahí en adelante Montálvez entró fácilmente en el juego de manos, en el escamoteo diestro, en el funcionarismo desfalcador, en el politiquismo industrial. Fue una de tantas pelotas burocráticas que desde hace años rebotan de un ministerio para caer en la presidencia de algún estado o en la inagotable mina de las obras públicas; fue en la capital hombre influyente, especie de corredor de favores o comisionista de prestigios, que vendía sus influencias a los aspirantes y a los partidos de las parroquias; hizo parte de los patrióticos sindicatos que, en bien de la nación, se ocupan de la canalización de ríos, de la apertura de caminos, de la construcción de muelles, caminos y canalizaciones que cuestan millones y no aparecen nunca, sino en las rumbosas memorias ministeriales o en los documentados mensajes presidenciales.

Así vivió, lucrando siempre, durante la última administración del general Crespo.

Cuando la contienda eleccionaria entre Hernández y Andrade, ingresó en el nacionalismo para vender los planes de este partido al andradismo, y se fingió partidario de Andrade, para vender a los nacionalistas los secretos del andradismo. Mascó entonces a dos carrillos y supo por primera vez que la felonía era productiva. Comprendió y admiró a Luciano Mendoza, ese viejo cínico, del cual puede decirse que fue la traición hecha carne. Y cuando merced a la protección oficial el triunfo de la candidatura de Andrade fue un hecho, entonces canceló sus relaciones con el nacionalismo, por medio de una hoja suelta, en que con la vileza en uso, ponía por las nubes al candidato vencedor e insultaba al candidato vencido.

Servía a Andrade en todo lo que Andrade quiso que le sirviera, y era feliz. Pero la revolución de Castro vino a interrumpirle la pitanza.

Mientras el napoleón criollo se entretuvo en destruir a San Cristóbal en un asedio innecesario, Montálvez fue fiel a Andrade, con una fidelidad insospechable que se manifestaba a cada paso en ruidosas adhesiones por la prensa.

Como prueba de lealtad, en la testera del salón de Montálvez, podía verse la figura de Andrade, encerrada en un sencillo marco de acero.

El marco resultaba de una simplicidad austera en medio del lujo desbordante del salón, como si él valiera solo por la materia de que estaba hecho, el acero épico, que deslumbra por sí mismo, sin auxilio de pedrerías, en los yelmos, en los escudos y en las espadas.

Pero el marco tenía un realce histórico. Era fabricado con el hierro de una lanza blandida por un héroe en un glorioso hecho de armas.

El general Páez había regalado su retrato y la lanza con que peleó en Mucuritas al abuelo de doña Elvira, el cual mandó hacer con el acero, un marco artísticamente repujado para el retrato.

Mientras vivió el abuelo de doña Elvira, el marco no protegió ninguna otra imagen que la imagen de Páez.

Se extinguió aquella generación sincera en sus afectos y en sus odios; sobrevinieron las nuevas generaciones de vivos, de hábiles, de avispados; al heroísmo siguió el sanchopancismo.

Y del marco desapareció la efigie de Páez, y fue sucesivamente reemplazada por la siniestra de José Tadeo Monagas, la bondadosa de Falcón, la arlequinesca de Guzmán, la de Alcántara con los cabellos brillantes de pomada, la de Paúl austera, la de Crespo impasible, la de Andueza, apoplética y alcohólica.

Dentro de aquel marco aparecía la efigie de todos los que triunfaban y se borraba la de todos los que caían: solo el marco tenía una inmutabilidad solemne, que contrastaba con la fantasmagórica sucesión de figuras: representaba el concepto del poder, el viva el gobierno de las

repúblicas, igual al viva el rey de las monarquías, que siguen siempre a estos otros gritos: el rey ha muerto o abajo el gobierno.

Allí apareció, pues, la figura de Andrade, y allí estaba ella reverenciada como un fetiche, cuando se dijo que la revolución de Castro había llegado a Barquisimeto.

Entonces Montálvez sacó el cuadro del salón y lo colocó en el paraqué. La revolución triunfó en Tocuyito y entró a Valencia: el cuadro fue descolgado del paraqué, y puesto en el comedor, con los miramientos que podían apoyarse en el ejército que a Andrade le quedaba entre Valencia y Caracas. La camarilla amarilla, encabezada por Luciano Mendoza, jefe de ese ejército, traicionó a Andrade y se sumó a Castro: entre el marco de Montálvez y el retrato de Andrade surgieron ciertas desavenencias y se separaron; había llegado una de las horas más delicadas y solemnes para nuestros hombres públicos: la hora de las rectificaciones. El retrato, sin el marco, lo clavaron con unos alfileres por las cuatro esquinas, en el cuarto de los sirvientes. El marco quedó en blanco, como una hoja de papel sobre la cual se van a escribir nuevos compromisos. Cuando la revolución entró a la capital, y el general Víctor Rodríguez, liberal amarillo, entregó el poder al general Castro, al salón de Montálvez entró también el artístico marco de acero, protegiendo la figura ecuestre del restaurador de la patria, al par que la figura de Andrade, definitivamente caído, la sacaban del cuarto de los sirvientes, y sigilosamente, casi con vergüenza, la arrojaban al barril de la basura.

Montálvez ofreció a Castro el mismo partidatismo exaltado y ruidoso que había ofrecido a Andrade: ante el retrato del restaurador vivieron de rodillas Montálvez y su familia durante nueve años; caído aquel, su retrato fue también arrojado al tonel de las inmundicias, y reemplazado por el del general Juan Vicente Gómez, cuya imagen será igualmente arrojada al tonel inmundo cuando el general Gómez deje el poder; pero entonces ya los Montálvez habrán colocado otra efigie dentro del marco de acero repujado, inmutable como la idea del poder y la triunfante villanía de ciertas almas...

## VII

Por fin llegó el día del baile muy sonado que en honor del general Castro y su señora daba la familia Montálvez.

Ese baile había sido objeto de la pública expectación desde muchos días antes de verificarse.

Se decía que la familia Montálvez iba a echar esa noche la casa por la ventana y que la fiesta resultaría sardanapalesca.

Las invitaciones, cotizadas a altos precios de solicitud y de intrigas en la banca social, solo habían podido conseguirlas los que tenían a su favor valiosas relaciones.

Un vapor de la víspera había traído un cargamento para el general Montálvez; la champaña de las mejores marcas, los vinos más generosos, los licores más exquisitos, las conservas alimenticias más succulentas, habían entrado por cajas a la casa, así como grandes barriles que contenían manzanas del Canadá, uvas de España, dátiles de Arabia, higos de Esmirna y panales de miel hiblea. Cocineros y reposteros habilísimos estaban ocupados en hacer los guisos, pastas, sorbetes y helados para el buffet; y todas estas fisgaciones del vecindario se ha-

bían extendido por toda la ciudad, provocando los bostezos de sus habitantes.

Desde que empezó a oscurecer, la cuadra se fue llenando de curiosos, que se anticipaban a tomar puesto: era la barra democrática de los simplemente curiosos, no envidiosos, a los que nada les importa exhibirse como del número de los no invitados. Cuando completamente anocheció, por las tres calles que desembocaban a cada uno de los extremos de la cuadra, ingresaron grupos cada vez más nutridos, entre los cuales iban los que constituyen la barra que podría llamarse aristocrática, compuesta de los rencorosos, de los que hasta la víspera movieron resortes a fin de conseguir, y tuvieron la esperanza de obtener, una invitación para concurrir a la fastuosa *soirée*, y que defraudados en sus esperanzas y diligencias iban a situarse de incógnito en la calle, a formar la barra desdeñosa y maldiciente de los que no cupieron.

Dos líneas paralelas de soldados, colocadas a todo lo largo de la cuadra, para conservar el centro expedito al paso de los carruajes, a duras penas podían conservar la formación. En cierto momento fueron arrollados por varios puntos: algunas personas cayeron en la mitad del arroyo, lanzadas por la fuerza expansiva de la muchedumbre comprimida. ¡Qué atrevimiento!, ¡obstruir el camino por donde iba a pasar el coche del Invicto! Algunos oficiales y policías se vinieron sobre esas personas, y a cintarazos las hicieron salir. Prodújose el consiguiente alboroto de gritos, porque en nuestro pueblo maniatado, todas las manifestaciones de la protesta se han refugiado en la garganta. Ocurrió el coronel, quien cogió a cintarazos a los policías y los oficiales; estos, épicos enantes, tornáronse humildes ahora. En materia de derechos constitucionales, ellos no sabían sino que unas veces se da plan de machete, y que otras veces se recibe: esta es la noción del derecho que en el pueblo han infiltrado nuestros interminables absolutismos, noción que ha concluido por moldear en el carácter nacional dos relieves salientes, que se presentan a

cada paso en los episodios de nuestra vida diaria: la insolencia agresiva y la sumisión rastrera. El lacayo más vil, si la suerte le sopla, se transforma en tiranuelo: y en todos estos tiranuelos, cuando la suerte los abandona, reaparece el lacayo.

Hacia las diez, a intervalos primero, y después sin interrupción, hasta formar un desfile compacto, empezaron a llegar las calesas, atestadas de damas, que cubrían sus bustos escotados con abrigos vaporosos, acompañadas de algunos caballeros de frac: los vehículos así parecían cestas de enormes azucenas blancas devoradas por escarabajos negros.

Por el ancho vestíbulo, por las ventanas y los balcones, desde el fondo de los patios y del jardín, emergían torrentes de luz deslumbradora que se reflejaban en las casas contiguas, iluminaban la calle y se diluían arriba, en la neblina de la noche, como si en la casa del general Montálvez una legión de cíclopes hubiera puesto esa noche sus inmensas hornallas, que ardían en plena combustión.

Grupos cada vez más nutridos atravesaban la entrada y eran recibidos y agasajados por toda la familia Montálvez, tendida en ala, al fin de la escalinata.

Bien pronto los amplios corredores, los extensos patios y los grandes salones, viéronse colmados por una turba locuaz y risueña, que daba un mentís solemne a la leyenda de que el único hombre feliz que se encontró una vez en el mundo no tenía camisa: contra esa invención de alguna imaginación atrabiliaria, ahí estaba aquella fiesta demostrando que en Caracas por lo menos, bajo el gobierno del Cabito, los dichosos y las dichosas de la vida formaban legión, y se vestían con finas camisas de batista y túnicas de seda.

Festones de laurel, de mirto y de parra, hechos de finísimo esmalte, con tal arte imitador, que muchas uñas se arrollaron cuando quisieron pellizcarlos, se enredaban en espirales alrededor de las columnas,

trepaban por el tronco de los árboles, se columpiaban en las ramas, se suspendían y se entrecruzaban sobre los patios y serpenteaban por los alares y los áticos, llevando entre su follaje de hojas verdes y relucientes, flores de cristal leve como el aire, rosas, dalias, claveles y lirios, en cuyo fondo los incandescentes hilos eléctricos brillaban como estambres y pistilos luminosos, que incendiaban las rutilantes corolas multicolores.

Hacia el centro del patio principal elevábase sobre esbeltas columnas el templete, en que una orquesta de profesores obedecía a la experta batuta de Magdalena. De aquella banda estaban proscritos los cobres; arpas, violencellos, violines, bandurrias, guitarras, flautas y el turbulento cuatro criollo, los instrumentos que suspiran, que sollozan, que se ríen, que se quejan, estaban únicamente allí; los instrumentos de placer, cuyos acordes tenues, están hechos para el reclamo sigiloso de las serenatas, y para las íntimas súplicas de las alcobas; los instrumentos cuyas notas marcan el compás sin apagar el ruido de las faldas de raso, ni el sedoso deslizarse del pie sobre el pulido pavimento, ni las tiernas palabras murmuradas al oído.

En la interminable serie de salones suntuosos, cada uno de los cuales estaba amueblado y decorado con un estilo y color diferente, notábase un gran derroche de lujo al lado de una gran pobreza de gusto. Aquellas vastas habitaciones tenían el aspecto de esos bazares ricos, donde las boberías costosas y cursis provocan las sonrisas de los hombres cultos, y encienden los deseos de la vulgaridad opulenta. No se veían por ninguna parte las galerías de antepasados, más o menos insignificantes y auténticos, que forman el orgullo de las familias que tienen tradiciones aristocráticas, ni los mármoles, los bronces, las tapicerías o cuadros consagrados, que exhiben con orgullo las familias que tienen tradiciones artísticas. No había tampoco allí nada que tuviera el sello de lo personal o de lo antiguo: cada cosa era como era, y estaba donde estaba, porque así lo había dispuesto el gusto rutinario y artesano de los decoradores. Todo era nuevo, recién

comprado y recién traído, de un nuevo desesperante y advenedizo, que dejaba percibir todavía el olor de la pintura y del charol y parecía ofrecido a la vista con cierta precipitación desordenada, como si los dueños presintieran el huracán de alguna catástrofe, que se llevará todo su boato antes de ser conocido y envidiado por el gusto no menos cursi de sus invitados.

Sentíase en los salones de Montálvez la misma impresión que años atrás producía Santa Inés y que después causaba Villa Zoila, con esa opulencia jactanciosa e insegura, sin raigambre en el pasado y sin garantía en el porvenir, que saben comunicar a todas sus cosas nuestros genios transitorios, nuestros gobernantes de asalto y de saqueo, que en las alturas del poder no pueden redimirse de su plebeyismo pecuario o agrícola, ni en las apoteosis que les ofrecen sus cortesanos pueden desear el temor de la revuelta.

Entre los cuadros, notables solamente por la cañuela riquísima, que, sin buscar los efectos de la luz veíanse, no colocados, sino guindados en los muros, llamaba la atención uno, el que tenía la cañuela más dorada, que guardaba un manuscrito bajo el vidrio.

“Mi estimado amigo Montálvez:

Ya sabes por qué cumplo el deber de enviarte un estrecho abrazo.

Cipriano Castro”.

No decía nada más el autógrafo misterioso, en torno del cual circulaba toda clase de suposiciones y acerca del cual Montálvez, solemne y discreto, guardaba silencio profundo: solo a sus más íntimos amigos decía a veces que ese autógrafo pasaría, como un blasón, a sus hijos: «Nadie sabrá por qué me felicitó el Grande Hombre; la historia solo sabrá que él me tuteaba».

La afluencia de invitados había llegado a su apogeo: en la calle, frente al vestíbulo, las portezuelas de los coches que se abrían o cerraban, pro-



ducían un ruido continuado y nutrido, como el de las recámaras de las fiestas patrióticas. La familia apenas alcanzaba para ofrecer sus saludos de bienvenida, sazonados de vez en cuando con algunos rápidos besos que doña Elvira se dignaba dar a alguna de sus amigas más queridas. En el rostro de la señora podía verse una mal disimulada expresión de vanidad satisfecha, producida por el oleaje ascendente de cabezas, que desde hacía media hora larga subía por la escalinata.

Regresaban todos los huidos, tornaban todos los alejados. La esposa del prefecto, que una tarde no quiso contestar el saludo que desde la desmantelada ventana, sin cojines ni cortinas, le hizo doña Elvira; el novio de Lucinda, que se había desertado de la esquina; el amigo de Arturo, que le había vuelto la espalda en la plaza Bolívar; la novia de Ernesto, que lo había despedido ignominiosamente; los compasivos, que desde lejos los miraron con lástima; los indiferentes, que se fingieron los desconocidos; los francamente villanos, que les hicieron desprecios, todos habían llegado, llenos de amabilidad, a la fiesta, y todos habían sido recibidos con los brazos abiertos. Cuando más a algunos daban esta queja, azucarada con un fuerte apretón de manos: «¡Qué de tiempo sin verlos por casa! ¿Por qué estaban ustedes tan perdidos?».

¿Y tampoco por qué guardarles rencor? Ningún resentimiento guardaron los Montálvez contra las alhajas deslumbradoras, contra las principescas capas de armiño, contra las niveas plumas de garza, más costosas que el oro, porque huyeron un día, ante la ola montante de la miseria que avanzaba. Todos estos objetos siguieron siendo recordados, siguieron siendo amados, no obstante su fuga despiadada; porque ellos no ofrecen a nadie fidelidad ni lealtad, sino reflejos irisados, blancuras niveas, contactos acariciadores y suaves a los que pueden comprarlos. Pasada la tormenta, esos preciosos objetos volvieron, y entonces fueron acariciados con las manos, contemplados con los ojos, pasados por la piel crispada de voluptuosidad: y ellos, olvidando la pasada infamia de

la pobreza de unos días, volvieron a cumplir su estricta misión de adornar la vanidad y decorar la vida de aquellos fallidos rehabilitados.

¿Por qué guardarles mala voluntad tampoco a los amigos que huyeron y volvían? Las caras hoscas meses antes y risueñas esa noche, esas caras cumplían también la ley de su destino, con cierta inconsciencia fatal y descarada, como las gargantillas de zafiros y brillantes, que tornaban a brillar alrededor del cuello de doña Elvira y de Lucinda, después del eclipse producido por la pasada ruina. Todas esas personas adornan como las piedras preciosas y acarician como el plumón de las garzas a los que pueden pagarles su amistad, y eso basta; a ellas se les puede pedir distinción, no lealtad; no saben consolar, pero saben divertir; abandonan a los derrotados, pero baten palmas a los vencedores; no saben enjugar las lágrimas de los que lloran, pero realizan la misión más difícil todavía de divertir el fastidio de los tiranos y de los poderosos que se aburren.

¿Para qué el poder, para qué el dinero si no existieran los áulicos? Un trono en un desierto: ¿habrá cosa más triste? Una caja repleta de oro: ¿habrá cosa más inútil? El oro es amable porque atrae las turbas miserables que extienden hacia él los brazos angustiosos; el poder es tentador, por las turbas envilecidas que se arrodillan en sus gradas. Los aplausos frenéticos, la alegría bulliciosa, las coronas de la gloriola, los arcos de cartón, la admiración estólida, las facultades omnímodas, no son obra de la riqueza ni del poder: son obra de los áulicos. Ellos son los que proporcionan a los magnates y a los tiranos el infinito placer de ser obedecidos, de ser alabados, de ser admirados; ellos son los que proporcionan rodillas a las alfombras palatinas, y los que ofrecen espaldas desnudas a las manos poderosas armadas de rebenque; ellos, los que pagan la elocuencia de los oradores, la cítara de los poetas, el amor de las mujeres, la admiración de las multitudes, y con todas esas ofrendas alquiladas o compradas convencen a los déspotas engreídos de que su fealdad es belleza, su estupidez talento, sus vicios virtudes, sus moris-

quetas elegancia, su crueldad neurastenia, su verbosidad elocuencia, sus crímenes energía y su suerte genio.

¿Son indispensables o no los cortesanos para los poderosos y los ricos?

Y los ricos y los poderosos no pueden vivir sin ellos, porque sin ellos no son nada: ningún papel harían los enanos que se empinan si no hubiera espinazos que se inclinan.

¿Que dan villanamente la espalda al magnate quebrado o al déspota caído? La culpa no es de ellos sino del millonario que se dejó arruinar, o del tirano que se dejó derrocar.

El magnate fallido, el tirano derrocado son los que se han fugado de su medio, son los que han abandonado, ¡ingratos! a sus cortesanos. En la vida de estos nada ha cambiado. Los cortesanos siguen en las fiestas, siguen ofreciendo su culto, siguen atizando los pebeteros del templo, donde otro ídolo atrae sus adoraciones y paga sus genuflexiones.

Cuando una ola embravecida arrastra un hombre al mar, no es la barca quien abandona al hombre, es el hombre quien abandona la barca, la cual triunfante, sin notar siquiera la ausencia del desaparecido, sigue su ruta cuneada por las olas y acariciada por las brisas.

¡Asalte el tirano nuevamente el poder, recobre el fallido nuevamente su riqueza, y al punto todos los áulicos que denigraron al amo caído o al magnate empobrecido con una villanía que hace poner en duda la dignidad humana, volverán a doblar ante aquellos la rodilla y a encorvar los lomos, pidiendo perdón y pordioseando su diaria ración de azotes y pitanza!

—¡Qué gentes tan generosas; nos han perdonado ya nuestra pasada ruina! —pensaba doña Elvira; y en un momento en que cesó la llegada de invitados al vestíbulo, echó una rápida mirada hacia atrás.

Era magnífico el golpe de vista que presentaba aquella multitud móvil de damas hermosas y apuestos caballeros, que hablaban y reían; acá

cerca, bajo una araña de cristal, flirteaba con Lucinda el antiguo novio, tan enamorado de ella, tan absorto en la contemplación de la joven, en cuyo cuello refulgía su collar de brillantes y zafiros, que de pronto podía tomarse por una estatua de estilo modernista que sostuviera la araña que brillaba encima; más allá, la esposa del prefecto, lujosamente vestida, enmarcada a la sazón en una puerta, se destacaba como un magistral retrato de cuerpo entero, sobre el fondo claro de la habitación contigua; y en las lentejuelas y alamares de un decorativo general sin combates y sin historia, que pasaba en ese instante, chisporrotearon las luces como si el general fuese una obra de pirotecnia.

—Y también, ¡qué elegantes son todas! —seguía pensando doña Elvira, mirando por segunda vez hacia atrás.

¡Muy elegantes! Por lo menos lo parecían, mirándolas sin detenerse mucho en ellas. Pero la verdad era que allí iban llegando reunidas, pero no confundidas, todas las clases sociales que concurren, en revoltillo heterogéneo, a los bailes de intriga política. Familias para las cuales aquella fiesta era un número como cualquiera otro del programa de su vida divertida y ociosa, dejaban ver allí su distinguido fastidio de buen tono; y familias para las cuales aquella fiesta había constituido una pesadilla, y llegar a ella una verdadera campaña, apenas podían ocultar la alegría y el asombro de verse allí. Risas plebeyas y chillonas se alternaban con aristocráticas risas gorjeadas; voces fuertes de las que imponen su regateo en el tumulto del mercado, respondían a delicadas voces flauteadas, acostumbradas a declamar versos o a cantar romanzas. Los que llegan tarde y se van temprano, y los que llegan temprano y se van tarde: la amabilidad condescendiente de los que saben que favorecen con ella, y la amabilidad suplicante de los que piden ser favorecidos: el doublé y el oro, las piedras legítimas y las piedras falsas: la elegancia desembarazada y poco ostentosa de damas conocidamente ricas, veíase allí sobrepujada por la elegancia aparatosa de damas conocidamente pobres. Esa falsifi-

cación igualitaria del traje fue la que hizo exclamar a doña Elvira: ¡qué elegantes! Pero los observadores sagaces, descubrían la desigualdad de la fortuna, por ese no sé qué indefinible, de agotamiento y esfuerzo, que anula el éxito de algunos vestidos costosos; tal vez algún detalle apenas perceptible, la cinta ajada, el tacón torcido, la hilacha, en fin, igual al resoplido jadeante del percherón, que pretende seguir el trote del caballo de pura raza. Advenedizos noveles, cometiendo torpezas a cada paso y sudando a mares, al lado de criados correctos, serenos, solemnes, acostumbrados a las fiestas del gran mundo, hacían dudar si en esa fiesta o en esa época, los señores estaban actuando de lacayos, o los lacayos estaban ejerciendo de señores. .

A poco rato, la expresión de vanidad satisfecha hizo lado en el rostro de doña Elvira, a un imperceptible gesto de inquietud, que también apareció en la faz de Montálvez.

¿Por qué?...

El portero había anunciado todos los títulos que permiten las repúblicas democráticas. «El doctor González». «El general Solórzano». «Don Ramón Albarracín, miembro del Ateneo de Santiago de Cuba». «S.E. el ministro de Nicaragua». «El ilustre presidente del muy ilustre Concejo Municipal». «El secretario de la Legación Italiana». «El cónsul general de Colombia». «El señor Jaime Pereira de Sampaio Forgaz de Serpa Pimentel», nombre que hacía pensar en la urgencia de una condecoración, la condecoración del Busto del Libertador, 3ª clase, que efectivamente, el ilustre cuanto desconocido lusitano ostentaba sobre su pecho; el jefe de la Armada, el Togo nacional, tan joven y ya tan glorioso, especie de Hoche náutico, con tantos cordones sobre el pecho, como indefensos pueblos de pescadores destruyó, corajudo y terrible, con los cañones de sus blindados, en las costas de Coro y en las costas de Cumaná; los severos y correctos frac civiles, las bordadas casacas diplomáticas y consulares, los galoneados uniformes militares de tierra y de mar, revelaban a los esposos

Montálvez que allí estaba esa noche lo mejor de Caracas; los condecorados anónimos, las nulidades enmedalladas que esconden su insignificancia tras los destellos de sus placas; la legión de doctores no doctos y de generales no estrategas; el mundo artístico, representado por Antón; el mundo financiero, por Corao; la banca, por Terán, y la intelectualidad venezolana por Gumersindo Rivas, quien tenía además las credenciales de porta-estandarte del periodismo nacional, expedidas por Pedro Fortoult Hurtado y los corresponsales foráneos de *El Constitucional*.

Gumersindo había llegado intensamente pálido: refirió que al pasar por la calle la turba había tirado algunas piedras sobre su coche, gritando:

—¡Ahí va el carro del aseo urbano!

Montálvez tuvo para él un efusivo y prolongado apretón de manos:

—No te felicito a ti —le dijo—, tú mereces eso y mucho más.

—¿Qué?... ¿que me digan basura?

—Felicito a la Academia Alighieri por tenerte en su seno —acabó de decir Montálvez.

En esos días los escritores de *El Constitucional* habían informado al mundo que su amado director había sido nombrado miembro de la academia romana.

—Y yo —añadió doña Elvira— felicito a Venezuela: las glorias de Gumersindo Rivas se reflejan sobre la patria.

—¿Y Puerto Rico? —preguntó Gumersindo, a quien aquellas felicitaciones le hicieron olvidar lo sucedido en la calle—, ¿por qué olvidan ustedes a Puerto Rico? Mis glorias alcanzan para mis dos patrias.

Después de estas pleitesías, ofrecidas al grasiento y omnipotente periodista, en las caras de los esposos Montálvez reapareció el gesto de inquietud; aun cuando estaban obsequiosos y atentos con todo el mundo, ellos no habían soltado todos los registros de su mundano don de

gentes; las frases más cordiales, las reverencias más profundas, las sonrisas más amables no las habían exhibido aún y las tenían reservadas para los invitados más importantes que no llegaban, y cuya demora les conturbaba el espíritu con temores inconfesados, que habrían podido expresarse con esta pregunta: «¿No vendrán?».

El tenor de la ópera italiana cantó la serenata de *I pagliacci*: después, de la flauta de Guadalajara, volaron las magistrales notas cristalinas, como mariposas de armonía, que se perdieron en el aire.

Los que tienen el deber y el derecho de presentarse tarde, habían descendido de sus automóviles, con la majestad de reyes que bajan del trono, porque un automóvil, en ciertos casos, puede constituir pináculo de ambiciones realizadas, cumbre gloriosa, sobre la cual algunas personalidades se yerguen, entre apoteósicas detonaciones de gasolina.

¡Las once y tres cuartos, y el baile estaba anunciado para las diez! Algunas frescas bocas ocultaban tras los abanicos amagos de bostezos; ya los carnets estaban llenos, y la orquesta no preludiaba el valse de introducción «Tocuyito», blasfemia filarmónica que consagró en el pentagrama la gloria de aquel grotesco encuentro de guerrillas a que han dado el pomposo nombre de batalla.

La demora tenía impacientes a los nervudos brazos masculinos, que deseaban estrechar, y a los frágiles talles femeninos, que deseaban ser estrechados, en el torbellino del baile.

La familia Montálvez empezaba a presentar un aspecto ridículo, tendida todavía en ala, esperando a alguien, frente a la escalinata, por la cual hacía ya rato nadie subía.

Un grupo de alegres mozas más impacientes que las demás pasó cerca de ella, diciendo: «El general y doña Zoila ya no vienen».

Aquella frase dolió, como un alfilerazo en una herida enconada, a los dueños de la fiesta, que se volvieron rápidamente, para pedir explica-

ciones, con un movimiento lleno de angustia. El grupo de muchachas, charlando y riendo, se había alejado.

Doña Elvira dejó escapar al fin la pregunta que tenía atravesada en la garganta:

—¿No vendrán?

Montálvez contestó:

—No se han mandado a excusar.

—Pero entonces, ¿por qué no llegan? Son las doce.

¡Estado más conflictivo! ¿Aguardarían aún? Pero la concurrencia empezaba a aburrirse. ¿Empezarían el baile? Eso era un desacato al restaurador y su señora.

El fastidio se extendía: frases sueltas, dichas de paso por traviesas beldades, entre el guiñar de ojos y risitas burlonas, que casi parecían cuchicheos, zumbaban por los aires, como un enjambre de tábanos.

—¿Estás muy cansada de bailar?

—Propongo un juego: de La Habana ha venido un buque...

—¡Magdalena se está durmiendo!

—Las doce dadas, ¡qué horror! Hemos perdido dos horas.

—Si yo lo hubiera sabido, habría traído mi tejido de crochet.

—Y yo me hubiera traído la novela que estoy leyendo ahora: *Mimí*, de Cabrera Malo.

Doña Elvira dio algunas órdenes a los *Maitres d'hotel*. A poco una nube de sirvientes libreados, portando en bandejas de plata exquisitos sorbetes y mareantes vinos generosos, servidos en copas leves, como pompas de jabón, discurrió por entre los invitados. La excepcional situación en que se hallaba doña Elvira le inspiró aquel excepcional recurso. Sabía ella que en sociedad como en política, las bocas que se ocupan de comer o de beber no se ocupan de murmurar. Muchos amigos de

buena voluntad se propusieron secundar sus propósitos y se dispersaron por todas partes, derramando una loca alegría, obligando a los relacionados a aceptarles más el vino que los sorbetes.

—Es tokai, tokai legítimo, de más de cincuenta años: lo dicen las botellas, con su gruesa costra de polvo petrificado.

Ricos eran, en verdad, aquellos vinos, cuyo espíritu sutil se mezclaba en seguida a la sangre, para vigorizarla, y se subía a los cerebros, para alegrarlos: el que una vez tomaba la pequeñísima dosis que cabía en las diminutas copas, sentía la necesidad de repetirla. Obtúvose el resultado apetecido: las frecuentes libaciones borraron la impaciencia de los espíritus, y dieron una tregua misericordiosa a la familia Montálvez. El deseo de bailar fue reemplazado por el deseo de hablar. La maledicencia de aquella turba dejó a estos y diversificándose, tomó distintas direcciones. Empezó el destrozo mutuo, y la exhibición de la propia superficialidad; las lenguas, sueltas, dijeron todas las murmuraciones y vaciedades que se dicen en un gran baile. La frivolidad del cerebro y del corazón de todas aquellas gentes quedó a la vista; nada en ellas era hondo, todo era superficial, hasta la maledicencia; la murmuración no daba puñaladas, sino alfilerazos.

Una parte de la concurrencia paseaba, otros de pie o sentados, hablaban o discutían.

—Pues tengo para mí —decía alguien en un grupo de literatos— que quien actualmente mayor influencia tiene en la intelectualidad sudamericana, es Vargas Vila.

—¿Y tú sigues creyendo que Vargas tiene talento? —contestó Jesús Semprún.

—Y mucho; negarlo es por lo menos una ofuscación, con perdón de Jesús, no el de Galilea, sino el de Maracaibo.

—La influencia literaria de Vargas Vila solo es verdad en parte —dijo un tercero—. Vargas Vila ha influido en el estilo de los literatos de

Hispanoamérica, pero no en sus ideas, ni en su carácter. Las ideas revolucionarias de ese escritor, y aquella su vida de rebeldía y de justicia, consecuente toda ella consigo misma, no pueden tener imitadores en este continente, donde florecen las más variadas flores de sumisión y de servilismo: ¿dónde están los grandes rebeldes y los grandes justicieros de Suramérica? No los encuentro.

—¿No los encuentras, cuando en solo Venezuela los rebeldes forman legión? ¿Te olvidas de las falanges revolucionarias que se le enfrentan a Castro dentro y fuera del país?

—No, no las olvido, como no olvido tampoco todos los que de esas falanges se han agregado a Castro, con solo el ofrecimiento de alguna prebenda. En vista de estas deserciones, que todos vemos y conocemos, es que aseguro que no hay en Venezuela rebeldes sinceros y convencidos: la rebeldía de los que aún se ven de pie, como la honradez de ciertas mujeres, solo prueba una cosa: que no han tenido comprador.

Interrumpió la conversación un joven que llegó desaforado preguntando:

—¿Ya llegaron las Robledos?

—No sé, pero es fácil averiguarlo.

—¿Fácil? Hace rato las estoy buscando.

—Tira un sándwich: si lo pillan en el aire es porque las Robledos están en el local.

Había un rincón tranquilo, a donde no llegaba la marejada movible de los invitados; allí varios personajes importantes y de edad madura hablaban de cosas graves:

No nos alimentamos en Caracas, aquí uno no hace sino engañar el estómago.

Y cerca de estos, en un círculo de empleados públicos, se ponía por las nubes a la santa restauración.

—En lo que más se revela el genio del Cabito es en la habilidad con que va tanteando la resistencia de Venezuela al monopolio; nunca ha puesto dos de un solo golpe: ¿se quiere mayor tacto económico? Y los ha impuesto con un alto fin; él sabe que el venezolano, pródigo, es la antítesis del francés, económico; hay que curar a los compatriotas de aquel defecto, empezando por empobrecerlos. Aprendiendo a vivir sin lo indispensable, sin el pan, sin la sal, sin la carne, sin los fósforos, sin el carbón, sin la luz, el venezolano con más facilidad aprenderá a vivir sin lo superfino; ¿a dónde irá este país el día que esté habitado por una nación de sobrios y de austeros, acostumbrados a los rotos, a los remiendos y al ayuno, menospreciadores de los placeres de la mesa, de la comodidad y del lujo? ¡Irá a dónde ha ido Francia! Esa es la razón del despojo que el Cabito, su señora y los favoritos ejercen en todas partes por medio del monopolio; se proponen regenerar a Venezuela por medio de la pobreza, que no solo es una virtud cristiana, sino también una virtud republicana.

Más allá, unas muchachas, oían con profunda atención, lo que decía con mucho énfasis una joven, consagrada ya como mujer inteligente:

—Emprenderé una carrera científica: las matemáticas, el derecho o la medicina: demostrada la igualdad intelectual de los dos sexos, yo acometeré la redención de la mujer en Venezuela, ya que los hombres parecen irredimibles: deseo que alguno me seduzca para matarlo.

Dos jóvenes, de color rubicundo, que salían del botiquín de los licores, se tropezaron con el doctor Luis Razetti, no menos rubicundo, que entraba.

—Doctor Razetti, le felicito por su propaganda antialcohólica —dijo uno de los que salían.

—Gracias, Mariani —contestó Razetti.

—Después de haber caminado unos pasos, Mariani se detuvo y le preguntó a su compañero:

—¿Sabes por qué hace Razetti su propaganda antialcohólica?

—No.

—Por evitar la competencia.

Un grupo de mozalbetes irrespetuosos, se tropezó con un anciano.

—¿Que te pintas la barba, José María? —dijo uno de los mozalbetes.

—Sí, te la pintas, Núñez —apoyó otro.

—Verdaderamente —agregó un tercero—, ¿por qué haces eso, Cáceres?

El interpelado, con gran vivacidad, se encaró al grupo, y contestó imperturbable:

—Porque vivo en un país donde no se respetan las canas...

Y después concluyó con profundo desdén:

—¡Ni siquiera eso tenéis vosotros de los antiguos lacedemonios!

En otro corrillo de carácter independiente y revolucionario, se lanzaba contra el Gobierno la metralla del... cuchicheo.

—Tenemos un tercer Ministerio de Relaciones —participó uno en voz baja.

—¿Qué otras relaciones puede haber además de las Interiores y las Exteriores?

—Las Relaciones Sexuales.

Otros hablaban de alta política y de trascendentales remedios:

—El malestar de Venezuela se corrige fomentando su población y administrando honradamente su renta —estableció un empleado del Ministerio de Hacienda, que tenía además al rescoldo un contrato de inmigración.

—Así lo han comprendido nuestros jefes, y para eso hacen una guerra cada vez que pueden—amplió otro—: últimamente, la restauración ha

agregado sus famosas prisiones, donde moriremos al fin los pocos que hemos escapado de las revoluciones.

—Y el problema económico, es decir, el honrado manejo del tesoro público —agregó con mucha seriedad un tercero—, se resolverá satisfactoriamente poniendo a Velutini en el Ministerio de Hacienda, encargando a Maubouguet de alguna nueva conversión de nuestra deuda exterior, y nombrando a Mandueño fiscal de todas las aduanas de la república. La mejoría económica sería más rápida si el general Castro logra que regresen al país, con algún cargo fiscal...

El joven que hablaba se cuadró, inclinó la cabeza a un lado, sacudió las manos en alto, como si tocara unas maracas, canturreó en una tonada popular, esta lista:

«Montecatini,  
Orsi de Mombello,  
Franco López  
y el Barón de Espejo».

Una carcajada general acogió este tratamiento, para demostrar una vez más la ligereza con que son recibidas, entre nosotros, las medidas más salvadoras.

Pero el corro más numeroso y distinguido, en el que se veían los bigotes más atusados, las cabezas más alisadas, las caras más empolvadas, las pecheras más brillantes y los cuellos más altos, rodeaba a un joven recién llegado en esos días, de fisonomía enérgica y frente pensadora, musculoso y ágil, que atraía por las huellas de pensamiento y de voluntad que animaban su bello rostro. Perteneecía a una familia distinguida de oriente y esa noche volvía a presentarse en sociedad, después de una ausencia de varios años, que él había aprovechado en instruirse y educarse en Europa, y en hacer por último un viaje alrededor del mundo.

Su orgulloso apostura de joven héroe o joven sabio, arrancaba en la concurrencia exclamaciones de simpatía:

—¡Ese mozo es una esperanza!

—¡Ya se ha batido tres veces en Europa! ¡Y tiene dos libros inéditos!

Y en medio de su círculo de amigos y relacionados que lo escuchaban embebecidos, él hablaba, hablaba, posando sobre su auditorio sus miradas llenas de resolución incontrastable y de poderosa intelectualidad.

Y desde lejos, los viejos que lo veían y no lo oían tornaban a exclamar:

—Es una esperanza ese mozo.

¿Qué decía?...

Era preciso haber viajado mucho y haber conocido muy de cerca la civilización europea para comprender el atraso de Venezuela: en Venezuela no se puede vivir.

—Es cierto, carecemos de garantías... —empezó a decir uno de la oposición sistemática.

—Y de confort; nuestras casas no tienen absolutamente comodidades ningunas —interrumpió el viajero.

—Carecemos de periodistas dignos, de magistrados honrados —dijo un patriota.

—Y de zapateros, de buenos zapateros, de zapateros sobre todo; ¡si tuviéramos zapateros, aunque faltaran los magistrados y los periodistas! —El joven héroe, con un gesto de dolor en la faz, se pasó la mano sobre un callo irritado para acariciarlo y contentarlo, y agregó:

—En París o en Londres se pone uno los botines que allá hacen forrados en seda, y no hay que amansarlos porque desde luego se adaptan perfectamente al pie.

—¿Conociste a Francia, conociste a Alemania? —preguntó con curiosidad otro—; dicen que el ejército, las industrias y la población de

Francia se van quedando rezagadas con relación a los de Alemania; si es así, la revancha se hace muy difícil para los franceses.

—No, no; hoy por hoy Francia va adelante de Alemania y lo prueba el hecho de que los sastres de París son superiores a los de Berlín.

—Pues si Francia se contenta con ese triunfo, así por lo menos no se alterará el famoso equilibrio europeo. ¿No lo crees tú?

—¡Quién se va a ocupar del equilibrio europeo! Yo por lo menos no me preocupé de él, me pareció más importante seguir paso a paso en las estampas de los figurines la desesperada lucha que por sobrepujarse sostienen los sastres de Londres y de París.

—¿Y dónde pasaste la guerra ruso-japonesa? ¿No te llamó mucho la atención?

—¡Qué sé yo! En esos días más que con esa campaña, me apasioné con la que había entre los pantalones anchos y los pantalones angostos.

Aquí el joven se puso sombrío; había adquirido la ciencia de saber que en la vida nada hay estable ni fijo, todo perece, todo cambia, todo se transforma, sobre todo, y más que todo, las ideas relativas a la moda. Sin más ley que el capricho arbitrario de los sastres, unas veces la pechera de la camisa tiene un botón, otras, dos; los faldones de paletos, levitas y casacas, ora se alargan, otras se acortan; y el bolsillo sobre el pecho ya se cierra, ya reaparece, todo esto con tal inestabilidad, que uno, horrorizado, llega a preguntarse si la verdad, la verdad invariable, inmutable, eterna, no existe para la moda, como existe para todas las ciencias.

El joven se detuvo, y se llevó la mano a la frente, abrumada al peso de tantas contradicciones; después continuó:

—Sobre los guantes hay que revolucionar. En esta materia sé que se ha impuesto ya una innovación en la cual había pensado yo muchas veces en mis frecuentes insomnios por resolver ciertos proble-

mas que interesan tanto a la salud como al buen gusto. Porque hay que armonizar la elegancia con la higiene —exclamó con calor, en el tono con que Moigno dijo alguna vez: «Hay que armonizar la fe y la ciencia»—. Me refiero —siguió el joven— a lo conveniente que sería llevar siempre cubierta con el guante la mano derecha, la mano con la cual se saluda: lo lógico es eso, lo higiénico es eso: en este punto mis convicciones son profundas, pues se han ido formando lentamente, después de muchos años de observación: casi puedo decir que ellas son el fruto de mis estudios y de mis viajes; tan elegante es la mano derecha cubierta con el guante, como la izquierda; y así se evitan además las infecciones.

Después de un momento de cavilación, agregó:

—A menos que se salude con la izquierda, que sería otra solución de la misma dificultad, o que se suprima en absoluto la costumbre de dar la mano, que sería la mejor de todas las soluciones. Eduardo VII pensó lo mismo que este indio del Caroní —dijo con modestia aquel filósofo de la higiene aplicada a la indumentaria— y lleva cubierta la derecha. Cuando pasé por Londres de paso para la península indostánica se hablaba de eso; pero ya la costumbre debe de ser europea.

—Pues lo que es aquí, los contagios son inevitables; nosotros no llevamos guantes y saludamos efusivamente, con las dos manos, precisamente a los que tienen las manos más sucias: a los políticos.

—¡Qué atraso! No se puede vivir en Venezuela —repitió el joven filósofo, lanzando de pronto una mirada a aquel baile, que se presentaba como una cosa suntuosa, y que habría quedado eclipsado al lado del Bullier de París, donde se reúnen modistillas y estudiantes. La nostalgia del bulevar, de la terraza, del café concierto, ensombreció su faz, y tornó a repetir, como hablando consigo mismo:

—¡Aquí no se puede vivir, hay que emigrar!



—Yo creo lo mismo que tú —dijo una voz— y si logro ponerle la mano a una aduana, a un ministerio o a una tesorería, te prometo que me organizo, aunque se produzca un escándalo, y largo para Europa.

—No es indispensable que haya escándalo —dijo otro de los jóvenes—; en todas las oficinas donde se manejan fondos, hay contabilistas hábiles en hacer mágicos balances con los cuales convencen a todo el mundo que en las cajas vacías hay existencias de millones.

—Ni el escándalo, ni el balance embustero —resumió nuestro joven—. Se puede robar honradamente, es decir, sin que se note, cogiéndose nada más que los desperdicios. ¿No han visto ustedes hacer empanadas? Se pueden fabricar muchas hojaldres con los puros recortes. Yo así lo haré si se presenta la ocasión, y en seguida, listo, para el extranjero. ¡En Venezuela no se puede vivir!

Y al decir esto el joven viajero posaba sobre su auditorio una mirada de propósitos inquebrantables, que hizo exclamar una vez más a uno de los viejos que miraban el grupo:

—¡Ese mozo es una esperanza!

Y otro viejo agregó:

—¡Todos ellos lo son!

Hacia la entrada se agolpó toda la concurrencia, enmudecida de repente. En la calle, una voz vibrante dio la voz de «firmes». Se oyó un gran ruido de carruajes: después, en el zaguán, un tropel de pasos, como de uno que camina aprisa, y otros que procuran alcanzarlo. No seguido, sino perseguido por su cortejo de áulicos, el cortejo que le ayudaba en su inmensa tarea de restaurar la patria, el cortejo de doctores que nada saben de la mesa de estudio, y solo conocen la mesa de comer y la mesa de jugar, y de ministros que no han dejado en sus respectivos departamentos otras huellas que las vergonzosas del casco y las dolorosas de la garra: en medio de ese cortejo, se alcanzó a ver a la entrada la figura del

Cabito: a su aparición estalló un aplauso desbordante un «¡Viva Castro, el hombre más grande que tiene el mundo!», fue gritado por el doctor Gerardo Galleti, con cierta precipitación que dejaba ver el temor de que otro se le anticipara. La concurrencia contestó, asordando el espacio:

¡Vivaa!!

La orquesta rompió en seguida con el Himno Nacional. Y aquellas notas gloriosas, hechas solamente para las trompeterías épicas que publican las apoteosis de los héroes o los agudos clarines que resuenan en el fragor de las batallas: aquellos acordes marciales, reventando casi las débiles cuerdas de las bandurrias y de los tiples, hacían pensar en las pesadas armaduras de los guerreros agobiando el cuerpo de los maricas, o las narraciones épicas de Venezuela Heroica declamadas por la voz atiplada de los eunucos. ¡Eran símbolos de la época!

## VIII

No suenan ya los apellidos ilustres de la Colonia ni de la Independencia; no suenan los apellidos esclarecidos de la República unitaria, de la Federación, ni del Liberalismo.

Nombres y hombres desconocidos se han trepado a los grandes empleos para deshonorarlos, y a las altas tribunas para envilecerlas. El incienso de los turiferarios ha entenebrecido de tal suerte la atmósfera, que no existe la perspectiva, y un pigmeo sobre una loma, es mostrado por aquellos a las turbas engañadas, como si fuera un Bolívar sobre un Chimborazo. La fatal e inevitable degeneración de las clases acomodadas que en otros medios se verifica en el transcurso de siglos, entre nosotros se sucede en el transcurso de décadas. Nos disolvemos aprisa. Una democracia sin virtudes deja vacíos los claros que la avariosis produce en las clases directoras. Las dinastías del poder, del dinero o de la inteligencia no pasan de dos generaciones y terminan en los nietos degenerados o envilecidos. Trastos inútiles y abandonados son para los descendientes las cajas blasonadas, las espadas vencedoras y las liras armoniosas de sus abuelos. Sobre los tinteros enjutos, sin que una mano

los levante, se enmohecen los cálamos que hace apenas cincuenta años rechinaron coléricos sobre el papel, en viriles polémicas y libertarias propagandas. Las bibliotecas escogidas, reunidas con tenacidad benedictina, nutridas de eruditas notas marginales, producto de muchos años de estudio, se venden en pública subasta, por los que más han menester del pienso que de la lectura. La Estrella de los Libertadores y la Medalla de la Federación, se empeñan por cualquier cosa en el Monte de Piedad, por los que necesitan más del aguardiente que de la gloria. Nombres esclarecidos gravitan sobre las desmirriadas espaldas de cretinos insignificantes y maricas melindrosos. El antiguo gesto imperioso no brilla en los modernos rostros abúlicos o alcoholizados. Las nobles actitudes enhiestas son cosa desconocida para los modernos lomos acostumbrados a encorvarse. Mendicantes humildes, avaros sórdidos, o petardistas elegantes son los vástagos de las familias patricias que ayer no más tenían la rumbosa fastuosidad de la cuna o del dinero.

Próceres de la independencia, oradores de nuestros congresos, adalides de nuestros partidos, escritores y estadistas de otros tiempos, ¿dónde están vuestros hijos? El extranjero que conocedor de nuestra historia política, literaria o científica, viniera a Venezuela, y buscara los herederos de los apellidos ilustres, sufriría una dolorosa decepción.

La adulación ha descendido más todavía: en la adulación no ha habido degeneración, sino encanallamiento. Los áulicos de hoy no son solamente viles, como todos los áulicos, sino también imbéciles. Los gentiles hombres, llenos de urbanidad y etiqueta, que antes llenaban las antecámaras de presidentes y ministros, han sido reemplazados por una turba de ganapanes ensoberbecidos y lenguaraces. La exquisita etiqueta de otros tiempos ha cedido el puesto al tupé cínico o a la obsequiosidad rastrera; no existe el ademán apatriciado sino el gesto burdo y villano; el chiste ático y sutil ha enmudecido ante la cuchufleta lacayil y pedestre; el epigrama ingenioso ha plegado sus alas ante el regüeldo ahíto.

En los nueve años de intemperancias oratorias y plumíferas de la Restauración, no se hizo una sola frase que merezca perdurar, una frase ingeniosa, que brillase siquiera como un bólido sobre el incendio efímero de aquellas apoteosis de bengala.

Morny en medio de esos favoritos se habría creído deshonrado; el señor de Périgord los habría derribado a bastonazos del pescante de su coche; el Príncipe de la Paz no los habría aceptado ni como pinches de sus cocinas. El formidable disociador doctor Peña, desmembrador de grandes nacionalidades, sentiría asco en medio de estos cortesanos banales, en los cuales la intriga tiene las menguadas proporciones del chisme. El espiritual conversador Felipe Larrazábal cogería a puntapiés a estos cortesanos sandios. El gran mundano José María de Rojas habría perdido su exquisita amabilidad al oírlos o al verlos, y habría tenido que ser desdeñoso con ellos.

Ofrecieron a Castro las flores ajadas que otros o ellos mismos tributaron a Guzmán Blanco, a Crespo y a Andrade, y que ahora están ofrendándole al general Juan Vicente Gómez: «General, usted es más grande que Napoleón». «General, usted es más desinteresado que Bolívar». «General, Ud. es el Padre de la Patria». Plagiadores o repetidores parece que en vez de cerebro tuvieran dentro del cráneo un cilindro fonográfico, viejo y cascado. Sus alabanzas hiperbólicas y mediocres, que habrían sido castigadas como insultos por un déspota de alguna cultura estética que no fuera Castro, son himnos de un solo acorde y de un solo ritmo. El Constitucional fue un nieto degenerado de la *Opinión Nacional* o de *La Voz Pública*. Los clisés de la adulación del nonenio fueron los gastados clisés, desprovistos de ingenio y repletos de servilismo, que vienen usándose desde el septenio. En treinta años no ha adelantado nada el arte de la lisonja. Los maestros fundadores de la bajeza incondicional, los González Guinand, Aldrey, Silva Gandolphi, Tosta García, Valerio P. Toledo, los Gaicanos, Telasco A. Mac-Pherson no han sido superados, ni siquiera igualados: apenas han sido caricaturados.

Las fiestas palatinas han ganado en el esplendor ornamental, pero han perdido en distinción cortesana. Los farolitos que iluminaban las noches del 27 de abril los han sustituido los focos eléctricos que tachonaron las noches del 23 de mayo. Pero los cortesanos de alta escuela que llenaban las antesalas del Ilustre Americano los ha reemplazado una turba jayanesca y vulgar; en este sentido se han trocado las luminarias; los focos eléctricos fueron cambiados por farolitos.

En medio de estos cortesanos beocios, parecidos al Rey Albuino en medio de una corte de Bertoldos, detúvose en la mitad del vestíbulo Cipriano Castro, como lo designa el registro bautismal de su parroquia; el CABITO, como lo designaban familiarmente sus cortesanos; el Único, como le llamaban los periodistas; el Invicto, como le denominaban los historiadores; el Restaurador de Venezuela, como lo bautizó el Congreso. Y permanecía de pie, sin dar un paso, embelesado con las salvas de aplausos, que en oleadas sucesivas, le llegaban a los oídos, y que a él le parecían los aplausos justicieros de la gloria, no los aplausos mercenarios de la adulación y del miedo.

Como si hubiera echado raíces en el suelo, para atraer las miradas empinábase inexorable, con su tipo lombrosiano, su cabezota, su faz asimétrica, su nuca cerebelosa, su frente prominente, retadora y terca, cuya intelectualidad queda humillada por la mandíbula instintiva y bestial; la hirsuta barba cerrada como la del sombrío Abdul-Hamid, y las cerdas del bigote perfilándose bravías sobre el labio que él estiraba hacia adelante, con el movimiento de hocico de los encelados asnos hechores, cuando perciben los efluvios de la hembra.

Cruel como un caribe, corrompido como un asiático, codicioso como un fenicio, lascivo como un mono, desvergonzado como un granuja, veía ante sí un oleaje de cabezas inclinadas, un oleaje de infinita servil提高, un oleaje sin rumores, no oceánico sino lacustre, que traspasaba los linderos de aquella casa, se extendía por toda la ciudad, e iba a morir vergonzosamente en los últimos confines de Venezuela.

Egoísta, egotista, ególatra, que habría sacrificado la patria a su dicha, y sobre las pavesas humeantes de la ruina nacional, habría entonado él solo el soliloquio de su autoadoración, empinábase sobre los pies, inflado, casi hasta reventar, como el sapo de la fábula, por un inmenso orgullo.

Los cortesanos con el elogio sostenido, unánime, ininterrumpido por el espacio de nueve años, le atornillaron en el cerebro la idea de que era un grande hombre.

«Los hombres superiores como yo», dice con frecuencia. «La jaqueca es propia de nosotros los grandes hombres».

Y con la pose de un grande hombre, seguía en el vestíbulo sin hacer ningún caso de aquella concurrencia que lo llamaba, y a la cual él miraba desdeñosamente, con la insolencia arbitraria de los que se han sacado el premio gordo en la lotería de la vida y son ejemplo vivo de los caprichos de la suerte.

Y la concurrencia no cesaba de agitar los brazos suplicantes, conternada con aquella inopinada detención del Caudillo. ¿No entraría acaso? ¿Tienen los genios tantas rarezas! ¿Y si no entraba? ¡Qué angustia!

Caracas, la cortesana que ofrece sus caricias en las contorsiones de la tortura, que besa a los que la ultrajan, que se entrega a los que la apalean; la hembra masoquista a la cual golpeó el Libertador con su manojito de laureles, Páez con las riendas de su potro cerril, Guzmán con sus guantes de Tenorio, Alcántara con sus charreteras de sileno épico, ansiaba sentir maltratadas sus carnes por las pezuñas del sátiro, y extendía al estirado labio del nuevo domador la faz emporcada todavía con los buches de aguardiente de Andueza el borracho, o los eructos ahítos de Andrade el infeliz.

Los aplausos seguían dilatándose en ondas repetidas.

Y el Genio tuvo su deslumbramiento de soberbia.

Y, lleno de fatuidad y de orgullo, comparó los días en que Caracas silbaba sus latas parlamentarias, en los congresos de Rojas Paúl, con

esos otros días en que Caracas oía sus excesos oratorios, con el mismo fingido arrobamiento que Roma tuvo para los berridos de Nerón.

Y apareciendo el rencor en su alma felina, se abrió de pies con gesto de querer permanecer allí largamente, para obligar a aquella sociedad a pagarle con creces los aplausos que dejó de tributar a sus intemperancias parlamentarias.

Y en lo alto de la escalinata, los hombres agrupados seguían tendiendo hacia él los brazos aclamadores, y las mujeres, llamándolo, se inclinaban mostrando los senos redondos y turgentes, que casi se salían fuera de los apretados corsés.

Los esposos Montálvez no pudieron resistir por más tiempo aquel suplicio; sin poderse dominar se precipitaron escalinata abajo, seguidos de sus hijos, en busca del Invicto; detrás de la familia se lanzó una gran parte de la concurrencia; todos llegaron al vestíbulo, e hicieron en torno del Héroe un reverencial cerco de frentes inclinadas, y de manos que señalaban la escalinata, en actitud de suplicar en su mutismo: ¡Adelante!

El Invicto se apiadó; dio un paso, uno tan solo, no tuvo necesidad de dar ningún otro. Cuando se exteriorizó su deseo de seguir adelante, fue subido en triunfo. Verificóse entonces un plebiscito en pequeño, un plebiscito para baile, al cual él, siempre desagradecido, no correspondía debidamente. Vargas Hicher, y el Dr. Hilarión Núñez, que tuvieron la honra de poder meter el cuello a las asentaderas del Genio, para ayudarlo a trepar las gradas, se quedaron con la mano afrentada cuando después fueron a saludarlo. Es cierto que al Invicto no le gustaba dar la mano a los que le rodeaban, debido a cierto sentimiento de soberbia hacia él y de asco hacia ellos; eso lo sabían Vargas Hicher y Núñez y se consolaron un momento. Pero luego nació en ellos la envidia.

¿Por qué le alargó el índice, nada más que el índice, a Gustavo Sanabria, quien dichoso retuvo en su mano un gran rato, sin querer soltarlo, el dedito imperioso y omnipotente?

Del grupo de áulicos se separó el gobernador, y se confundió entre la multitud de invitados, como si buscara a alguien. Después de dar muchas vueltas por los salones se salió al extenso patio, y allí en un banco vio a don Anselmo y a su nieta.

Voló hacia ellos.

—Los buscaba —les dijo—; están ustedes muy alejados: vamos al centro. Con su permiso, don Anselmo, me llevo a Teresa para hacerle algunas presentaciones.

Teresa se puso en pie y confiadamente se apoyó en el brazo del gobernador.

El gran valse de introducción «Tocuyito» dejó oír sus primeros compases.

El paseo encabezado por el Cabito, quien daba el brazo a doña Elvira, desarrolló sus movibles espirales por corredores y salones, semejante a una larguísima serpiente que se retorció entre la compacta muchedumbre, y presentaba por el lado derecho, por donde iban las mujeres, escamas de colores hermosos y variados, y por el otro lado, negras escamas, simuladas por el frac de los hombres.

Pasaron por allí todas las bellezas auténticas o falsificadas, todas las morbideces carnosas o rellenas, las blancuras y carmines propios o postizos. Los cuellos torneados de las doncellas, los cogotes de las matronas: las espaldas delicadas de la juventud y las espaldas lomudas de la edad proveya. Niñas pudorosas velaban entre gasas y blondas las nacientes turgencias de sus senos, y bellezas ya maduras abrían sus escotes, dejando ver por delante, convertidos en canasto de patos, lo que fue en otro tiempo cestillo de palomas. Con una gran flor en mitad del seno ocultaban estas bellezas ya marchitas, la flácida docilidad con que, oprimidas por el corsé, se pegaban la una contra la otra las pellejudas odres vacías.

Una gran parte de la concurrencia permanecía de pie, como espectadora curiosa, mirando aquel desfile con una secreta malicia, que se aumentaba hasta poner discretamente en movimiento los codos, cuando aparecía llevando su dama, alguno de los favoritos.

Pasó Corao, dando el brazo a una graciosa trigueña de Ciudad Bolívar; Leicibabaza con una porteña; Torres Cárdenas con una niña, en que apenas despuntaba la nubilidad, y cuyos hermosos ojos iban diciendo que era valenciana; Panchito Alcántara llevaba una flor de La Victoria, la ciudad santa de la Restauración; Gumersindo Rivas, una puertorriqueña, pequeñita y espiritual como una botella de champaña; Antón, una italiana rubia, que tenía un Vesubio en cada pupila; Revenga, por último, con aire de triunfo, conducía una deslumbradora andaluza, que según decires era sobrina de una anciana española, que en esos días había venido en pos de una cuantiosa reclamación, y estaba hospedada en el Hotel Klindt; al paso de la andaluza escapábanse murmullos de asombros de todos los pechos.

—Venció Revenga, no hay cuestión —dijo alguno.

—Me decido por Torres Cárdenas; esa pichona es divina —contestó otro.

—Ninguna de estas dos, ni de las otras, es mi tipo —observó un descontento—. Les niego mi voto a todas ellas; yo en lugar del Cabito, declararíame desierto el concurso, y haría dar cien palos a cada uno de los proveedores, a usanza turca.

—¡Aguarden un poco, falta don Tello! ¡Allá viene don Tello! —exclamó otra voz.

La faz enhiesta del gobernador, que se había incorporado un poco tarde al desfile y se aproximaba guiñando su ojo de pillete, se alcanzó a ver entre las escamas negras, ostentando también como Revenga, una altanera expresión de victoria.

Al acercarse don Tello con su pareja, el asombro discutido que había producido la dama de Revenga, se trocó en una admiración unánime.

Teresa descollaba entre todas aquellas mujeres bellas, como Sirio en medio de las estrellas de la noche. Conquistaba la atención de todos sin ningún esfuerzo de su parte, todo lo contrario, a pesar de sus deseos de no atraer las miradas, que encontraba atrevidas en los hombres, y escudriñadoras, extrañamente escudriñadoras, en las mujeres. A pesar de su modesto continente, se revelaba. Y era que en verdad estaba bella, con sus gráciles perfiles de garza, sus esbeltos movimientos de corza, sus ingenuas timideces de paloma. Ninguna joya brillaba en su garganta, blanca como la nieve, ni en sus orejas, breves y sonrosadas como gemelas conchas marinas, ni en sus cabellos, suaves como la seda y brillantes como el oro. La cabellera, la sujetaba en grueso y apretadísimo moño sobre la nuca, un sencillito lazo blanco, que dejaba a la cabeza y a la estrecha frente, toda la pureza de su perfil helénico. La desnudez del cuello fue lo único que pudo conseguir Clementina Blanco, quien por bajar un poco la abertura del vestido, siquiera hasta el nacimiento del seno, luchó inútilmente con Teresa, empeñada en subirla. Su tímido encogimiento de colegiala con frecuencia ponía deslumbramientos de asombro en sus ojos, y rosas purpurinas en sus mejillas. Con su noble perfil de Juno, armonizaba su traje sobrio y sencillito, que parecía la expresión de su carácter severo y resultaba de una audacia exquisita. Llevado por otra tal vez habría constituido un fracaso; pero llevado por Teresa resultaba un donoso triunfo de princesa caprichosa, que cambia el brocado por la percalina, y sigue siendo princesa a pesar de la humildad del vestido. La admiración natural que le produjo aquella fiesta del gran mundo que por primera vez veía, fue breve: pronto recobró su aplomo, y la tímida reserva con que todo lo observaba, tomó en ella apariencias de fina curiosidad irónica.

Para los observadores sagaces que descubren toda la intriga social o política que se entreteje a veces en las figuras de una danza, la fiesta de esa noche tenía un olor de rufianismo que apestaba. Pululaban por to-

das partes los conocidos proveedores del serrallo presidencial, acompañados de mujeres hermosas, que parecían odaliscas escapadas de algún harén; un concurso de bellezas disimulado, pero visible, hacía recordar los mercados de esclavas de Constantinopla, y el Invicto con su gorro, se parecía mucho al Gran Turco con su fez.

La movable serpiente del desfile había juntado sus dos extremos como si fuera a morderse la cola; el Invicto había vuelto ya al punto de partida, y salió dando brincos con su pareja, al compás de la música. Todos siguieron su ejemplo: el baile quedaba iniciado.

Doña Elvira no cabía en sí de satisfacción; era la primera reunión que daban ellos después de su ruina, y parecía que todo Caracas se apresuraba a absolverlos de aquella mancha. Solo faltó doña Zoila, la señora del presidente, que a causa de una indisposición repentina no pudo venir, según se lo había dicho el Cabito bailando.

—Qué lástima —exclamó Gumersindo Rivas, a quien doña Elvira acababa de explicar la ausencia de la presidenta—. ¡Qué lástima! ¡Al lado de su esposo parece la belleza al lado del Genio!

Doña Elvira se multiplicaba para observarlo todo y dirigirlo todo. Montálvez por su parte, en las mismas funciones, atropellaba y pisaba a todos los que podía, pero él se excusaba: «Pardon».

A cada paso encontraba nuevas satisfacciones; el revistero de *El Constitucional*, aprovechándose de un momento en que los dos esposos estaban juntos, se acercó para ofrecerles una felicitación colectiva, y les soltó este cilindro de sus reseñas:

—Pocas veces Caracas ha presenciado una fiesta tan distinguida como la de esta noche.

—¡Oh, gracias! contestaron ellos a dúo.

Aunque el baile apenas comenzaba en ese momento, el cilindro siguió dando vuelta.

—Aquí, viendo la danza, se han pasado las horas sin sentirse.

Recordó el revistero confusamente dos términos de geografía descriptiva que siempre van unidos, y agregó:

—Parece como si se hubieran congregado en esta casa todas las riquezas que guarda la fauna y la flora de esta privilegiada zona.

Doña Elvira quedó encantada, y se recreaba de antemano con el próximo reportaje del periódico.

El revistero también estaba satisfecho y orgulloso. Mujeres garridas revoloteaban a su lado, le saludaban, le sonreían, y procuraban atraerse su atención.

—Tiene suerte con las mujeres ese cronista —dijo uno.

—Eres un inexperto —contestó otro—: todas esas bellas lo que andan buscando es ver sus nombres y la descripción de sus trajes en la próxima revista del baile.

Mientras tanto, don Tello, galante, llevaba a Teresa por todas partes y le hizo algunas presentaciones, entre otras la obligada de doña Elvira, quien la examinó de pies a cabeza, con miradas impertinentes y sonrisas maliciosas que chocaron mucho a la joven.

—¿Ya se la presentó al Cabito? —le preguntó la señora a don Tello.

—Todavía no: me ha sido imposible acercarme a él, a causa de la muralla viviente que lo rodea por donde quiera que va.

—Pues aguárdelo aquí y aprovéchese, que hacia acá viene. Doña Elvira se alejó riéndose.

—¿Quién es el Cabito? —preguntó Teresa a don Tello cuando quedaron solos.

—El general Castro.

—¿El presidente de la República el Cabito? —recalcó con cierta extrañeza la joven.

—Sí, ¿qué tiene eso de particular? Napoleón el Grande tuvo un sobrenombre parecido.

En el vasto corredor la concurrencia se abrió en dos alas para dar paso al Genio que se acercaba. Los hombres precipitadamente, le daban el frente o se ponían en pie haciéndole profundas inclinaciones. Algunas mujeres le ofrendaban sonrisas expresivas; otras se fingían desdeñosas, pero dejando adivinar a través de su desdén la preocupación de atraerse las miradas del Grande Hombre. Nada seduce tanto a las mujeres como la gloria, sobre todo cuando la gloria tiene a su disposición las arcas de un país: la gloria de Napoleón en el trono, o de Bolívar en el poder. Para la gloria de Napoleón en Santa Helena o de Bolívar en Santa Marta, la admiración femenina tiene sus reservas y sus distingos.

Como la trailla al cazador, al Cabito seguíanle una larga cola de cortesanos, entre los cuales se distinguían algunos, muy pocos, de los intelectuales más nombrados de la vieja y de la nueva generación; estrellas nacies y estrellas murientes de nuestro cielo literario, consentían en verse eclipsados por el Sol Restaurador. Al paso de este no solo se inclinaban testas anónimas, sino también algunas testas gloriosas, coronadas de laurel. Pero entre aquella cola de Tigelinas que seguían al Nerón venezolano, no sobresalía ningún Petronio. Sin energía en la voluntad casi todos ellos, ni fuerza en los músculos; con propensiones más de efebos que de héroes; hechos más para Ganimedes que para Agamenones, le hacían servilmente séquito al Invicto, recitando, sin embargo, con falsificada pose épica estos versos:

«Yo tengo el alma de los conquistadores;

«Me gustan las empresas de Almagro y de Cortés».

¡Almas de conquistadores aquellas almas sumisas!

¡Empresas valerosas, aquellos brazos que solo sabían mecer el incensario!

Dejando a un lado excepciones tan honrosas como raras, el tipo simpático del caraqueño de antaño, generoso hasta la prodigalidad, franco hasta la indiscreción, sincero hasta el sacrificio, entusiasta de los grandes ideales y de los propósitos generosos, ha desaparecido; queda un tipo frío, mediocre, calculador, falso y desleal, generado en el fermento de tantos despotismos como han tenido su sede en Caracas; en sociedad corruptor; en política, adulador; en literatura imitador; el tipo refinado y nulo, erudito e inútil, del romano del tiempo de los Césares y del bizantino del tiempo de Teodosio.

Si José Félix Ribas resucitara y acometiera empresas libertarias, no encontraría sectarios, sino delatores; los bancos de la Sociedad Patriótica quedarían hoy desiertos; las exageraciones anárquicas de Coto Paúl causarían risa; las señas del padre Madariaga no serían obedecidas, ni siquiera comprendidas, por ninguno de aquellos jóvenes llenos de esencias y de polvo de arroz.

Era larguísima esa cola que iba tras el Cabito, que lo rodeaba y que le había impedido hasta ese momento a don Tello acercarse a él.

Había otro grupo que era la antítesis del anterior, compuesto de una minoría raquítica, encargada de demostrar con su exigüidad la proporción desconsoladora en que estaba la dignidad respecto a la desvergüenza. Los hombres de este grupo, al revés del anterior, no se preocupaban porque los viera a su rededor el Invicto, al cual, llegado el caso, saludaban con alta y desdeñosa cortesanía.

Entre estos dos grupos antagónicos y perfectamente deslindados, extendíase una zona intermedia, por la cual pululaban otros jóvenes que permanecían impasibles ante la sumisión de los unos y la rebeldía de los otros. Eran los que odiando a la Restauración se aprovechaban de ella. Los que escribían laudatorias que otros firmaban, los que suministraban artículos encomiásticos o la estulticia de Gumersindo Rivas,



y pensaban, como Margarita de Borgoña, que la infamia no deshonra a los que saben ocultarla. Eran los prudentes, los caracteres neutros, que procuran estar bien con todo el mundo. Los oportunistas de la escuela de Amengual, que sirvió a todos los gobiernos, o de Velutine, que los explotó a todos. Los ambiguos, en fin, tan peligrosos en medio de su apariencia inofensiva. Porque esos silenciosos algunas veces son alevosos. La gradación de los rebeldes se extiende desde los que callan hasta los que protestan. La gradación de los viles se extiende desde lo que callan hasta los que se prosternan. Los silenciosos son el cero de la escala. Un callado puede lo mismo ser un espía que un conspirador. En una boca cerrada puede lo mismo anidarse una protesta que una delación. Los callados son los amigos, y al mismo tiempo pueden ser los enemigos de todo el mundo. Por eso los mudos son temibles. Judas se acercó silencioso a Jesús. Carlota Corday se acercó silenciosa a Marat. Fue necesario que esos silenciosos hablaran, el uno con un beso, la otra con un golpe, para que pudieran ser conocidos y clasificados: traidor el uno, libertadora la otra.

Como aquellos silenciosos, como aquellos prudentes, no hablaban nada, los dejaremos que pululen en la zona intermedia que separaba a los dos grupos antagónicos.

El Cabito, siempre inquieto, iba de aquí para allá, y contestaba con igual desdén el saludo que le hacían los espinazos encorvados y las frentes enhiestas. Los unos le causaban desprecio y las otras, ira. Con la psicología complicada de los déspotas, sentía asco por todos los favoritos a quienes protegía y aprecio invencible por todos los hombres altivos a quienes perseguía. A los unos los odiaba, pero no podía despreciarlos; a los otros los enriquecía, pero no podía estimarlos. Sentía impulsos de darles látigo a estos, y de encarcelar a aquellos. No pudiendo hacer ninguna de las dos cosas, se contentaba con desdeñarlos por igual. Pero cómo deseaba, ¡cuánto hubiera agradecido una alabanza de aquellos

labios austeramente cerrados ante sus triunfos de reclamo!, ¡cuánto hubiera agradecido una reverencia de aquellas frentes siempre severas ante sus éxitos de ópera bufa!

Entre las tarjetas de saludo que la turba prosternada le enviaba al llegar de sus correrías, él echaba de menos y buscaba en vano ciertos nombres, por uno solo de los cuales habría cambiado toda la turba anónima. Sabía de plumas bien tajadas que no le habían hecho ningún elogio; sabía de lirras armoniosas que no acallaban con sus acordes la afrenta que Arrechadera y los otros le irrogaban con sus estrofas ramplonas. Entre las laudatorias pagadas o arrancadas, que publicaba la prensa periódica, él no encontraba ciertas firmas de los que no alquilan su talento ni su pluma. A todos estos los odiaba de muerte, sin embargo, de qué modo con solo una felicitación o una estrofa, el odio hacia ellos se habría trocado en generosa prodigalidad. Era en proporciones reducidas el odio eterno, lleno de admiración y de envidia, del sable contra la pluma; el odio de Napoleón el Grande contra Chateaubriand, de Napoleón el Chico contra Víctor Hugo, de Nerón contra Petronio, del Czar contra Tolstoi. Seditio de alabanzas, las aceptaba todas y las hacía publicar todas, pero sabía distinguirlas: el telegrama en que Nevero Machado, con todo el entusiasmo de un contratista ganancioso le trasmitía este juicio de su compañía de zarzuela, que fue reproducido con orgullo por el estólido periodismo nacional: «Castro es el hombre más eminente de la América del Sur y los venezolanos deben estar muy orgullosos de tener un presidente de su talla», no lo apreciaba tanto como ese otro dirigido por Gómez Carrillo desde Atenas, en que participaba a *El Constitucional*, que en Grecia era admirado Castro tanto como Bolívar. ¡Jamás confundiría el Cabito las alabanzas de un escritor de talento con la opinión de un cuadro de bailarinas! ¿Pero por qué, sabiéndose que él pagaba bien los escritores de talento, eran tan pocos los escritores de talento que le ofrecían sus elogios?

Para olvidarse de este estado mortificante de su ánimo, que oscilaba entre la náusea y la rabia, se puso a examinar con regodeos de aficionado las bellezas que habían traído los proveedores. No se había decidido por ninguna todavía. Había pasado por delante de todos los favoritos y sus parejas, que corrían y se atropellaban para tomar posiciones en los lugares por donde él iba, pero él seguía su camino sin mirarlos apenas. Fue al encontrarse con don Tello, que tenía del brazo a Teresa, cuando se detuvo; posó por un momento sobre la joven, con admiración y codicia, sus pupilas amortiguadas de sileno gastado, y saludó a don Tello con un efusivo apretón de manos. El gobernador era hasta ese momento el único a quien había dado todos los dedos de la diestra.

Teresa miró a aquel hombre como hubiera podido mirar a cualquiera otro: y contestó, lo mismo que a cualquiera otro, la ceremoniosa reverencia que, gorro en mano, le hizo después de la presentación.

Atrás, en las dos filas formadas por la concurrencia, por el medio de las cuales acababa de pasar el Cabito, se quedaron platicando con aires desconsolados Revenga con su andaluza, Antón con su italiana, Leicibabaza con su guaireña, Panchito Alcántara con su victoriana, Torres Cárdenas con su valenciana, Gumersindo Rivas con su puertorriqueña y Corao con su guayanesa.

La distinción de que había sido objeto el gobernador les indicaba que quedaban fuera de concurso. Sin recelos ya, los unos de los otros, en su pareja condición de derrotados, formaron un grupo.

Don Tello los había vencido una vez más. ¿Dónde diablos había encontrado esa belleza que iba a su lado, y que realmente, lo confesaban, era una belleza soberana?

—¡Y tan bien que hace su papel de niña inocente! Sabe sin duda a qué la trajo Tello al baile, y sin embargo apenas contestó, como la más casta paloma, el saludo del Cabito —dijo la valenciana.

—No es tan bonita tampoco, una motolita es lo que es ella —agregó despechada la aragüeña.

—De las que no quiebran un plato —exclamó riéndose el hijo del Gran Demócrata, despreocupado siempre.

—Que no obstante no quebrar un plato, puede dejarnos sin con qué comer —observó Antón.

—Y también sin con qué beber —agregó Corao.

De ahí en adelante pudo observar Teresa que muchos ojos femeninos la miraban con envenenado rencor, rencor que más tarde, se manifestó en hechos.

Estando sentada al lado de su abuelito, en un momento en que la dejó el gobernador para irse con un edecán que le llamaba de parte del presidente, una rubia pasó tan distraída que le pisó fuertemente un pie. Su compañera, muy joven, casi una niña, que iba agarrada del brazo de la rubia, se echó una carcajada y le dijo:

—Por qué no le pides «pardon» como Montálvez?

Luego miró hacia atrás para mirar a Teresa y agregó:

—¡Se quedó muy tranquila! Tú no pisas fuerte; ¡si tuvieras las patas de mi paisano Torres Cárdenas!

Poco después dos morenas, muy pálidas, y vestidas con un lujo muy cursi, pasaron caminando lentamente y se quedaron mirándola con insistencia. Una dijo:

—No le queda del todo mal su trajecito de confianza.

—Que dentro de poco será traje de combate —agregó la otra con descaro.

Y se alejaron caminando siempre lentamente, volviendo la cara con cierto gesto provocativo hacia Teresa.

Todas esas hostilidades inexplicables y groseras hicieron asomar en su rostro un mohín de disgusto que fue observado por don Anselmo.

—¿Quieres que nos vayamos?

—Sí, me gustaría —contestó Teresa.

Pero el gobernador llegó corriendo cuando ya se disponían a partir.

—¡Cómo!, ¿tan pronto? No, don Anselmo, un rato más. Después los llevaré yo mismo en mi coche; ¿me negarán ustedes este placer?

Don Anselmo y Teresa, dudosos, permanecían en pie. Don Tello agregó:

—Vamos al jardín, que está lindísimo; el buffet no se ha abierto todavía, pero a nosotros nos permitirán entrar.

El jardín interior era casi un parque, porque tenía una treintena de corpulentos árboles, altas palmeras y tupidos bosquecillos de arbustos. A él daban acceso unas grandes puertas vidrieras, cerradas todavía, que se veían en el muro de uno de los corredores. En el jardín estaba dispuesto el succulento y variado buffet, que no se abría sino después de terminado el primer turno, según lo decía la tarjeta de invitación.

Al jardín dicho se llegaba también por una serie de piezas interiores, donde se habían amontonado todas las cosas humildes que no deben ser vistas en una gran fiesta, y donde la servidumbre diaria, que no representaba ningún papel esa noche, porque todos los papeles estaban encomendados a los sirvientes alquilados de los hoteles, observaba todo tras paravanes y tabiques, en compañía de algunos colegas de escoba y estropajo venidos desde las primeras horas de la tarde, de las casas vecinas.

Don Tello con Teresa del brazo y don Anselmo que los seguía, atravesaron las piezas; una muchacha abrió con su llave una puertecilla, por la cual entró, procedente del jardín, una bocanada de aire fresco y saturado de aromas de flores.

En una de las avenidas del jardín, véanse seis grandes quioscos, hecho cada uno con bombillos eléctricos de distinto color, y bastante separados

para que la concurrencia pudiese transitar holgadamente por entre ellos. Esos quioscos eran iguales a los que el último 23 de mayo exhibió en la plaza Bolívar el celo partidario de don Tello y de Valarino. Mostradores cubiertos de blanquísimos manteles formaban el perímetro octogonal de los quioscos. En el centro esbeltas armaduras contenían a profusión toda clase de golosinas y bombones en vistosas cajitas de cartón, pirámides de frutas de todos los climas, licores exquisitos, vinos añejos, tortas inmensas, pudines colosales. Un criado atento se hallaba detrás de cada lado del octógono que constituía el mostrador, de manera que cada quiosco tenía ocho servidores, con la misión de servir lo que les pidieran los distinguidos estómagos de los distinguidos caballeros que allí llegaran solos.

Para las damas y sus acompañantes estaba dispuesta en otra avenida del jardín una doble hilera de mesitas, alrededor de las cuales había cuatro sillas de mimbre. Cada mesita estaba asistida por un criado que, servilleta al brazo, como los de los quioscos, ocupaba ya su puesto.

En un quiosco muy lujoso, más grande que todos los demás, separado de ellos y elevado sobre un tablado que le daba cierta apariencia de teatrillo de feria, al cual daba acceso la escalinata guardada por policías, veíase una docena de mesitas reservadas exclusivamente para el Cabito, los ministros del despacho y los ministros diplomáticos y sus señoras. Presidiendo este quiosco, el cual a su vez, desde su gradería parecía que vigilaba todo el jardín, destacábase sobre alto caballete, cobijada por un solio formado por la bandera nacional, la imagen de cuerpo entero del Cabito, en la actitud clásica de posar la diestra, en además de protegerlo, sobre un libro, tal vez la Constitución, el libro que han protegido siempre todos nuestros presidentes; como si se aprestase a dar un puntapié, el Cabito avanzaba la pierna derecha con un movimiento de camorrista, lleno de desafío y audacia. Era copia al óleo, de la última efigie del audillo, enviada desde Nueva York a cada una de las municipalidades de Venezuela, por Carlos Benito Figueredo.

La copia esta había sido mejorada y corregida. El artista complaciente había colocado en la frente lisa y testaruda de Castro las arrugas abismales de Bolívar; los apagados ojos del Invicto destellaban vivacidad merced a una gotita de blanco de zinc convenientemente colocada en las pupilas; sobre los ojos se desplegaban las cejas amplias y arqueadas del Libertador, esas cejas que se abrían sobre esa frente, lo mismo que las alas encorvadas y poderosas de un cóndor, sobre un cielo en borrasca. Momento después, cuando el Invicto vio esa falsificación del pincel, que secundaba la falsificación del aplauso y la falsificación de la pluma, aseguró que ese retrato era el que más se le parecía. La aquiescencia de todos los que le oían fue unánime.

—¡Está que habla!

—¡Esos ojos miran!

—¡Parece que se destaca del marco! —decían todos los cortesanos, que lo que miraban era el pie, el terrible pie amenazador.

En el jardín no había en aquel momento sino criados encasacados que bajo la dirección de los *Maitres d'hotel*, practicaban afanosos las últimas diligencias, recibían las últimas instrucciones, averiguaban sus puestos, como sucede en los teatros, entre bastidores, cuando se va a alzar el telón. El telón lo constituían las tres puertas vidrieras todavía cerradas, por donde a la hora debida, haría irrupción en el jardín una brillante multitud, ávida de comer y beber. Todavía, contenida por las puertas vidrieras, esa multitud se entretenía en divertirse y en admirarse, a juzgar por el ruido de risas y de aplausos que llegaban amortiguados al jardín, como si del otro lado se hubiera levantado un barracón de funámbulos, para que hiciera sus volteretas algún mono bailarín.

Acababan de sentarse don Anselmo, Teresa y el gobernador, frente a una mesita, en la cual fueron servidos tres sorbetes, cuando llegaron otros personajes, que revelaban ser tan de la casa como don Tello, desde luego que también habían entrado por la puertecilla de confianza. Sa-

ludaron al gobernador cordialmente con la mano cuando lo vieron; se hablaron al oído por unos instantes mirando a Teresa, y luego subieron la escalerilla del quiosco presidencial, ministerial y diplomático.

Todos ellos, al tomar asiento, tuvieron vacilaciones reverenciales motivadas por el retrato, cuyos ojos fulgurantes y llenos de vida, parecía que los miraban, y cuya pierna, avanzándose hacia adelante, parecía advertirles la posibilidad del puntapié.

Eran importantes aquellos personajes, desde luego que los policías que guardaban la escalerilla, les permitieron subirla.

Todos ellos, penetrados de un gran fetichismo medroso, se creyeron obligados a reverenciar la efigie, como adulaban al original. Se inclinaron profundamente ante ella, ninguno se atrevía a darle la espalda.

—Sentémonos frente al retrato de nuestro jefe, para mejor recibir sus inspiraciones —dijo el Dr. Paúl, ministro de Relaciones Exteriores.

El doctor Eduardo Celis, ministro de Hacienda, fue más humilde:

—Opino porque nos coloquemos debajo, para sentir sobre nosotros, con el cariño del jefe, toda su autoridad.

Los demás concurrentes apoyaron con graves movimientos de cabeza, las palabras del ministro de Hacienda.

¡Y se sentaron entre las patas del caballete que sostenía el retrato, para quedar debajo de él!

Manuel Revenga, presidente del Congreso Municipal, entró también por la puertecilla de confianza, acompañado de Montálvez, y se agregó a los ministros bebedores.

—¿Le pasó la novedad al caudillo? —preguntóle con mucha acuciosidad Celis.

Antes que tuviera tiempo de contestar, una voz se anticipó:

—Eso no se pregunta estando con él José Rafael Revenga, que es capaz de resucitar a los muertos.

Entonces Manuel, con modestia fraternal, negó la pericia de su hermano en la salud del Aclamado:

—Siendo inmortales —dijo— los hombres superiores como Castro, mi hermano Rafael, a lo sumo, habrá sido un inspirado de la Providencia. (\*)

La frase pareció ingeniosa y fue premiada con la admiración y los aplausos de costumbre. Llenáronse de nuevo las copas.

Doña Elvira, que rondaba por allí entre los arbustos, para ver, envanecida, a su marido, en tan selecta compañía de ministros y altos empleados municipales, oyó cuando aquel dijo con su voz de caporal: «¡Merci!», después: «¡Santé!», y casi en seguida, como si hubiera pisado a alguno: «¡Pardon!».

Teresa, del brazo del gobernador, paseaba por los corredores. Había bailado poco y eso únicamente por complacer a don Anselmo y no dejar desairadas las instancias y presentaciones de don Tello. Después que hubo desaparecido la impresión primera de espectáculo que aquella reunión le produjo, y que solicitó por breves momentos su curiosidad, había caído en un disgusto melancólico, que se hacía más profundo con la música, la algarabía que la rodeaba, las frases burlonas que algunas mujeres soltaban a su paso, y las miradas insistentes del Cabito con el cual los encuentros al fin tuvo que evitar venciendo la resistencia de don Tello, que parecía tener empeño en prepararlos.

Con frecuencia suplicaba a su acompañante la condujera al lado de don Anselmo; y entonces en el banco un poco solitario que desde un principio habían escogido para sentarse, se entregaba a pensar con toda calma en Juan, que desvelado estaría recordándola, triste y celoso. Ella también estaba triste. Esa era la dicha que proporciona un gran baile,

esa era la dicha de bailar, ¡si estuviera allí Juan! En brazos de él sí concebía el baile como un placer, pero no en brazos extraños. Y por eso las más de las veces había escondido su programa, diciendo que estaba lleno, cuando don Tello se acercaba con algún nuevo caballero en solicitud de alguna pieza. Algunas veces, muy pocas, intervino don Anselmo, y salía a bailar por breves momentos, volviéndose pronto a su asiento. Así, con su sequedad, pudo alejar a los moscardones, y dar al círculo de sus admiradores noveleros, que a ella le parecieron muy necios, un extenso radio, que ninguno se atrevió a traspasar. Solo el Cabito, pasaba a veces cerca de ella, con los carrillos inflados, soplando y resoplando a causa del calor y la fatiga, mirándola y dándose viento con el pañuelito, que siempre llevaba en la mano.

El programa, que solo tenía dos turnos, se había terminado ya. Desde mucho antes se habían ido retirando los que habían concurrido al baile por prudencia, con una expresión de susto en el rostro, los comerciantes, los industriales, los burgueses ricos de Caracas, que habían hecho una transacción entre su odio al gobierno que los estaba arruinando, y el peligro de que los favoritos, codiciosos de sus haciendas o de sus empresas, los acusaran de no haber asistido al baile en honor del Invicto y su señora, castigándolos con la pérdida de sus propiedades o comercios.

Ellos habían hecho acto de presencia, habían aplaudido, habían fingido admirar al Genio, y ahora se iban un poco tranquilos a dormir.

También habían partido ya algunas familias mantuanas, cuya amistad casi pordioseaba doña Elvira. Estas también habían transigido entre su decoro y el temor de posibles persecuciones. También habían hecho acto de presencia, habían fingido admirar al Grande Hombre, y ahora se iban a reírse.

A una de estas, la última detenida hasta ese momento, la acompañaba doña Elvira hasta la salida. Era una encopetada señora con dos hijas, y todas felicitaron a doña Elvira por el brillo de la fiesta y más que todo por lo selecto de la concurrencia.

(\*) *El Constitucional*, diciembre 3 de 1906.

—Verdaderamente la concurrencia ha sido de lo más elegante —contestó doña Elvira; y luego recordando mal la frase del revistero, agregó:

—Puede decirse que vino esta noche toda la fauna de Caracas.

La matrona sorprendida, miró a sus hijas, y después miró a doña Elvira. En el rostro de esta, vanidoso e ingenuo, no se veía ningún malicioso deseo de ofender. La señora que se iba comprendió que lo menos que doña Elvira se había propuesto hacer era un epigrama; y conteniendo con dificultad la risa, convencida de que la señora de Montálvez no le entendería, contestó con mucha gravedad:

—¡Cómo no, si esta casa ha sido siempre un jardín zoológico!

—¡Muchas gracias! —contestó doña Elvira envanecida.

---

Habían quedado con sus familias los burócratas, los monopolizadores, los contratistas oficiales, los empleados públicos, todos los miembros de la camarilla, en fin, que quisieron aplazar con un esfuerzo artificial y colectivo el enervamiento que en almas y cuerpos producía el alba, húmeda y fría.

El Invicto acababa de salir del cuarto que le reservaban en todos los bailes, entre otras cosas, para recibir la fricción que después de cada pieza bailada su médico Revenga le daba con agua de colonia o Bayrum, para desembarazarlo del producto de la diaforesis artrítica que lo inunda siempre que hace algún ejercicio. Tenía ese buen humor orgánico que experimenta todo el que ha recibido el masaje científico de un médico eminente.

Envueltas en largos abrigos, antes de retirarse, muchas damas daban la última recorrida por los salones, fingiendo buscar a alguien, pero en realidad con el objeto de ser vistas con sus elegantes salidas de baile, transparentes y tenues, que les ponían alrededor de la cabeza y del busto, un halo de tules vaporosos.

Ante ese síntoma de dispersión el Invicto, que después de la fricción se sentía con nuevas fuerzas, exclamó:

—¡Señores, vamos a terminar con un joropo!

El Invicto, sin duda alguna, tenía en todas las circunstancias de la vida, la intuición de las necesidades públicas.

¡Clarividencias del genio!

El deseo expresado por él era, precisamente, el deseo que se albergaba en el corazón de todos sus conciudadanos allí presentes, solo que estos no podían ampliar el programa de la fiesta, como el Cabito, en virtud de las facultades omnímodas y extraordinarias con que lo habían investido las municipalidades, las legislaturas de los estados y los congresos nacionales.

Los cortesanos celebraron la proposición del Genio con un entusiasmo frenético y una admiración sin límites.

Hubo en Venezuela en esa época una tendencia incontrastable al aplauso, consecuencia natural de la tendencia incontenible a la alegría. La admiración estaba decretada gubernativamente, el buen humor era institución de orden público, el entusiasmo se reglamentaba con ordenanzas municipales. La alegría, en ondas sucesivas y desbordantes, se extendía del uno al otro confín de la república, cada vez que Gumersindo Rivas daba por telégrafo a sus corresponsales la orden correspondiente. Los silenciosos entonces, los taciturnos, los que no batían palmas, los que no participaban del pasmo general, iban a la cárcel como desacreditadores de la Restauración de la patria, y desobedientes a los decretos de las jefaturas civiles.

Había que vivir contentos, so pena de pasar por enemigos.

La Restauración no se tomaba el trabajo de hacer el bien público, para ver caras hoscas. Daba a cada momento motivo para las expansiones del patriotismo y las inundaciones del júbilo, para gozarse con esas inundaciones y esas expansiones.

¿Colocaban en los salones de los concejos municipales, el retrato del Caudillo, el que envió Carlos Benito Figueredo? Pues delirante entusiasmo en el municipio, encabezado por los concejales.

¿Aparecía en las oficinas de telégrafos, el retrato de Valarino? Pues explosiones de entusiasmo de los telegrafistas.

¿Volvía Gumersindo Rivas de su viaje de estudio por Europa? Pues los intelectuales de Caracas, entre entusiasmo inusitado, recibían en triunfo a su amado director.

¿Regresaba alguna de las queridas del grasiento y omnipotente periodista? Pues la estación de La Guaira se llenaba de amigos con ramos de flores y madrigales.

Por montes, valles y colinas dilatábase ensordecedor y majestuoso, proclamando la arcádica felicidad de un pueblo, el ruido del bombo, que había reemplazado entre nosotros el sistro y la flauta de la feliz Arcadia griega.

No podía ser de otro modo. Castro había prometido que haría rica a Venezuela, y en torno de él veía a los antiguos pelafustanes convertidos en millonarios. Prometió que a ningún venezolano le faltaría el pan, y alrededor de él no veía sino caras rollizas y gordas. Aseguró que haría la felicidad de la patria, y el telégrafo diariamente le participaba que los pueblos entusiasmados y contentos, vivían en un jolgorio permanente.

Y por eso los cortesanos no cesaban de gritar que el Cabito había cumplido todas sus promesas, y agradecidos, obligaban al pueblo a que se alegrara, a que recorriera los poblados con la banda de música a la cabeza, vitoreando al Invicto y quemando voladores. Y el pueblo obedecía contentísimo: lo habían reclutado para que fuera a la ciudad a dar un paseo cívico, cosa mucho mejor que ir a la guerra. Las manadas de ilotas aborregados, quemando los triqui-traques fiesteros, con más gusto que los cartuchos mortíferos, se sentían felices. Con tal que no lo llevaran

a combatir, el pueblo había prometido vivir alegre aunque estuviera hambriento; ahogaba sus bostezos, se entusiasmaba, y un ¡Viva Castro! inmenso ensordecía todos los ámbitos de la patria.

Las nobles actitudes de los antiguos héroes combatiendo no parecían tan hermosas como las piruetas del Invicto bailando. El gorro del Cabito, con su borla colgante que le golpeaba el cogote al compás de la música, había vencido la corona de laurel helénico, que adorna, como consagración de grandeza, la frente de los inmortales. En esa época de sanchopancismo, una caperuza era el distintivo de los grandes hombres; el Genio de la Restauración, la Gloria justiciera no le ponía coronas, sino gorros, y ante ese genio con gorro se prosternaba la nación, obligada por los palaciegos y los burócratas.

«¡Terminemos con un joropo!» había dicho el Grande Hombre. La concurrencia continuaba pasmada y estupefacta. Los concejos municipales, los comandantes militares, los presidentes de los estados, bien podían ir preparando sus telegramas de felicitación por aquella frase para enviarlos a *El Constitucional*, si el periódico los exigía. ¿Cuándo dijeron labios humanos palabras más hermosas, y sobre todo, más oportunas? A causa de la profunda admiración la cara de todos aquellos miserables se había puesto larga de media vara.

—¡Oh! ¡oh!

—¡Ah! ¡ah!

—¡Eh! ¡eh!

Se hablaban unos a otros con grandes gestos, reveladores de una profunda convicción.

Sí, esa frase entraría en el número de las grandes frases históricas: hacía olvidar el *e pur si muove* de Galileo, la palabra de Cambrone en Waterloo, el «paso de vencedores» de Córdoba en Ayacucho, y la temeraria respuesta con que en Pativilca, el Libertador enfermo,

traicionado y derrotado, contestó al que le preguntaba qué pensaba hacer: «Triunfar».

Esa frase del Cabito merecía escribirse con letras de oro en el Capitolio; no era ella menos hermosa que el «Dios, Patria y Castro», que por un tris se decreta como lema nacional.

«¡Terminemos con un joropo!»

El Invicto acababa de interpretar los deseos de una parte selecta y numerosa de sus compatriotas. ¡Ah! oh! ¿Cómo había adivinado él?... ¡Qué talento!

Otra salva de aplausos, encabezada por Juan Lizcano, más imponente, más nutrida, se extendió por el local, salió a la calle, invadió a Caracas, repercutió en el país. Aquel aplauso solemne y unánime era debido a que en el cartel de la orquesta acababa de aparecer este letrero glorioso:

### JOROPO FINAL

El Invicto no tenía pareja para bailar el joropo. Los proveedores rondaban alrededor, pasaban y repasaban por delante de él, con sus mujeres del brazo, aspirando no ya al primer premio, adjudicado a ese afortunado de don Tello, sino al accésit. Las mujeres del concurso, fingiendo no ocuparse las unas de las otras, se examinaban de pies a cabeza, con el rabillo del ojo, calculando quién vencería a quién en la adjudicación del segundo premio, con ese disimulo con que las mujeres se dan cuenta de todo, cuando aparentan no mirar nada.

El Invicto no se decidía por ninguna de las parejas que tácitamente le seguían ofreciendo los favoritos.

¡El joropo final!

Las arpas y los violoncellos bordoneaban ya los golpes de esa música criolla, en que se compenetraron el tambor africano, la kena indígena y la guitarra española, para perpetuar las infinitas nostalgias que esas tres

razas sintieron en América: la nostalgia de la libertad perdida, del hogar lejano y de la patria conquistada. ¡El joropo final!

El último abrazo con música, el abrazo de despedida que se dan los enamorados, los amantes y los novios.

Ese joropo pertenece a los que se aman. La embriaguez postrera, la última locura enardecida por el último trago de whiskey o por la última copa de champaña; las inútiles súplicas y las virtuosas resistencias de toda la noche, librando el último combate, en un solo momento decisivo; los alientos que se confunden, los besos que revolotean como abejas ardientes sobre las rosas de las mejillas, las manos que se aprietan con movimientos convulsivos; el curso plácido de las esperanzas felices que se deslizan en las corrientes del ritmo acompasado, detenidas de súbito en un acceso de celos, que encrespa también la corriente apacible de la música con el obstáculo de un atravesado; los acordes perfectos coinciden con alguna promesa hecha al fin; las disonancias haciendo más crueles las negativas; la igualdad de las frases musicales, produciendo con su monotonía la enervación hipnotizante de los bonzos indios, que excusa el somnoliento abandono de las bellas; el deseo vuelto furia; la desesperación vuelta súplica; la próxima dispersión que traerá la dificultad de volverse a encontrar; la separación tal vez eterna después del conocimiento ocasional de breves horas; el momento supremo que se pierde o se aprovecha: todo eso es el joropo final.

Y los golpes de arpas, violoncellos y cuatros, secos y rítmicos, acompañando los diálogos breves.

—¡No!

—¡Sí!

—¡Nunca!

—¡Por Dios!

—¡Después!



—¡Ya!

—¿Cómo?

Si no fuéramos los expósitos del planeta, como nos llamó el célebre orador español; si pudiéramos remontar nuestras tradiciones hasta el Olimpo, el joropo habría nacido en la teogonía mitológica, una noche muy estrellada de primavera, en que Baco, con ganas de brincar, se encontró con Terpsícore, atiborrada del zumo de la vid. En el joropo hay algo de báquico: es el baile de los borrachos, de los borrachos de licor, de los borrachos de amor, de los borrachos de alegría, de los borrachos de lágrimas. Con el joropo bailan en Venezuela no solo los ensueños de los dichosos, sino también las penas de los parias, los anhelos dolorosos de felicidad imposible de una raza híbrida, profundamente sensual y profundamente infortunada. Y por eso el taconeo furioso, parecido a un tropel de sátiros, lo mismo puede manifestar el contento que la impaciencia, y resuena en palacios y en cabañas, para despertar en caballeros y jayanes, en señoritas y en aldeanas, iguales embriagueces de ardores y nostalgias.

¡El joropo final, lo mismo que el valse de introducción, pertenece a los enamorados!

¿Con quién lo bailarían el Cabito?

Don Tello pasó cerca conduciendo del brazo a Teresa. ¡El Cabito le pidió al gobernador su pareja, y el gobernador se la cedió!

Entonces todos los músicos requirieron sus instrumentos y el joropo a toda orquesta, se extendió por el local, vibrante, ensordecedor, orgiástico.

La música criolla puso a vibrar todos los nervios del Cabito y resucitó sus atavismos indígenas: arastrábase, hacía cabriolas, se contorsionaba con toda la animalidad de un hombre ancestral entusiasmado. Viéndolo se echaba de menos la hoguera iluminando en el fondo de una selva de África, una nocturna danza de caníbales.

Los áulicos que celebraban su clemencia a cada carretada de cadáveres que vomitaban las pestíferas prisiones; que encomiaban su desinterés patriótico a cada millón depositado por su cuenta en los bancos europeos; que callaban arrobados cuando exponía algún plan financiero que avergonzaría a cualquier pulpero inexperto, quedaban también absortos cuando danzaba. No hubo ninguno que, con sincera franqueza, le dijera como Petronio al histrión romano: «¡Asesina, viola, roba, ¡pero no bailes!».

Teresa, inteligente, comprendió en el acto que aquel Héroe, aquel Genio, no pasaba de ser un pobre diablo sumamente ridículo, que si no fuera un déspota con dificultad habría encontrado ninguna mujer que consintiera en bailar con él; reflexionó que una parte del ridículo de él estaba cayendo también sobre ella; y se dejaba llevar, sin atreverse a levantar la vista para no ver en las caras burlonas de toda la concurrencia, la risa unánime que tenía que producir aquella infinita ridiculez. Empero, una vez que el Cabito la soltó para hacer él solo, en un paroxismo tarantulesco, cabriolas y morisquetas, se quedó sorprendida cuando alzando con temor la vista vio que todos los cortesanos habían dejado de bailar, para hacer con las bocas vueltas una gran O de asombro, corro alrededor del danzarín simiesco.

Uno exclamó:

—Así no ha bailado nadie en el mundo, ni el Libertador.

Teresa sintió entonces en su alma una impresión que no había sentido nunca, la del infinito desprecio, la de la repugnancia sin medida hacia todos aquellos cortesanos desvergonzados.

Y se quedó en pie, contemplando desde la altura de su desdén todas aquellas figuras, mirando a ratos a los cortesanos asombrados, a ratos al Restaurador ridículo, que no cesaba, como un gallo verriondo, de girar en torno de ella, arrastrando la pata coja.

Antón secreteó algunas palabras al oído de los áulicos; estos con una facilidad que dejaba comprender lo hondo y arraigado de su admira-

ción, dejaron de admirarse por un momento y se lanzaron a bailar. Hombres y mujeres hicieron una gran rueda en torno del Cabito y su pareja: cuando Teresa vio esto, sintió un miedo secreto y se escapó al lado de don Anselmo.

—¡Pero esa muchacha no tiene ninguna educación! —exclamó escandalizada la puertorriqueña, quien quiso dejar a Gumersindo Rivas para irse a brincar frente al Cabito. Gumersindo la detuvo.

A una señal de Antón los caballeros hicieron un círculo, dentro del cual las mujeres formaron otro, girando siempre. El Cabito no supo a qué horas quedó saltando solo dentro de aquella guirnalda de mujeres bellas que lo envolvían en el torbellino de sus faldas y lo hacían rebotar en las morbideces de sus cuerpos. Ellas, empujadas por los hombres, veíanse obligadas a estrechar más y más el espacio en que brincaba el Cabito. Recordaba aquello: Cabrito, sal de mi huerta, en que el niño que está dentro del cerco haciendo de cabrito trata de romperlo y escaparse, con la sola diferencia de que el cabrito ahora era un macho cabrío, que galantemente, no trataba de huir. Eso habría sido un desaire que habría disgustado mucho a todos aquellos caballeros, que seguían empujando hacia él a las mujeres; estas se reían, daban pequeños gritos y giraban, giraban siempre, no se sabía si para huir o para arrastrar a la afortunada que por un momento quedaba frente al Héroe, y podía reemplazar a Teresa.

Hubo un momento en que el Cabito, enredado en las faldas y oprimido entre los turgentes cuerpos femeninos, no tuvo campo para bailar, y despertó de su delirio coreográfico. Risas de contento estallaron por todas partes; algunas manos recordaron a la concurrencia que era llegada la oportunidad de aplaudir, y otra salva unánime llenó los ámbitos y llegó hasta los últimos rincones del jardín, donde las manos aplaudidoras, como si cumplieran un rito de la época, se juntaron sonajosas, sin saber por qué, ni tratar de saberlo.

Antón fue calurosamente felicitado por aquella figura de joropo que por lo vistosa merecía ser declarada de uso obligatorio en el distrito por el Concejo Municipal. Esa, por lo menos, era la opinión de algunos concejales presentes, que contaban ya con el apoyo del presidente del ilustre cuerpo, Manuel Revenga.

Los que no habían tomado parte en ella, felicitaron a los que habían bailado; después estos, dichosísimos, se felicitaron unos a otros; y por último, todos en masa, felicitaron al Cabito.

—¿Qué nombre piensa ponerle? —preguntó uno a Antón.

—¿A quién? —contestó este fingiéndose olvidado ya de su triunfo.

—¿Cómo a quién? Pues a esa admirable cadena que usted ha arreglado para joropo.

—No lo he pensado aún.

—Propongo que se llame La Gan Cadena de la Aclamación Nacional —dijo incorporándose al grupo un hombre alto y satisfecho de sí mismo, un don Juan desprovisto de valor y de talento, pero robusto y bello como un semental humano; un Tenorio sin lira ni tizona que no ha sabido cantar el amor ni defender el honor de ninguna de sus amadas.

—¡Magnífico, Antón! —dijo otro, y repitió cerrando los ojos para oírse mejor: «La Gran Cadena de la Aclamación Nacional: ¡magnífico!». Volvió a abrir los ojos y felicitó al don Juan.

El rebañismo felicitador se despertó de nuevo; todos los del corro uno tras otro presentaron sus parabienes al Tenorio por aquella tardía prueba de talento, y después en manada felicitadora se fueron otra vez al Invicto, el cual en medio de sus ministros no apartaba la vista de Teresa, que paseaba del brazo de don Tello.

—La Gran Cadena que se acaba de bailar se llamará de la Aclamación Nacional —le participaron muy alborozados, restregándose las manos.

El ministro del Interior, mentalmente, se puso a elaborar la circular en que participaría a los presidentes de los estados aquel acontecimiento faustísimo, que constituiría una nueva gloria para la Restauración.

Los instrumentos de la orquesta, uno a uno habían ido callándose, anunciando el cansancio y el invencible sueño de los músicos.

Amanecía ya. El ajamiento de los rostros, que aparecían lívidos con la luz del alba, se barruntaba bajo los afeites, como se barruntaba el hastío de las almas bajo las artificiosas risas alegres.

Los armarios de los quioscos, saqueados por la concurrencia, alcanzaban a ver en el jardín, a través de las puertas vidrieras abiertas, escuetos y vacíos, como esqueletos de extraños animales que han sido devorados por gusanos voraces.

Las flores estaban ya marchitas sobre los nevados senos, que ocultaban bajo su nieve, ardores íntimos. Entre las ajadas gasas de los corpiños palpitaban las huellas de infinitos estrechamientos. En las delicadas cinturas, sobre los albos trajes, habían dejado su marca de crispadura algunas manos brutales. Las joyas se empañaban en la atmósfera caliginosa, como pupilas adormecidas por los deseos. La agitación del baile mezclaba a los perfumes el olor embriagante que emergía de los bustos, casi desnudos, de las bellas. Del rostro de los afeminados pisaverdes habían desaparecido la palidez mate de la crema y de los polvos de veloutine, lavada por el sudor. La champaña había vuelto atrevidos a los hombres y tolerantes a las mujeres, que se desmadejaban al compás de la música, sobre el brazo de sus parejas, con encantador abandono; y las ojeras violáceas aumentaban el brillo de fiebre que en los ojos entornados ponían los anhelos exasperados e insatisfechos.

El jardín estaba vacío. Los escaños desiertos brillaban con la humedad del relente matinal; en las arenas removidas por el ir y venir de los invi-

tados, habían quedado estampadas las huellas de las últimas parejas que regresaron de los bosquecillos tupidos, las huellas de grandes zapatos al lado de zapatitos diminutos...

La luz blanca de los bombillos eléctricos desaparecía absorbida por la luz blanca del alba, y de esta solo triunfaban los focos escarlatas, azules, malvas y violetas, que también morirían dentro de poco entre los destellos del sol. Abanicos destrozados, lazos de cintas, ramilletes marchitos, algún pañuelo leve, algún guante perfumado, rodaban por el pavimento de los salones, que a proporción que iban quedando vacíos y silenciosos, parecían más enormes, y se llenaban de la inmensa melancolía de los placeres idos.

El Cabito, desplomado en una silla, extenuado de brincar, con el gorro ladeado sobre la oreja izquierda, se enjugaba silenciosamente los chorros de sudor que le salían por todos los poros de la calva. Los cortesanos, mudos como siempre y a respetuosa distancia, esperaban que el Genio dijera algo, dispuestos a repetir una vez más el entusiasmo insólito y la admiración sin límites, en tanto que las arpas seguían bordoneando cansadamente aquel joropo que se moría.

Los áulicos no tuvieron que tomarse el trabajo de asombrarse esta vez porque el Cabito, con cierto mal humor, como dominado por una idea fija, no dijo nada y se disparó en cierta dirección, en la dirección que tenía su pensamiento, hacia Teresa conducida por don Tello, que acababa de disuadir una vez más a don Anselmo de su propósito de marcharse.

El Héroe se agregó a ellos y siguieron conversando los tres, por entre algunas parejas infatigables que joropeaban todavía.

Gumersindo Rivas se lo hizo notar a su dama:

—Lo tiene loco: ya no se ocupa sino en irse tras ella.

—¡Tan cómica! —observó la puertorriqueña—, ¿no ves cómo se finge disgustada? ¡Y tan satisfecha que estará!

Don Tello había entregado nuevamente a Teresa al Cabito; y en efecto se veía que la joven sería, grave, ligeramente pálida, contestaba con monosílabos las animadas palabras que aquel le dirigía.

—No exijo todo el ramillete: me conformaría con una sola violeta.

—Perdone usted, señor, pero me es imposible.

—¿Serán tal vez de algún novio?

La joven se ruborizó levemente, y no contestó.

Flanqueaban en ese momento una columna que vino a quedar interpuesta entre ellos y la concurrencia. Entonces él, con el atrevimiento de los déspotas, acostumbrados a ver doblegarse ante su voluntad todas las voluntades, y convencidos de que les pertenece cuanto está al alcance de sus manos, arrancó el ramillete de violetas blancas del pecho de Teresa. Sorprendida esta ante aquel ataque inesperado, sin saber qué hacer se detuvo indecisa, permaneció inmóvil un momento. Recordó luego las palabras de Juan: «Ellas son mi corazón palpitante y sin defensa». Y con el coraje de la mujer que defiende a su amado, se abalanzó sobre el Cabito, le arrancó de las manos el ramillete que estaba colocándose en el ojal del frac, lo dejó solo y se fue en busca de su abuelito, apartando con los codos, airada y altiva, a todos los que la estorbaban el paso.

Llegó agitadísima donde estaba don Anselmo:

—Vámonos ya, ahora sí, vámonos —dijo asiéndose del brazo de él y levantándolo casi del asiento.

El anciano la miró sorprendido.

—Sí vámonos —repitió ella endulzando la voz—, el baile terminó ya: vámonos.

Miró las violetas estrujadas por su propia mano al defenderlas; les dio un beso como para desagruarlas y radiante de contento y de reto se las puso nuevamente en el pecho.

Todo el mundo se dio cuenta de que al Cabito le había dejado plantado su pareja, pero la sorpresa que produjo tan grande atrevimiento fue corta. En el mismo instante un gran ruido de loza que se estrella hizo volver hacia el comedor las miradas que se habían ido tras el Cabito y Teresa con curiosidad maligna. Las vitrinas que exhibían un riquísimo servicio de porcelana de Sévres habían sido derribadas. Montálvez llegó atraído por el ruido; en el acto se dio cuenta del suceso; recordó a Guillermo Pimentel en la escena nunca olvidada y siempre admirada del florero; procuró reproducir la sonrisa serena y amable que vio en su modelo; señaló como él con el dedo muy estirado, los pedazos de fina loza esparcidos por el suelo; y adaptando al nuevo caso la espiritual frase, exclamó:

—Magnífico, señores: ¡esto me demuestra que mis convidados sienten tanto contento en mi casa, que verdaderamente no saben lo que hacen!

## IX

Teresa carecía de amigas pertenecientes a la clase social que brilla, pasea y se divierte.

Para su empresa, Clementina necesitaba una auxiliar que hiciera entrar a Teresa en la atmósfera mundana, que la sacara a todas partes, que la envolviera en el torbellino de las diversiones, que la hiciera entrever la vida del placer.

Esa auxiliar la encontró en doña Agustina Rodríguez, señora muy bien relacionada, de la cual algunas personas, muy pocas, hablaban ciertas cosas al oído de otras, pero sin que nadie, a ciencia cierta, pudiera informarse de lo que decían tales secreteos. Las sospechas, si nacían, las desconcertaba ella con su simpático al par que severo perfil de madona algo ya madura. Los decires los acallaba con su puntual asistencia a las iglesias. Su exquisita cultura intelectual y artística la hacían insospechable a los que confundiendo la inteligencia con el corazón y la ilustración con la moralidad, creen que en una cabeza que sabe mucho no se albergan los malos pensamientos, que unas manos marfilinas, hábiles en manejar los pinceles, no pueden ser también maestras en prodigar

caricias prohibidas, y que una conversación divertidísima y adorable, sostenida con aires de infinito candor en los salones, no puede ceder el puesto en los gabinetes reservados, a la charla picante, también adorable y divertida, sostenida con descocado aire de perversidad y picardía.

En realidad, doña Agustina de Rodríguez era una gran pecadora, que había tenido el raro talento y la rara fortuna de ocultar sus ligerezas con las apariencias de la más estricta circunspección.

En medio de sus devaneos tenía sin embargo un extraño terror al qué dirán, que la obligaba a mirar como mujeres profundamente corrompidas a algunas coquetas de palabras y no de hechos, cuyos galanteos, sin pasar del portón de sus casas, se ostentaban en plazas, iglesias y teatros, más por vanidad que por maldad, más porque se dijese que eran amadas que por corresponder al amor. Esa conducta para doña Agustina Rodríguez era imperdonable, porque revelaba muy poco respeto por las honestas fórmulas sociales. ¿Aparecer malas sin serlo? ¡Qué descaro! Mucho más moral es ser malas y no parecerlo: así no se escandaliza a nadie.

Doña Agustina se enorgullecía de merecer la estimación social, y hacía uso con frecuencia de esta frase ambigua, que tanto emplean, no precisamente las mujeres virtuosas, sino las mujeres reservadas: «¡Jamás he dado un mal ejemplo!».

Esto era cierto: y doña Agustina gozaba de la consideración que la sociedad ofrece a los que saben respetarla. Tal vez ella en altas horas de la noche, con velo tupido sobre la faz se internaría por calles desiertas, y penetraría en casitas, pequeñas como nidos, deshabitadas durante el día y sigilosamente abiertas en la noche; pero ese velo encubridor tornábase diáfano la tarde siguiente, cuando llegaba de visita, con su severo perfil de madona y sus distinguidas maneras, a las casas de amplio zaguán, situadas en las mejores avenidas.

Estaba unida a un hombre que no sabía trabajar, ni sabía hacer nada, ni conocía una profesión, ni un oficio, y que sin embargo tenía siempre

el portamonedas repleto, para satisfacer holgadamente todos sus sibaritismos, para fumar ricos habanos, para tomar buen whisky, para perder despreocupadamente fuertes sumas en el club, y para escandalizar en compañía de hermosas mujeres de mala vida, en Puente de Hierro o en Curamichate, con una frecuencia de buen tono.

En Caracas hay un grandísimo número de hombres nullos, holgazanes y gastadores, que cuando no viven del presupuesto, viven a costa de alguna mujer, bien sea la madre o la hija, la esposa o la querida. El marido de doña Agustina pertenecía al montón de los maridos mantenidos por sus mujeres, a los cuales estas les permiten y les ordenan gritar a veces, y a veces regañar, para que la gente se convenza de que ellos son el jefe de la casa. Era uno de esos hombres absolutamente inútiles en sí, pero absolutamente indispensables en sus hogares, con los cuales están en la misma relación que las tapaderas respecto de ciertos nocturnos utensilios de dormitorios; uno de esos maridos despreciables, y efectivamente despreciados por sus mujeres, pero necesitados por ellas, y que ejercen mediante el precio de la comida, del vestido, de la habitación y de buenos extraordinarios sonantes, la alta jefatura doméstica, en la cual son magnánimos ofendidos que todo lo perdonan, y tupidas mamparas que todo lo encubren.

Nadie sabía el nombre de aquel individuo que a él mismo se le estaba olvidando ya. Como su patronímico Rodríguez, se lo había quitado su mujer, a quien todo el mundo llamaba doña Agustina Rodríguez, y no de Rodríguez, había quedado también sin apellido, como un personaje completamente anónimo. No se le conocía título ninguno, ni siquiera el de general, farmacéutico o dentista. De él no se sabía sino que estaba casado con su mujer, y al fin fue conocido y designado por la única función que desempeñaba en la vida, la función de marido de doña Agustina. «¿Quién pasa?, ¿quién llega?, ¿quién habla?» —«El marido de doña Agustina Rodríguez».

Cuando el matrimonio ese se ausentaba o regresaba de algún viaje, los periódicos lo despedían o lo saludaban con esta frase: «Ayer partió o llegó doña Agustina Rodríguez y su estimable esposo».

Era un marido muy atento. Jamás en presencia de las gentes designaba a su mujer familiarmente por su nombre; siempre la llamaba «mi señora». «¿Ya vino mi señora?», preguntaba a la criada de adentro, cuando a las doce de la noche regresaba él de la calle. «Voy a avisar a mi señora», decía a los visitantes que llegaban. Con esto daba a entender que la respetaba. Sentía gran satisfacción cuando algunos amigos íntimos le daban también el tratamiento de «mi señora», no con el mismo derecho de posesión, naturalmente, sino con el mismo respeto que él.

Por lo demás, era también un marido prudentísimo. Sabía cubrirse el rostro con un periódico en los vagones o en los teatros cuando era preciso no ver. Nunca entraba de sopetón en la sala de su casa, donde doña Agustina podía estar de tertulia con algún conocido, sino que desde el zaguán anunciaba su llegada, hablando fuerte. Sabía roncar en su oportunidad como el emperador romano, y sabía acordarse a tiempo de alguna diligencia que hacer fuera, pidiendo permiso al retirarse, y diciendo muy cortésmente al amigo que se quedaba con su mujer: «Quedas en tu casa».

Tenía una confianza absoluta en doña Agustina; esta solía decir que los celos son una ofensa para las mujeres honradas, y que por este respecto estaba muy contenta de su esposo porque este nunca la celaba, es decir, nunca la ofendía.

El respeto hipocritón de doña Agustina hacia la sociedad, por una parte, y por otra los protectores paravanes maritales, la absolvían de toda sospecha; y ante algún rumor insistente contra ella, comprobado con testimonios, sus defensores la hacían aparecer como una virtud perseguida por la calumnia.

¿Que a donde quiera que viaja doña Agustina, va como inseparable sombra de ella un rico comerciante? —Sí, pero también va allí el marido de doña Agustina.

¿Que las visitas de un ministro diplomático, con las ventanas cerradas, se prolongan hasta la una de la madrugada? —Si hubiera en esto algo de particular no se mostraría tan complacido el marido de doña Agustina, cuando al llegar de la calle a esas horas encuentra allí al ministro diplomático.

¿Qué se ha visto salir en las primeras horas de la mañana, de casa de doña Agustina, a un general tan denodado como dadivoso? —Si, pero hasta el portón lo acompaña en persona el marido de doña Agustina; es con este con quien el general se está conversando hasta esas horas.

¿Que doña Agustina y un joven médico se querellan más como enamorados que como amigos? —Malas interpretaciones! Después del último pleito, el mismísimo marido de doña Agustina llevó al joven médico a su casa y lo hizo reconciliarse con su mujer.

Y he ahí lo útil, lo indispensable que es en su hogar el marido de doña Agustina. Nada defiende tanto la reputación de ciertas esposas como la asistencia asidua al lado de ellas, de ciertos maridos, que celosísimos de su honra, están presentes a todo para que nadie pueda decir nada.

Llevada por Clementina, doña Agustina Rodríguez fue presentada a don Anselmo y a su nieta, los cuales quedaron desde luego encantados de aquella charla amenísima, de aquellas maneras tan cultas, de aquel perfil tan austero.

—Te participo que Teresa lo mismo que tú, es aficionada a la música— dijo Clementina a doña Agustina.

—¿De verdad? Pues pasaremos entonces buenos ratos—; y mostrando el piano de cola agregó:

—¿Es fábrica inglesa? Parece de los mejores.

—Fue bueno en un tiempo —contestó Teresa—, pero ya está muy viejo.

—¡Oh el tiempo, el terrible tiempo que todo lo destruye! ¡Qué breve es la vida! ¡Y la juventud es más breve todavía! Hay que aprovecharla, ¿oyes, Teresa? sobre todo cuando se es bella como tú.

Teresa se fijó en aquella mujer que hablaba con íntima tristeza de la vida y de la juventud como de cosas idas. Doña Agustina a pesar de sus cuarenta años bien cumplidos, o tal vez, a causa de ellos, atraía las miradas. Tenía uno de esos rostros finos y descarnados, de belleza en cierto modo indestructible, porque se debe no a los colores ni a la lozanía de la juventud, sino a la armoniosa proporción del esqueleto facial; el tipo raro de ciertos viejos y de ciertos enfermos, cuyas facciones descoloridas, pero correctas, se afinan con la enfermedad o con los años, y toman con su palidez el mismo encanto de las grandes ruinas iluminadas con la luz del ocaso; un encanto muy distinto y más emocionante, que el que causaban las grandiosas construcciones cuando estaban erguidas en todo su esplendor.

Hablando doña Agustina se había acercado al piano; de pie lo tecléo un instante y le arrancó algunos acordes. El decrepito instrumento dio sus voces desapacibles y cascadas, como gruñidos coléricos de can viejo al cual le interrumpen el sueño.

—Pero niña, por Dios, ¿cómo puedes tocar en esto? Se necesita mucho amor, o mejor dicho, mucho desamor al arte.

Teresa no encontraba qué responder; al fin dijo:

—Para estudiar está bueno.

—Para estudiar es para lo que menos sirve, porque se pervierte el oído. Pongo el mío con mucho gusto a tus órdenes. ¿Irás pronto a casa? Estudiaremos; tengo algo de música. ¡Y ahora que me acuerdo! Recibo los jueves; te espero pasado mañana, no faltes. ¿Irás?

—Tal vez... sí... haré lo posible.

Doña Agustina partió y Clementina quedó, sola con Teresa.

—Ahí tienes tú; si don Anselmo no se hubiera encaprichado en no cobrar íntegro el trimestre de tu sueldo, ya tendrías aquí un buen piano y no ese armatoste.

En la Gaceta Oficial de esos días había aparecido el nombramiento que el ministro de Instrucción Pública hacía en la señorita Teresa Vargas Rubio de inspectora de las escuelas federales, con mil bolívares de sueldo y seiscientos bolívares mensuales de viático, para las visitas de inspección a los institutos docentes.

Don Tello llevó personalmente el nombramiento anterior, y tranquilizó a Teresa en cuanto al aparatoso cúmulo de deberes y obligaciones que envolvía el cargo, minuciosamente especificados en seis columnas del periódico. Esas atribuciones tan largas y numerosas, se habían puesto allí, como de costumbre, para engañar al público sobre la laboriosidad del Gobierno, y todas ellas podían reducirse a una sola, fácil y divertida: visitar las escuelas y presentar un informe al ministro.

Don Tello tuteaba a Teresa.

—Para el informe que has de rendir te servirá de modelo cualquier informe presentado por alguna otra inspectora. Ismael Pereira Alvares te dará uno; y como tendrán ustedes que hacer algunos gastos previos, les participo privadamente que pueden cobrar el sueldo y los viáticos por trimestres anticipados.

—No, no es preciso: con una quincena haremos nuestros preparativos —fue la respuesta del anciano, respuesta infinitamente tonta, según Clementina, y que entre otros inconvenientes, tuvo el de impedir que Teresa tuviera ya un buen piano en su casa.

Don Anselmo acogió el nombramiento con profunda gratitud; se sentía ya viejo y el porvenir de Teresa le amargaba la vida con hondas preocupaciones. Deseaba siquiera antes de morir cancelar la hipoteca que gravaba su casa, y de cuyo crédito debía los intereses correspondientes a un año.



Teresa también agradeció aquello, porque comprendió que era un generoso favor, pero sin medir la extensión de él por esa absoluta ignorancia de la vida y del valor del dinero, que impide a las almas inexpertas valorar lo que significa un sueldo de cuatrocientos pesos mensuales; antes, por el contrario, tuvo en los primeros momentos hacia el nombramiento, al lado de la gratitud, la secreta prevención de las naturalezas desinteresadas contra todo lo que envuelve la noción del lucro.

El ministro de Instrucción Pública, en la nota en que participaba el nombramiento, manifestaba los deseos terminantes del Gobierno de proceder lo más brevemente posible a inspeccionar los planteles; y en atención a esa voluntad explícita, la inspectora y don Anselmo, pronto empezaron su gira por los pueblos, caseríos y campos del Distrito Federal.

Y emprendieron sus correrías saliendo muy de mañanita de la ciudad, cuando por las calles solo transitan los lecheros con sus latas ruidosas, a horcajadas sobre cabalgaduras cubiertas de grandes lienzos que les dan, a ellos tan pacíficos, aspecto de antiguos adalides que marchan al torneo sobre briosos corceles, cubiertos de grandes gualdrapas; los panaderos, que al llegar al frente de las casas se anuncian golpeando las tapas de hojalata de sus serones; las sirvientas que van al mercado con sus cestas; las niñeras que hacia alguna plaza próxima arrear el cochecito del niño enfermo y raquítrico que necesita de aire oxigenado y fresco, y algunos grupos de muchachas, habladoras como cotorras, que van al Paraíso, a La Pastora o al Calvario, a hacer el paseo matinal que les prescribió el médico, sencillamente vestidas, ocultando bajo el amplio montecarlo las tentadoras curvas que deja en libertad la ausencia del corsé.

El ferrocarril central los llevó a Maripérez, a Sabana Grande, a Chacao y a Petare; el del Valle, a la Rinconada y al Valle; el ferrocarril alemán los condujo a Antímano, el Versailles de Guzmán Blanco, hoy abandonado y ruinoso, a las Adjuntas, a Los Teques. Viajes demasiado cómodos para ser provechosos, demasiado monótonos para ser divertidos, en que lo

imprevisto muere en el paralelismo inflexible del riel, en la respiración acompasada de la máquina, y en la velocidad uniforme de la marcha, que apenas deja ver por el ventanillo del vagón las lomas cultivadas de café, las vegas selladas de malajo y caña, las lejanas casas de campo con sus torreones coronados de humo, el jayán con sus bueyes, rayando el suelo a surcos paralelos y angostos, y las dos líneas de rieles perdiéndose atrás y adelante en el horizonte, entre una frondosa alfombra de flor amarilla, que revienta entre los durmientes, de borde a borde del camino. Todo lo veía pasar Teresa, sin tener tiempo de deleitarse en la perspectiva que más le impresionaba; todo huía rápidamente, como el desarrollo de una película de cinematógrafo, haciendo creer que era solo una mentida ilusión de los sentidos el olor de la hierba desarraigada, el rumor de los torrentes que bajaban de las montañas por entre cauces de rocas, el canto de los peones, y el campaneo de las esquilas de las arrias de burros que llegaban por los atajos vecinales y marchaban a paso tardo por las carreteras paralelas a la línea.

Mucho más divertidos fueron los viajes en coche que vinieron luego, menos cómodos sin duda, pero dejándoles más iniciativas a los viajeros, con peripecias imprevistas, con albedrío de detenerse o de seguir cuando se tuviera a bien; viajes en que la voluntad no está supeditada a la tiranía del riel ni del itinerario fijo, viajes que dan a los cuerpos enervados la bienhechora sensación del cansancio, y a las almas recluidas, el encantador sentimiento de la libertad. Así fueron a Baruta, a San Diego, a San Antonio y a Carrizales, pueblecitos enclavados en las hondonadas como nidos de garzas, cerca de algún río extinguido, del cual no queda sino el cauce seco por el desmonte estúpido de las montañas, o suspendidos, como nidos de águilas, en las cumbres, con temperaturas deliciosas, aire puro y cielo límpido, que debieran teñir en las mejillas de sus moradores las rosas de una vigorosa salud, si no fuera que los beneficios del clima quedan anulados por la miseria a que condena a aquellos rebaños de ilotas

esa serie de expropiaciones que ejercen el cacique de la aldea, el jefe civil de la parroquia, el prefecto del departamento y el gobernador del distrito.

Don Anselmo y Teresa hacían dos o tres excursiones de estas cada semana.

—Y mañana qué escuelas visitamos— se preguntaron un día; y apelaron a la nómina que les dio el ministro.

—Faltan las de Maiquetía, La Guaira y Macuto —dijo don Anselmo.

—Esas las dejaremos para lo último —contestó la joven.

—Sí, para cuando podamos ir o podamos regresar bien acompañados, ¿no es eso? ¿No has resuelto el punto? ¿No sabes si nos vamos con Juan o nos vendremos con él?

Teresa respondió que ese mes Juan no vendría a Caracas porque andaba por Barlovento, en unas diligencias de la Casa: habría que esperar hasta el otro mes.

—¿Y el informe...? —arguyó don Anselmo—; hay que prepararlo pronto.

—¡Ah, es verdad! ¿Pero no me has dicho que hay muchos pueblecitos a donde no se puede ir sino a caballo? Visitemos estos primero.

Y don Anselmo a su vez, exclamó:

—¡Ah, es verdad!

El horizonte visual de la joven, limitado a las cuatro paredes de su casa, se había ensanchado. Su reducido concepto del mundo, su concepto de recluso, recibió grandes ampliaciones. La extensión del horizonte físico, trajo como consecuencia la extensión del horizonte moral. La nueva noción del espacio le había enseñado una nueva noción de la vida. Fuera de su casa, la ciudad; más allá, las campiñas y las montañas; más allá, el mundo, sospechado apenas. La calma tranquila del hogar fue sustituida con la alegría y el movimiento de esos primeros viajes; tomó luego sitio en su alma el ansia de

independencia, el anhelo de ir y venir cada vez que quisiera, por esas líneas férreas o esos caminos carreteros que se perdían de vista entre la brumosa lejanía. Y después al lado de todo eso, surgía la idea inquietante de poder seguir disfrutándolo. Ello dependía de que le dejaran el empleo. ¿Y por qué no se lo iban a dejar? Para eso tenía el propósito de cumplir con los deberes de él, no limitándose a las visitas de las escuelas y al informe, como se lo había dicho riendo don Tello, sino extendiéndolos a todos los detalles que llenaban las seis columnas de la Gaceta. Y se tranquilizaba entonces: en su inocencia de alma justa, creía que cumplir con los deberes de un empleo era asegurarse en la posesión de él.

Cuando después de cada una de estas risueñas excursiones, Teresa llegaba a su casa por las tardes, ya casi anocheciendo, y se apeaba del vehículo, agitada por el ejercicio, vigorizada por el aire libre de los campos y embriagada con las flores silvestres de que las maestras adulonas atestaban el coche de la inspectora, sentía en el alma una alegría nueva, la alegría de la juventud y de la vida, que ponía ante sus esperanzas hasta entonces dormidas, mirajes de placeres hasta entonces desconocidos.

Con transporte comunicativo y cariñoso abrazaba a su abuelito, se encontraba cantando por el zaguán del brazo de él, le traía la ropa de casa y las zapatillas, y se recreaba viendo al anciano tan animado también, y también con las mejillas sonrosadas de salud y movimiento.

Y con un ramillete precipitadamente hecho, se iba después a saludar a doña Manuela, que no había perdido con los años el cariño por las flores.

Sentía también Teresa cierto orgullo. Todo aquello se debía a su trabajo, a un empleo que ella desempeñaba. Y después iba más allá. También a su trabajo, es decir, a ella, se debería el aporte que iba a facilitar la realización de un sueño: ella ayudaría a su amado y traería también sus pajitas al nido que iban a formar entre los dos. Al llegar a este punto de sus pensamientos se perdía en un mundo de detalles. ¿Dónde haría el

nido? ¿Se quedaría allí mismo en el callejón, o buscarían una calle un poco más central, donde hubiera más animación y más bullicio? ¿Pero todo eso para qué? ¿Qué le interesaban a ella las calles repletas y divertidas, si toda su dicha iba a estar de puertas adentro, atendiendo a los dos abuelos, y cuidando la casita para que le pareciera a Juan una tazuela de plata siempre que llegara de la calle? Ella lo que deseaba era una casita, donde cupieran todos sin estar muy separados, y donde cada uno desde su habitación pudiese oír la voz de los demás y conversar con ellos.

Esos caserones inmensos donde cada departamento parece una casa aparte, que no deja saber si los que la habitan están dentro o andan fuera, no le gustaban a Teresa. No hubiera aceptado el mismo Palacio de Miraflores en cambio de la casita que ella soñaba, un poco más grande que la del callejón, o la misma del callejón con algunas agregaciones, en las cuales ella haría la distribución que ya tenía muy bien estudiada, para doña Manuela, don Anselmo, Juan y ella. Vivirían en paz, vivirían bien, en una medianía igualmente distante del trabajo desesperado y la ociosidad fastidiosa. Juan trabajaría fuera; ella en la casita trabajaría mucho; ¡hay tanto que hacer en un hogar bien organizado! Y de vez en cuando, algunos domingos, días de campo y de excursión a algún pueblecito, a respirar el aire libre, a bañarse en los torrentes y a tomar el sol en los claros del bosque, sin la preocupación de la visita a la escuela y del informe próximo, porque ella después de contribuir a la formación del nido, renunciaría al empleo para dedicarse por entero a los suyos.

Mas de pronto su castillo de arena caía, y reaparecía de nuevo el sentimiento que a veces la ponía triste, un sentimiento de inseguridad que le advertía que todas esas dichas soñadas, todas esas alegrías anticipadas, dependían de la eventualidad de que le dejaran el empleo por el tiempo necesario. Tornaba entonces a desanimarse. Encontraba cierta contradicción dolorosa entre la pobreza en que siempre había vivido, y la bondad de la vida y la belleza del mundo, que ahora encontraba en el

mundo y en la vida. Pero ella trabajaría, volvía a pensar, vigilaría mucho a las maestras, denunciaría abusos, indicaría reformas, avisaría necesidades. Todas las atribuciones y deberes que establecían los capítulos, artículos, párrafos e incisos del decreto, que ella ya se sabía de memoria, los cumpliría puntualmente.

Poco a poco, día tras día, instante tras instante, con un trabajo que avanzaba siempre sin hacer ruido, como una infiltración, el dinero de su sueldo hacía a la joven alguna revelación. No solo fuera, el mundo, se le presentaba hermoso; dentro de la modesta casita, en la cual se habían hecho ya algunas reparaciones, la vida le parecía más bella.

Los modestos deseos satisfechos, las comodidades disfrutadas, las facilidades domésticas reemplazando a las dificultades domésticas; su abuelito más descansado y tranquilo; un sobrante de tiempo en sus ocupaciones habituales que ella dedicaba al canto y al piano, un magnífico piano Pleyel, nuevo, vertical, que no invadía la salita como el de cola viejo, y que con la fianza de doña Agustina y a propuesta de ella había tomado don Anselmo en un almacén para pagarlo por cuotas mensuales; la posibilidad de cuidar a abuelito y a doña Manuela con platos nutritivos y sabrosos que ella sabía preparar admirablemente; dos criadas que la relevaban del planchado, del lavado y del barrido, y le proporcionaban el secreto placer, que desde pequeña no disfrutaba, de ser obedecida y de verse adivinada en sus pensamientos; todas esas pequeñeces, que en su conjunto forman las grandes dichas, acabaron por producir en sus ideas y en su vida un cambio radical y completo, que la hacía reír y cantar con más gana y tocar el piano con más gusto, entre intervalos muy cortos de desalientos profundos y de presentimientos tristes.

Ya no tenía que levantarse antes de las cinco de la mañana, las manos entumecidas por el frío de La Pastora, los párpados hinchados por el sueño.

Verdad es que por el hábito adquirido en tantos años, despertaba siempre a esa hora; pero el aire helado que penetraba por los postigos

de la ventana entreabiertos no le ordenaba: «Levántate», sino que le decía «Duerme». Y se rebujaba en sus cobertores para dormir, pero no se dormía, sino que se sostenía en un estado de desasimiento, más agradable que el sueño completo. El sueño es un placer negativo del cual no se disfruta porque no es percibido por la conciencia. Teresa medio despierta, medio dormida, pensaba en la posibilidad de dormir, sentía el placer de volverse a dormir, y entonces le parecía muy dulce el poder estarse metida en la cama a esas horas, exenta de toda clase de cuidados.

La lícita pereza, el permitido reposo de los que trabajan le entornaba los párpados, y recordaba los inauditos esfuerzos que otras veces tuvo que hacer para irse a la cocina a esas horas, para que abuelito al despertar tuviera ya listo su café; se confesaba a sí misma que le sería muy difícil, casi un sufrimiento, tener que levantarse a preparar el desayuno como otras veces; y oía con placer grande el ruido que hacía la sirvienta en la cocina, y en el comedor la muchacha de adentro disponiendo la mesa. Después de levantarse y hundir sus cabellos con toda calma, iría a besar a su abuelito, cuyos pasos lentos ya resonaban en el entablado de su cuarto, y luego pasarían los dos al comedor, donde sobre el blanquísimo mantel estaban los dos servicios brillantes de limpieza, y en el centro de la mesa el azucarero, la lechera y la cafetera, cuyos vapores calientes y aromáticos, invitaban a conjurar el frío de la mañana con la sabrosa mezcla. ¡Qué feliz se sentía! Encontrar, al levantarse, servido el desayuno, es una ventura que no conocen las muchachas que no han tenido nunca que levantarse a hacerlo. Y la joven no se dormía, para poder pensar en todas esas cosas tan dichosas. Y luego como la síntesis de todas ellas y superior a todas ellas, se destacaba el recuerdo de Juan; sentía entonces una laxitud más dulce, una enervación más profunda, un amodorramiento mayor, con los cuales luchaba una mayor necesidad de estar despierta para pensar en él. Sus ojos se abrían como para

ver a su amado, y volvían a cerrarse; sus labios sonreían con inefable sonrisa, y entonces vuelta al soñar despierta, vuelta a poblar el porvenir de deliciosas quimeras. ¿Qué colocación les daría en la mesa a los otros dos servicios, el de Juan y el de doña Manuela? Porque las dos familias no formarían sino una sola. Juan y doña Manuela se vendrían a su casa; estaba segura de obtener esa concesión de Juan; ¡era tan bueno! Lo cierto es que el problema de la colocación de las sillas en la mesa no lo había resuelto todavía, aunque llevaba ya muchas mañanas pensando en él. María, una amiga recién casada, se sentaba frente a su marido; y Blanca, otra amiga también recién casada, se sentaba al lado del suyo, muy cerca de él. ¿Se colocaría ella al frente de Juan o a su lado? Cada lugar tenía muchas razones en pro y en contra que le embrollaban las ideas: ¡en fin, que resolviera Juan!

En esos mismos ratos de felicidad disfrutada y soñada, se esbozaba a veces la figura bondadosa de don Tello, con el simpático prestigio de los protectores. Entre don Tello y el bienestar presente, entre el bienestar presente y el recibo de la quincena, aparecía cierta confusa relación de causa y de efecto. Todas las modestas necesidades y los inocentes caprichos de Teresa los satisfacían los rollos de monedas de plata y los paquetes de billetes de banco, ocultos allá en un compartimiento del viejo escritorio de abuelito, y que se renovaban cada quince días. Esa gaveta cada día se tornaba más amable, más familiar, más indispensable. Era una amiga que a cada paso hacía revelaciones de su generosidad, y sobre todo, de su poder. Era una seducción que conquistaba el cariño de Teresa, la cual iba aprendiendo con enseñanzas prácticas lo que vale el dinero, y las infinitas ventajas de poseerlo. Teresa se confesaba que una existencia así sería la única que la haría feliz; no concebía, no quería otra en lo futuro, y casi llegó a convencerse de que no había tenido otra en el pasado.

Habían sido ya visitadas casi todas las escuelas del Distrito Federal; faltaban solo las de Maiquetía, La Guaira y Macuto, que Teresa de-

moraba con insistencia que hacía sonreír a don Anselmo, y las de los pueblos y campos muy escondidos, los que no quedan a las orillas de las vías férreas y de los caminos carreteros, y a los cuales no se puede llegar sino en cabalgaduras. ¡Montar a caballo! He ahí un nuevo placer para Teresa, que nunca en la vida había montado. ¿En qué iría? ¿En burro? ¿En mula? ¿A caballo? A caballo se ven muy guapas las mujeres, pero don Anselmo creía preferible ir en mulas, en buenas mulas de camino, acostumbradas a subir y bajar por esas cuestas empinadas y peligrosas.

Y Teresa una de esas alboradas en que soñaba despierta, y en que se sentía más ebria de ilusión que nunca, recordó que tenía que comprar el traje de montar, y que doña Agustina le había ofrecido ir con ella esa mañana a las tiendas, a hacer también por su parte algunas compras. Se levantó precipitadamente para estar lista a su llegada y no hacerla esperar.

Doña Agustina pocas veces se presentaba en las tiendas, pero cuando iba hacía fuertes compras, sin regateos, con desenfado de verdadera gran señora. En su contacto con el gran mundo conocía los mejores artículos y las modas últimas, y no se dejaba engañar sobre la calidad de las cosas que compraba. No discutía precios, pero reñía y hasta se irritaba cuando le ofrecían lo malo como bueno, o como de moda lo que ya nadie usaba. Era lo que se llama tras los mostradores una buena marchanta; y por eso observó Teresa que en cuanto penetraba a un comercio los dependientes acuciosos corrían hacia ellas y les mostraban los más selectos artículos de última novedad.

Por capricho maleante de la señora entraron a las ventas de los turcos instalados en los cuartuchos del Pasaje Ramella o en algunos antiguos zaguanes, verdaderas celadas del robo mercantil, que no emplea la violencia sino el fraude, y de donde estos descendientes de los fenicios, con su honradez púnica, hacen en poco tiempo grandes fortunas, explotando nuestra vulgaridad democrática y pródiga con baratijas oropelescas y falsas.

La imitación de la seda, la imitación del diamante, la imitación del oro, la imitación del coral y del carey, los extractos almizclados, los fuertes jabones de pachulí, las efímeras percalinas vistosas, hacen acariciar al vulgo burgués o aldeano como cosa posible, la idea de falsificarse de gentes distinguidas cualquier domingo, y el vulgo muy agradecido paga la falsificación y enriquece a los falsificadores.

Doña Agustina sin poderse dominar se reía con una risa que contagiaba a Teresa, de los esfuerzos oratorios de aquellos herpéticos y gatosos para convencerla de que eran de legítima piel de marta unos boas que además tenían regadas chispas de diamantes, legítimos también.

—¿Y el precio? —preguntaba doña Agustina llevándose el abanico hasta los ojos para ocultar la risa.

—¡Oh!, ¡muy caro es eso, porque también es muy bueno: varios centenares de pesos! Pero por ser a doña Agustina, a una marchante como ella, se lo daremos por los mismos centenares de bolívares; eso sí —decía el marroquí farsante acercando su rostro al de la señora, con una frescura completamente levantina— nos guarda el secreto.

Después los grandes almacenes de Liverpool, La Unión, Compagnie Francaise, les abrieron sus escaparates y sus vitrinas, de las cuales se escapaban oleadas de perfumes mareantes.

En esos almacenes, ante las suntuosidades legítimas, Teresa deslumbrada experimentó una impresión que no había sentido en las otras tiendas. Tantas cosas bonitas, de las cuales ella solo había visto algunas muy de paso en casa de otras muchachas, le producían una admiración llena de simplicidad que a duras penas podía disimular. ¡Y luego, que muchas cosas de esas podía adquirirlas ahora, gracias a la gaveta aquella que como amiga complaciente se abría en el escritorio de abuelito, cada vez que Teresa se acercaba!

Inquirió los precios: ¡al Dios mío, el gozo se fue al pozo! Los precios eran carísimos, los precios que tienen las cosas verdaderamente buenas

vendidas en los ricos almacenes que las mandan a domicilio con servidores de uniforme especial. La bondadosa gaveta quedaría exhausta con uno solo de aquellos caprichos.

Doña Agustina era muy inteligente para no comprender lo que pasaba en el alma de Teresa, y vino a tentarla.

—¿Y tú no compras nada? —le preguntó.

—Sí, cómo no; la tela para el traje de montar, ¿no vinimos a eso?

—¿Y nada más?

—¡Qué más!... sí, uno o dos cortes de buen linón, color bonito, con los accesorios correspondientes.

—¿Y quién te va a cortar todo eso?

—Pues yo misma.

—¿Tú?...

Doña Agustina se detuvo, y después añadió:

—Quién te hizo el vestido que llevaste al recibo del jueves?

—También yo.

—Pues bien —dijo con aire de cariñosa autoridad doña Agustina—; el traje de montar y los cortes que vamos a escoger te los harán aquí mismo, en la Compañía. Siento decirte que de tus vestidos se reían las Monteverdes y las López.

Lo que decía doña Agustina no era verdad. Teresa se hacía sus vestidos de humildes telas con extraordinario buen gusto. Las familias nombradas es cierto que en el recibo del jueves anterior habían hecho tema de su conversación del traje de Teresa, pero fue para elogiar la elegante sencillez y la corrección del corte.

Teresa se había puesto encendida.

—No solo se reían del corte y de la hechura —prosiguió doña Agustina riéndose con la risa maligna que tenía a veces— sino también de

la tela; decían que era tela de cocinera; los cortes que vamos a escoger ahora serán siquiera de lana: ¿quieres?

Teresa dudaba y no respondía; después de un momento preguntó:

—¿Qué tenemos hoy del mes?

—Estamos a doce.

—¡Ah!, dentro de tres días será quince, día de cobrar la quincena anticipada.

Y preguntó después con acento reconcentrado:

—¿De qué eran los trajes de las López y de las Monteverdes?

¿De qué iban a ser con el padre de las unas empleado en el Ministerio de Hacienda, y el de las otras en el de Obras Públicas? Pues de seda.

—Yo también quiero de seda mis dos cortes.

—¡Bravo! —exclamó doña Agustina palmoteando—; en la próxima recepción veremos si hay alguna que se atreva a reírse de tu vestido.

En el rostro de Teresa subsistía el arrebol que le produjo la supuesta burla denunciada por doña Agustina. ¿Qué mal les había hecho ella a esas muchachas para que así le pusieran en ridículo en presencia de tanta gente? Porque ahora recordaba que efectivamente, las había sorprendido muchas veces mirándola con insistencias de lo alto a abajo, y después se habían puesto a conversar en voz baja con sus novios y con otras amigas, fingiendo una seriedad que después sin duda, a espaldas de ella, se cambiaría en risas burlonas soltadas a todo trapo. Los sentimientos reformes que duermen en el fondo de las almas más bellas, y que suben arriba cuando los revuelve una mala intención, contraían con un encantador ceño, imperioso y persistente, las cejas de Teresa; y viéndolo doña Agustina no cesaba de repetir para sus adentros con cierta alegría diabólica: «Vanidosa y además rencorosa; esta chica está predestinada: creo que llevársela al Cabito es empresa fácil».

Asaltaron a Teresa otros temores.

Esas López o esas Monteverdes podían ir a visitarla, aunque fuera por hacer escala y descansar de algún paseo matinal por La Pastora; y entonces qué dirían de su escaparate vacío, de su tocador escueto, de su dormitorio desmantelado, de su lecho sin cortinas, de sus repisas sin chucherías? Se burlarían de todo como se habían burlado de la percalina de su traje, y quiso mejorar también su menaje personal y el de su abuelito, proveyéndose de todas esas futilidades tan inútiles, y al mismo tiempo tan agradables a la vista, que se ven en las casas ricas.

Y compraba, compraba muchas cosas, reflexionando que ya era doce del mes y que fácilmente podría convencer a don Anselmo de que anticipara tres días el cobro de la quincena siguiente. Sobre calidad y precios consultaba a doña Agustina, la cual se aprovechaba de aquella exaltación orgullosa, que bien conducida podría llegar muy lejos, para hacer que los dependientes mostraran todo lo que en los almacenes sirve para marear con persistente borrachera, la cabeza de las mujeres.

El dependiente desde hacía rato se quedaba distraído en ocasiones, y ahora su distracción era completa, pues atendía a unas tosecitas de otros dependientes.

Doña Agustina repitió por segunda vez:

—¿Cuánto valen estas aplicaciones?

¡Nada! El dependiente riéndose maliciosamente seguía mirando en otra dirección.

Doña Agustina y Teresa siguieron la dirección de todas las miradas.

Hacía rato que una muchacha muy joven, envuelta en una atmósfera de perfumes, lujosamente ataviada, cubierta de joyas, atraía las miradas de los dependientes y de la numerosa clientela que llenaba el salón de la Compañía. Había comprado mucho, pero dejaba ver que era una ad-

venediza que en materia de gusto no tenía convicciones formadas, pues casi siempre se decidía por la opinión de los empleados del almacén, así estuviera en desacuerdo con la suya propia. Compraba por el placer de comprar, el placer desconocido y vertiginoso que enloquece a los pobres que se han enriquecido de repente.

En ese momento la madama desplegabá ante los ojos de la joven un abrigo talar impalpable y brillante, un verdadero zaiph, que parecía tejido con filamentos de arco iris y a cada movimiento deslumbraba con sus cambiantes tornasolados.

La madama decía:

—Es el último que nos queda; trajimos tres; uno lo tomó doña Zoila y el otro se lo mandamos esta misma mañana a la señora del ministro de Guatemala —y al hablar hacía tremolar el velo sutil, prendiéndose entonces entre las mallas del tejido, mil chispitas que se deslizaban furtivamente, como centellas diminutas.

La joven admiraba y dudaba, pero no se resolvía.

La fórmula abnegada y conciliadora apareció al fin en los labios de la madama.

—Bueno pues; para que usted se haga marchanta de la casa, se lo vamos a dar por lo que nos cuesta, sin ganarle un centavo: ochocientos bolívares.

La compradora en ademán de retirarse se ladeó para recogerse la cola, con un movimiento graciosísimo, que hizo revelarse a través de las gasas del corpiño, el corsé elástico que comprimió el busto mórbido con crispatura lasciva.

El zaiph desplegado en toda su extensión, y colocado por la madama, tentadora como un demonio de almacén, sobre los hombros de la joven, relampagueó todos sus destellos. La joven parecía que tenía puesto un manto de luz. Fascinada, volvió a soltar la cola del vestido y tomó el maravilloso velo entre las manos que se transparentaron a través de

él límpidamente, como si el velo fuera una película de luz, que no se tocaba sino que apenas se veía.

—Y no ocupa más espacio que un pañuelo —agregó la madama, que en comprobación de lo que decía redujo el velo a una pequeña bola que desapareció entre sus manos; después lo soltó, y el velo se extendió nuevamente sin conservar una sola arruga.

La compradora no dudó ya:

—Bien, lo tomo por ese precio; mándeme todo a casa con la cuenta.

Se despidió con una inclinación de cabeza demasiado solemne para un almacén, esas inclinaciones que prodigan por calles y plazas algunas mujeres que no tienen otros lugares donde lucirlas, y salió, llevando con descoco de bailarina la falda muy levantada, para que se vieran los bajos vaporosos, las caladas medias, las torneadas pantorrillas y las rojas zapatillas de altísimo tacón.

—¿Quién es esa joven? —preguntó Teresa a un empleado del almacén.

—Después te lo diré —se anticipó a contestar doña Agustina, sacando del aprieto al dependiente, que no sabiendo qué responder se reía y se rascaba la punta de la nariz.

—Esto —dijo doña Agustina señalando sus compras al dependiente— a mi casa; usted sabe mi dirección; y este otro —y designó las compras de Teresa— a La Pastora, callejón... un callejón que queda allá arriba...

Se volvió a Teresa para preguntarle:

—¿Qué número?

—Número 13.

—Mal número tienes; hazlo cambiar por 12 bis.

Y se salieron de los almacenes de la Compañía.

—¡Caramba! —exclamó a poco doña Agustina, cuando estuvieron en el coche— mira que se necesita tener mucho dinero para dar doscientos

pesos por una tela de araña; que lo haga doña Zoila está bien, lo mismo la ministra de Guatemala; ¿pero esta?

Y viendo que Teresa seguía con su pregunta en los ojos, continuó negligentemente:

—Esta era una muchacha pobre, a la cual arrojaban de todas las casas todos los meses por la razón de que nunca abonaba el alquiler; su madre andaba entrampada con todos los pulperos porque les fiaban y no les pagaban, pero no por maulería, sino porque las infelices no tenían con qué. Ahora viven en magnífica casa propia, bien amueblada, que compró primero Revenga para escriturársela después a ellas. Tienen mucho dinero para gastar y muchas joyas, como acabas de verlo. Les llegó la suerte.

—¿Se va a casar el doctor Revenga con ella?

—¡Qué va! Revenga no fue sino un intermediario.

—Ya, ¿de algún amigo?

—Sí.

—¿Algún buen partido, sin duda? —preguntó Teresa.

—Un partido como pocos.

—¿Con quién se casó?

—¡No, chica, ella no se ha casado con nadie! Encontró un buen partido, pero fuera del matrimonio. Yo la disculpo; quién sabe si en su lugar tú y yo haríamos lo mismo; y quién sabe si de los millones de mujeres honradas que pueblan el mundo, no llegan a ciento las que podrían tirarle a esa muchacha la primera piedra.

Al decir esto doña Agustina miraba con ojos escrutadores a Teresa, que permanecía en actitud de reserva.

Doña Agustina siguió hablando:

—Esa muchacha tenía que estar cansada de pasar trabajos. Figúrate tú: hambre, desnudez, humillaciones, cobros, insultos, no son cosas amables,



sobre todo si se las puede cambiar en abundancia, en comodidades, en la seguridad que ofrece un policía puesto en la acera de enfrente, en la acuciosidad con que Valarino averigua si los bombillos eléctricos funcionan bien, o la superintendencia de aguas se informa si el agua viene con regularidad, o el tesorero averigua si las Rentas mandan cumplidamente el diario, o Revenga viene todas las mañanas a preguntar por la salud; y más todavía si se tiene en cuenta que este cambio se puede conseguir sin ningún trabajo, con solo reunir dos letras y pronunciar una palabra muy corta: con solo decir: sí. ¿Quién, resiste? Ella dijo: sí, una tarde que con su madre iba sin saber a dónde, tras de su carreta de trastos viejos, y se encontró no con el príncipe encantado con que sueñan todas las muchachas bellas y pobres, sino con un señor muy mantecoso. Este le dijo algunas palabras al oído y la muchacha, que esa tarde debía estar con humor de darse al diablo, contestó articulando aquellas dos letras, que fueron el sésamo que le abrió de par en par las puertas de la suntuosa casa en que vive, y a la cual en altas horas de la noche no entra más hombre que el Cabito: esa muchacha fue un regalo de pascuas que le hicieron al presidente los cortesanos.

Teresa hizo un movimiento de repugnancia. Doña Agustina fingió no ver la honrada protesta de la joven y continuó con negligente naturalidad:

—Yo te lo digo francamente: sé lo que es el hambre, porque cumplo con las abstinencias, y ayuno en las cuaresmas, como lo ordena nuestra santa madre Iglesia; y después de un día de ayuno voluntario, en que casi me muero de debilidad, me he preguntado horrorizada qué haría yo, si por carecer de recursos, tuviera que ayunar por necesidad al día siguiente; entonces excuso a las muchachas hambreadas que a causa de su pobreza cometen alguna falta.

Y como un disparo a boca de jarro, doña Agustina le preguntó a Teresa:

—¿Tú no las absolverías también?

Teresa no contradijo. Había tomado ya la resolución de no contrariar a doña Agustina su moralidad hipocritona y acomodaticia. Muchas ve-

ces ya le había rebatido esa virtud de mera apariencia; pero cuando comprendió que sus argumentaciones no hacían mella en los sentimientos de doña Agustina, la cual continuaba en sus prédicas como si cumpliera un apostolado, entonces hizo el propósito de no contradecirla mucho, y de callarse, hasta donde le fuera posible, las protestas que en tropel le llegaban a veces hasta la boca.

Animada con el silencio de Teresa, doña Agustina siguió diciendo:

—Agrega a eso el vestido que se cae del cuerpo a pedazos, porque no hay con cuál relevarlo, y el casero que pide la desocupación inmediata, y eso sin cesar y sin remedio, al fin de todos los meses de la vida. Lo que hizo esa muchacha y todas las que están en el mismo caso es excusable, casi diría laudable; yo lo haría, ¡qué diablos! La virtud en grado heroico, ni Dios ni los hombres pueden exigirla sino a los santos, que son pocos. Lo que no le perdono a esa muchacha es su desfachatez; ¿no ves con qué frescura ostenta su lujo por todas partes? Eso es un descaro innecesario; se puede hacer lo que ella hizo, sin escandalizar a la sociedad y sin menoscabo de la propia reputación; porque mira, yo te lo digo —siguió con tono insinuante doña Agustina—, todo puede hacerse, con tal que no haya escándalo: lo imperdonable es el escándalo; la sociedad debe respetarse.

Teresa, ahogando un pequeño bostezo de hastío por aquella conversación, preguntó sin poderse dominar ya:

—¿Y una no se debe respeto a sí misma?

—Sin duda —contestó doña Agustina— y por eso hay que evitar la infamia de la miseria. Vestir harapos y aguantar hambre es irrespetar uno su propia persona: ni miseria ni descaro; hay que andar entre dos aguas.

—¡Es decir, hay que ser hipócrita! Mucho mejor es trabajar.

—¿Y qué vale el trabajo de las mujeres? ¿Qué producen las artes liberales? ¿Qué ganaría yo si necesitara ganarme la vida, con la música y los

pinceles? ¿Qué producen las artes serviles? ¿Te crees con valor de hacer, por ejemplo, una gruesa de capelladas de alpargatas por doce bolívares?

—Pues yo no sé en qué consiste —replicó con terquedad Teresa—, pero conozco muchos hogares de amigas y condiscípulas mías, que viven solo de su trabajo y nada les falta. Tal vez no será la vida lo costoso, sino la vanidad de la vida, y más todavía, el desenfreno de la vida. Lo necesario se atiende con muy poco: para lo que se necesitan millones y no bastan, es para el lujo y para los vicios.

—¿Pero qué comen y beben esas gentes que tú dices?

—Tal vez no serán pechugas de jilguero ni champaña de Moët et Chandon; pero viven con una lozanía sana, que no necesita de los afeites y rellenos que he visto en otras partes.

—¿Cómo se visten?

—Con mucho aseo: solo que no se estrenan un traje costoso cada domingo en la retreta, o en el teatro, o en los toros, porque no van a esos lugares; ni lucen constelaciones de piedras preciosas en las orejas ni en el cuello.

—Pero todas esas cosas adornan la vida.

—La adornan, pero no la alimentan.

—¿Pero en qué se divierten esas muchachas? ¿En qué aprovechan la vida?

—En el trabajo.

—¡Bonita vida!

—Una vida muy noble, que no tendrá muchos placeres disfrutados, pero sí muchos deberes cumplidos.

—¡Bonita vida! —repetía burlonamente doña Agustina—, divertida sobre todo.

—Pues sí, divertida; el trabajo es una distracción que no conocen ni conciben los ociosos; el trabajo no da entrada al bostezo, al terrible bos-

tezo del hastío, comparado con el cual es casi preferible la desesperación de la miseria.

—Pues yo no concibo la vida sin placeres.

—Los placeres, como las piedras preciosas, no son necesarios para la vida: se puede vivir sin ellos, una vida muy dichosa. En esas casas de que vengo hablando se respira una calma bonancible y risueña, que ya se la quisieran para sí muchas casas opulentas, donde casi a diario se escuchan orquestas de bailes y ruidos de banquetes.

—¿De manera que defiendes la miseria?

—Todo lo contrario, la combato y defiendo la laboriosidad inteligente, la economía ilustrada que ahuyentan de los hogares la miseria y la deshonor. Esa muchacha que hemos visto, ni su madre, podría jurarlo, no saben trabajar.

—¿De manera que no te gustaría a ti ser rica? —volvió a preguntar doña Agustina, llevada siempre del interés en conocer el fondo moral de Teresa, para poder corromperlo.

—Me gustaría, pero no a cierto precio.

—¡Exacto! Querrías ser rica sin producir escándalo; eso es lo mismo que yo te digo; estamos en un todo de acuerdo: la sociedad debe respetarse.

Ante el empecinamiento de doña Agustina, Teresa volvió a callarse.

Doña Agustina en voz baja, en el tono de las confidencias importantes, siguió su prédica.

—Ahí me tienes tú a las Ordóñez, de las cuales te he hablado tantas veces: ya han ido a pasar dos primaveras a Europa, pero no hacen ninguna ostentación de su riqueza, que ellas disfrutaban muy juiciosamente de puertas para adentro. Te voy a presentar a ellas para que veas su casa, sus muebles, sus trajes, su mesa. El padre se ha enriquecido a la som-

bra de la protección oficial; los hermanos gozan todos ellos de buenas colocaciones, y son cinco, pero de ellas, de las muchachas, nadie puede decir nada, sus relaciones no se han corrido, sino que se han aumentado desde que se las obsequia con buen brandy y buena champaña.

Aquí se interrumpió para gritar al cochero:

—Sigue derecho a La Pastora.

—No se moleste —dijo Teresa—, yo puedo tomar el tranvía.

—No, no, déjame, no es ninguna molestia. Pues como te iba diciendo, contra las Ordóñez existen apenas débiles sospechas, con las cuales, ni social ni jurídicamente, puede condenarse a nadie. ¡Qué recatadas son! Están ricas sin saberse cómo, y sin embargo han conservado su buen concepto. ¿Por qué? Porque han sabido evitar el escándalo. Su padre y sus hermanos, ya te digo que son cinco, trabajando todos ellos toda la vida, no lograron lo que ellas en pocos días y fácilmente, articulando las dos letras milagrosas.

—Verdaderamente —exclamó Teresa ya cansada de aquella cantaleta, y sospechando de un modo vago algo horrible tras de tanta insistencia—; yo si el caso se me llegara, escogería las dos letras...

—Naturalmente —interrumpió con animación doña Agustina— y si lo haces en voz baja, como las Ordóñez, nada perdería tu reputación.

—...las dos letras —concluyó Teresa— que reunidas forman esta palabra: no.

Doña Agustina enmudeció de repente: desalentada se recostó contra el respaldo del coche abanicándose con furia.

Al cabo de un rato dijo:

—Eso lo dices tú porque tienes ahora todo lo que necesitas: pero si lo fueras a perder...

Por toda respuesta la joven, sonriendo sin enfado, se recogió las mangas, y mostró los blanquísimos brazos, torneados y robustos:

—¿Cree usted que con estos remos no sabría yo luchar?

Sin embargo, el temor de perder el empleo la anonadó. Doña Agustina había tenido al pronunciar sus últimas palabras cierto tono de amenaza; y la incertidumbre de la vida volvió a ensombrecer los mirajes de ilusión que, más bellos que nunca, la habían hecho soñar despierta esa misma mañana.

Esa tarde el lecho, el tocador, la mesita de noche y las sillas del cuarto de Teresa, veíanse colmadas de cajas de todos tamaños y paquetes envueltos en papel de seda, atados con cintas de colores; dentro estaban los encajes impalpables, las gasas tenues, las suaves cabritillas, los cortes de lanilla que forman los pliegues esculturales y severos, los cortes de gasa que forman los pliegues ligeros y tentadores; los velos que dan a los ojos el misterio de las penumbras; abanicos de maderas olorosas; estuches con juegos completos de peinetas, horquillas y peines; extractos quintaesenciados, cuyo perfume sutil parecía escaparse a través del tallado cristal de los envases; los dentífricos que ponen frescas las bocas y puros los alientos, los impalpables polvos de arroz, los finos jabones; las aguas de colonia y las caladas medias y los ligas que comprimen sin maltratar, como una caricia; las túnicas de finas batistas, hermanas de las epidermis sedosas; todo esto lo fue acomodando Teresa, en su respectivo lugar, en medio de ese aroma penetrante formado de mil aromas, tenue como una insinuación y persuasivo como una tentación, que emerge de las encomiendas enviadas por los buenos almacenes.

Y cuando iba acomodando todo, llevando un boa sobre los hombros, cuyas plumas le cosquilleaban juguetonamente la nuca y las orejas, pensaba recordando a las López y a las Monteverdes:

—Cuando vengan veremos si se ríen de mi habitación como se rieron de mi vestido.

El dinero no le pareció solamente elemento de comodidad, sino elemento de defensa; es acariciador y poderoso a la vez, seductor y fuerte.

Sin darse ella cuenta, como un eco lejano de las prédicas de doña Agustina, como un sentimiento inconfesado, apareció en los rincones de su alma algo que podría formularse así: «El dinero es indispensable para vivir»; premisa sombría, que una vez establecida, trae esta consecuencia: «Hay que adquirirlo a toda costa».

Y el piano nuevo, cuyas notas frescas y suaves no parecían arrancadas por el choque del martinete sobre el alambre, sino que surgían casi espontáneas, como si evocadas por la voluntad de Teresa, se hubieran formado por sí solas y estallaran dentro de la caja como pompas armónicas; el piano nuevo no dejó oír esa noche las melodías plácidas de las amas tranquilas, sino las sonatas tumultuosas de las almas tentadas.

## X

---

Es fácil pasarse sin un bien que no se conoce: es difícil desprenderse de un bien que se posee.

La felicidad desconocida no tortura tanto como la felicidad perdida.

Esclaviza más el bienestar disfrutado que el bienestar soñado.

Una virtud podrá decir «no entro», ante el pórtico del palacio que le ofrece la seducción; pero una vez dentro del encantador recinto, esa virtud se someterá a todo, primero que salir.

Vestida de andrajos la inocencia bravía rechazará el traje de seda; pero después que ha sentido sobre sus carnes el contacto de la seda, la inocencia sucumbirá sin fuerzas ante el asco del andrajo.

La voluntad que resiste impávida el ofrecimiento de una dicha, casi siempre se rinde, amenazada con el despojo de esa dicha; por eso para sostenerse en la altura se cometen faltas, y hasta crímenes, que no se cometen para ascender.

Clementina Blanco era profundamente psicólogo, porque era profundamente corrompida. Los que conocen el vicio, conocen una parte mayor del alma humana que los que solo conocen la virtud. La

ciencia del mal proporciona mayores nociones del hombre que la ciencia del bien.

Y Clementina Blanco comprendió desde el primer momento que Teresa podría ser engañada, pero no podría ser comprada. Podría caer en una celada artera, pero no entraría en una transacción vil.

E hizo que doña Agustina Rodríguez la subiera a la eterna montaña trágica, desde la cual se divisan, seductores, todos los bienes de la tierra, y repulsivas, todas las tristezas de la vida.

Y doña Agustina le mostró la ruinoso casita del callejón hipotecada. la mesa pobre, la juventud agostada sin placeres, la vida esclava del trabajo. Y le dijo: «Esto es lo que tienes».

Después le señaló palacios llenos de luz y sonoros de músicas, coches destellantes arrastrados por hermosos caballos, armarios repletos de trajes, cofres rebosantes de joyas, majestuosos trasatlánticos, bulliciosas ciudades lejanas. Y le dijo: «Esto es lo que puedes tener».

¡Y vio cuando la joven, fascinada y conmovida, alargó la cabeza hacia el lado bello de la vida!

La riqueza: he ahí la gran tentación, la que las sintetiza todas, porque virtualmente contiene en sí el poder de realizarlas todas.

¡Es omnipotente! Su influencia se extiende por todas partes, desde las charcas inmundas donde hociquean los cerdos hasta los jardines floridos donde revolotean las mariposas.

Para las refinadas almas aladas, la riqueza tiene la irresistible atracción que las flores ejercen sobre las mariposas, más poderosa que la atracción que las bellotas ejercen sobre los cerdos.

Suprimid las flores, y entre sus pétalos mustios volarán las alas de las mariposas muertas; suprimid las bellotas y la piara se salvará, porque hociqueando en los surcos encontrará nuevos alimentos. Por eso los cerdos que asaltan los jardines hacen dos males estúpidos, condenando

a muerte a las mariposas y apropiándose condiciones de vida que no se hicieron para ellos.

La riqueza, indispensable para unos, constituye una superfluidad perjudicial para otros.

Ella da a los hombres inteligentes la bendita posesión de sí mismos, la independencia fecunda, la inspiración creadora del poema, de la escultura o del cuadro, y apenas hace dormir y hace engordar a los estólidos, enriquecidos, volviéndolos más estólidos, La riqueza no se ha hecho para estos hombres; ellos acaparando millones cometen una usurpación injusta y odiosa, la usurpación de las piaras que pastan entre violetas y entre lirios.

La riqueza se hizo para los que ignoran los misterios de los contratos explotables, para los reacios a la adulación palatina, el único camino por donde llegan a la meta del lucro, con callos en las rodillas, los héroes inimitables del arrastramiento.

Los artistas, los estetas, los benefactores, esos debieran ser los ricos, no los borrachos, los glotones, los lascivos, los viles. La riqueza debiera favorecer la producción de la substancia gris cerebral, no la secreción del jugo gástrico ni del licor prolífico. La riqueza debiera servir para las obras de bondad, para las obras de belleza, para las obras de verdad, no para que se harten de sesos de faisanes estómagos villanos acostumbrados a las caraotas, ni para que se emborrachen con champaña los que sienten la nostalgia del guarapo y de la chicha.

Ricos debieran ser los bohemios soñadores y estudiosos que, porque toda la vida se les va en defenderse de un medio hostil a toda dignidad y a toda superioridad, no dan de sí todo lo que pudieran dar. Ricos debieran ser Lisandro Alvarado, Abel Santos, Rafael Rangel, Eloy G. González, Rafael Silva, los Vallenilla Lanz, Leopoldo Landaeta, Domínguez Acosta. Rico debió haber sido el padre Jáuregui que fundó colegios,

rico debiera ser el padre Justo que funda hospitales, el padre Machado que funda asilos, el licenciado Aveledo que funda orfelinatos. Ricos debieran ser los hombres inteligentes explotados por los hombres listos: Seijas y Fombona Palacio, que hacen protocolos brillantes que luego suscriben como suyos los estúpidos ministros del Exterior; los jurisconsultos que redactan códigos que luego se llaman del Ilustre Americano; los escritores que venden por necesidad sus plumas, con las cuales después ciertos pavos se disfrazan de cóndores. ¿Pero rico Gumersindo Rivas? ¿Rico Torres Cárdenas? ¿Rico Leicibabaza? ¿Rico Tello Mendoza? ¿Rico Corao? ¿Rico Simón Bello? ¿Rico Arnaldo Morales? ¿Rico Jorge Bello? ¿Rico Graciano Castro?... Sus riquezas mal habidas constituyen a la vez un insulto a la moral y un insulto a la estética. ¡Son los cerdos que ramonean entre violetas y entre lirios! Después que estos hombres han bebido, han comido, han digerido, han defecado, y se han refocilado, ¿en qué otra cosa van a emplear el sobrante de su riqueza?

Bendita sea la riqueza heredada, de Díaz Rodríguez, que le permite dedicarse a cultivar los cálices floridos de donde extrae el néctar que destila su cálamo; ¿pero a Celestino Castro, lascivo y glotón, para qué le van a servir los tesoros robados a la sombra de su hermano, como no sea para remover sus enfermedades venéreas y sus ataques apopléticos?

En medio de sus millones todos esos hombres se sienten miserablemente infelices, porque la felicidad es la armonía de las facultades con el medio, la adaptación del organismo a la finalidad: las alas en el aire, las aletas en el agua, la ondulación vermicular en el cieno. El gusano en su légamo es tan dichoso como el pájaro en la rama, y hasta es muy posible que el gusano, feliz en su lodo, compadezca sinceramente al ave que vuela. Pero es preciso para esto, que el gusano permanezca en su légamo. Respirando la diafanidad de los espacios, el gusano tendría bascas; suspendido en la altura el gusano, en vez de cantar como el pájaro, se moriría de miedo; la vida cerniéndose en las cimas, es inconcebible

para el gusano; este en las alturas, sería inmensamente desgraciado, tan desgraciado como el pájaro en el lodazal.

¡Cambio mortal este cambio de destino que obra en ocasiones la suerte cruel siempre y a veces estúpida! ¿Se puede concebir mayor tormento que el de un báquiro al cual le nacieran de repente alas poderosas y voladoras? Sí: el del águila a la cual le cortaran las suyas. Este es el tormento de las almas aristocráticas que nacieron pobres; aquel es el suplicio de los villanos enriquecidos, que después que se han atiborrado de vino y de comida, no saben cómo distraerse del infinito fastidio de ser ricos.

Las almas vulgares no conciben la atracción abismal que el fausto ejerce sobre las almas distinguidas, ni el esfuerzo indecible de estas almas para sustraerse al canto de la sirena.

El pie juanetudo no abarca el sacrificio que hace el pie arqueado y fino que renuncia a la alfombra; la mano callosa no sabe cuánto sufre la mano delicada que renuncia al cojín; los intelectos vacíos que en el vagar se hastían y se embrutecen, no saben cuánto vale la holganza independiente, para la mente que en el ocio medita o sueña.

Teresa tenía un alma distinguida, un pie delicado, una mano suave, un intelecto vigoroso, una mente artista y soñadora: era un ser intelectual y orgánicamente hecho para la riqueza, una mariposa hecha para los jardines floridos, una alondra hecha para las jaulas de oro.

Y por eso doña Agustina no se admiró de que la joven hallase amable la riqueza, y repulsiva la pobreza, cuando la obligó a comparar: «Esto es lo que tienes». «Esto es lo que puedes tener».

Sin embargo, comparar no es elegir; el deseo no es la resolución. Días después quiso averiguar de cuánto sería capaz la voluntad de Teresa para conservar el bienestar adquirido con su empleo y obtener otros bienes mayores.

Y la segunda vez que la subió a la montaña para mostrarle palacios llenos de luz y sonoros de música, cofres repletos de pedrerías, armarios rebo-

santes de trajes, majestuosos trasatlánticos y bulliciosas ciudades lejanas, después que le dijo: «Todo eso lo puedes tener tú», añadió la señora esta reticencia: «si tú lo quieres». La reticencia indicaba que todo eso se obtendría como premio de algo, algo que no podía decirse si quedaba velado o quedaba revelado por la reticencia infame.

Y doña Agustina vio que, por un momento, Teresa llegó a titubear...

La duda es tormento de las grandes inteligencias, la vacilación es suplicio de los grandes caracteres, la tribulación es congoja de las grandes virtudes. Los imbéciles no dudan, ni vacilan, ni eligen: son creyentes o negadores sin examen, virtuosos sin lucha, viciosos sin remordimientos.

Los felicísimos miopes del corazón o del intelecto no alcanzan a ver las bifurcaciones que a cada paso presenta el camino de la vida: no conocen el suplicio de tener que decidirse, y avanzan por la primera senda que se abre ante sus ojos, sin más trabajo que poner un pie delante de otro.

La vacilación de Teresa fue breve: pronto se repuso, y contestó esta frase, que constituyó de ahí en adelante su respuesta a todos los sondeos de doña Agustina:

—¡Trabajaré mucho!

No se desanimó la señora. Fuera de un empleo defendido a fuerza de laboriosidad, había un camino más corto, que conducía a otras situaciones más brillantes: el camino adoptado por las reservadas Ordóñez, presentadas siempre como modelo por doña Agustina.

¿Tomaría Teresa esa vía? ¿La tomaría espontáneamente, o habría que cerrar primero ante ella la senda honrada del trabajo? Cerrado este camino, ¿Teresa se rendiría o lucharía?

Todas estas preguntas eran otros tantos problemas cuya resolución urgía.

Las frecuentes repulsas de la joven a las insinuaciones que con su aire candoroso le hacía doña Agustina, las estimó esta como la gazmoñería teórica de la generalidad de las muchachas, cuya virtud se deshace después ante

la seducción galante, como un terrón de azúcar en el agua. Esta creencia creció en doña Agustina cuando observó el instante de vacilación de Teresa ante la reticencia ambigua, y la creencia casi fue convicción cuando transcurridos algunos días las réplicas indignadas fueron amenguando en frecuencia y en calor, hasta que cesaron del todo. Pensó doña Agustina que en las almas honradas primero desaparece la indignación del vicio, y después viene la tolerancia de él. Entonces le presentó a Teresa historias y casos de caídas excusables como la de la muchacha que se encontraron casualmente en la Compañía Francesa, o caídas ocultas como las de las Ordóñez, remuneradas todas con grandes proventos. Quiso saber de esa manera, concretamente, la opinión de Teresa sobre esas faltas a las cuales no llega la sanción social porque quedan muy ignoradas, o son absueltas porque tienen a su favor toda clase de circunstancias atenuantes. Con todo género de ambigüedades y rodeos la constriñó a manifestar sus sentimientos a este respecto, y la respuesta fue la negativa terminante y seca que derribó el castillo de naipes que doña Agustina había levantado poco a poco.

La improbabilidad de vencer por el halago la virtud de Teresa, se lo comunicó ese mismo día doña Agustina a Josefa, y esta a su vez le llevó las malas noticias al gobernador.

—¿Y me vienes con esas nuevas a estas horas, cuando yo creía que ya ese asunto estaba arreglado? ¿Qué has hecho entonces? —preguntó don Tello con visible mal humor—; ¿por qué no ofreces como otras veces, villas y castillos? Te encuentro deficiente, Josefa.

—En el presente caso esos ofrecimientos no sirven; diestras insinuaciones han sido ya hechas por doña Agustina.

—¿Doña Agustina?... Ella es muy hábil en estas cosas.

—Sí, la asocié en el trabajo. Yo en aquella casa apenas soy una amiga que se ha captado la confianza del viejo y de la nieta. Mientras doña

Agustina dirige el ataque exterior, yo, dentro de la fortaleza, aconsejaré la rendición cuando la voluntad de los defensores flaquee. Este es el momento decisivo, en que las muchachas se salvan o se pierden, según el consejo que les dé el ángel bueno o el ángel malo que tengan a su lado.

Aquello le pareció muy largo al gobernador.

La elección que el Cabito hizo la noche del baile del concurso de bellezas fue un triunfo que aumentó el ascendiente de don Tello sobre el presidente. El gobernador imperaba sobre el Cabito y sobre todos sus compañeros de camarilla. ¿Qué cosa exigía don Tello que no le fuese concedida? Pero ese triunfo aparejaba una obligación; ese ascendiente, para conservarse, exigía un trabajo; era preciso hacer llegar a la joven Esther al lecho del rey Asuero.

«¿Qué ha habido de Teresa?», había preguntado ya a don Tello, algunas semanas después del baile. Y este sonriendo con una gran confianza en sí mismo había pedido solo una prórroga de veinte días.

Y el Cabito había hecho un gesto de impaciente desagrado, que indicaba claramente que concedía la prórroga de muy mala gana.

¡Y habían transcurrido los veinte días uno tras otro y resultaba ahora que la empresa estaba tan difícil como el rey Asuero estaba de impaciente!

En la faz de don Tello podía observarse una cierta preocupación angustiosa. Decíase en esos días que empezaba a ser tratado mal por el Cabito; que detrás de una columna en el Palacio de Miraflores se le vio llorando inconsolable, una noche en que de palabra y a gritos lo vejó en presencia de todos los cortesanos; susurrábase, en fin, que don Tello, el omnipotente gobernador, el mimado favorito, había venido a menos y que perdería la Gobernación del Distrito Federal. Estos decires eran creídos por unos y negados por otros; la opinión pública vacilaba. Pero se vio un día que Brito González, procelaria de la política que sabe huir

del mal tiempo y apartarse oportunamente de todos los que caen, no corrió como de costumbre a saludar al gobernador cuando salía de la Gobernación, sino que antes bien se alejó con aquel arte habilísimo con que él no ve a los que no quiere saludar, aunque se tropiece con ellos. Tras de Brito González que huía de don Tello, huyó también la turba de cortesanos que le sacudían con sus pañuelos perfumados la caspa de los hombros. Ya no se abatían los sombreros delante de él cuando pasaba, como volados por una repentina racha de viento, ni los periódicos ponían por las nubes las acertadas medidas del gobernador honrado y progresista.

Era el principio de la desconsideración, el principio del vacío, que los aúlicos hacen siempre en torno de los poderosos que caen en desgracia.

Y efectivamente: el instinto político de Brito González no se había equivocado esta vez.

Don Tello bamboleaba, y en el examen de conciencia que todos los días hacen los cortesanos para saber si han pecado contra el amo, encontraba como única falta haber dejado pasar la prórroga que pidió, sin cumplir su promesa.

Para no dar lugar a que la frase terrible le fuese dicha por segunda vez, lo que equivaldría a su total ruina, resolvió tomar personalmente cartas en el asunto y organizó el asedio de Teresa; por el procedimiento que él llamaba de las propuestas explícitas.

El plan del gobernador no mereció la aprobación de Josefa. Esta meneaba su erguida cabecita de víbora y decía:

—El cazador no debe disparar cuando no está seguro de dar en el blanco; el tiro perdido espanta la cacería.

Don Tello no hizo caso, y confiado en su pericia se presentó, al día siguiente, ante la joven, después que desde la ventana de Josefa vio salir a don Anselmo. Este, muy atareado ese día, se había marchado a su



oficina, después de tomarse apenas una taza de café negro. Teresa, sola en el comedor; deshacía con la cucharilla, lentamente, el azúcar, dando tiempo a que se enfriara la bebida, de la cual emergía un vapor blancuzco y aromático, que se disipaba al punto en el aire frío de la mañana.

—Buenos, días, Teresa, ¿como que estás sola? Me contraría eso, porque deseaba hablar con don Anselmo.

—¿No lo encontró? ¡Qué raro, si acaba de salir! —contestó Teresa—. ¿Gusta tomar café?

—No, gracias, lo tomo muy poco para no atormentar los nervios.

Don Tello se había sentado frente a Teresa, quien continuaba meneando el café con la cucharilla.

—Dime, ¿no van al estreno de la compañía de zarzuela? —preguntó.

—¿Cuándo es?

—El domingo próximo.

—¿Estará eso muy concurrido?

—Ya lo creo, si va el presidente.

—Pues no ha dicho nada abuelito.

—No es abuelito quien debe decir nada, sino tú; los jóvenes son los que se divierten y no los viejos, que no quieren sino dormir. Aquí les traigo la entrada a uno de los mejores palcos; queda completamente frente a la escena.

Teresa tomó el billete que le alargaba el gobernador.

—Abuelito resolverá: si no vamos, oportunamente volverá el billete a su poder; de todos modos se lo agradecemos.

—Don Anselmo, hará lo que tú quieras, porque tú posees el raro don de esclavizar las voluntades. ¡Debes ir, yo te lo digo!

Don Tello, mostrando el billete que Teresa había puesto sobre la mesa, continuó hablando con cierta malicia:

—Ese palco queda al lado del palco presidencial—. Sonrió más picarescamente y añadió:

—El Cabito, si quiere, puede conversar contigo, y tú con él.

Teresa, tomando un pequeño sorbo para probar la temperatura de la aromática infusión, se reía sin darles importancia a aquellas manifestaciones de inteligencia, ni comprenderlas.

—Debes ir, yo te lo digo —repitió el Gobernador. Sacó luego del bolsillo del sobretodo un estuche de terciopelo rojo, abriólo y lo colocó sobre el albo mantel; dentro ardía un brasero de piedras preciosas que disparaban en todas direcciones sus reflejos relampagueantes.

Un collar de perlas de cuatro hebras, con broche de diamantes, orlaba el interior del estuche, en cuyo fondo veíase una colección de sortijas, pulseras, piochas, prendedores y hebillas, acomodado todo en el reducido espacio con un delicado gusto que realizaba el arte de la orfebrería. Topacios de atornasoladas opacidades, como lágrimas cristalizadas; brillantes puros como el candor de las vírgenes; hilos de rubíes parecidos a la pluma que salta de la arteria rota, subyugaron a las miradas de Teresa y le produjeron la fascinación que las mujeres han sentido siempre ante las joyas deslumbradoras, la fascinación mortal que ha convertido en lágrimas amargas los topacios opalinos, empañado muchas almas transparentes como los diamantes y hecho saltar de las arterias rotas hilos de sangre como sartas de rubíes.

La joven absorta, como si estuviera hablando a solas consigo misma, exclamó:

—¡Qué bello es todo esto! ¡Qué zafiro más azul aquel, el del prendedor! ¡Y las perlas de las piochas, tan grandes, tan blancas y tan iguales las dos!

Arrobada, con arrobamiento completamente femenino, movía el estuche y lo orientaba en todas direcciones, para que las gemas chisporroteasen todos sus destellos, heridas por distintos golpes de luz.

Don Tello dejó por un momento a la joven entregada a su contemplación; después dijo sonriendo:

—Es un obsequio: ¿a que no adivinas quién lo ofrece?

—¡Qué voy yo a adivinar!

—¿Ni a quién está dedicado tampoco?

—Tampoco. ¡Ah, espere! ¿No será algún regalo de usted para su señora o para alguna de sus niñas? Es el día de alguna de ellas.

—¡No hija, que va! Ni el afecto conyugal, ni el afecto paternal hacen ofrendas tan costosas.

Y alzando la voz con énfasis de vendutero subastador, agregó don Tello:

—¡Ese aderezo cuesta diez mil pesos!

—¡Diez mil pesos! Como quien dice, una suma capaz de conmover y deslumbrar a cualquiera muchacha.

Don Tello miró a Teresa al decir esto. En el rostro de la joven no encontró ninguna expresión de avidez: continuaba viéndose en él la admiración desinteresada, la emoción estética que la belleza, no la riqueza, de las joyas, producía.

Don Tello siguió diciendo:

—Regalos tan costosos no los ofrendan sino las pasiones muy profundas.

Ensayó después una frase romántica:

—Estas joyas son mensaje de un amor volcánico que, de rodillas, suplica humildemente ser correspondido.

—¿De veras? ¿Es un amor humilde que suplica? —preguntó Teresa vuelta ya en sí de su admiración; y luego, en un tono ligeramente sarcástico agregó:

—Pues mire usted que una súplica con piedras tan preciosas no me parece muy humilde.

Y riéndose con más gana cuando comprendió la burda seducción que se pretendía hacer por medio de un regalo groseramente rico, siguió:

—¿Cómo puede ser súplica humilde la de uno que ofrece de un golpe... cuánto dijo usted que valen esas joyas?

—Diez mil pesos.

—¡Ájá, diez mil pesos! ¿Cómo puede ser humilde una súplica de diez mil pesos? ¿Ese modo de suplicar no sería más propio llamarlo un tosco modo de comprar?

Y mirando al Gobernador con una expresión de indecible desdén y burla le preguntó:

—¿Y quién es él? ¿Quién es ese fino seductor? ¿Usted acaso?

—No, es el Cabito.

—¿El presidente? ¿De veras? ¿Y quién es la muchacha...

—Tú —interrumpió don Tello.

—... justipreciada en diez mil pesos? —concluyó Teresa.

Arrastrado por el automatismo del diálogo, don Tello había contestado cuando todavía la joven no había terminado su frase. Resultó un desplante que él quiso componer, y que empeoró diciendo:

—Pero tú vales millones, no diez mil pesos.

Y como el que una vez lanzado al agua no le queda otro recurso que seguir braceando valerosamente, agregó después:

—¡El Cabito desearía verte esas joyas la noche del estreno!

Teresa inmutada, airada, puesta en pie, por única respuesta le gritó a don Tello señalándole la puerta:

—¡Fuera de aquí!

El gobernador, sin moverse de su asiento, seguía ofreciendo el cofre a Teresa, confiado en el efecto persuasivo de su frase romántica y de su justiprecio de perito valuador.

Entonces la joven sin poderse dominar, con los ojos centelleantes por la ira, cada vez más indignada a medida que se iba dando cuenta del ultraje, le arrojó a la faz la taza de café con leche, y repitió con una voz que resonaba en el silencio de la casita y desafiaba el escándalo:

—¡Fuera de aquí he dicho!

Viendo don Tello que Teresa extendía la mano hacia la cafetera con ademán inequívoco, se guardó su estuche, y se lanzó a la calle enjugándose la chiva y ocultando con las solapas del sobretodo los churretes de la pechera.

En el zaguán tuvo sin embargo la colérica impudencia de volverse hacia Teresa y decirle:

—Perderás todo.

Teresa por toda respuesta le cerró el entreportón en las narices.

Y quedó sola, llena de asombro, de ira, de presentimientos sombríos. Sintió indignación, y luego sintió miedo. Tras el coraje de su orgullo tuvo el sentimiento de su debilidad.

¿Estaba arrepentida de su conducta? No. ¿Tornara el gobernador con sus propuestas y ella volvería a arrojarle a la cabeza lo que primero encontrara! ¿Pero, por qué había en el mundo seres tan desvalidos? ¿Por qué carecía de recompensa la laboriosidad honrada? ¿La belleza existe para ser perseguida? ¿La virginidad para ser violada?

Y se acordó de Juan, pensó en su unión con él, cuya fecha habían podido anticipar con los recursos que ella aportaría ganados con su empleo. ¡La ansiada fecha, quedaba indefinidamente aplazada! Y ese aplazamiento de su dicha hizo salir de su pecho un tropel de sollozos que parecían súplicas. Aquella alma vibrante de virtudes y de cólera, inteligente y por lo mismo previsor, oía en esos instantes el estrépito de todas sus esperanzas que se derrumbaban y el lejano fragor de la tormenta que se acercaba...

Esa misma mañana don Anselmo se encontró en su oficina con un hombre gordo, alto, blanducho y lívido, como si todo él fuera un inmenso incordio ya maduro, que se le encimó con los brazos abiertos y una sonrisa muy cordial en los labios, ni más ni menos que si fuera un antiguo, amigo de don Anselmo.

—Mi querido don Anselmo —le dijo con voz clamorosa—; ya sabía que estaba usted empleado aquí en las Rentas; lo he celebrado mucho; la Restauración Liberal se precia de proteger a los hombres honrados. ¿Y en qué paró el viejísimo reclamo de sus casas? Las perdió siempre, ¿verdad?

Don Anselmo logró desprenderse de aquellos brazos cariñosos:

—Señor, no tengo el honor...

—Yo soy el portaestandarte de la Restauración, servidor de usted. No importa que usted no me conozca, yo sí le conozco a usted y lo he estimado siempre. Soy uno de los que más indignación han sentido siempre por el despojo que le hicieron de su propiedad. ¡Qué tiempos aquellos, tan diferentes de los venturosos tiempos, actuales! Lo vi en el baile de Montálvez, y vi también a Teresa; ¡está bellísima!

Guardó silencio.

Don Anselmo permanecía mudo.

—Esa noche, ella reinaba. Aproveché una de las ocasiones en que más alabanzas tributaba él a la belleza y más que a la belleza a la moderación de su nieta, para referirle a él el despojo de que Ud. fue víctima. Se puso indignadísimo, porque no hay cosa que lo indigne a él tanto como un atropello, y me autorizó para reparar en lo posible esa injusticia. Así es él; le duelen sus triunfos, y del mismo modo le irritan, casi le enferman las injusticias, cuando perjudican a personas honradas como usted, y sobre todo a niñas tan lindas como Teresa.

Miró a don Anselmo; este curioso lo escuchaba sin pestañear.

—Esa misma noche ordenó al gobernador le dieran un buen empleo a su nieta: soy testigo de ello.

Preguntó después inocentemente:

—¿Ya está colocada la joven?

Don Anselmo movió afirmativamente la cabeza.

El que se llamaba portaestandarte de la Restauración prosiguió:

—No cesa él de preguntar: «¿Ya se ha desagraviado a don Anselmo?». ¡Porque tiene una memoria! Es el padre de los venezolanos y nos recuerda a todos. El nombre de usted ni el de Teresa se le han olvidado. «Ya se le ha hecho justicia a don Anselmo?» —es casi su pregunta diaria—; «ni ese anciano ni esa joven deben estar trabajando para vivir!».

Tomó a mirar a don Anselmo y prosiguió con acento insinuante:

—La asistencia de ustedes al baile fue providencial; están ustedes en camino de hacer fortuna, porque él es así: cuando le cae en gracia alguna persona la enriquece, y ustedes le han caído a él muy en gracia.

—¡Le hemos caído a él muy en gracia!, ¡él es así! —dijo al fin don Anselmo—; debo advertirle a usted que no comprendo nada, porque no sé a quién se refiere usted; no sé quién es él.

Los cortesanos de Castro tenían hacia su nombre, el mismo miedo que los salvajes tienen al nombre de su ídolo: nunca se atrevían a nombrarlo: «él me llamó ayer», «él me dijo que me esperara», «él me ordenó que partiera». Castro había asumido la plenitud del artículo. Al hablarse de él, ya se sabía quién era él. Nombrarlo no era necesario. Nombrarlo era un atrevimiento o una redundancia: «él mandó que lo llevaran a la Rotunda o al Castillo; él mandó que fusilaran los presos; él mandó que le quitaran a usted su hacienda o su empresa»; ¿habría quien ignorara quién era el ladrón, quién era el carcelero, quién era el asesino? Pues él, él por antonomasia, el Único.

Don Anselmo sabía demasiado a quién se refería su interlocutor pero le incomodaba ese miedo servil, y quiso obligarlo a que cometiera la digna irreverencia de nombrar a su amo.

—Es el general —contestó evasivamente el individuo.

—No me entero mejor que antes; ¡tenemos tantos generales! —repuso suavemente don Anselmo.

El hombre gordo apeló entonces a los sobrenombres gloriosos:

—El Invicto o el Restaurador.

—Ah —exclamó entonces don Anselmo—, ¡Cipriano Castro!

Gumersindo Rivas, el portaestandarte de la Restauración, se quedó mirando a don Anselmo con una mirada que no se podría decir si era aterrorizada o indignada; pero como estaban solos, como no había temor de que algún chismoso lo acusara de que no se indignó ni se aterró ante aquella irreverencia, continuó:

—Devolverle a usted la propiedad que le fue arrebatada, reivindicándola del usurpador, porque la Restauración, como usted lo habrá leído en mi periódico, ha iniciado una época de justas reivindicaciones, tal fue el primer pensamiento de él, del Cabito; pero desistió porque le dijeron que eso estaba ya prescrito; entonces él me encargó averiguara con usted el valor de sus casas, para hacer que la nación se las pague todas: a eso vine.

Agachóse en actitud de hablar confidencialmente; la empella del cogote hizo una rosca carnosa y rubicunda sobre la nuca; parecía un rinoceronte que se apresta a dar su cornada.

—Pida usted por ellas lo que quiera, el doble, el triple, el cuádruple. ¡La fortuna ha llegado a su casa! Aproveche esa visita que ella no hace a cada hombre sino una sola vez en la vida. ¡Ay del que no se aprovecha cuando la fortuna le hace señas de que se atreva a todo! Atrévase usted a

todo, asegure ahora la tranquilidad de sus últimos años y el porvenir de su nieta; no les costará ni a usted ni a ella ningún trabajo; solo recibirlo a él, en su casa, en altas horas de la noche; y eso no se sabrá, le puedo asegurar a usted que no se sabrá.

Don Anselmo, lívido, se había levantado del asiento. El brazo senil apenas movió la butaca, en un amago fracasado de levantarla para estrellarla sobre la frente del rufián. Inútilmente se registró después la cintura solicitando un arma, con un movimiento de defensa contra aquellas palabras que le estaban doliendo lo mismo que un bofetón. Pensó luego que su mano no golpeaba fuertemente, con una fuerza de ariete, con una fuerza que guardara relación con el insulto. Sediento de desagravio se revolvió desatentado y colérico, hasta que comprendió que no le quedaba más recurso que escupir su ira sobre la gorda cara del alcahuete, que ignorante de toda noción de vergüenza, y con un criterio netamente mercenario de las acciones y de las cosas, esperaba confiado la respuesta a aquella proposición que él juzgaba tan natural y aceptable.

El salivazo no fue para el rufián un insulto, sino una negativa. No pensó en irritarse, sino en insistir. Sin limpiarse siquiera la escupitina, que seguía rielando su ignominia sobre el rostro innoble, dijo con acento diogénico al anciano, que con el cuerpo ligeramente inclinado hacia adelante, los antebrazos a la altura del pecho, los puños contraídos, esperaba en guardia decrepita la embestida de su adversario:

—Mire, compañero, no sea zoquete; nadie lo sabrá, y si usted no cede le van a quitar todo y hasta lo meten a la cárcel.

Don Anselmo, asombrado de aquella infinita degradación, se puso sombrero, y abandonó la Oficina de las Rentas, dando la espalda a Gumersindo Rivas, el cual sin preocuparse de la escaldadura horrible que debía producirle la expectoración, siguió tras él hablando y gesticulando, deseoso de convencerlo amistosamente.

Llegó a su casa soberbio y triste, y encontró a Teresa soberbia y triste también.

—Debes poner la renuncia de tu empleo —le dijo don Anselmo.

—Ya está escrita —contestó ella.

Y no se dieron más explicaciones.

Solo después de un momento fue que Teresa agregó tímidamente:

—¿Y lo que traje ayer de las tiendas?

—Hay que devolverlo. Yo me encargo de eso. Presentaré como excusa que no puedes pagar porque has renunciado el puesto que tenías.

Dos seres indefensos y desvalidos, habían osado oponerse a la desbordante ola corruptora. La dignidad de un anciano había escupitineado la frente del rufianismo omnipotente. La virtud de una niña desafiaba los apetitos de la concupiscencia autocrática. Los dos, coléricos y débiles, habían arrojado el guante retador a los árbitros de la vida y de la honra de los venezolanos. Vendría la lucha. La violencia implacable ocuparía el puesto de la seducción derrotada; el halago vencido sustituiría sus plenos poderes en la persecución brutal.

Sobre la paloma los cernícalos castañeteaban ya sus picos acerados; la garra proyectaba su sombra sobre los flancos de la corza fugitiva.

En el seno de la gran charca iniciábase un nuevo episodio de la lucha desconsoladora en que los buenos encuentran la derrota eterna y los viles la eterna victoria.

El gobernador casi se felicitó del baño de café con leche que le mojó la chiva; él tenía su plan de reserva. ¿No cedía Teresa por las buenas? ¿Pues cedería por las malas! El camino del atropello es más corto que el de la persuasión, y don Tello conocía aquel mucho mejor que este. Al asedio por las dádivas sucedería el asedio por las privaciones. La táctica política pasó a ser táctica galante. La fórmula con que se compra la dignidad de

los hombres: «ministerio o Rotunda», don Tello la dirigiría contra la virtud de una muchacha desvalida, y le diría: «La honra o la vida».

Para conquistar aquel corazón, se buscaría la complicidad de la entraña vil: el estómago. Para domar aquel carácter se solicitaría el auxilio de la más vil de las necesidades: el Hambre.

Se sabe de cabezas que no se han doblegado ante la guillotina, de carnes que no han temblado ante las tenazas ni los braseros, de corazones que han marchado irreductibles contra la punta de las bayonetas: no se sabe de ningún vientre que haya triunfado de sus apetitos. En ese saco inmundo, agente de la cloaca, proveedor del estercolero, se ha ahogado siempre toda virtud viril y todo pudor femenino. Los movimientos peristálticos del boa insaciable, el intestino, han domado a la larga energías y rebeldías, que hubieran muerto gloriosamente, sonrientes y serenas, en la hoguera, en el cadalso o en el combate.

No hay infamia, no hay debilidad, no hay claudicación que no haya sido aconsejada por el Hambre.

Cronje, el caudillo boer, por la necesidad de comer, prostituyó sus hazañas haciendo de ellas un simulacro caricaturesco, ante un auditorio de norteamericanos soeces, que en vez de auxiliar, explotaron la pobreza del patriota proscrito: el Hambre logró transformar al adalid en clown de circo!

Los cañones y los obuses sitiadores, impotentes ante las murallas invencibles, callan y esperan; dentro de la plaza tienen una aliada espectral: ¡el Hambre! Ella vencerá el valor de los héroes que no temen la muerte, y pondrá la súplica en los labios que prodigan el reto.

El Hambre quita hasta el valor del suicidio: los grandes desesperados aborrecen la vida y se matan; los hambrientos agónicos aman la vida y quieren conservarla a toda costa. La desesperación que producen los grandes sufrimientos hace pensar en la tumba, la desesperación que causa el hambre

hace pensar en la comida. Los torturados por grandes dolores desean la muerte como un remedio; los torturados por el hambre piensan también en un remedio: la mesa opípara. Ugolino, harto, tal vez se hubiera sacrificado para salvar a su hijo; hambriento, se comió su hijo para salvarse él.

El Hambre es la nota más aguda del egoísmo más supremo, y esa nota aturde los cerebros mejor organizados y hace flaquear los caracteres más templados.

Con el estómago no se puede discutir: no tiene piedad ni tiene vergüenza: es cruel y es cínico.

Don Tello, en el saloncito penumbroso de la Gobernación, reflexionaba...

La Restauración se hallaba en esos momentos en su período más ruidoso.

Tendido de barriga, en una actitud de sumisión lamentable, estaba un pueblo que hasta la víspera había tenido fama de revoltoso y rebelde.

A ese pueblo no logró subyugarlo Bolívar con el prestigio de su genio, ni Páez con sus hazañas adalidescas, ni Guzmán Blanco con sus escenografías de comediante, ni Crespo con su sable; por medio del hambre lo dominaba en esa época un macaco libidinoso y una camarilla desvergonzada.

Arrebatarse la propiedad, imponer el monopolio, acogotar las industrias, quitarles a los estados su renta, saquear las cajas públicas y privadas, daba al poder y a sus favoritos dos magníficos resultados: repletaba sus arcas de dinero y sus antesalas de pordioseros escuálidos.

Los vencidos de la víspera, sin alientos y sin valor, a causa del hambre, para tomar el camino del exilio, iban a implorar de rodillas la piedad del vencedor.

Los que llevaron al poder al Déspota, vejados y arruinados por él, odiándolo, desenvainaban, sin embargo, los machetes y le ofrecían sus servicios ante cualquier amago de revuelta, solo por la ración.

Los presos al salir de los calabozos con las marcas de los grillos en los pies y los cardenales del rebenque en las espaldas; suscribían sin ningún pudor una laudatoria a la clemencia de su carcelero porque les devolvía la libertad, en lugar de elevar contra él una protesta por habérsela arrebatado.

«Era que no os conocíamos, ¡Salve, César!», decían prosternándose los rebeldes vencidos ante el César triunfante; y se agregaban al acompañamiento procesional de los aduladores estólidos que subían y bajaban las gradas del Capitolio, llevando en el rostro la palidez del último regaño, y en los fondillos la huella del último puntapié.

Ya no se sabía odiar, ya no se aceptaba la condición de vencido, porque había una necesidad anterior y superior al odio y la altivez: comer, para vivir.

La fiebre del hambre no llevaba a este pueblo ni al tiranicidio ni a la revolución, sino al festín: no lo hacía pensar en la muerte, sino en el pan.

Y el pan había que pedirlo al poder, que se había hecho dueño de todos los graneros.

La sal, el trigo, la carne, el azúcar, la leche, el carbón, la leña, los monopolizaba el poder; las industrias las ejercía el poder; en las loterías, estafadoras del pueblo, tenía su parte el poder; el juego corruptor lo fomentaba y lo explotaba el poder; la navegación de los ríos y de los lagos la tenía el poder; el poder y sus favoritos destilaban el aguardiente, elaboraban los cigarrillos, fabricaban los fósforos, molían el trigo y el maíz. El que tenía una empresa productiva era hostilizado por los medios más odiosos para obligarlo a venderla a los acaparadores oficiales; sobre la navegación del Lago y del Catatumbo, sobre la navegación del Orinoco, sobre la luz eléctrica de Caracas y los muelles de Maracaibo habían caído expropiaciones de ese género.

Era un burocratismo de codicia insaciable, de ratería desvergonzada. Cada empleado explotaba su empleo con este solo ideal: enriquecerse.

La paz pública, sin ulteriores propósitos de civilización y de progreso, se sostenía en la medida estrictamente indispensable para cobrar el impuesto.

Era la organización del saqueo en forma de gobierno. Las autoridades no ejercían otra función que organizar la explotación del pueblo, para que la explotación se verificara por tumos, sin precipitaciones. Los funcionarios públicos habían hecho del peculado una especialidad aplicada a la administración.

Y así, por el procedimiento de la extorsión y de la expropiación, se había hecho del hambre un recurso de dominación que resultaba mucho más eficaz que la división aconsejada por el florentino: un pueblo arruinado se despotiza más fácilmente que un pueblo anarquizado.

Y a ese pueblo, el poder y los favoritos lo alimentaban, sí, para que no se muriera, pero lo alimentaban con parsimonia, en la cantidad suficiente para que se sostuviera de rodillas, suplicando, no para que se pusiera de pie, amenazando.

Y la miseria fisiológica había traído la miseria moral; el miedo se había sumado a la inanición.

Con la hemoglobina que huyó de la sangre, había huido la dignidad de los caracteres: el envilecimiento nacional, era simplemente un extraño caso de anemia nacional.

El Hambre de la Restauración, más que el despotismo del Restaurador, había apagado el pensamiento en los cerebros, la energía en las voluntades, la contractilidad en los músculos, la vergüenza en los rostros.

El fogoso potro de nuestra heráldica ya no sabía sino vivir en la cuadra, atado del bozal, esperando su ración.

A los caracteres generosos que al principio del pasado siglo le mostraron al noble bruto la pampa sin límites, como escenario de su actividad y de su fuerza, habían reemplazado las modernas almas mercantiles, que

al fin lo habían uncido a la carreta, después de cincuenta años de lucha constante y tenaz, con su altivez salvaje y bravía.

A las generaciones de los libertadores, habían seguido las camarillas de los explotadores.

Para estos héroes del peculado y del desfalco, Cincinato arando la tierra, o Bolívar en Santa Marta sin una camisa que ponerse, eran unos imbéciles dignos de lástima e indignos de imitación.

Otros son los ideales de la época; ya no se baten palmas a los buenos, sino a los vivos; la habilidad es más aplaudida que la virtud; Antonio Leocadio Guzmán cogiéndose el millón del Perú, admira más que el Libertador, renunciándolo.

Los que niegan un saludo a José María Lares, a José Ayala, a Arismendi Brito, a Alejo Zuloaga, a Muñoz Tébar, a Víctor A. Zerpa, que se retiraron pobres de altos puestos, esos bajan sus sombreros hasta el polvo para saludar a Juan Pablo Pérez, a Testa García, a Samuel Niño y tantos otros, que han hecho de la política una industria tan lucrativa como sucia.

Para los nuevos patriotas, la nación no tiene dolores innombrables, sino pezones inagotables. No los seduce la gloria sino el hartazgo. En ellos el amor a la patria es el amor a la ubre. El ósculo se dibuja en sus labios con el rictus de la succión. Su patriotismo no besa, sino mama.

El amor a la patria es la síntesis de todos los altruismos nobles, incomprendibles e impracticables para aquel hatajo de roedores en que estaban encamados todos los egoísmos ruines.

El botiquín seducía más que el campamento; el incensario más que la bomba de dinamita; la adulación más que la protesta; las aclamaciones más que las conspiraciones.

Se vivía en pleno culto del éxito y del goce.

La vida era para el placer, no para el deber.

La sensatez calculadora no dejaba decir nada a la indignación temeraria.

Una gloriola meretriz coronaba a todos los vencedores y lapidaba a todos los vencidos.

No existía el derecho de revisión para los hechos consumados, ni el de restitución para los millones robados, ni había más ley penal que la impunidad para los hombres de la camarilla, y el atropello para los hombres de la oposición.

Y el hambre, como todos los estados febriles, tenía en la Restauración sus perversiones extrañas.

Se concibe que los hombres se prosternen ante un déspota; pero no se concibe que haya hombres que se prosternen ante una letrina.

No solo Castro tenía cortesanos; cortesanos también los tenía un manumiso sin patria y sin pudor.

En esa extraña comparsa de aduladores que organizó la Restauración, figuraban no solo turiferarios: también había estercorarios.

Adular a Gumersindo Rivas era en esa época el último grado del delirio famélico: era el hambre llevada al extremo de la coprofagia.

Era la prueba concreta de todo lo que el Hambre es capaz de envilecer a un pueblo.

Y el bostezo famélico que ahogaba el rugido de los leones había hecho también morir el arrullo de las torcaces.

Del mismo modo que se habían extinguido las voces del valor, habían callado las notas del amor.

Las cotizaciones del mendrugo en el Capitolio, retumbaban con eco lastimero en el fondo de los hogares.

Algunas de las monedas con que se compraba el estómago de los generales y la pluma de los escritores, llegaban rodando lúgubrementemente



al fondo de las alcobas. Y el tintineo de aquellas monedas, más que el amor, llenaba de tentaciones turbadoras la cabeza de las mujeres.

Los dramas pasionales eran reemplazados por sainetes mercantiles. Menelao se consolaba con un empleo del rapto de Helena. Los Virginius fraternizaban con los Apios Claudios. Los celos no armaban ya el brazo de Otelo. Julieta, con igual indiferencia, dejaba caer desde sus balcones la escala de seda al trovador provenzal o al machetero tripudo.

Ante el fausto insolente de la prostitución triunfante muchas bellas quedaban pensativas: pocas quedaban indignadas. Ante el lujo deslumbrante de las odaliscas oficiales, algunas almas femeninas sentían compasión, pero muchas otras sentían envidia.

El éxito, adorado por los hombres, murmuraba también sus palabras insidiosas al oído de las mujeres, que las escuchaban ruborizadas, y a la vez, complacidas.

Los hombres, que socarronamente sonreían ante el sacrificio de los Decios, habían enseñado a las mujeres a sonreír socarronamente ante el sacrificio de Lucrecia.

¿Y la aliada espectral, que había envilecido a todo un pueblo, no rendiría a una muchacha?

Sumido en estas reflexiones, don Tello sonreía...

## XI

En las primeras horas de esa mañana, un tiroteo nutrido y breve, hacia la plaza del Panteón, había fijado por un momento la atención tornadiza y movable de los habitantes de Caracas. Grupos de hombres formáronse en las esquinas; racimos de mujeres que tenían los ojos hinchados todavía por el sueño, la piel halitosa, y los cabellos enrollados en papelititos, avanzaban los bustos desceñidos por sobre el antepecho de balcones y balconcetes, mirando todos curiosamente hacia el norte, hacia la región de la ciudad donde resonaron las descargas. En el puente Páez y en el puente de la Trinidad se agolpaba la multitud, pero sin avanzar hacia arriba, como si encontrara algún obstáculo, ni regresar hacia atrás, como si la curiosidad la enclavara en el sitio.

¿Qué había ocurrido? Nadie lo sabía. Pronto a lo largo de la avenida Norte se agolpó todo Caracas, el Caracas que se desvive por las noticias sensacionales, por los sucesos raros, por las emociones fuertes; que vive conmovido por las revoluciones, sacudido por los terremotos, divertido con los carnavales y asombrado con los héroes; que tiene su sonrisa burlona para los espectáculos cómicos, su noble seriedad para los espectáculos grandio-

sos, que hacía barra a los bailes del Cabito, del mismo modo que la hizo a los cabildos libertarios de 1810 o liberticidas de 1826; que olvida con la misma facilidad con que admira; que tumba estatuas con las mismas manos y el mismo entusiasmo con que las erigió; que aplaude en las apoteosis de Delpino y Lamas y en las del Ilustre Americano; que escucha a Marco Antonio Saluzzo cuando, el 20 de mayo de 1889, en presencia de Rojas Paúl, fue el tribuno del pueblo en la transición más trascendental y cívica que ha tenido la República, con la misma atención con que escucha a Castro el 9 de diciembre de 1902, en la mascarada más humillante que la república ha presenciado; el Caracas que jamás falta a la cita callejera y forma séquito a todas las procesiones, unas veces silencioso y triste, húmedos los ojos y conmovido el pecho, como cuando rodea las cenizas del Libertador; otras, fingiendo una admiración cómica, desmentida por las sonrisas irónicas y el guiñar de los ojos, como cuando sale en medio de fanfarrias y charangas, entre el estrépito de los triquitraques y bajo arcos de trapo, a recibir con los brazos abiertos, al aclamado Guzmán o al aclamado Castro.

Habían sonado unos disparos, unas balas habían silbado por los aires, y la pública novelería no podía faltar al llamamiento.

La muchedumbre se echó a la vía y se confundió por un momento en un montón, desaparecidas las diferencias que establecen las riquezas o la cuna. Cualquiera académico repleto de gramática y de historia patria detenía al primer mandadero que hallaba al paso para pedirle noticias. Matronas de muchas campanillas hacían desde su ventana, sobre el acontecimiento, conjeturas con alguna mujerzuela de mala vida parada en la mitad de la calle. En los zaguanes atestados, los liquiliques alternaban con las levitas, los puños almidonados de los mozalbetes con los puños bordados de los canónigos; todos fraternizaban para darse el gusto muy caraqueño del comentario descabellado o la versión inverosímil.

Las descargas fueron pocas y no se repetían. Un humo azul se cernía en la altura transparente, y el consiguiente olor a pólvora penetrante y

excitante, traído por la brisa, bajaba a lo largo de la avenida, arrancando bostezos amenazadores, y encendiendo la sangre en algunos caudillos populares, no precisamente a impulsos del ardor bélico, sino con el recuerdo de las terneras asadas y hervidos de gallina que amenizan la vida de los campamentos, y que junto con la fe en los principios hacen prestigiosas y fáciles las revoluciones.

Embutido en medio de sus inmensos barriles, en cuyo dorso se leía «Marca R.», a horcajadas sobre su mula, apareció al fin un panadero que venía de arriba, de la Trinidad. Por donde quiera que pasaba fue acosado a preguntas, pero nada se sacó en limpio; el panadero había ido a llevar a sus clientes el pan del desayuno, pero fue echado a la «esparada» por un piquete de «sordados» que estaba en el puente.

A poco se vio otro jinete que al trote largo venía también de la Trinidad. La figura decorativa de un edecancito surgió en la avenida. Silencioso, austero, modesto, el héroe imberbe venía del teatro de los acontecimientos, sin duda gravísimos, a juzgar por el ceño que contraía su frente, llena de quién sabe qué pensamientos y resoluciones.

—¿Qué hay? ¿Qué ocurre? —le preguntaban de todos lados, pero él no contestaba: la discreción es virtud que debe tener todo militar desde que comienza la carrera.

Al fin, al pasar frente a una ventana, en la cual sonrió una boca roja como las fresas, y un pañuelito se batió en amoroso saludo, el jovencito mirando a una niña fresca como un botón de rosa, chaceó con desembarazo marcial la cabalgadura, y dijo:

—¡No es nada, no te preocupes!

Y picando después con las espuelas los ijares del caballo, siguió a trote largo. Las anteriores palabras las dijo el edecancito con cara tan cejijunta, que todos los que le escucharon se convencieron de lo contrario: que la cosa era grave.

De arriba, pues, de la Trinidad incomunicada, no descendía ningún rayo de luz; pero de abajo empezaron a llegar noticias.

El cuartel del Hoyo se movilizaba; la guardia de la Rotunda estaba tendida, en disposición de pelea, a lo largo de la calle, después que los presos cargados de grillos, fueron encerrados en los calabozos; en la Comandancia de Armas, el comandante, general Avelino Uzcátegui, siempre risueño y melifluo, tenía listos ya a los niños, como él llamaba a los soldados, después de haberle suplicado cortésmente a un cabo remolón y tardío, que se pusiera de espaldas para aplicarle un «planacito»; en la Gobernación, el gobernador don Tello había hecho reunir toda la policía, y con laconismo espartano, les había dirigido esta arenga, tendiendo majestuosamente el brazo hacia el lugar donde se oyeron las descargas: «Armémonos todos, y... partid!».

Todos aquellos preparativos, según rumores, eran motivados por la sublevación del cuartel San Carlos. Los amotinados, después de matar a los jefes y a los centinelas, dizque construyeron trincheras y colocaron retenes en el puente Páez, en el de la Trinidad y en el del Guanábano para hacerse fuertes, mientras secundaban el movimiento otros batallones de otros cuarteles, y llegaban los alzados de La Guaira, de Petare y de Baruta.

Personajes importantes de la oposición, ignorantes de lo que pasaba, tomaban, sin embargo, aires de estar en el secreto, y hasta se dignaban pagar con furtivos apretones de manos, y sonrisas prometedoras de protección futura, las pasadas de rabo que le hacían ya algunos restauradores previsores y listos, dispuestos a pasarse con convicción y todo, de las filas de la Restauración a las filas de la Revolución, si la Revolución triunfaba.

—La Restauración se acabó: ¡afortunadamente saldremos ya de esta feroz dominación andina! —decía un señor que se indignaba contra los andinos, por los gatuperios de los valencianos.

—¡Así se acabarán estos monopolios que nos matan! —exclamó otro que a la sazón disfrutaba del monopolio del aguardiente.

—¿Los monopolios no más? ¡Y la corrupción que invade los hogares! —agregó un padre de familia que había vendido todas sus hijas.

—¡Y el envilecimiento del carácter nacional! —dijo uno que colaboraba en *La Voz de la Nación*.

—¡Lo que pierde a esta tierra es la gente de color! —exclamó un negro que aprovechándose de aquella cínica falsificación, quiso echarla de blanco.

—De todos modos —observó un Caserío en cascarón—, celebro que esto termine así: el día menos pensado yo me voy a perder. ¡Si yo llego a encontrarme por la calle con el hombrecito ese!... —y amenazador apretó los puños y rechinó los dientes; pero de pronto el anarquista se quitó el sombrero y se deshizo en reverencias y sonrisas amables: era que en ese momento, a pie, inerme, pasaba el Cabito a paso rápido, hacia el cuartel que se decía sublevado.

Castro avanzaba solo por la avenida; como marchaba hacia el peligro nadie lo seguía. Como iba hacia la muerte tal vez, lo habían abandonado los cortesanos que lo acompañaban en las giras de placer. Los que alborozados lo recibían en las estaciones cuando llegaba, y lacrimosos lo despedían cuando partía, no se veían por todo aquello, ahora que se encaminaba hacia un cuartel en rebeldía. Todos estaban ocupando sus puestos, como decía don Tello: el gobernador en la Gobernación, los ministros en los ministerios; los periodistas encomiadores en las respectivas reacciones; los rufianes vigilando los serrallos; los burócratas ante el escritorio, sumidos en bursátiles lucubraciones. Todos ellos se reservaban para denigrarlo si sucumbía o alabarlo si volvía vivo. Alondras del día que nace o cuervos de la fortuna que muere, cantan al que triunfa o devoran al que sucumbe, pero no luchan al lado del que lucha.

El piquete que ocupaba el extremo del puente se puso en línea cuando el Cabito apareció en el otro extremo.

¿Se disponía a hacerle honores o a hacerle fuego?

El Cabito sin titubear un momento siguió avanzando hacia el retén, que permanecía silencioso y sombrío como una nube tempestuosa.

En el seno del retén no vibró el rayo.

¡La nube tempestuosa carecía de electricidad!

Pasó por delante de los soldados sin hacer caso de ellos y siguió caminando hacia la esquina, desde la cual se divisaba de golpe el cuartel San Carlos.

Grupos de soldados vagaban por la explanada, o se echaban indolentemente en el césped, o se desparramaban por las callejuelas vecinas. Los cañones se veían abandonados de sus centinelas, pero no listos para combatir, pues estaban pacíficamente cubiertos con sus fundas. No había aprestos de resistencia, porque no era aquello la rebelión de un cuartel, sino la pacífica huelga de un cuartel: todo era cuestión de salario.

Algunos oficiales entraban o salían por el zaguán, caminaban aprisa, conversaban y gesticulaban con calor, pero sin cólera. Notábase allí desde el primer instante el descontento, pero no la insurrección. Los rostros tenían el asombro rayano en arrepentimiento, de los actos primos realizados sin saber cómo. La soldadesca parecía un corcel que luego de derribar al jinete, sigue trotando por la campiña en espera de otro jinete, sin tratar de recobrar su primitiva independencia. La psicología instintiva y sin rumbo de las turbas, que siempre han necesitado de Moisés para atravesar el desierto, mirábase allí en toda su desconsoladora desnudez. En todas aquellas caras, atezadas y anémicas, llenas de obediencia, no había un destello de deliberación consciente. La soldadesca aquella, en posesión de la artillería y de uno de los parques mejor provistos de Caracas, no tenía conocimiento de su poder ni de su fuerza: era un domesticado león que había perdido la memoria de sus colmillos y de sus garras. Hubiera resonado en la explanada el verbo de

un carácter, y aquellas células sin cohesión habrían formado el organismo, aquellas unidades dispersas habrían formado el batallón, aquellas voluntades inconexas habrían constituido la revolución. El movimiento para hacer un reclamo, hubiera hecho una protesta, con la interminable serie de consecuencias que no se pueden someter a cálculo, de toda protesta respaldada por un parque. ¡Hubiera estado allí Antonio Paredes, Romero García o Emilio Fernández, y el déspota no se habría lanzado solo a dominar el motín!

Lo que no hizo el resentimiento común, lo habría hecho todavía el peligro común, si contra el cuartel que en los primeros momentos se creyó sublevado, se hubieran movido los batallones de otros cuarteles, para someterlo a sangre y fuego, como opinaban muchos cortesanos valientes que tenían listo un tren expreso para escaparse a La Guaira. El ataque con las armas habría suscitado la defensa con las armas, y esa defensa armada hubiera producido una conflagración, como brasa encendida arrojada a los depósitos de un polvorín.

El Cabito sabía cómo estaban las cosas, y previsor voló solo a la Trinidad, evitando un combate, cuyos fognazos podrían traer el incendio nacional.

¿Qué había sucedido en el cuartel San Carlos? ¡Lo que sucede en todos los cuarteles de Venezuela!

Conquistaban la conmiseración universal los degradados parias de la India, los azotados campesinos rusos y los secuestrados negros africanos; sin embargo, hay otros seres tan desdichados como aquellos, a los cuales con nada favorece ni en cuya defensa nada dice la conmiseración humana.

¡En las cuadras de nuestros cuarteles, privadas de aire y de luz como las sentinas de los barcos negreros, viven nuestros soldados, vilipendiados como los parias indostánicos y azotados como los siervos moscovitas! ¡El knut del cosaco implacable chasquea sobre el dorso cárdeno del

recluta venezolano! Y a todo ese conjunto de crueldades y vejámenes, se une otro horror desconocido del esclavo al cual el amo alimenta bien para que trabaje con brío.

El militarismo venezolano, los generales venezolanos han impuesto al pueblo venezolano una esclavitud odiosa: el reclutamiento; y han impuesto al recluta un suplicio cruel: ¡el hambre!

Un patriota denodado y heroico, en connivencia con un núcleo de holgazanes viciosos, de doctores sin clientela, de comerciantes quebrados y de individuos inclasificados en el orden social, se alzan como bandidos en despoblado, o desembarcan como piratas en alguna costa desierta. El núcleo se va engrosando con la llegada de nuevos descontentos que no cupieron en el presupuesto del partido imperante, o de ofendidos por los hombres de ese partido, que sin valor para vengarse personalmente, aguardan con ese objeto la primera revolución para ir al frente de un piquete al hogar del ofensor, a llevárselo preso, a quitarle las bestias de silla y a exigirle un empréstito voluntario.

El jefe lanza su proclama anunciando a los desgraciados pueblos, que va a hacerlos felices. El núcleo de revolucionarios que al principio no tenía sino un estado mayor de doctores y patiquines, va al fin teniendo ejército, porque el estado mayor de patiquines y doctores llega ante la cabaña indefensa, ante la choza sin puertas, y al labriego que ignorante de sus derechos, dormía a pierna suelta, lo hace entrar a la fila, en virtud del convincente argumento de los cintarazos, y de esta orden perentoria: «¡incorpórese!».

La cuadrilla va tomando aspecto del batallón, el motín apariencias de revolución.

La ambición nace en el corazón del caudillo. El panegírico de los patiquines y de los doctores alimenta esa ambición. El caudillo que tenía dudas imparciales acerca de sus méritos personales y de sus buenos

propósitos, por obra de la adulación bambollista se va convenciendo de que él es un genio y de que sus propósitos son santos.

No falta algún color con que teñir la bandera redentora, ni algún sacrosanto principio que escribir en los pliegues gloriosos de la bandera. Si el gobierno había dicho centralismo, la revolución dirá federación, con profunda convicción, la cual, sin embargo, no habría obstado para que la revolución dijera centralismo si el gobierno hubiera dicho federación.

Contra el centralismo del gobierno, la revolución triunfante impondrá el centralismo federal; contra el autoritarismo conservador, se alzarán los liberales para imponer el incondicionalismo liberal; contra la pena de muerte, ejecutada a la luz del día, en la mitad de la plaza, clamarán los que ejecutarán la pena de muerte, como un asesinato aleroso, en el fondo de las prisiones o de las selvas; contra la esclavitud que arrebató la libertad, revolucionarán los que practican el reclutamiento, que arrebató la libertad y la vida; contra las reformas que reducen a doce los veinte estados gloriosos e históricos, se alzan los que una vez triunfantes, los reducen a ocho; contra la usurpación de Crespo, y contra Andrade, impuesto por las bayonetas, se alzará Castro que se impondrá con los mismos instrumentos.

En todas estas farsas sangrientas y bufas el recluta es la víctima. El recluta se derrite bajo el sol de las llanuras, se emparama entre las nieves de los nevados, se fatiga en las cuestas pendientes, se ahoga en los ríos crecidos, combate sin saber por qué, mata sin odio, se sacrifica sin recompensa, muere sin gloria; y si es tan desdichado que no ha muerto cuando la paz se ha restablecido, y algún nuevo matiz de la bandera amarilla tremola triunfante una vez más en el Capitolio sobre otra bandera amarilla, lo despiden de los cuarteles sin darle siquiera las gracias. Harapiento como un mendigo, enfermo como un prófugo de los hospitales, después de caminar a pie muchas tierras, durante muchos días y muchas noches, vuelve al valle nativo, donde encuentra enrastrado el conuco; en escombros,

como nido deshecho, la choza; dispersos, como pichones sin nido, los hijos, muerta la madre, prostituida la esposa. Y cuando en la tarde triste de ese día de la llegada, en que nadie le dio noticias de nada y él sin embargo lo comprendió todo, las sombras del crepúsculo hacen también la noche en el alma del recluta, y cansado y desesperado se tiende sobre la hierba a llorar, a lo lejos, hacia los lados de la ciudad, óyense acordes de músicas y ruidos de cohetes, celebradores del triunfo del nuevo cacique lugareño que quedó más rico después de la guerra que empobreció a los demás, y más rollizo después de las fatigas que enflaquecieron a los otros, al par que el nuevo comisario de aldea que viene sobre briosa mula, le grita imperiosamente desde lejos: «¡Mire, socio, no se duerma, porque esta noche hay que hacerle guardia al general!».

Pero hay otros reclutas más desventurados: los que se quedan en Caracas para conservar el bien inestimable de la paz y hacer gran parada en las fechas clásicas del partido. Además de la severidad envilecedora de la disciplina, además del tacón del jefe, además de la vara del cabo, aquellos reclutas sufren el suplicio de la inanición.

El jefe del cuartel de San Carlos, como los jefes de todos los cuarteles de Venezuela, no les entregaba a los soldados los tres reales que constituyen la ración diaria, para que comprasen lo que les exigía su estómago y su apetito. El jefe del cuartel a la fuerza había hecho pensionistas suyos a los batallones. Les quitaba los tres reales, y en cambio les daba rancho inmundo, intoxicante, hediondo, en cuya confección no gastaba el jefe un real, robándole por consiguiente un bolívar a cada soldado.

Por carretadas llegaban al cuartel de San Carlos los aguacates podridos, las caraotas picadas, los frijoles gorgojeados, las carnes descompuestas, el pescado manido, las papas germinadas, las aves muertas, la leche adulterada. Esta leche era un extraordinario sobre el cual hacía hincapié el jefe: «¿En qué otro cuartel fuera del mío, toman los soldados café con leche?», preguntaba con énfasis.

Todo lo que la higiene pública retiraba del mercado, con orden de botarlo a los basureros, era transportado al cuartel de San Carlos. De los soldados, unos, envenenados, se morían; otros, desesperados, se mataban. ¿Pero qué importaba eso? ¡El pundonoroso y denodado jefe se enriquecía! Los soldados estaban escuálidos, devorados por las calenturas y la disentería, pero eso estaba brillantemente compensado con la salud de que disfrutaban el jefe y los coroneles, sonrosados y rollizos, testificando lo bien mantenidos que la patria tiene a sus servidores beneméritos.

Pero los soldados empezaron a comprender que estaban pálidos y flacos, que se morían o se suicidaban, por la mala alimentación; que el hambre era quien hacía venir por un muerto tres o cuatro veces al día, al cajón fúnebre; que el delirio de la fiebre era el que colocaba la boquilla del máuser en las sienes y daba movimiento al pie para tumbar el gatillo. Y se oyeron rezongos primero; los rezongos se cambiaron después en protestas, y esa mañana, la mañana que la capital despertó con las descargas de la Trinidad, las protestas amanecieron motín.

Los soldados pidieron su ración en plata, no en comida; y como no fueron atendidos, atropellaron la guardia, mataron un oficial que se opuso, y pusieron en fuga al denodado jefe, que no estaba poniéndose rico para hacerse sacrificar como los zoquetes, sino para gozar de su riqueza como los avispados.

Castro oyó las quejas de la tropa y prometió atenderlas.

Por combinaciones de alcoba nuevo jefe fue nombrado entonces el general Montálvez.

—Con una condición —le dijo el ministro de Hacienda al anunciarle el nombramiento.

—¿Cuál será? —preguntó Montálvez.

—¡Que las imaginarias continuarán distribuyéndose entre nosotros dos y doña Zoila, es decir, en tres partes iguales, pero exactamente iguales!

Después que don Anselmo y Teresa pusieron orgullosamente, y con el carácter de irrevocable, la renuncia de sus empleos, se dedicaron a dar, él clases de idiomas, y ella de piano.

El caso previsto por don Anselmo cuando decía: «Conozco muchas señoritas pobres que viven de dar lecciones», había llegado.

Consiguieron muchos discípulos, y la cosa no marchó mal al principio. Los temores que ambos tuvieron de ser víctimas de algunos atropellos, casi fueron olvidados al cabo de algunos días. Pero no duró esa tranquilidad mucho tiempo. Los discípulos de don Anselmo, inopinadamente, le participaron después de la clase, que suspendían el aprendizaje.

—¿No me encuentran ustedes competente? ¿Les parece muy cara la pensión? —preguntó inmutado don Anselmo.

Los discípulos, compadecidos, no contestaban nada. Por fin uno, hijo de un empleado de la contabilidad municipal, intervino:

—Es imposible seguir el estudio del francés aun cuando nos diera las lecciones de balde: es que no nos queda tiempo.

Don Anselmo, lleno de un estupor doloroso, no tuvo qué responder e inclinó la cabeza sobre el pecho. ¡Se quedaba sin ganar un centavo!

Se ofreció en las casas de comercio para llevar los libros, pues era buen contabilista. ¡Nada! Como amanuense en los bufetes de abogado. ¡Tampoco! Los abogados que se estimaban a sí mismos no tenían pleitos; y los otros, en vez de hacer buenos alegatos hacían buenas proposiciones a los jueces, para las cuales no necesitaban de amanuenses. Se decidió por las ocupaciones serviles. En los hoteles pidió que lo utilizaran de cualquier cosa, hasta de mesonero. Pero los hoteles, vacíos, no necesitaban mesoneros.

Pasaban los días.

Era preciso encontrar en qué trabajar, en qué ganar algo, porque arriba en el callejón, iba faltando todo, y él no pertenecía al género de hombres que llegan mal genidos a sus casas a la hora de costumbre, para que las mujeres les den de comer. La comida escaseaba, los pulperos no querían fiar más y antes bien mandaban sus cuentas. La lavandera, la planchadora, el panadero, el lechero, exigieron el pago, primero con buenos modos, violentamente y a gritos más tarde. En ocasiones se propasaron, a ciencia y paciencia del policía de punto, a quien acudió quejándose don Anselmo:

—Otras veces les he debido y me han esperado; no sé por qué ahora me cobran de esa manera.

—Porque ahora hay más pobreza, y están más necesitados.

—Pero no debieran insultarme; no les pago porque no puedo.

—¡Pues aguántelos! —contestó el agente del orden público, quien parecía observar todo lo que acontecía en la casa de don Anselmo con un cuidado extraño.

Aquello no era vida: dentro de la casa la miseria; fuera, la hostilidad de los acreedores.

Un día se presentó con una cachucha extraña; quedaba grotesco, pero él estaba contento; había conseguido al fin colocación como portero de un club recién establecido.

—¿Pero qué necesidad tienes tú de eso? —dijo conmovida Teresa, relleno con papeles la cachucha, que por lo grande se le rodaba a don Anselmo de la cabeza de un lado para otro—; con lo que yo gano alcanza para los dos.

—Pero no alcanza para pagar lo atrasado a esa jauría que nos ladra ferozmente, mañana y noche.

Dos días después volvió don Anselmo sin la cachucha: lo habían reemplazado.

—¿Pero es que yo no sirvo para nada? —le preguntó a la nieta—; no encuentro trabajo, y cuando lo encuentro pronto me lo quitan

—¿Qué importa? —contestó la joven—; mis lecciones de piano producen lo suficiente; me han hablado para unas clases de canto, y con estas últimas podremos pagar lo que debemos.

Pero las lecciones de piano también cesaron. Teresa recibió en algunas casas la grosera notificación de que se había buscado otra profesora; en otras, más finas, le advirtieron que suspendían las clases por unos días. Las familias hicieron la notificación una tras otra, el mismo día, como si obedecieran una consigna.

Entre tanto la afección cardiaca de don Anselmo había tomado grandes proporciones con las penas, con el sempiterno ir y venir, en busca de ocupación. Inútilmente ocultaba él sus achaques a su nieta; esta los descubría a pesar de todo, a pesar de la cara de pascua, de la locuacidad, de los cantos cascados, y hasta de los silbos interrumpidos por la disnea, con que al llegar a la casa pretendía ocultar los pesares de su alma y el malestar de su cuerpo. Para no ahogarse subiendo el callejón, tenía que hacer cinco o seis estaciones; pero él fingía que se detenía para leer el periódico que tenía al efecto



en las manos. La nieta, que lo atisbaba con angustia desde la ventana, sabía que no leía, sino que descansaba, y que no era la importancia de las noticias del diario lo que le obligaba a detenerse y recostarse en las ventanas, sino la fatiga de la decrepitud que le doblaba las piernas y le paralizaba el corazón.

Para poder vivir apelaron al eterno recurso de las familias pobres.

Un periódico publicó este aviso: «En la parte alta de La Pastora, temperamento tan bueno como el de Los Teques, hay una casa, número 13, donde se alquilan piezas a precios módicos».

Este aviso salió una sola vez; al día siguiente el periódico no lo publicó.

—¿Por qué? —le preguntó don Anselmo al administrador—; todavía no hemos encontrado ningún pensionista.

—Porque todas las columnas de avisos las tomó por su cuenta la Prefectura para licitaciones de la Gobernación.

Sin embargo, el anuncio es el secreto del éxito. El único aviso que salió, no obstante lo indeterminado que era, fue leído y surtió su efecto. Unos estudiantes que habían recorrido ya todas las casas de pensión y no se acomodaban en ninguna, porque en todas había la pésima costumbre de querer obligar a los pensionistas a pagar al fin de cada quincena, comprendieron que estaban en aptitud de irse a temperar a la parte alta de la ciudad, y fueron a ver las piezas y a informarse de los precios. Don Anselmo y Teresa les dieron todos los datos que pidieron.

—Únicamente que van a encontrar ustedes esta casa muy distante de la universidad —advirtió don Anselmo con su honradez habitual.

—No es un inconveniente sino una ventaja —contestó uno de los mozos, recordando los acreedores de abajo.

—Nos gustaría que la casa estuviera un poco más alejada de Caracas —agregó el otro—; nuestro propósito es hacer ejercicio.

Por la noche les dijo un condiscípulo que era uno de los escribientes íntimos de la Gobernación:

—Si ustedes se van para esa casa, les juro que lo menos que les sucederá será pasar unos días en la Rotunda.

Los estudiantes comprendieron que en torno de aquella belleza rondaba ya el rufianismo oficial, y no se mudaron.

Teresa encontró costuras en una casa de modas, de que era obrera principal una amiga suya; pero a pesar de lo bueno de sus labores y de su puntualidad, el envío de costuras pronto cesó sin saber por qué.

Buscó trabajo en la fábrica de fósforos, pero esta fábrica, que le daba ocupación a muchas familias pobres de Caracas, se había cerrado a causa del odioso monopolio respectivo, que introducía en grandes cargamentos, las cerillas manufacturadas.

Entonces pensó en solicitar ropa de soldados. Durante muchas mañanas, en los corredores de la proveeduría, se confundió en medio de una multitud de mujeres, casi todas jóvenes y bellas. Con muchachas verdaderamente honradas se codeaban allí meretrices disfrazadas de virtud y de pobreza, para atraer con ese tentador disfraz la propuesta de los don Juanes lugareños, que a veces llegaban como abejas atraídas por las flores. Tales propuestas eran aceptadas infaliblemente algunos días después de hechas, con remilgos de honradez vencida por fuerza mayor. «Créame usted que solo por la necesidad doy este mal paso; yo soy de muy buena familia; y además, francamente, porque usted me ha sido muy simpático». Y el seductor inexperto quedaba ufano con la conquista de una de aquellas señoritas, cuya virginidad retoña todos los años en la época de la reunión del Congreso, y que van por las calles con un aire muy recatado, acompañadas de un niño que ellas presentan como hermanito y que es simplemente un granujilla de alquiler.

El burocratismo aplastante, adueñado de todos los ramos de la administración, había llegado también al departamento de los vestuarios del ejército.

Por la hechura de cada uno de éstos, además del hilo y los botones, la nación eroga Bs. 1,50 que debía recibirlos íntegros, como es lo justo, la costurera que lo hacía. Pero no sucedía así: la pobre obrera no recibía sino Bs. 0,50. Esa diferencia de un bolívar por cada vestuario, que representa una fuerte suma en el total de ellos, constituía una de las canonjías de los cortesanos.

Esos mismos cincuenta céntimos parecieron todavía excesivos a los apaparadores, que resolvieron quitarles unos céntimos más a las pobres costureras.

—Doña Ignacia, ¿me favorece con una recomendación para que me den ropas?

—Sí, te haré dar aunque sea una docena.

—¿A cómo pagan ahora?

—A real, como siempre, pero sin los botones ni el hilo, que cada costurera tiene que comprármelos en tres centavos.

—Dios mío, ¿qué nos queda entonces? ¡Siete centavos por hacer un pantalón y una blusa!

—¡Pues mijita, nadie te obliga! A ese precio se disputan el trabajo como pan caliente.

¡A siete centavos habían reducido los especuladores de la Restauración los treinta centavos que la nación paga por cada vestido de soldado!

Teresa no se corría con lo pequeño del precio: pertenecía al número de las miserables que se disputaban la miserable ganancia como pan caliente.

El empleado que daba el trabajo a las que traían la tarjeta correspondiente de doña Ignacia o de los favoritos, se sintió atraído por la digna modestia de Teresa, y se preguntaba cómo haría para darle algo a ganar a aquella joven que no traía ninguna recomendación. ¡Sin duda que era

honrada! La honradez de ella la atestiguaba su vestido, casi miserable, y sobre todo, el hecho mismo de la falta de recomendación. El empleado sabía a qué precio las muchachas bonitas conseguían estas de los palaciegos. Y un día, sustrayéndose a las terminantes instrucciones recibidas, en un arranque de simpatía, le llenó de blusas cortadas un grandísimo cesto y llamó a un mandadero para que las llevara a donde la joven le indicase.

Era la labor de una semana por lo menos para cualquier muchacha que solo trabajase de seis a seis; pero fue el trabajo de solo tres días para Teresa que trabajó sin descanso hasta la una de la madrugada.

—¿Tiene usted quien le ayude a coser? —le preguntó el empleado cuando entregó la obra.

—No, coso yo sola.

El empleado llenó nuevamente el cesto.

La enorme sombra de un hombre gordo que llegaba en ese momento, oscureció el ancho zaguán del Ministerio de Hacienda. El individuo alcanzó a ver a Teresa que ayudaba a echarse el cesto al hombro a un muchacho que no pudo con él y lo dejó caer al suelo, y se disparó a las oficinas del ministro.

A poco, el empleado fue llamado.

—No les dé ropa sino a las personas que presenten la recomendación correspondiente —le dijo el ministro.

—Así lo hago siempre.

—Y esa muchacha que está allá abajo, rubia, alta, buena moza, ¿tiene recomendación?

—No, don Gumersindo; a esa señorita le di trabajo, porque ya hacía dos días que lo solicitaba y me pareció muy necesitada.

—¿Necesitada esa muchacha? —interrumpió Gumersindo Rivas con su lengua estropajosa—; si esa muchacha está pobre es porque le da la

gana; podría tener dinero como para comprarlos a todos nosotros, e influencia como para perdernos si quisiera.

Teresa fue alcanzada a la media cuadra por un policía que le ordenó devolver las ropas. Al empezar a subir el callejón, alcanzó a ver un grupo frente a su casa: eran los acreedores, reunidos ese día allí con cierta premeditación maligna. Con gestos hostiles rodearon a Teresa cuando llegó hasta ellos.

—Yo tengo mucho que hacer para venir a perder aquí mi tiempo esperándola —empezó a decir con voz descompuesta la lavandera. Teresa logró calmar la mala intención de aquellas gentes, distribuyendo a prorrata entre ellas las monedas que había traído de la proveeduría. Comprendió que no debía salir más a la calle para evitarse algún irrespeto de parte de sus acreedores. ¡Estaba sitiada en toda regla!

Por el espacio de muchas mañanas, con la luz del alba que obliga a ponerse en pie a los pobres macilentos, que desearían no levantarse y seguir durmiendo el sueño eterno, el sueño que no acaba, los acreedores cada vez más insolentes, tocando a la puerta, exigían un nuevo prorrateo, y el espectro del hambre pedía posesión de aquel hogar. Los acreedores eran apaciguados con algún mueble que se llevaban los parihueleros. El espectro se reía y se alejaba haciendo con la mano una seña de aplazamiento.

Así fueron desapareciendo rápidamente algunos objetos, que constituían, puede decirse, el lujo de Teresa. Los armarios se quedaron vacíos; su contenido era lo superfino que había en aquel hogar y lo primero que se sacrificó. Tras lo superfino se fue lo menos necesario, las sillas, las mecedoras, los sofás, las colgaduras. En seguida partió también lo indispensable, los escaparates, la máquina de coser, los lechos, la loza. Y por último, un día, el espectro implacable, riéndose con su risa más cruel, se fue hacia el Monte de Piedad tras los utensilios de cocina, esos

enseres humildes que son defendidos hasta última hora, como si fueran ellos, a pesar de su forma grotesca, los dioses lares de las casas.

La casa quedó sin nada que vender.

—¿Qué le sucederá a don Anselmo?

—Es raro, porque él nunca camina tan aprisa.

—Ni tampoco sube el callejón a estas horas.

—¿Se habrá sublevado algún otro cuartel?

Eso se decían dos mujeres, indolentemente sentadas en la acera, viendo que chorreando sudor, dando traspiés, ronco el respirar, subía don Anselmo el callejón, con la precipitación que podía, sin arredrarse por el sol meridiano que calcinaba las piedras y los techos con sus rayos a plomo.

—Así no se camina sino para traer las buenas noticias.

—O las malas.

Don Anselmo pasó cerca de las dos mujeres, las saludó y desapareció a poco en el zaguán de su casa.

Se dejó caer en un asiento; a su lado acudió Teresa, quien cariñosamente se puso a enjugarle el sudor. La nieta observaba con cierta inquietud la extraña expresión que tenía el rostro de su abuelito, y se asombraba de la precipitación con que se había vuelto, atestiguada por la copiosa traspiración y la fatiga que le impedía hablar.

—¿Sabes? —dijo al fin a la joven, después que se calmó un poco—, ¿sabes?

Y se detuvo, como el que no se resuelve a dar una mala noticia. Después preguntó por tercera vez, mirando con profunda conmiseración a Teresa:

—¿No sabes?

Teresa aturdida no contestaba nada.

Don Anselmo preguntó:

—¿Doña Manuela ha pasado para Caracas? ¿La has visto bajar?

—Todavía no.

—Pues es necesario decírselo antes; que lo sepa aquí en su casa, y no en la calle donde nadie la consolaría.

—¿Pero qué es lo que ocurre? —preguntó Teresa llena de sobresalto.

—¡Que acaban de traer preso de La Guaira a un Juan Bustos, que no puede ser otro que nuestro Juan!

Teresa se puso intensamente pálida.

—¿No será otro?

—Creo que no.

—¿Y no se dice por qué?

—Por revolucionario —contestó don Anselmo—; lo trajo con mucha guardia el prefecto en persona.

Con la facilidad con que los desgraciados dan asenso a las malas nuevas, Teresa creyó desde el primer momento que el preso era su amado; se sintió morir, pero no se rindió a la pena, y solo pensó en ir con su abuelito a preparar por grados a doña Manuela, y permanecer animosa a su lado, para consolarla.

En el momento en que ponían los pies en la calle, vieron que el repartidor del telégrafo, salía de casa de doña Manuela.

Teresa se lo hizo notar a don Anselmo:

—Tal vez se lo hayan participado ya.

Cuando entraron, la señora con la cara entre las manos lloraba. Las dos mujeres, unidas con la simpatía de un mismo dolor, se abrazaron y confundieron sus sollozos.

Efectivamente, la señora acababa de recibir la participación que de la prisión de Juan el día anterior, le hacía míster William.

La participación era seca y reservada, llena de esa fría discreción de los que no quieren comprometerse en épocas en que las palabras más inocentes pueden servir a cualquier Judas para fundamentar una delación y cobrar sus treinta monedas.

## XIII

De La Guaira empezaron a llegar la misma mañana de la cuartelada dominada pacíficamente por el Cabito, noticias muy reservadas. Por más que aguzaba el oído, el público solo pudo coger al vuelo algunas palabras sueltas dichas por algunos de los favoritos más metidos en los enredos de la política: «Juan Bustos», «asalto», «cabecilla preso», «Leicibabaza herido».

Leicibabaza era el prefecto de La Guaira, del cual no hay porteño que no conserve el recuerdo de alguna tropelía.

Hay hombres que llegan al manicomio, al poder, al presidio, al destierro o al banquillo. Son los grandes ilusos, los grandes criminales, los grandes audaces, los grandes vencidos. Leicibabaza no había aspirado nunca a llegar a esas metas del éxito o de la derrota. Sabe más de los sabios aforismos higiénicos, que de los temerarios arrebatos pasionales; no es adepto de la escuela del heroísmo sino de la escuela de Salerno; no subiría al Olimpo, por no resfriarse; el temor a la dispepsia, lo aleja de toda preocupación intelectual; la puntería certera de los máuseres, lo aleja de toda gloria militar; las palpitations del corazón lo separan

de las emociones fuertes; la prudencia lo apartó del campo del honor, a donde, entre denuestos sangrientos, lo invitó una vez Rufino Blanco Fombona. Sin saber cómo, contra su carácter, contra sus propensiones, contra su mismo oficio de hostelero, por una de esas transformaciones de los hombres, que solo se ven en Venezuela, había llegado a prefecto del puerto de La Guaira, donde, para crearse méritos, hacía poner presos con vigilancia canina, a los pasajeros sospechosos que llegaban, o impedía el viaje a los pasajeros sospechosos que se iban.

Con un criterio completamente mercantil, este hostelero, en compañía de Alejandro Guía, matarife, provisionaron y trataron a cuerpo de rey a los marinos del bloqueo. Ni Guía ni Leicibabaza concebían que los enemigos de la patria debían tratarse como enemigos, cuando los enemigos de la patria eran ricos y pagaban bien.

Además de prefecto, Leicibabaza era dueño de la planta eléctrica de La Guaira. Como empresario del alumbrado estaba convencido de que a los pueblos los atormenta más la oscuridad que la sed, por lo cual quitaba a sus gobernados toda el agua del acueducto para utilizarlo en su empresa.

¿Aquel prudentísimo Sancho pensó alguna vez que allí, en su propia ínsula, iba a ser víctima de un atropello?

Y lo fue sin embargo. Contra su voluntad recibió un garrotazo, contra su voluntad tuvo su bautizo de sangre, y apareció contra su voluntad, héroe. A causa de no haber podido huir, los diarios tuvieron que hablar del valor con que se encaró a un peligro.

Don Tello averiguó que el novio de Teresa era un pobre mozo, debía tener toda la ductilidad de los nuevos hombres, y como pobre, podría comprarse por cualquier cosa; y días después al en que Teresa le mojó con café con leche la chiva gloriosa, dio órdenes a Leicibabaza de sobornarlo.

Leicibabaza hizo citar a Juan a la Prefectura; le habló de lo peligroso que era a los novios de las muchachas bonitas oponerse a un rival tan poderoso como el Cabito, y de lo ventajoso que, por el contrario, era a esos mismos novios, ayudar en sus pretensiones a un rival tan generoso como ese mismo Cabito. Le citó casos de pretendientes que se habían enriquecido con la sola renuncia de sus derechos de prioridad en favor del Caudillo; de rivales que se habían convertido en auxiliares de la empresa amorosa, y después en altos personajes políticos o industriales; citó como ejemplo, dos o tres nombres que no fueron oídos por Juan, porque el ruido de unas carretas que pasaban en ese momento apagó la voz estentórea de la primera autoridad del departamento.

La respuesta de Juan no se hizo esperar. La respuesta fue un golpe que sonó a hueco, como el de una piñata que se rompe. Ciego de ira, Juan enarboló por segunda vez su bastón de araguaney para dejarlo caer sobre el cráneo casi pelado del prefecto, pero fue sujetado por los policías que acudieron a los gemidos de Leicibabaza, refugiado bajo la mesa, de donde le sacaron con un chichón en la frente, que le iba a abrir de par en par las puertas de la celebridad circulante.

Los de *El Constitucional* sacaron este boletín que informó al público sobre los sucesos del puerto: «El denodado y pundonoroso prefecto de La Guaira logró debelar ayer un movimiento subversivo relacionado sin duda con la sublevación del cuartel de San Carlos, poniendo preso en una desesperada lucha cuerpo a cuerpo, al peligroso cabecilla, un tal Juan Bustos, que había llegado en esos días de Barlovento, con la consigna revolucionaria».

Leicibabaza personalmente, vino en tren expreso a traer al peligroso cabecilla, y a cobrarle al Cabito el premio de su acción. Refirió al gobernador, mostrándole el épico tolondrón, el chasco que se había llevado en sus gestiones; y don Tello, preocupado con negros presentimientos, se dirigió como de costumbre al Palacio a ofrendar las cotidianas pleitesías.

El Cabito acababa de salir del baño, y estaba rodeado ya de los áulicos solícitos que le felicitaban fervorosamente por el arrojito con que había contenido la sublevación esa mañana. Fue un coro, que duró varios minutos, sobre el desprendimiento con que vivía exponiendo la vida por salvar la patria. ¡Cuánto arrojito! ¡Napoleón en Areola se veía pequeño! ¡Sucre en la tragedia de Chuquisaca quedaba eclipsado!

En ejercicio de una función que se había reservado para sí, Juan Otañez sacó del baño la humedecida toalla, la sacudió con un gran recogimiento dos o tres veces y después, cuidadosamente, la extendió sobre una silla para que se secara.

Al Cabito se le notaba un gran desabrimiento, a pesar de su hazaña reciente que Gumersindo Rivas había transmitido ya por telégrafo a todos los caseríos de Venezuela, y por cable a los más apartados rincones del mundo.

En vano Antón y Carlos Benito Figueredo, graciosos de palacio, decían chascarrillos y hacían esfuerzos de bufonería para hacerlo reír. Nada, el mal humor del Héroe era incurable.

Los cortesanos se daban oblicuas miradas de inquietud. En esos ratos de displicencia el alma voluntariosa del Cabito se independizaba de la sujeción en que la tenían los áulicos y el despotismo del amo caía sobre ellos, en la forma de una lluvia nutrida de vejaciones y humillaciones.

Un silencio embarazoso reinaba en la estancia. El portero levantó la cortina para leer varias tarjetas que traía en la mano:

—El general Velutini —leyó el portero.

—¡El divino maestro! —exclamó el Cabito con ira—. ¡El divino maestro de los monopolios! Dígame al divino maestro que se tome la molestia de no importunarme más.

De repente, cambió de resolución:

—Dígame al general Velutini que mañana lo espero a almorzar —y añadió como hablando consigo mismo: —Estos hombres desvergonzados y tenaces al fin triunfan.

El portero hizo una inclinación de obediencia, y leyó después: —El doctor José de Jesús Paúl.

—Dígame al canillón que yo no le he mandado venir.

Después se volvió a los áulicos para preguntarles:

—¿No saben ustedes cuánto perdería anoche en el club?

—El señor Gustavo Sanabria —siguió anunciando el portero.

—¡El tísico! ¿Por qué no se irá a temperar a Los Teques? Quiere la Gobernación, para convertirla en sanatorio de sus pulmones y de su fortuna; ¡que venga mañana también!

—También espera el general González Pacheco —agregó el portero.

Al oír este nombre, los áulicos hicieron un movimiento de medrosa curiosidad.

El héroe de las Canoas, el malogrado caudillo a quien Castro condenó al sacrificio en el Tucuyo, y que merced a su valor y su pericia se salvó realizando una gloriosa retirada, no se escapó tampoco de los soeces gracejos del Cabito:

—¿Está ahí el cara de Cristo viejo?

Reflexionó un momento y agregó con el rencor que él les tenía a todos los hombres que le servían, pero que no le adulaban:

—A ese dígame simplemente que no lo recibo.

En los cortesanos el miedo crecía. No temían tanto la ira franca del Invicto como su jovialidad sin sonrisas, una jovialidad feroz que se desbordaba en chocarrerías crueles, dichas con las cejas contraídas, contra ausentes y presentes, contra propios y extraños, contra partidarios y adversarios ¡Era la demencia del poder enloqueciendo aquella alma amoral!

—¿Y al doctor López Baralt qué le digo? —preguntó el portero.

—¿La garrapata también está ahí? ¡No podía faltar! —exclamó el Cabito—. López Baralt es una garrapata que se me ha prendido del c...

Los cortesanos aprovecharon la ocasión y un coro de risas ahogó la voz del Héroe. Los cortesanos no solo admiraban la elegancia y el talento del Cabito. También le celebraban sus gracias. Cuando el Cabito bailaba o discurría, entonces se morían de admiración... Cuando el Cabito decía una agudeza, entonces se morían de risa. El estupendo epigrama que acababa de clavarle a López Baralt fue aprovechado por los favoritos para llenar con los ecos de sonoras carcajadas el silencio amenazador de la estancia en que solo resonaba, siniestra y chillona, la voz del Héroe. ¡Se pusieron rojos, se asfixiaron, se murieron de risa! El doctor Laureano Villanueva tuvo que levantarse de su asiento a causa de un ataque de tos que le produjo la risa. Tras de Villanueva se fue Cecilio de Castro, con los ojos llenos de lágrimas, a causa del esfuerzo de reír. Alguien ha definido al hombre: un animal que ríe. La risa, pues, es el distintivo de la intelectualidad. Por eso Torres Cárdenas no ríe nunca; pero esta vez el serio y estúpido secretario, se tendió en un sofá, con las manos en los ijares, las patatas en el aire, retorciéndose, ahogándose con un acceso de hilaridad.

El Cabito hizo ademán de hablar.

Los áulicos hicieron grandes esfuerzos para contener su buen humor.

El Cabito le ordenó al portero:

—Que pase el doctor López Baralt.

Momentos después la Garrapata entró haciendo profundas inclinaciones.

Y entonces la corte asiática del Déspota, que tenía sus bufones, tuvo también su enano.

A la aparición de este, Villegas Pulido, cortesano que se ha encanecido recorriendo antecámaras y *boudoirs*, no pudo dominarse más; soltó una

carcajada, y fue a reunirse con Villanueva y Cecilio de Castro, enjugándose los ojos con el pañuelo y diciendo:

—¡Mi... miren que este Ca... Cabito ti... tiene unas ocu... rrencias!

Las risas llenaron otra vez el recinto; López Baralt miraba asombrado a todas partes, para ver qué causaba aquella alegría; y no descubriendo nada tomó su partido y se puso a reír también.

—Doctor López —dijo el Cabito a la Garrapata— yo deseo darle a usted un ministerio.

López Baralt se infló y asumió actitudes de ministro.

—Pero mientras sucede eso, habrá usted de contentarse con una ración de veinte bolívares, con cargo al capítulo de Inválidos y Enfermos. Tendrá usted muy buenos compañeros. He hecho colocar en ese capítulo a muchos honorables caballeros, no porque estén enfermos ni inválidos...

—Sino porque su alta visión política lo ha creído conveniente así —interrumpió López Baralt desinflándose.

—¡Eso es! ¡Me gusta este doctor López porque siempre me adivina los pensamientos!

Los cortesanos no lograron el objeto que se propusieron con sus risas. El Cabito continuaba serio.

Por indicación de su médico Revenga, que ejercía sobre él una especie de influencia hipnótica que llenaba de envidia a los otros miembros de la camarilla, consintió de mala gana en jugar con Antón una partida de billar que favoreciera, junto con una copiosa libación de whisky, la reacción del baño.

¡A Antón no le salía ahora ninguna carambola! ¡Buen cuidado tenía el viejo palatino de no ganarle al Cabito! Venciendo a Antón, jugador insignie, el Cabito se convencía de que él era un insignie jugador también.



Días antes los cortesanos le hicieron creer que era un gran jinete, y al hacer, convencido de ello, una de sus más donosas piruetas ecuestres, lo clavó de cabeza en el suelo el irrespetuoso corcel; pero esos irrespetos estúpidos, puede usarlos un caballo, no un cortesano que conoce el oficio.

La partida se prolongaba fastidiosamente: el Cabito estaba a causa de su sorda irritación, chambón como nunca.

—¡El Cabito no juega todo lo que sabe! Algún nuevo proyecto en bien de la patria le preocupa —le dijo Cecilio de Castro a Villegas Pulido.

Al fin, aprovechándose de que las bolas se habían reunido, hizo una serie de lances fáciles, los que se desdeñan de tirar los jugadores que se respetan. Contorsionándose seguía con su cuerpo el movimiento de las bolas, dando a entender a los circunstantes que estaba tirando unas voladas admirables. Los cortesanos entonces, precipitadamente, llenos de ansiedad, se levantaron de sus asientos y rodearon la mesa, haciendo con sus cuerpos los mismos nerviosos movimientos del jefe. Fueron seis carambolas seguidas, al fin de las cuales el Cabito descansó con gran ruido el taco sobre el pavimento, mirándolos a todos con fatuidad. Los cortesanos dejaron oír un murmullo de aprobación.

—Maneja el taco como maneja la pluma y como maneja la espada —dijo López Baralt, el Metternich zuliano, con una voz profundamente diplomática, una voz un poco baja, como para que no fuera oída por el Cabito, pero no tan baja que el Cabito no la oyera.

—¡Es genio en todo! —exclamó Efraín Rendiles.

—¡En todo! —apoyó el coro de asalariados.

—¡Hace calor! ¡Reaccioné demasiado! —dijo el Cabito enjugándose el sudor.

Los cortesanos se abalanzaron todos a los postigos de las ventanas para abrirlas.

Guillermo Pimentel dijo con su distinguida gravedad:

—Conozco ese lance, quiero decir, esa serie de lances tan sostenidos. Pretendió hacerla Vignoux en el match en que venció a Slosson; pero no le salió: estos son los mejores tacos del mundo. Fue un duelo grandioso, presenciado por un público de especialistas, del cual hacían parte nada menos que Sexton y Scheffer, en Montecarlo. Las butacas de entradas se vendieron a quinientos francos.

Guardó silencio un momento. Notó que el auditorio estaba pendiente de sus labios y sintetizó:

—¡El general, pues, acaba de realizar un lance sublime, que no le salió al genial Vignoux!

Los cortesanos, con afirmativos movimientos de cabeza, mirándose los unos a los otros, dieron a entender que estaban completamente de acuerdo con Pimentel.

El ceño del Invicto desapareció por un momento, con esa nueva ilusión que le hacían acariciar sus áulicos, de que era también el genio de la carambola. Pero pronto reapareció el ceño, y con él en la frente, se fue, silencioso, a un ángulo del salón, como un tigre a un rincón de su jaula.

Se sentó en una silla de extensión y empezó a descalzarse. Cuando los áulicos vieron que el Cabito se iba a quitar los botines, desaparecieron del salón. Poco después volvieron trayendo todos las pantuflas, y también todos, en procesión, retiraron los botines al dormitorio.

Desde el baile de Montálvez no había apetecido a ninguna de sus queridas, por más que estas lo llamaban en esquelas perfumadas, que los cortesanos le entregaban con gran sigilo a espaldas de doña Zoila. El polígamo, repentinamente, se había vuelto monógamo, por el apetito único hacia una sola mujer irreductible. No se acordaba ya de la Domínguez, ni de Rosita, ni de la Marquesita, ni de la Cubanita, ni de Manuelita Giménez; ningún caso le hizo a don Tello, cuando este, alborozado, le participó que la Omaña estaba otra vez en cinta, y que Chanita había salido del trance felizmente.

En todos esos días había sido casto. Ahora estaba somnoliento, con el malestar de los sementales entimpados, con la urgencia de la excreción fisiológica. El sátiro estaba triste de continencia, pero el sátiro no deseaba sino a Teresa.

Con la imaginación vivía evocando la imagen de la atrevida muchacha que había reivindicado sus flores, en un arrebato lleno de pasión, y lo había dejado plantado después; con la imaginación recordaba el contacto que sintió de sus carnes duras y núbiles, cuando se arrojó sobre él; con la imaginación la desnudaba y la poseía; la cópula espiritual hacía más urgente la cópula carnal. Aquella muchacha tan impulsiva, debía ser también una hembra de fuego. La impetuosidad irrespetuosa con que se le había echado encima a él, al hombre más grande de los tiempos modernos, hacía traslucir en ella toda clase de impetuosidad. ¡Y luego el aliento puro que exhalaba su boca, y el vaho que salía de su cuerpo, agitado por el baile, un vaho de juventud, sano y suave, sin mezcla de perfumes...

¿Por qué no se la habían traído todavía? ¿Por qué esa tardanza? ¿Para que ejercieran esas funciones no había hecho omnipotentes a todos sus favoritos? ¿No había dinero en las cajas públicas para vencer esa resistencia? ¿No había gendarmes en las prefecturas para raptar esa niña? ¿No era su fama suficientemente brillante para enamorar a esa virgen? ¿Entonces para qué sirve el dinero, ni para qué sirve el poder, ni para qué sirve la gloria?

—¿Tello? —llamó desde su rincón.

El gobernador se acercó temblando.

Y la terrible interrogación resonó en los oídos de don Tello, como el restallido de una fusta:

—¿Qué hay de Teresa? ¡Ya han pasado más de veinte días!

¡La temida pregunta había sido formulada por segunda vez!

Don Tello, tembloroso y lívido, no supo qué responder, y se acogió instintivamente a la grey de cortesanos, guiñando el ojo, no ya con expresión de picardía, sino de terror.

El Invicto se levantó y avanzó amenazador hacia el grupo de áulicos, que retrocedieron en masa, pálidos y temblorosos.

Se detuvo, y preguntó nuevamente mirándolos a todos, dominado por su idea fija:

—¿Qué hay de Teresa?

Nadie contestó.

La mano del Invicto se alzó como si los fuera a abofetear a todos ellos, y les arrojó a la faz este grito:

—¡Es que ustedes ni para eso sirven! ¡Los hago gobernadores, los hago ministros, los hago favoritos y no sirven ni para rufianes!

Les dio la espalda, y lleno de una cólera libidinosa, desapareció en las habitaciones interiores.

Los áulicos, silenciosos, se salieron uno a uno. A medida que atravesaban antecámaras y corredores, el aspecto de criados apaleados que tenían hacía poco, se fue transformando en el continente desdeñoso que ellos ostentaban en público. Cuando llegaron a la terraza exterior, de la reciente humillación se desquitaron dejando caer su soberbia sobre la multitud, que con envidia los veía salir. En presencia de esa multitud que desde la mañana esperaba pacientemente poder hablar con el Cabito, Torres Cárdenas se puso más serio, López Baralt se empinó más sobre los tacones, Efraín Rendiles se volvió más gritón, y de Castro reasumió sus actitudes de hidalguelo segundón.

Y decían sin detenerse a atender a los que se les acercaban:

—¡Está abrumado de atenciones! ¡No es cosa tan fácil restaurar una patria!

—¡Encerrado con sus secretarios trabaja en este momento!

—Los grandes problemas que actualmente tiene sobre su bufete de magistrado, reclaman a su cerebro el mayor recogimiento: ¡no puede recibir! ¡Vuelvan mañana!

---

Por las calles circularon rumores de crisis ministerial. Las cuestiones de faldas en los despotismos lascivos, toman a veces proporciones de cuestiones de Estado. Los proveedores se emulaban en dejar satisfechos al Cabito, y el favor de este, siempre oscilante, según quién fuese el último favorito que le había traído la mejor doncella, producía entre estos una emulación enconada.

Y esta emulación de los cortesanos, salía fuera, y sumía al país en una ansiedad más intensa que la lucha auténtica de los partidos, porque mucho más que los partidos, son irreconciliables y feroces las camarillas palatinas.

Todas las revoluciones habían sido debeladas. Los pretorianos con el arma al brazo estaban tranquilos en sus cuarteles. Los procónsules estaban tranquilos en sus provincias. Ya nadie vitoreaba a la patria para atraerse prosélitos, ni denigraba a los godos, para hacerse a prestigio. El pendón amarillo, triunfante definitivamente, sacudía al viento sus pliegues de gualda, que resonaban como foetazos en el gran silencio nacional. Habían desaparecido los grandes partidos y los grandes caudillos. El pueblo escéptico, cansado de dar la sangre de sus venas a sargentones repletos de toda clase de inepticias, menos las del robo, respiraba apenas entre las mallas de una férrea organización militar. ¡Era un hecho la paz inmovible, la paz impuesta por el genio del Invicto! Y sin embargo se vivía en un perpetuo pánico. De entre las ruinas de esta Varsovia desolada, surgían a veces voces de discordia, que algunos creían gritos de revuelta. En medio de esta calma escuchábanse diálogos, que las gentes

tomaban por arengas revolucionarias. Es que en el seno del silencio los sonidos tienen resonancias enormes; y las disputas que en las alcobas palatinas armaban los favoritos por el reparto, con encarnizamiento de quincalleros, resonaban en la calma nacional como el rumor poderoso de la rebelión.

¡Una crisis ministerial podía ser producida por la resistencia de una muchacha!

—¡Ni para eso sirven ustedes! —había gritado el Cabito a la camarilla imperante: y esa frase, lógicamente analizada, advertía a los miembros de ella, que si no servían para rufianes, tampoco servirían para favoritos ni para ministros.

Envueltos todos en el mismo vejamen y en la misma amenaza, de hecho se creyeron comprometidos todos en la misma empresa.

Olvidadas pequeñas disensiones, en el gabinete de la Gobernación que ya conocemos, se reunieron todos, para tratar de la situación. Parecía aquello un conventículo de los siete pecados capitales. La ira, la voluptuosidad, la gula, la avaricia, tenían allí su representación. Todos eran gordos y lucios, con esa obesidad que caracteriza a ciertos cerdos humanos que reducen todos los fines de la vida a esta sola función: nutrirse. La situación, según ellos, era grave. Don Tello estaba en desgracia, y la caída de don Tello de la Gobernación, era la caída de todos ellos del favor del amo, y la rehabilitación del general Juan Vicente Gómez, quien con asco supremo, más soldado que cortesano, se había retirado a sus haciendas, y les había abandonado el campo en aquella lucha de bajas complacencias en que la derrota no era la vergonzosa, sino la victoria.

¡Tantos enredos y complicaciones en la política de Venezuela, solo porque una muchacha estúpida no quería aceptar la fortuna que otras envidiaban!

—No valieron los halagos —dijo don Tello, después que hubo expuesto los medios empleados y los fracasos sufridos—; y tienen ese abuelo y su nieta valor para desafiarlo todo, hasta la miseria: el mismo día de mi propuesta mandaron las renunciaciones irrevocables de sus empleos.

—Deja que empiecen a pasar trabajos, entonces se rendirán.

—Pero eso sería obra del tiempo, y el peligro que nos amenaza es inminente.

—¿Un rapto? —preguntó otra voz en el antro.

—Con un rapto tendré una fiera enjaulada, pero no una doncella dispuesta a dejarse violar tras una lucha más o menos bien fingida. Esta se defendería de veras y el Cabito no podría poseerla, cosa que traería nuestra ruina con más seguridad que si no se la conseguimos.

Tras un breve silencio, don Tello agregó:

—Porque el Cabito quiere ser astrónomo todavía.

—¿Cómo astrónomo? —preguntaron curiosas varias voces.

—¿No saben ustedes lo ocurrido con un viejito zamorano, cuando nuestra recorrida por los llanos?

—No.

—Pues un viejito muy ladino, conversando con el Cabito, le dijo que los hombres teníamos tres épocas muy bien determinadas; en la primera somos astrónomos, y miramos al cielo; en la segunda artilleros y miramos al frente; y en la tercera sembradores y miramos a la tierra. El Cabito le dijo al viejo: «¿Usted se ha vuelto sembrador?» —«Y usted, general, ¿se ha metido a artillero?» — «No, yo soy todavía astrónomo» —contestó el Invicto, e hizo meter al viejo en un cepo.

En la estancia resonaron grandes risas, las risas con las cuales los cortesanos se han burlado siempre de sus amos, a espaldas de ellos.

Don Tello prosiguió:

—De la geniatura que le hemos discernido no se enorgullece él tanto como de su vigor sexual. ¿Cuánto hubiera sido el furor del César romano contra sus cortesanos si se hubiera encontrado en el circo con algún gladiador no dispuesto a dejarse vencer? Ese sería el furor del Cabito contra nosotros si le ofrecemos una virgen no dispuesta a dejarse violar.

—Pero bien, supongamos que esa muchacha se resista: el satirión de Revenga...

—Mi satirión ya no obra sino en una dosis que podría ser tóxica: ese organismo está cansado.

—¿Cansado después de esa continencia que lo tiene con un humor de mil diablos?

—Cansado, sí. Esa inconformidad, esa ira sorda, esa codicia insaciable con que se apodera de todo, esa sed de venganza con que manda atormentar y fusilar a sus enemigos, esa misma obsesión que ha cogido por una sola mujer y que le hace odiar a todas las otras, todo eso es debilidad nerviosa. No impunemente, durante tanto tiempo, se hacen ofrendas tan frecuentes ante los altares de Venus. Ese organismo no podría galvanizarse sino con una corriente que podría fulminarlo. Los que extreman su adhesión al Héroe buscándole mujeres, me han obligado a mí a probar mi adhesión extremando la dosis.

—¡Tú también se las buscas! —gritó don Tello, furioso con la indirecta y dejándose llevar de un gran berrinche que tenía contra el médico, porque extralimitando sus funciones de galeno, se había metido también a buscón—; ¡tú también se las buscas, y el otro, y el otro, y el otro!

Y se vio en la sombra que la mano de don Tello se alzaba sobre la frente de cada uno de los circunstantes, como si quisiera roturarles con un estigma de ignominia.

Se produjo una pequeña confusión.

La voz gritona de Efraín Rendiles dominó el tumulto:

Seamos francos: todos, todos se las hemos buscado, y estamos dispuestos a seguirlas buscando. Ese es el secreto de nuestro poder. ¿Acaso nuestra privanza se la debemos a nuestra linda cara, a que seamos inteligentes, o siquiera a que seamos valientes? No: se debe a lo otro: bien podemos decirlo aquí, donde estamos, puede decirse, en familia.

Con los pies al lado de los de Torres Cárdenas, que como de costumbre, guardaba silencio, Montálvez cavilaba. Aprovechó un momento de calma para preguntar:

—¿Como que oí decir que la muchacha esa tiene novio?

—Sí —contestó don Tello—; Juan, el que le hizo el chichón a Leici.

—Y al cual yo vencí en una lucha cuerpo a cuerpo —agregó Leicibabaza.

—¿Y lo ama? —tornó a preguntar Montálvez.

—Muchísimo —contestó don Tello—; tengo informes de que se iba poniendo loca cuando supo que estaba preso, y desde entonces ha enflaquecido notablemente: es de pasiones intensas.

Montálvez se restregaba las manos con satisfacción.

—¿Y no han comprendido ustedes que ese amor es la parte débil de esa joven?

—La parte débil —contradijo Corao—; a mí al contrario me parece la parte fuerte: por amor a su novio, por reservarse para su novio, esa muchacha no irá nunca a otros brazos.

—Pero también —arguyó Montálvez— por salvarlo, esa muchacha será capaz de todo... ¿Dónde está el novio?

—En la Rotunda —contestó Tello—, pero lo haré poner en libertad. El arrojo de Leicibabaza, que hizo abortar la revolución, hace ya innecesaria la detención del cabecilla —dijo don Tello, que a veces tenía placer en ensañarse con sus compañeros de pandilla

—No juzgo conveniente para la tranquilidad pública la libertad de

ese mozo —dijo Leicibabaza, que había acabado por creer en la proeza inventada por *El Constitucional*.

—Ni tampoco para la tranquilidad privada de todos los que nos encontramos aquí reunidos —dijo Montálvez—. Poniendo en libertad a ese Juan, perderíamos la única arma que podemos esgrimir contra su novia. Lo que esa muchacha no hará por salvarse ella, ni por salvar a nadie en el mundo, lo hará por salvar a su amado.

Las últimas palabras de Montálvez llevaron un rayo de luz a los favoritos.

El terrible cabecilla, vencido por Leicibabaza en una lucha cuerpo a cuerpo, fue trasladado esa misma noche de la Rotunda al cuartel de San Carlos. El novio de Teresa quedó entre las garras del general Montálvez.

## XIV

Los vecinos del callejón notaron que por el espacio de varios días los parihueleros no cargaron con ningún mueble, ni don Anselmo bajaba el callejón con ningún lío bajo el brazo.

El espectro del hambre no fue rechazado y se entró de rondón en la casa silenciosa.

La alegre columna de humo, que en los cuentos de viajes sirve de guía a los viajeros extraviados o moribundos, no se escapaba ya de la chimenea, ni subía al cielo como la bendición de los hogares dichosos.

Y en el rostro de los vecinos, embrutecidos por la miseria o por el vicio, aparecieron los nobles rasgos de la compasión.

Aquellas almas plebeyas, afinadas por la misericordia, desearon aliviar la mala situación de don Anselmo y de la señorita. ¿Pero cómo? Podían reunir entre sí algunas lochas, pero esto tenía apariencias de limosnas. Prefirieron llevarle trabajo a Teresa, y esta tuvo entonces para planchar ropa ya lavada y limpiísima, y pabilo para tejer capelladas. El pago de todas estas labores lo llevaron por adelantado las buenas mujeres.

Durante el día se vio a Teresa armada de la plancha, que ponía en sus pálidas mejillas suaves arreboles; por la noche, con el triángulo y la aguja brillante y larga, cuyo manejo le enseñó una de aquellas obreras, se iba a acompañar largos ratos a doña Manuela, y mientras tejía combinaban planes de libertar a Juan, de verlo siquiera.

Y se fueron poniendo rojas aquellas manos albas, deformándose aquellos dedos delicados, espatulándose aquellas uñas afiladas.

La hechura de capelladas casi le reventaba en sangre las yemas de los dedos. Con frecuencia, en el curso de la noche, tenía que sumergir las manos en agua para calmar su ardor. Sobrevinieron las ampollas precursoras de los callos, pero ella las reventaba, las vendaba y luego seguía su trabajo.

Un día hubo alarmas y cuchicheos en el callejón; algunos de sus habitantes fueron notificados de que debían desocuparlo inmediatamente, intimación que les hizo el policía de punto, de orden superior.

La medida se comentó, hiciéronse averiguaciones, se ataron cabos y se llegó a este descubrimiento: la orden perentoria de desocupación se notificó a las personas que proporcionaron trabajo a la señorita.

La superstición reemplazó a la compasión. Se le dio crédito al rumor que circulaba en torno a don Anselmo y su nieta: se les declaró llenos de mala suerte; se reputaron de guiñosos.

—No hay más que recordar su vida —decían en el callejón algunos individuos que a veces se veían entrar o salir en la Casa Amarilla—; fueron ricos y se arruinaron; tuvieron buenos empleos y los perdieron, buscan trabajo y no lo encuentran; al que los favorece lo obligan a desocupar la casa: guiña, guiña pura.

El egoísmo humano, el instinto de la propia conservación, triunfó en aquellas gentes ignorantes. La mala suerte, como la peste, es contagiosa, y se apartaron de la casa maldita, tapándose los oídos para no escuchar los gritos de angustia que pudieran salir de ella.

En nombre de la superstición religiosa se apedreaba antiguamente a las brujas; la moderna religión del Dollar tiene también sus supersticiones, y en nombre de una de ellas, la guiña, se apedrea a los infortunados.

La mala suerte es un estigma infamante para el moderno culto del éxito; ser vencido es una inmoralidad imperdonable en la moderna ética del lucro.

Y dicen los rechonchos apóstoles del Becerro de Oro: «Hay que apartarse de los caídos, es necesario huir de los vencidos, debe evitarse a los perseguidos. No des agua a los sedientos, ni de comer a los hambrientos, ni consueles a los que lloran. Todos ellos son unos viles porque son unos derrotados en la lucha de la vida. Si no puedes apedrearlos para eliminarlos, huye de ellos para que no te contaminen. Ellos no merecen vivir, porque la vida es premio que se reserva a los más aptos y a los más fuertes. Ellos, los pobres-hombres, no deben quitarles en la tierra espacio a los super-hombres. Ellos no deben entrar en la gran fiesta del mundo, donde se divierten los avispados, los millonarios acaparadores, los caudillos asesinos, los ministros concusionarios, los tesoreros desfalcadores, los generales que se venden al enemigo, y los traidores que delatan a sus compañeros. ¡Estos sí son grandes porque supieron vencer, estos sí son admirables, porque supieron triunfar! Para estos tened aplausos, tened incienso, tened genuflexiones, tened aclamaciones; para aquellos otros tened vilipendio, tened burlas aceradas, tened aislamiento implacable, y sobre todo, oponedles la contraguiña».

Por eso los vecinos del callejón huyeron de la casa en desgracia, haciendo fervorosamente la conocida seña con el índice y el meñique, y diciendo: ¡lagarto! ¡lagarto! cuando tenían que pasar por el frente.

Y de la casa abandonada escápabanse a veces, como una ironía macabra y retadora, las notas del piano, cuyas teclas oprimidas débilmente por los dedos lastimados de Teresa, decían todas las amargas y desfallecimientos

de aquellas almas y aquellos cuerpos. ¡Cuántas quejas se exhalaban en aquellas notas, cuántas plegarias subían a la altura en alas de aquellas armonías!

¿El ave canora tenía todavía su jaula y su música? Aquella muchacha, que según dijo Gumersindo Rivas, podría tener dinero como para comprar a todos los favoritos, e influencias como para hundirlos a todos si quisiera, ¿se había contentado con su casita y su piano? ¡Pues había que quitárselos como castigo de tanta imbecilidad!

El marido de doña Agustina llegó con un recado:

—Mi señora ha tenido que pagar como fiadora, al almacén de pianos, la cuota de este mes; dice mi señora que con mucho pesar tendrá que devolver el piano.

Don Anselmo que, por una delicadeza tonta que si hubiera sido conocida habría merecido la pública reprobación, no había querido cobrar anticipadamente el trimestre de su sueldo, tampoco había podido liberar su casa de la hipoteca que pesaba sobre ella. En la breve abundancia de unos días, solo había pagado los intereses atrasados de la deuda. Su acreedor era muy considerado; pero a este acreedor le propuso comprarle el crédito uno de tantos agentes secretos de la rufianería oficial. El agente ofreció una buena prima y el crédito fue vendido.

Don Anselmo recibió el libelo de demanda, contra la cual nada tuvo que alegar en su contestación; y después que estuvo aspado en los artículos de la ley sobre ejecuciones, el nuevo acreedor se le acercó para ofrecerle la hiel y vinagre de una transacción.

—¿Tiene usted, francamente, esperanzas de poder pagar? —le preguntó el acreedor—; yo estoy dispuesto a darle un plazo para ese pago

Con su voz entrecortada por la disnea, que hacía más entrecortada la pena de no cumplir su compromiso, contestó don Anselmo:

—¿Esperanzas? No señor. No tengo fuerzas para trabajar ni tampoco encuentro trabajo. Lo que gane mi nieta cuando consiga ocupación, no

creo que alcance para pagar la deuda; pero sí creo que alcanzará para pagar los intereses.

—Se trata de la deuda —dijo el acreedor con suavidad. —Y correspondiendo Ud. a la buena voluntad que le manifesté ahora poco, ¿no querría usted evitarme el dispendioso procedimiento judicial? Mejor sería la entrega de la casa por la deuda.

—Pero, señor, ¿es que yo no tengo a dónde irme! —exclamó don Anselmo, imaginándose que la razón de no tener a dónde irse era motivo suficiente para que un deudor impidiera a su acreedor el remate de la finca dada en garantía.

—En previsión de eso es que he venido a arreglarme con usted. El juez puede nombrar depositario de la casa y usted tendría que entregarla al depositario. Si usted me la da en pago de la cantidad demandada, yo me encargaría de los gastos de registro, y le concedería para buscar habitación, mayor plazo que el que le concedería el juez para entregar al depositario.

—¿Qué plazo me concedería usted?

—Seis días, ocho días.

—Está bien, acepto; dentro de ocho días creo haber conseguido a dónde mudarme.

—Y yo dentro de ocho días —dijo el acreedor— vendré a tomar posesión.

Firmóse la escritura en que la propiedad de la casa hipotecada era transferida en dación de pago al acreedor.

Contra la máxima de que los que no tienen qué comer están en el deber de no morirse de hambre, han tomado eficaces precauciones los posaderos y los dueños de restaurantes; contra la otra máxima de que los que no tienen dónde vivir están en el deber de no dormir a la intemperie, han tomado los caseros la medida del fiador abonado.



Don Anselmo no consiguió habitación, porque tampoco consiguió fiador.

Al cabo de los ocho días muchos obreros invadieron el domicilio de don Anselmo a hacer reparaciones en las paredes, los techos y los pisos. En medio de un ruido infernal de piquetas, martillos, serruchos y palustres, entre nubes de polvo y cascajo, caían las tejas, se derrumbaban los tabiques, hundíanse los cielos rasos, desprendíanse los pañetes viejos. No había sitio donde el polvo no asfixiara, donde los cascajos no golpearan, donde don Anselmo y Teresa no comprendieran que estorbaban.

Solo quedaba allá, casi desapercibido, uno de esos cubiles despreciables, donde se hacinan en un tonel mientras son botados, todos los desperdicios de las casas. Allí se asilaron ellos.

Los obreros respetaron el refugio y no extendieron hasta él las reparaciones. Pero llegaron los agentes del orden público, encargados de hacer cumplir tanto las garantías constitucionales como los contratos civiles; y los agentes del orden público, con su uniforme, su kepis, sus sables cariñosamente envueltos en bandas amarillas, sus ademanes insolentes y sus dicharachos brutales, ordenaron a los obreros sacaran a la calle los miserables enseres de los refugiados en la pieza oscura, para echarlos en seguida también a ellos.

—Nosotros no somos parihueleros, sino albañiles.

Los tajantes sables casi salieron a relucir, y como siempre, triunfaron sobre las inofensivas herramientas de trabajo.

Los trabajadores, con gran disgusto, cumplieron la odiosa tarea.

Fue ya a la hora del oscurecer.

A la mitad del arroyo arrojáronse líos precipitadamente envueltos, cestos de ropa blanca, envoltorios mal anudados, trapos convertidos en harapos, colchones convertidos en jergones. Botines desechos que los

pobres no botan porque les piden hasta el último instante de servicio, asomaban a través de los rotos las plantillas despegadas, como lenguas que hicieran a través de bocas hambrientas morisquetas de descaro doloroso. Todo lo fueron botando así, cruelmente, precipitadamente, exhibiendo las pobreza de un hogar miserable, cuyos habitantes sentían ante esta exhibición de su miseria, una infinita vergüenza, y todo ello rebotando, rodaba callejón abajo, con una indefinible apariencia de miseria que trata de huir y de esconderse.

Don Anselmo y su nieta, en el fondo de la pieza inmunda sentían cierta impresión de desnudez, algo así como si a través de los agujeros de sus miserables ropas dispersas por el callejón, todos sus habitantes, asomados con vulgar curiosidad a las ventanas o parados en las aceras, estuvieran mirándoles los cuerpos; y huyendo de estas miradas, instintivamente, buscaron los rincones más oscuros del antro.

—Ahora el piano —gritó un corchete en el corredor—. El marido de doña Agustina me dijo que lo hiciera llevar al almacén de Montoya.

—¿Y quién lo va a llevar? —preguntaron los trabajadores.

—Pues ustedes; ¿o creen que con el piano vamos a cargar nosotros?

Si pudiera expresarse el tono de voz con que el agente del orden público, tal vez futuro general, pronunció esas dos palabras: ¡ustedes, nosotros!

Era un tono de voz que establecía entre la palabra «ustedes» y la palabra «nosotros» la línea infranqueable que separa a los gobernados y a los gobernantes, a los que obedecen y a los que mandan, a los que cobran el impuesto y a los que lo pagan. Ustedes, es decir, los que laboran la tierra, los que sucumben en la guerra; ¡nosotros, es decir, los que no hacemos otra cosa que cobrar un sueldo, los que habitamos palacios, los que formamos parte de los séquitos que pasan bajo los arcos de triunfo!

La resistencia a obedecer aumentó en los obreros, unos por no cargar con el piano, y otros porque comprendían que aquel piano era la última

coquetería, el último recurso que le quedaba a aquella familia en desgracia; recordaban ellos el dolor que sentían cuando tenían que vender o que empeñar sus cuatros, los instrumentos con los cuales alegran sus horas buenas o consuelan sus horas malas.

Todos tuvieron el mismo pensamiento; no llevar el piano al almacén de Montoya. Esas inteligencias no descubren sino la relación próxima de las cosas, y creían que con no llevar el piano al almacén, se salvaba para la joven perseguida, sin considerar que a esta también la iban a echar a la calle dentro de poco.

—Ese piano no cabe por la puerta —dijo una voz bronca.

—¿Cómo que no cabe por la puerta? —preguntó uno de los corchetes—; ¿y por dónde lo metieron entonces, por el techo?

La pregunta del corchete era una de esas preguntas a las cuales no se puede replicar nada.

En el corredor resonó un coro de risas.

Pero la voz bronca, no se corrió:

—Para meter el piano, quitaron la puerta.

En el corredor resonaron nuevas risas.

—Güeno, güeno —tornó a decir valerosamente la voz—; midamos el piano y midamos la puerta.

—¿Con qué luz? Ya no se ve nada— dijo otro, presentando un nuevo obstáculo.

—Mejor es dejar eso para mañana.

—¡Sí, mejor es! —apoyaron todos los trabajadores.

Los policías no insistieron.

Había anochecido ya y la casita estaba completamente oscura.

La voz de uno de los policías resonó en la puerta de la pieza donde se hallaban don Anselmo y Teresa:

—¡Alza arriba, voy a echar llave!

Los refugiados, tropezando en medio de la oscuridad con los escombros esparcidos por el suelo, salieron sin saber a dónde dirigirse. Pertenecían al número de los orgullosos ineptos que saben trabajar, pero no saben pedir. Habían pasado hambre y no mendigaron un pan; desalojados de su casa, tampoco mendigarían abrigo. Y se lanzaron a la calle, ocultando en las sombras de la noche su dolor y su vergüenza, sin saber qué harían, ignorando a dónde irían, sin averiguar qué les aguardaría. Vencidos y altivos, sin tratar de resolver el problema irresoluble ni tratar de conmovier el destino implacable, encaminaron sus pasos a la puerta.

Doña Manuela los esperaba allí y los recibió en sus brazos. No mediaron ofrecimientos; en silencio los tres se dirigieron a la casita de más arriba.

¡La señora ofrecía su protección, cuando ella estaba necesitada de ser protegida! Había vivido todos esos días de ceca en meca, de ministerio en ministerio, de favorito en favorito, solicitando la libertad de Juan, o al menos el permiso de verlo en la prisión. Nada conseguía, ni siquiera una audiencia del presidente Castro o del gobernador Tello, para suplicarles a ellos directamente, sin interposición de persona que tanto amengua el calor de las súplicas, la libertad de su nieto. ¡Esfuerzos perdidos!

Los magistrados de la República en Venezuela resultan inaccesibles para los ciudadanos, más inaccesibles que los zares de Rusia para los siervos moscovitas. Es más fácil ver a Nicolás II, que a un presidente, o a un gobernador, o a un ministro. La preciosa tarjeta que fija a los ciudadanos, día y hora para ser recibidos por esos altos personajes, no se consigue sino merced a recomendaciones, y esas recomendaciones nunca las obtienen las personas desvalidas, como doña Manuela.

Un día entero hizo guardia frente al Palacio de Miraflores, a buena distancia de la entrada, advertida por los centinelas, que la hicieron retirar, para que no estorbara el paso a las carrozas de los privilegiados que podían entrar, porque ellos sí tenían su tarjeta.

Ya muy tarde, cuando anochecía, llegó una lujosa calesa, con galoneados y cordoneados cochero y lacayo en el pescante, pasó por en medio de las garitas de los centinelas colocados a ambos lados de la entrada, y describiendo en el patio interior una elegante curva, dio frente a retaguardia, quedando en disposición de salir nuevamente.

Una turba de vagos, granujas y mujeres de mala vida se habían agrupado en la calle para ovacionar al Cabito a la salida, aspirando a las monedas de níquel, que él a veces acostumbraba arrojarles en pago de esa muestra de popularidad.

De pronto en los corredores interiores, los edecanes se pusieron en movimiento y corrieron de un punto a otro.

Una porción de cortesanos, cuyas miradas respetuosas y sonrisas amables, convergían hacia el centro del grupo que ellos formaban, como tributo a alguien que era rodeado con solicitud por ellos y que no alcanzaba a verse, se acercó al carruaje. El valet de pied se bajó precipitadamente del pescante a abrir la portezuela; pero le precedió en el trabajo, casi enojado con el lacayo que le disputaba aquel honor, una de nuestras más esclarecidas glorias universitarias y científicas.

—¿Cuál es? —preguntó doña Manuela a una mujerzuela que estaba a su lado.

—Aquel que sube al coche en este momento.

El coche empezó a rodar; los cortesanos, sonrientes y cariñosos, le siguieron con la vista; los centinelas presentaron las armas; doña Manuela quiso acercarse.

—¡A la espalda! —ordenóle uno de los centinelas.

Retrocedió y agitando los brazos hacia el coche que ya pasaba, gritó:

—¡General! ¡General! —Y luego iluminada por un recuerdo súbito:

—¡Cabito! ¡Cabito!

Este no atendió: estiraba en ese momento el labio hacia adelante, abstraído en el pensamiento que le embargaba todos los instantes de la vida: la felicidad de la patria. El coche y los edecanes que galopaban a cada lado se perdieron de vista.

Otros días había hecho centinela en los corredores de la Casa Amarilla. A don Tello sí le conocía. Muchas veces lo había visto sin que le permitieran acercarse a él, sentado en su estrado, allá muy lejos, muy alto, muy grave, inaccesible también. Por fin un día cerca ya de las dos pudo abordar al gobernador cuando salía.

—¡Don Tello! ¡Don Tello! —gritó la viejecita caminando hacia él; pero fue tan desatendida por el gobernador como días antes lo fue por el presidente.

Pero no se desanimó y siguió con su terquedad de abuela amorosa trabajando por la libertad de su nieto. Los aduladores de tercero o cuarto orden, los que apenas logran hablar con los porteros de los favoritos, se tropezaron en los zaguanes con doña Manuela y explotaron su dolorosa impaciencia.

—Estoy cierto de conseguir mucho del prefecto de La Guaira —le decía uno—; somos amigos íntimos; yo le trato de tú, imagínese; pero la ida a La Guaira, la permanencia allá y el regreso, no se hacen con menos de veinte pesos.

—O'Brien ha abierto una campaña contra todos los revolucionarios: va a nombrar personas, nombrará a Juan y esto empeorará la situación de su nieto; pero yo podría comprar el silencio de O'Brien por veinte bolívares.

—Con un regalito que le hiciera hoy, día de su santo, a doña Zoila, yo podría ir esta noche a visitarla, y tal vez conseguiría la protección de ella para Juan.

Y la anciana dio a aquellos vividores lo que le exigieron por sus influencias mentidas, hasta quedarse sin nada en su casa, ni siquiera una silla que ofrecer a don Anselmo, quien se sentó en el poyo de la ventana, silencioso y afligido.

Doña Manuela, inmóvil y tímida, se hallaba sentada en un rincón del Despacho, llena de ese temor cuasi reverencial que a nuestro pueblo inspiran los magistrados de la República, temor que es descendiente legítimo de aquel respeto cuasi adorador que nuestros abuelos de la Colonia teñían por su rey y señor, a quien no nombraban nunca sin agregar la frase: «Dios lo guarde», quitándose el sombrero con fervoroso recogimiento.

Días antes el gobernador, en su casa, al fin se había dignado atenderla; había tenido la condescendencia de oír sus súplicas, había tenido la amabilidad de interesarse por su suerte; y el que había ordenado la prisión de su nieto, lleno de una gran magnanimidad, le dijo las condiciones con las cuales podía tenerlo en libertad.

—El gobierno tiene interés en recoger las armas que están por ahí regadas y con las cuales se amenaza la tranquilidad pública. Hay informes de que su nieto tenía comprometidos veinte hombres para la revolución.

—¡Para la revolución! —exclamó asombrada la señora.

—Y los iba a armar con veinte máuseres.

—¡Veinte máuseres!

—Que deben estar allá en su casa.

—¿En casa? —interrumpió la señora en el colmo del asombro...

—Y mientras esas armas no vengan al poder del gobierno, su hijo no saldrá de la cárcel.

La señora, sin alientos, se dejó caer en una silla.

Don Tello ordenó a un empleado, a quien nombró Flórez, que escribía frente a un gran escritorio, le diera a doña Manuela una tarjeta con la cual pudiera entrar al despacho de la Gobernación siempre que lo necesitara, y desapareció en las habitaciones interiores.

Flórez entregó la tarjeta a la señora:

—Cuando tenga los veinte máuseres, esta tarjeta le permitirá llegar hasta don Tello.

—¿Y yo de dónde saco esas armas? —preguntó al recibirla.

—Busque allá en su casa, busque debajo de los muebles, busque en el corral, busque en todas partes, y verá cómo al fin las encuentra. Son el diablo estos revolucionarios para hacer sus escondites. En estos mismos días encontramos un piano lleno de cápsulas.

—Le aseguro que mi hijo no es revolucionario, como tampoco es gobiernista; no le queda tiempo para eso ni lo necesita, porque vive de su trabajo.

—Los informes obtenidos sobre él demuestran lo contrario; traiga las armas.

—¿Pero de dónde las saco? —repelió con angustia la señora.

—Pues entonces cómprelas.

—¿Y con qué las compro?

—Solicite dinero entre sus relaciones.

—¡Si yo no tengo relaciones! Y en caso que consiguiera con qué comprar esas armas, ¿a quién se las iba a comprar yo?

—Mire —dijo Flórez en tono confidencial—; si no encuentra las armas de su nieto, que sí las encontrará, porque él las tiene; pero si no las encuentra ni consigue usted quien le venda veinte máuseres, traiga en su lugar veinte morocotas: así, dando morocotas en vez de máuseres, han salido muchos de la cárcel.

Y esa mañana revelando conjuntamente con su timidez cierta alegría íntima, había llegado a los salones de la Gobernación, cuando aún flotaba en el aire el polvo penetrante que los porteros armados con las escobas de espigas y los escobillones de plumas, hacen salir diariamente de todas las cosas y de todas partes. Había presentado su tarjeta y la habían hecho sentar allí donde la hemos visto, tímida, sumisa y alegre y al mismo tiempo, en un sitio especial, en el sitio que se indica a las personas cuyos asuntos se despacharán preferentemente, en virtud de la milagrosa tarjeta que presentaron al entrar.

Hacía ya rato que los porteros habían terminado sus quehaceres, y las escobas y plumeros habían vuelto a ocultarse detrás de las puertas y en los rincones. Se había asentado el polvo y se respiraba ya un ambiente de limpieza, un aire fresco, que venía de la plaza, cuyos árboles mecían su follaje verde a la altura de los balcones. Sobre los escritorios, sin un átomo de polvo, los papeles estaban ordenados y legajados; en los brillantes tinteros de cristal se había renovado la tinta; en los mangos de corcho, muy gruesos, brillaban plumas nuevas; y las cestas de papeles inútiles abrían sus anchas bocas al lado de los escritorios, en espera de la cotidiana y abundante ración de desperdicios, de que son fábricas infatigables las oficinas públicas.

Uno tras otro, a cortos intervalos, fueron llegando los empleados de la Gobernación, peinados, perfumados, afeitados con cuidadosa meticu-

losidad; unos silbando el vals o la cuadrilla de moda, otros tarareando a media voz las coplas pornográficas del morrongo, o las de actualidad política.

Esta copla:

Si acaso vas al sarao  
Y bailas con tu marío  
Se disgusta tu querío  
El negro Manuel Corao.

fue contestada con esta otra:

Para tumbar a Castro  
Se necesita  
Que Dios baje del cielo,  
De camarita.

Unos empleados llegaban ágiles, decidores, llenos del buen humor que tienen los que han dormido bien; otros, ojerudos, pálidos, con el adusto mutismo de los trasnochados, de los enervados, a los cuales de nada aprovechan ya las duchas de Soucy. Avanzaban hacia su escritorio, hacían girar la butaca sobre su eje de tornillo, se sentaban, conversaban entre sí los que quedaban próximos, y después de revisar cartapacios, barajar papeles y hojear copiadores en solicitud de la labor suspendida la víspera, sacaban del estuche la boquilla de ámbar, encendían su cigarrillo y se ponían a trabajar.

En la larga hilera de mesas se adivinaba cierta categoría: eran las vértebras del organismo gubernamental que se articulaban por medio de unas gradas al cerebro, el estrado donde el gobernador tenía su escritorio. El monumental tintero del gobernador, de recipiente reducido, parecía un torpe cetáceo de gran volumen y reducida masa encefálica,

indicando con ese simbolismo mudo que los gobernadores en sus intelectuales tareas administrativas no consumen más tinta que la necesaria para firmar. De igual forma son los tinteros de los ministros. Las mesas se extendían a lo largo de los salones, hasta terminar en el coxis humilde, una mesita fuerte, donde el último empleado de la serie se ocupaba en estampar en sobres y pliegos el sello de la Gobernación del Distrito Federal.

La importancia de los empleados decrecía a medida que su mesa quedaba más alejada del tablado del gobernador. Entre el cerebro y el coxis de la armazón oficinesca, como en toda nomenclatura oficial o política, cada vértebra, es decir, cada funcionario, tenía superiores e inferiores jerárquicos. El deber, extensamente cumplido, de ser obsequiosos con los de arriba, se compensaba con el derecho, ampliamente ejercitado también, de ser altaneros con los de abajo. Algunos empleados ecuanimes no cumplían ese deber ni ejercitaban tampoco ese derecho; no humillaban ni se humillaban; no saben ser insolentes los que no saben ser serviles. En cambio muchas frentes que se inclinaban hasta rozar el suelo con los cabellos ante los superiores, se erguían después por una especie de compensación moral, terriblemente foscas, ante los inferiores.

En la vida oficinesca, como en la vida áulica y en la vida política, el desquite, tendencia inevitable del hombre ultrajado, no se practica como en la vida ordinaria, amenazando siquiera con los puños al ultrajador, no. Del azote que cada quien recibe en las espaldas se venga en las espaldas siguientes del que le sigue en el escalafón. De los vejámenes que favoritos y cortesanos recibían del Cabito, se vengaban aquellos en los subalternos. El terror de los ministros en Miraflores o en Villa Zoila, se trocaba en arrogancia de los ministros en los ministerios y en las calles. Los ministros transmitían los vejámenes recibidos; por eso, cuanto más regañados, mostrábase más regañones. No podía ser de otra manera; en la escala de la política, que por un extremo desaparece entre nubes

de incienso y por el otro se hunde en simas infectas, cada trepador ve a la altura de su rostro un tacón amenazador, pero sabe también que al nivel de sus pies está el rostro de otro trepador. ¿Cómo devolver al de arriba el golpe que el de arriba da? Eso fuera invertir el orden. El golpe que recibe en la frente él lo transmite a la frente de abajo; son ondas de ignominia y de dolor que bajan sin cesar una tras otra, y que hacen tan compadecibles, y al mismo tiempo tan despreciables a los cortesanos.

En las oficinas de la Gobernación, los extremos de ese encadenamiento de sumisiones y altanerías, de esa fila de Frégolis, que con solo dar media vuelta presentan un califa o un genízaro, un sultán o un castrado, los constituían el gobernador, que no tenía, en su despacho por lo menos, ante quién inclinarse, y el empleado que hacía de coxis, que no tenía ante quién erguirse. A veces se miraban el cerebro y el coxis, el gobernador y el portero, ninguno de los dos, intelectual ni moralmente superior al otro, y entonces en los ojos de este era fácil leer todo un tratado de filosofías sobre las injusticias del destino.

Hacia el medio de la serie de escritorios, en un punto que podríamos llamar la región lumbar de la Gobernación, tenía su mesa Flórez, el señor aquel que doña Manuela había conocido en casa de don Tello.

Parecía muy atareado. No le prestó ninguna atención a la señora cuando ella le envió con la mano un saludo de conocimiento. Aquel señor estaba transformado, y practicaba con una gran gravedad el arte a que son tan afectos todos nuestros funcionarios públicos: el de darse importancia.

Unas veces se le veía absorto, en actitud oracular, delante del pliego de papel, sobre el cual parecía que garrapateaba los augurios de la política; otras se levantaba para ir en ademán de consulta a algunos de los escritorios de arriba; de cuando en cuando atravesaba el salón, acomodándose el lápiz rojo sobre la oreja, trepaba el estrado, desierto todavía,

porque no había llegado ni el gobernador ni el secretario, hurgaba las gavetas, y luego volvía a su asiento, trayendo en las manos algún pliego que leía cuidadosamente mientras andaba, pues no dejaba de trabajar ni aun caminando. No tenía vagar.

La movilidad de Flórez, su teje maneje, su ir y venir, aumentaban con el número de quejosos, querellantes y pedigüños que afluían en ciertos días a la Gobernación. La actividad intelectual de Flórez llegaba entonces a la concentración ensimismada; parecía un Arquímedes de la política que le buscaba un punto de apoyo a la Restauración, para que desquiciara al mundo.

Cabalmente a esa hora, a causa de la tardanza del ciudadano gobernador, los asientos de espera estaban repletos, las puertas obstruidas y los rincones atestados por la ciudadanía. Afuera, por los claustros, se oían los pasos y los diálogos de esa multitud tan conocida y siempre la misma, de picapleitos y pleiteanes, abogados y procuradores, peritos que venden su informe y testigos falsos que venden su testimonio a todo el que los necesita; multitud que a las once llega a su plenitud, y a las doce empieza a salir y a dispersarse de nuevo por la ciudad para volver al día siguiente.

El local, pues, estaba de bote en bote, y nuestro funcionario no dejaba pasar ninguna oportunidad sin hacer ver al público que tenía subalternos sobre los cuales ejercer actos jurisdiccionales, y que, a la vez, gozaba de la confianza de sus superiores; todos podían ver que cada vez que le daba la gana, escalaba el estrado, y esculcaba en el escritorio del gobernador papeles y legajos. Con frecuencia decía desde su asiento, con voz cortés pero llena de autoridad, breve y clara como un toque de campanilla: «González, téngase la bondad», «Pérez, ¿contestaron de Los Teques?», «Cazorla, óigame», «Martínez, ¿ya está eso?». El interpelado se acercaba, y se entablaba un diálogo que nadie entendía, en voz baja y animada, pero ininteligible.

Solo doña Manuela, desde su puesto privilegiado, pudo oír una vez a Flórez que con aire muy solemne y preocupado se acercó a una mesa de arriba, que vendría siendo una vértebra cervical. Hizo Flórez uso de la voz ininteligible y enfática, de la cual la concurrencia distante no podía oír las palabras, sino el énfasis, y dijo:

—Parece que tendremos hoy un día muy caluroso.

El otro empleado, muy serio, levantó la faz y contestó con la misma voz grave:

—Oh, sí, ¡el tiempo está insoportable!

—Ya se hace urgente que nos refresquen algunos aguaceros —tornó a decir Flórez.

—Urgente, sí, urgentísimo —contestó el otro, haciendo un enérgico movimiento de cabeza; el mismo movimiento de cabeza con que Agamenón debió decidir el sitio de Troya.

La ciudadanía presente pensaba que en esas idas y venidas, en esas conferencias, en esos cabildeos, se estaban resolviendo sus consultas o sus querellas, y ponía atención egoísta a aquel diálogo que no entendía. La vértebra cervical observó que era objeto de la pública expectación, y detuvo a su interlocutor que ya se iba, diciéndole: «Flórez, un momento», con la voz inteligible, cortés, pero llena de autoridad con que Flórez llamaba a sus subalternos.

Y el diálogo tornó a reanudarse con la otra voz, la que solo dejaba percibir la entonación:

—¿No sabe usted por casualidad qué pronósticos trae para estos días el calendario de Rojas hermanos? Es el único que merece fe.

Flórez se quedó en suspenso breves momentos, en la actitud del que piensa la respuesta que ha de dar a una consulta abstrusa y difícil de decidir. Al fin dijo arqueando mucho las cejas:

—No sé... ha sido un descuido... pero no he reparado.

—Está bien —exclamó el otro secamente, fingiendo una gran contrariedad.

Cuando Flórez atravesaba el salón, leyendo su papel, oyó que de un grupo partió esta exclamación, que era una recompensa a su febril actividad:

—¡Cómo marchara esta Gobernación, si no tuviera empleados tan competentes!

El gobernador no aparecía, aunque se iba haciendo muy tarde.

La ciudadanía, cansada de esperar, comenzó a retirarse; los escaños fueron quedando vacíos, las puertas expeditas, los rincones desiertos. Solo en los corredores continuaba todavía el ruido de pasos y conversaciones. Algunos bostezos, al principio aislados, extendieron al fin por todos los escritorios el contagio del apetito y del aburrimiento, y los empleados, en grupos de dos o tres, fueron abandonando también los salones del despacho.

Con la constancia tenaz de los desdichados, doña Manuela permanecía enclavada en su asiento, dispuesta a aguardar indefinidamente, imaginándose que el cielo premiaría su esperanza y su fe. Muchas veces había sonreído y se había quedado mirando al único conocido que encontraba allí, pero este, Flórez, tenía mucho de qué ocuparse, para hacerle caso a aquella vieja, una necia más que venía a molestar al gobernador. ¡Tanto que madrugó ese día la buena señora para venir a la Gobernación, y don Tello no llegaba! Creyó equivocadamente ella ¡pueblo ignorante! que un gobernador, esto es, un alto funcionario de la república, iba a llegar muy temprano a su despacho, a extender a una vieja cualquiera, la orden de excarcelación de un preso insignificante.

Y creyendo aquello, junto con su apariencia tímida, tuvo en la faz esa mañana, cuando entró a las oficinas, su airecillo de alegría ilusionada, una alegría que parecía iluminada con los destellos del sol naciente,



que penetrando por los anchos balcones abiertos, inundaban el salón y dejaban sobre el piso anchas fajas de luz, que encendían los colores de las alfombras.

La aleluya del rostro de la viejecita y la aleluya del sol de la mañana se hermanaron, para no durar, por desgracia, la una más que la otra. Los cuartos de hora tocados por el reloj de la torre se sucedieron unos a otros. A medida que el tiempo pasaba, las huellas del sol también fueron reduciéndose. Primero desaparecieron de la pared donde se estrellaban al principio; después la franja luminosa que se extendía sobre la alfombra, fue acortándose lentamente hasta convertirse en una pequeña zona de luz que brilló por unos momentos al pie de los balcones abiertos. Con la luz del sol que se iba, las alegrías de doña Manuela que con ella habían fraternizado, huían también, hasta no quedarle ninguna, cuando los rayos que el astro enviaba desde el zenit desaparecieron también del pie de los balcones, para caer afuera, en haces verticales, sobre el pavimento de la calle.

—¡Voy a cerrar!

El portero atravesó el salón, haciendo sonar un manojito de llaves.

Se oyó el ruido de una puerta; el reloj de la catedral daba las doce.

Doña Manuela tuvo que salir.

Los grupos que paseaban en el corredor se habían engrosado con los funcionarios judiciales, jueces de parroquia, jueces de departamento, jueces de primera instancia, ministros de las cortes Superior y Suprema, cuyos despachos, instalados en el mismo edificio de la Gobernación, cerrábanse también a esa hora.

Flórez, en medio de un corrillo, siempre celoso de la disciplina jerárquica, sonreía con amable humildad a unos, contestaba con altiva condescendencia a otros. Doña Manuela lo alcanzó a divisar, y con un arresto que era como un postrer tanteo a la fortuna, obsesionada por su

idea fija, sin saber lo que hacía, se fue, apresurando su paso vacilante de vieja decrepita y triste, hacia él, con el brazo extendido, ofreciéndole un pequeño paquete:

—¡Señor Flórez, aquí están las veinte morocotas!

La oferta llamó la atención; todas las caras miraron curiosas.

Flórez se volvió sorprendido:

—¿Qué dice usted? ¿Quién es usted?

—Soy la abuela de Juan, el mozo que remitieron preso de La Guaira; me dijeron el otro día, ¿se acuerda? que para libertarlo debía entregar veinte máuseres, o veinte morocotas; aquí están las veinte morocotas, porque lo que es armas, no se encuentran.

Y la mano trémula de doña Manuela, escarabajaba con el paquete por todo el busto del empleado, buscando un bolsillo donde metérselo, donde dejárselo, como pago adelantado de la ansiada orden de excarcelación.

¡Cosa extraña! Aquellos bolsillos que ejercían permanentemente una atracción poderosísima sobre las monedas de oro, se negaron esta vez a recibir las morocotas de doña Manuela. Porque Flórez tenía la intuición de la teatralería, con la cual han triunfado en nuestra política espectacular tantos cómicos de la legua. Con la mirada certera y rápida de los histriones de vocación adivinó que el destino lo ponía en camino y le presentaba la oportunidad de dar un golpe, un golpe que podría valer más, mucho más, que las veinte morocotas que seguían rondando sus bolsillos implacablemente cerrados.

Se había despertado la ambición de Flórez. La vértebra de los riñones pensó en la posibilidad de ascender a vértebra de la cerviz. Observó que todas las miradas estaban vueltas hacia doña Manuela y hacia él, y que por los corredores se extendía un gran silencio, el silencio que reina en los teatros, cuando se alza el telón. Comprendió que

estaba en plena escena. Se aclaró el pecho; su gravedad habitual presentó escorzos de honradez ofendida; su taciturnidad acostumbrada tomó apariencias de tristeza patriótica, y se dispuso a declamar una andanada de esas frases huecas que constituían el acervo periodístico y oratorio de la época.

Se le encaró a la anciana:

—¡La proposición de usted constituye un insulto para el Egregio Conductor de la Restauración Liberal, y para su leal teniente, el Gobernador del Distrito!

Estaba rojo de indignación y de cólera. No se oía ni el zumbido de una mosca. Agregó:

—Pasaron ya los tiempos en que se especulaba con las garantías constitucionales de los venezolanos; ya no se mete a nadie a la cárcel para que compre su libertad con dinero; la Restauración vino contra esos abusos de la oligarquía, y triunfante ya, los ha desterrado. ¡Hoy en virtud de una dura necesidad que tortura el sensible corazón del general Castro, si se ponen presos los revolucionarios, es para que no perturben la paz pública, esta paz fecunda a cuyo amparo se están desarrollando todas las energías de la patria, esta patria, señores, tan rica y feliz en el interior como respetada y temida en el exterior!

Flórez oyó el eco fugitivo de sus palabras que se perdían rimbombantes por todos los vericuetos de la Casa Amarilla; su voz le pareció hermosa; continuó:

—¡El atentado de su hijo contra el heroico, pundonoroso y denodado prefecto de La Guaira, era el primer paso de una revolución, y las revoluciones no se hacen sin elementos de guerra!

Aquí se admiró de sí mismo; se asombró de esa gran verdad que se le había escapado sin saber a qué horas, en la fiebre de la improvisación, «las revoluciones no se hacen sin elementos de guerra»; recapituló lue-

go, alzando mucho la voz, y manoteando muy cerca del rostro de la atribulada viejecita:

—¡Son, pues, las armas de su nieto, y no su dinero, lo que el gobierno necesita!

Repentinamente el histrión político quiso saber qué tal hacía un papel de alguacil; el orador se convirtió en espía. Después de un momento de pausa concedido generosamente por Flórez al público para que desahogara su admiración con una salva de aplausos, añadió insidiosamente:

—Las autoridades tomarán nota de que usted, una señora pobre, encontró quien le facilitara veinte morocotas. Usted sin duda debe estar en tratos con el comité revolucionario; ¡usted debe saber quiénes componen ese comité, que no se ha podido encontrar todavía!

Y gritó luego:

—¡Hipólito! ¿Dónde está Hipólito? ¡Llámenme a Hipólito!

Algunos oyentes se dispersaron en busca del jefe de la policía.

—Estas veinte morocotas las conseguí porque retrovendí mi casa —se atrevió a explicar doña Manuela.

Pero Flórez no oía ya nada. Contoneándose, satisfecho, empezó a bajar las escaleras, recibiendo los apretones de manos y los abrazos de felicitación que prodiga a todo éxito, por pequeño y grotesco que sea, esa turbamulta, tan conocida como servil, que llena desde hace treinta años los telegramas de adhesión partidaria a todos los que triunfan.

Una parte de la concurrencia, por cierto muy pequeña, contemplaba irónica o indignada aquel pequeño episodio de la gran comedia nacional; y en vez de seguir la corriente entusiasmada que se iba tras el protagonista triunfante, rodeó con cariñosa simpatía a la anciana desvalida, la cual temblorosa de miedo, repetía a todos los que la interrogaban la misma historia con las mismas palabras: que su nieto estaba preso, denunciado como revolucionario; que por su libertad le habían exigido

veinte máuseres de la revolución o veinte morocotas, y que había traído el dinero porque no sabía dónde vendían las armas.

En aquel momento, en los corredores, apareció, no diremos un general, para no acabar de deshonrar la palabra, sino uno de tantos individuos que enfundan todas sus villanías en un uniforme de general.

Un jovencito, estudiante por las trazas, cuando divisó al encharretado, iluminado por una idea súbita, se acercó a doña Manuela:

—No diré máuseres, pero ni siquiera chopos se encuentran ya: sin embargo, puede que todavía quede algún depósito en algún cielo raso, o en algún sótano. ¿Dice usted —agregó esforzando la voz para que oyera el militar— que está dispuesta a dar veinte morocotas por veinte máuseres?

—Sí, veinte morocotas americanas, aquí las tengo —contestó la anciana mostrando el paquetito que llevaba en la mano.

El jovencito dijo en voz baja a doña Manuela:

—Es probable que pronto le vendan a usted las armas que necesita para libertar a su nieto; solo que tal vez no serán de la revolución.

Doña Manuela no entendió aquello, ni trató de entenderlo. Cansada de sus años y de sus inútiles diligencias, apoyándose en las paredes, se dirigió a la escalera, ya silenciosa y solitaria, por donde en tropel se habían ido todos hacía poco.

El individuo vestido con el uniforme de general, se le acercó rápidamente, y con rudeza marcial le preguntó dónde vivía.

Doña Manuela admirada, pero sin tratar tampoco de averiguar el móvil de la pregunta, le dio maquinalmente la dirección de su casa.

Y el encharretado, como no sabía escribir, repitiendo las señas para que no se le olvidaran, bajó la escalera y se marchó corriendo en dirección de su cuartel.

## XVI

Del mismo modo que las músicas ruidosas, los cohetes bullangueros, las alabanzas pedestres, los himnos a compás que versificadores mediocres elevaban en todos los tonos, no tenían otro objeto sino impedir que a la conciencia universal llegaran los alaridos de un pueblo explotado y flagelado, así también en los patios interiores de nuestros cuarteles antrosos, las dianas victoriosas de los bronces marciales, que resonaron en los nevados andinos para llamarnos a la independencia y en los campos de Santa Inés para llamarnos a nuestras guerras civiles, se disipaban en el aire, nostálgicas de su gloria, avergonzadas de su prostitución, porque ellas no servían en el patio antroso sino para ahogar los golpes de baqueta y los alaridos sollozantes de algún revolucionario torturado.

Doña Manuela, aturdida con el ruido de las cornetas y tambores que resonaban en un claustro distante, entró en el calabozo, cuya puerta volvió a cerrarse después que pasó ella. En los primeros momentos no distinguió sino una densa oscuridad, y el ambiente acre y picante del calabozo que le cosquilleaba las fauces como si en él flotara un rapé fuerte y sutil. Luego oyó la voz conocida de Juan que desde un punto distante le decía:

—¡Por acá, abuelita, a la derecha! —acompañada de un ruido de cadenas que al parecer rodaban y se estiraban.

Orientada por la voz y por el ruido seguía avanzando, a tientas, tropezando aquí y allí con esteras, con eslabones férreos, con pies y brazos que se encogían al punto.

Pero a la anciana le parecía que no avanzaba. Oía la voz de Juan, siempre lejana, que decía:

—¡Mi pobre viejecita! ¿Cómo estás? ¿Cómo has podido llegar hasta aquí?

—¡Vengo por ti! ¿Pero qué es que no te acercas para abrazarte? No veo nada.

Al fin las puntas de unos dedos llegaron hasta ella para rozar sus manos extendidas en la sombra.

—¿Y tú por qué no me abrazas? —decía la señora con voz trémula y cariñosa, mientras seguía caminando a oscuras.

En ese momento palpó en las muñecas de Juan unos anillos de hierro.

—¡Ah, si te tienen con esposas! Pero ya vendrán a quitártelas.

Los ojos de doña Manuela, acostumbrándose a las tinieblas, fueron viendo poco a poco las cosas cercanas. Distinguió a Juan que extendía hacia ella las manos unidas por los hierros, sujeto de un pie al muro por medio de una cadena muy estirada a causa del esfuerzo que en ese momento hacía para acortar la distancia que lo separaba de ella. Grandes bultos negros se veían regados e inmóviles por el suelo: eran presos que dormían. Otros se incorporaban en las esteras, haciendo sonar al sentarse los eslabones de los grillos. A lo lejos debía haber más presos a juzgar por el ruido de cadenas, pero ella no los veía, pues sus miradas se perdían en las negruras del inmenso calabozo. En aquel calabozo, como en todos los que ofrece nuestro glorioso caudillaje al adversario político, no había sillas ni catres.

Juan, después que pudo besar muchas veces a la anciana en la frente, arrolló su estera para que se sentara.

—¿En qué duermes? —le preguntó la señora—; no dejaron pasar un catre que te mandé.

—Pero han tenido la generosidad de permitirme una estera.

Y se pusieron a conversar tendido, en voz baja, de cosas íntimas, de todo lo que habían dejado de hablar en tanto tiempo. El viaje de Juan por Barlovento, su regreso, las penas que habían pasado en el callejón, las diligencias, las interminables diligencias para conseguir la libertad de Juan, cuyo orden había traído ese día la misma señora y la había entregado al entrar a un oficial: la mala situación de don Anselmo y su nieta, el lanzamiento de ellos a la calle, y el asilo que les dio doña Manuela en su casa.

—Y don Anselmo tan enfermo, que no sé cómo camina; un día de estos temo que lo recojan muerto en la calle.

—¡Pobre señor! —exclamó Juan—. ¿Y Teresa cómo está?

—Muy triste y muy afligida, no tanto por las penas de ella, que son muchas, como por tu prisión. ¡Si la vieras! ¡Tan flaca y tan pálida que está, y tanto que llora!

Al decir esto doña Manuela, un vago olor de flores, como traído por el nombre de Teresa, se extendió por el calabozo. Doña Manuela había entregado a Juan un ramillete compuesto de pensamientos, miosotis y violetas, que Juan besó con infinita ternura.

—Son tus flores; ella logró arrancar algunas matas del tiesto, y las sembró en casa.

Afuera los clarines y los tambores seguían tocando sus dianas estridentes, que llegaban al calabozo amortiguadas por el espesor de las puertas y de los muros. De repente se abrieron las hojas de una ventana que daba al patio en el cual resonaban las dianas épicas. El ruido ensordecedor se coló por entre los gruesos barrotes, junto con ráfagas de aire

puro y claros destellos de sol que no lograron iluminar completamente el horror del antro.

Sobre sus esteras se sentaron los presos que todavía dormían, tocando con sus grillos una música que respondía a las músicas marciales. ¡El dolor de adentro hacía eco a la gloria de afuera!

Los detenidos estiraron las cadenas y los cuellos para observar lo que ese día ofrecería a sus ojos.

En la mitad del patio estaba un hombre en cuclillas, con los dos pulgares de las manos unidos con fuertes ligaduras, abrazándose las rodillas recogidas entre sus propios brazos, sobre los cuales le iban acomodando pesados máuseres. El peso gravitaba sobre las rodillas y sobre los brazos, sostenidos en la conveniente posición por las ligaduras de los pulgares. El torturado estaba sometido a lo que se llama un cepo de campaña.

Al lado de este, sujetado por las manos de cara a un pilar, al cual abrazaba con caricia macabra, un mocetón recibía sobre las espaldas desnudas y musculosas, los golpes que cuatro soldados le daban con sus varas, en presencia del cabo, que armado con un nervio de toro, estaba dispuesto a castigar al flagelador que no dejara caer su vara con todas sus fuerzas.

Allá más lejos, en un corredor distante, por medio de una polea pendiente del techo, empezaron a izar lentamente por los pies a otro infeliz: era la sogá llanera. El torturado primero quedó sobre las asentaderas, con los pies levantados por la sogá, y apuntándose el busto con los brazos tendidos hacia atrás; luego las piernas haladas hacia arriba por la cuerda, que seguía deslizándose por la polea, hicieron un ángulo recto con el tronco, echado de espaldas en el suelo; después solo los omóplatos y la cabeza tocaron tierra: ¡y la polea seguía dando vueltas lentamente, con la lentitud con que siempre han girado las poleas de todos los suplicios! El preso al fin colgando en vilo, sacudiéndose desesperadamente como

un inmenso gusano, barrió con sus largos cabellos erizados, el polvo del pavimento.

Doña Manuela, después de mirar un momento, se dio cuenta del horror de la escena, se cubrió los ojos con las manos y enmudeció aterrorizada.

El rostro de los suplicados expresaba el infinito dolor: las bocas abiertas y las venas de las frentes y de los cuellos hinchadas por el esfuerzo, daban a entender que gemían, que gritaban, que suplicaban desesperadamente, pero los acordes marciales no dejaban oír ni sus gemidos, ni sus gritos, ni sus súplicas; parecían las figuras gesticulantes y mudas de un cinematógrafo infernal.

Cuando ya no le cupieron más armas sobre los brazos y las rodillas al que estaba en el cepo de campaña, se las pusieron sobre las espaldas y la nuca, hasta agobiarlo; se veía que no podía moverse ni podía respirar: lo aplastaban. El peso que tenía sobre las rodillas, sobre los brazos, sobre las espaldas y sobre la nuca, iba como una resultante, a gravitar sobre la ligadura de los pulgares: para aliviarlos un poco, el preso había entrelazado fuertemente los otros dedos. Recurso inútil. De pronto las manos se desprendieron, los brazos se abrieron y las piernas se estiraron en el suelo al peso del rimero de máuseres, y bajo ellos, mancornado, quedó el suplicado, con la mano derecha sangrando copiosamente. Los tendones del dedo se habían reventado; el pulgar derecho, decapitado, se había quedado amarrado al pulgar izquierdo, con una fibra tendinosa, que le daba el aspecto de un nabo con su raíz.

Al flagelado, después de recibir doscientos azotes, lo habían desatado del pilar; sollozando, y escupiendo algunas expectoraciones de sangre, se dirigió a la pila que había en la mitad del patio, donde se puso a echarle agua en las espaldas llenas de esquimosis, con un bote de hojalata, uno de los mismos soldados que le habían golpeado.

—¿Quién es el de la sogá llanera? ¿Será Marrero, el que pagó el atentado contra el general Castro? —preguntó uno de los presos.

—No —contestó otro—, ese hace meses que ha desaparecido: tal vez se lo llevaron para el castillo de San Carlos.

—Tal vez ya se murió porque no se menea.

—¿Quién? ¿Marrero?

—No, el que está guindado.

El rostro de este, de rojo que había estado al principio, se puso después cárdeno y por último había tomado un color denegrido, como de hígado cocido. Con las manos se agarró primero de las piernas, para sostener algo levantada la cabeza, y librarse del aflujo sanguíneo, que ahogándolo, le invadía el pecho y el cerebro; en esa posición se sostenía algunos momentos, asiéndose de los pantalones, los cuales se rodaron, dejando descubiertas las piernas; las manos desfallecidas se soltaban, y el desdichado tornaba a luchar desesperadamente por readquirir la posición perdida, enterrando las uñas cispadas en las carnes de las piernas desnudas. El busto se encorvó hacia arriba cada vez más débilmente, hasta que faltó por completo de fuerzas no se encorvó ya más; solamente los brazos siguieron balanceándose hacia arriba, hacia el cielo, en ademán colérico de agarrarse de algo, o de protestar contra algo. Al fin los brazos inertes cayeron también hacia abajo y se cruzaron por debajo de la cabeza, en la actitud que expresa los supremos horrores.

Uno habló en el calabozo:

—Yo en lugar de uno de esos pobres hombres no sé qué haría más tarde, al encontrarme en cualquier sitio desierto al jefe del cuartel.

—Sería una injusticia —replicó Juan pensativo—; él no hace sino obedecer órdenes superiores. Si a ti te introducen el pie en un borceguí de tormento, ¿debes indignarte contra la cuña que te tritura el pie, o contra el martillo que remacha la cuña, o contra el brazo que descarga el

martillo? No, esa sería una imbecilidad: el odio lo merece el déspota que ordena el suplicio, y sobre él debe recaer el castigo; él es el único autor, los demás son instrumentos irresponsables.

En un rincón al cual no llegaban los rayos del sol, sonaron unos eslabones que alguien sacudía con fuerza, como para ahogar la voz de Juan en llamarle la atención.

A las prisiones llegan también espías, y los presos del calabozo estaban en cuenta de que entre ellos había un delator que trasmitía todo lo que hablaban al alcaide.

Este, ciertas mañanas, al hacer la requisita, dirigía a los detenidos algunas indirectas que eran como glosas burlonas y amenazantes de lo que ellos habían conversado entre sí el día anterior. Juan comprendió lo que significaba el ruido de los eslabones y se calló.

Pero otro de los presos dijo:

—Mire, señor presidente, puede dejar ya tranquila la campanilla con que nos viene llamando al orden, porque ya se llevaron al chismoso. ¡Lástima que ese pícaro denunciara la biblioteca! No pudiendo jugar barajas ni dados porque estamos muy separados unos de otros, tampoco tendremos qué leer ahora. ¡Estamos frescos!

—Algo nos queda; se llevaron *La Defensa de los Pueblos* y la *Esclavitud Voluntaria*; pero se salvó *La Tiranía*.

—Esa se salva siempre.

—¡Ah, se salvó lo mejor! —dijo otra voz.

—¿Qué, la tiranía?

—La de Alfieri, quiero decir.

—¿Te gustó más Alfieri que Spanzotti o que La Boetie?

—Sí: la cirugía me parece más eficaz que la terapéutica contra la enfermedad llamada despotismo.

—Yo creo lo mismo; ¡pero no hay cirujanos!

Eran unos libros que les había traído no se sabía quién, y que se habían conservado en el calabozo no se sabía cómo: eran libros de libertad, que formaban la biblioteca del calabozo, como había dicho uno de los detenidos con cierta amarga ironía, y habían pateado sucesivamente por las manos de muchos presos. Estaban sucios, pero sus hojas permanecían íntegras.

Alfieri, La Boetie, Spanzotti habían llegado en espíritu, hasta el antro.

Aquellos sembradores de semillas de libertad y de justicia, hablan depositado sus simientes en las almas de muchos perseguidos, sin que hasta entonces hubieran dado sus frutos en ninguna.

La venganza, extraña flor de justicia, nacía en esas almas, y esplendía, mientras duraba la prisión; después aquel sentimiento, en los que no expiraban en el calabozo y lo dejaban algún día, se olvidaba y moría al respirar el aire puro y al contemplar el sol claro: la libertad es tan bella que frecuentemente hace olvidar la lobreguez de los calabozos y la crueldad de los carceleros.

Si los legítimos proyectos de venganza que contra los déspotas nacionales o parroquiales se han fraguado en nuestras prisiones, se hubieran cumplido una vez siquiera, ya los déspotas de Venezuela no prodigarían tanto sus persecuciones. Pero el olvido estúpido, el perdón estéril, es uno de los defectos de nuestra raza impulsiva, incapaz de hacer nada después que ha pasado el crítico instante pasional, y ese perdón y ese olvido trae como consecuencia la impunidad de los déspotas.

—Bueno, pues: leeremos y releeremos a Alfieri hasta que lo aprendamos de memoria: ¡qué fastidio! —dijo el que momentos antes se mostraba pesaroso de no poder jugar.

—Pero ese fastidio podemos amenizarlo algunas mañanas con los suplicios del patio.

—¡Y esto es nada comparado con lo que sucede en el castillo de San Carlos! Este calabozo es un paraíso comparado con las mazmorras del castillo. Cualquier carcelero de estos es un ángel al lado de Jorge Bello. Los tormentos que aquí vemos casi todos los días, allá se mirarían como caricias gubernamentales.

Doña Manuela seguía con el pañuelo sobre los ojos, y escuchaba aquel diálogo sostenido en voz baja por personas que ella no veía, como si fueran personajes de una pesadilla horrible.

—Y dicen que nos van a mandar a todos para el castillo.

—Pues entonces despidámonos del mundo y de la vida: el castillo de San Carlos es una prisión de la cual nunca se sale, o se sale a morir.

—¡Mis amigos, no debemos desesperar ni por la libertad de nosotros ni por el bien de la república! ¡Rolando se mueve en el extranjero! —exclamó un oriental, animado de una alegría repentina.

—¡Y el Mocho también! —agregó un caraqueño.

—¡Y Riera! —concluyó un coriano.

El llamado presidente, desde su rincón, en una penumbra que lo hacía invisible, dijo:

—No creo en la eficacia de las revoluciones, porque no creo en la honradez de los revolucionarios. Venezuela sería un poco más feliz, si no tuviera tantos patriotas que se interesan por su felicidad. Venezuela es el país que cuenta más guerras, y es también el país que cuenta más déspotas. Nadie da lo que no tiene, y los caudillos, esencialmente hombres de atropello, no pueden dar a los pueblos lo que los pueblos necesitan: libertad y justicia.

—Eso no puede aplicarse a Riera, que tiene grandes sentimientos de patriotismo.

—En eso no se queda atrás Hernández.

—Rolando va a la vanguardia.

Se inició entre los presos un alboroto de partidarismo exaltado. El que ejercía la presidencia tocó la campanilla, es decir, hizo sonar los eslabones de su cadena con impaciencia, para hacerse oír.

—Lo mismo se dijo de Páez, de los Monagas, de Guzmán Blanco, de Crespo, de Castro: todos ellos eran patriotas, y de su patriotismo estamos palpando las pruebas. ¿Esos jefes que ustedes han nombrado, trabajan por derrocar a Castro? Enhorabuena. ¿Pero lo hacen por odio o por envidia? ¿Quieren derrocar del solio al déspota para subirse ellos, o para colocar en él la libertad? La dolorosa experiencia del pasado da a ustedes derecho para dudar: yo, por mi parte, no dudo. Y luego ¡lo que cuesta una revolución! Por medio de ella no se derrocará a Castro, sin sacrificar quince mil vidas por lo menos y muchos millones de pesos, fuera del descrédito exterior. ¿Si es el amor de la patria lo que mueve a esos revolucionarios, por qué quieren imponerle a la patria esa pérdida de vidas y riqueza? Si es el amor de la libertad lo que los impulsa, ¿por qué someten la libertad al veredicto incierto de una guerra costosa? ¿No tiene el brazo de ninguno de ellos fuerza bastante para apuñalar al déspota? ¿Por qué si quieren libertar la patria, no aceptan la responsabilidad personal de la muerte del tirano? Se llegaría al mismo resultado por un camino más breve y económico: en vez de quince mil vidas se sacrificaría una sola; en vez de millones se gastaría el valor de una cuchilla: el balance de tiranicidio contra la revolución no puede ser más favorable.

Varias voces se alzaron en protesta contra esas ideas extrañas y atrevidas:

—Eso no lo hará nunca Rolando.

—Ni Riera tampoco.

—Ni Hernández mucho menos.

—Sí ¡ninguno de ellos lo hará, bien lo sé —siguió diciendo el individuo invisible— y por eso es que dudo de todos ellos! Se puede con el

cadáver de un tirano a las espaldas, llegar a las cumbres de la gloria; pero no se puede, con el cadáver de un tirano a las espaldas, trepar las gradas del poder. ¡Ninguno de ellos lo hará! Nuestros revolucionarios quieren el poder, no la gloria.

—Riera, el honrado Riera, ¿teñirse las manos con la sangre de un asesinato? ¡Nunca!

—¡Rolando tampoco se manchará de esa manera!

—¡Ni el Mocho!

—Sí —murmuró el llamado presidente con una voz en que había un gran resquemor de amargura—; es un asesinato sacrificar a un déspota, para colocar la libertad en su lugar, pero no es un asesinato sacrificar quince mil labriegos, para obtener el fecundísimo resultado de que el general Riera, el general Hernández, o el general Rolando, reemplacen en el despotismo al general Castro! ¡Es un crimen el tiranicidio, la supresión de un hombre perjudicial, y no es un crimen la revolución, la supresión de miles de hombres útiles! ¡Las manos se manchan con la sangre de un déspota, pero no se manchan con la sangre de muchos hombres oscuros! Afortunadamente esas ideas erradas irán poco a poco desapareciendo. En la América del Sur, donde por una fatal concomitancia de herencias, de razas, de educación y de ambiente, el despotismo ha echado raíces profundas, las revoluciones, como recurso de libertad, han caído en descrédito. El remedio fracasado ante la enfermedad triunfante ha hecho pensar en un nuevo remedio. En estos países, donde el amor de la libertad no es un sentimiento que palpita en la conciencia pública, sino en la conciencia particular de algunos hombres selectos, que frecuentemente no son generales, estos hombres tienen con la patria un solo deber: redimirla; y un solo recurso: el puñal. El tiranicidio es la forma política del derecho de defensa, tan sagrado en las multitudes como en los individuos. Los atentados verificados ya contra algunos



déspotas, desde Méjico hasta la Argentina, son los titubeos de una idea que empieza; cuando esa idea llegue a ser una convicción en la conciencia del pueblo, el ciclo de los despotismos habrá cesado en Suramérica.

—¡Sí! ¡Para esa época ya los ratones les habrán puesto a los gatos su correspondiente cascabel! —exclamó alguien, haciendo reír a todos, menos a Juan.

Los cerrojos de la puerta del calabozo rechinaron en ese momento e interrumpieron el diálogo. La puerta del calabozo se abrió pesadamente y Montálvez, de gran uniforme militar, entró acompañado del alcaide y de dos soldados que traían las bayonetas caladas.

Los tormentos habían cesado. Los clarines y tambores habían suspendido también sus dianas encubridoras. Algunos gemidos agónicos del patio llegaban hasta el calabozo, junto con las risas estúpidas de los soldados.

Los presos puestos en pie se habían pegado de cara a la pared, en la posición que debían tomar mientras se hacía la requisa

Luego que esta terminó preguntó Juan a Montálvez:

—¿Quiénes fueron los atormentados de hoy?

—Desertores, revolucionarios y propaladores de falsas noticias.

—Yo creía que eran algunos grandes criminales; ¡la falta de alguno de ellos tal vez ha consistido en dudar que el Cabito sea el hombre más grande de los tiempos modernos!

Después de un rato de silencio agregó con mucha naturalidad:

—¿Por qué no los matan más bien? Usted ganaría: tienen los asesinos cierta grandeza que no tienen los atormentadores.

Juan, a pesar de la campanilla del presidente, hablaba calmamente, con un tono de voz que no revelaba intención de zaherir, sino de dar consejos saludables; después de un momento de silencio agregó:

—Y es también menos expuesto. No todos los vejados son como Enrique Infante, que demandó cuenta de los vejámenes sufridos, no a los que los ejecutaron, sino al prefecto Rómulo Guardia que los ordenó. Esa calma para raciocinar con lógica pocos la tienen: alguno puede hacer responsable a usted de las órdenes que otros dan. Mátenlos más bien. La sogá llanera no hace ruido; ¡mire!

Las dos manos de Juan unidas por las esposas se levantaban mostrando con los diez dedos extendidos, en una acusación inmensa, el cadáver colgante todavía, de cuya boca empezaba a salir un viscoso hilo de babas sanguinolentas.

Montálvez no descubrió todo lo que había de amargo, de indignado, en aquellas palabras.

Después de un momento de reflexión, Montálvez, convencido, hizo con una estupidez sombría la reflexión que se hacen todos los jefes de nuestras prisiones:

—Verdaderamente, lo mejor es no tener enemigos vivos.

Luego, mostrando a la anciana, preguntó:

—¿Y esta señora?...

—Esta señora es mi abuelita —interrumpió Juan sin presentársela

—Ella trajo unas armas y la orden de libertad para usted,

—Sí, ya se lo dije —intervino doña Manuela—; ¿ya vienen a quitarle los grillos?

—No, acabo de recibir contraorden.

—¿Cómo?, ¿contraorden? —preguntó aterrorizada la pobre señora—. ¿Y de quién?

Montálvez contestó con la frase con que se encubren entre nosotros, toda clase de atentados:

—De orden superior.

—¿De modo que no me llevo a Juan? —preguntó doña Manuela.

—No, hasta averiguar de qué manera obtuvo Ud. esas armas.

—Las compré a un individuo que fue a ofrecérmelas a casa.

—Ahí está el busilis, ¿qué individuo es ese?

—No lo conozco.

—Pues al gobierno le interesa saber quién es, para preguntarle de dónde sacó esos elementos de guerra, y si todavía tiene otros.

—Sin duda que tiene muchos más —exclamó Juan con amargura—, no mohosos como los que están enterrados, sino muy limpios, como los que están en los cuarteles. Puedo asegurar que ese individuo fue enviado por el jefe de alguno de los parques de Caracas a quien oportunamente avisaron que había un preso que necesitaba unos máuseres para salir de la prisión; ese es un juego muy conocido y ya debieran ensayar otro.

Y dirigiéndose a doña Manuela, le preguntó:

—¿Cuánto te costaron las armas?

—Veinte morocotas.

—¿Y cómo conseguiste esa suma?

—Retrovendí la casa.

Juan, abatido, calló: lo comprendió todo. Su abuelita había sido vilmente robada. Pero no se explicaba por qué lo retenían preso después de realizada la estafa. ¿Qué otro motivo habría, fuera de la codicia oficial? ¿El chichón de Leicibabaza? Juan hizo un gesto negativo. Una sospecha lejana caldeó su frente como ráfaga de un volcán. Recordó la propuesta del prefecto de La Guaira. ¿Todavía codiciaría el Cabito a Teresa? Pero se calmó pronto: ni doña Manuela, ni su novia le habían hecho sobre esto ninguna revelación.

Montálvez dijo a la anciana, sin hacer caso de las palabras de Juan:

—La indagación relativa al vendedor de las armas, conviene que la haga pronto, porque en estos días saldrán todos los presos de este cuartel para el castillo de San Carlos.

La anciana se puso fría de terror; se acercó a Juan y le preguntó en voz baja:

—¿No es ese el castillo del cual no se vuelve?

Juan sonriendo melancólicamente le contestó:

—Esas son calumnias de los enemigos del gobierno.

Doña Manuela salió del calabozo llorando, con el llanto tan triste de los viejos, que extiende el nublado de las lágrimas, sobre el otro nublado, más triste todavía, de las seniles pupilas apagadas; atravesó calles y empezó a subir el callejón, gimoteando quedo, con la timidez de los perseguidos débiles, que creen ofender a sus perseguidores hasta con sus gemidos.

En lo alto del callejón Teresa impacientemente esperaba a doña Manuela y a Juan; tenía flores en los cabellos, y sus vestidos ese día estaban más pulcros, lavados y planchados por ella misma.

Cuando vio aparecer a doña Manuela sola, y que se llevaba con frecuencia el pañuelo a los ojos, corrió a su encuentro.

—¿Y Juan? —preguntó.

—No lo pondrán en libertad —contestó entre sollozos doña Manuela— mientras yo no diga quién me vendió las armas. Los presos de esa cárcel, pronto marcharán para el castillo de San Carlos.

La palidez de Teresa aumentó hasta desteñir el débil y enfermizo sonrosado de sus labios.

—¡Siempre están diciendo eso, y nunca mandan a nadie! —dijo por calmar el dolor de doña Manuela.

—¿Tú no te acuerdas del hombre que vino a ofrecer los máuseres?

—No; vino de noche y estábamos sin luz; lo único que creo recordar es que tenía uniforme militar.

—¿Y del que los traje ayer?

—Tampoco; un carretero cualquiera, no fijé mi atención en él.

—Ni yo tampoco; sin embargo, si lo veo, creo que lo recordaré; voy a buscarlo; él me dirá quién mandó esas armas.

Teresa vio a la anciana bajar el callejón y la siguió con la vista hasta que cruzó la esquina. Después se entró a la casa y se abismó llorosa en negros presentimientos.

La noticia de que podían enviar a Juan para el castillo la anonadaba; lo mismo que doña Manuela, ella creía que esa era una sentencia de muerte.

¿Por qué tanto terror a la fortaleza de San Carlos?

El Cabito lo había dicho ya en muchos documentos públicos: «No quiero tener presos en mi administración». La frase del Cabito, la bella frase, cantada en todos los tonos por los citaristas de la prensa, y repetida en el extranjero por los agentes diplomáticos y consulares, puso a cavilar a muchos.

En boca del Cabito esa frase tenía un doble sentido aterrador; a través de su apariencia de piedad, dejaba traslucir una mala intención.

Los déspotas tienen sus ambigüedades, como los desiertos sus espejismos, y los escollos sus fatamorganas. El deseo de él, tantas veces manifestado, de que quería gobernar con las prisiones vacías, había que entenderlo. A primera vista revelaba una gran magnanimidad, pero también podía envolver una gran amenaza. Recordaba la amabilidad de Carriér, invitando cortésmente a sus víctimas a dar un paseo en bote, o la del papa Borgia, dignándose dar a besar el mortal anillo papal.

Lo que el Invicto quería decir había que preguntarlo a los agentes que sabían interpretarlo.

En las frases efectistas de este déspota beodo y lúbrico, que a lo lejos resonaban como promesas de perdón, había sentencias de muerte; en sus ósculos de paz, palpitaba el mordisco; abrazaba para estrangular. Era un cómico feroz.

¡El Cabito quería gobernar con las prisiones vacías!

Los cortesanos aplaudieron, los revolucionarios retrocedieron, los presos palidecieron, los carceleros abandonaron el látigo, y requirieron el puñal...

En el fondo de las selvas de África, en el espacio iluminado por alegre resplandor de fogatas, se escuchan a veces ruidos de timbales y risas dichas: se celebra tal vez allí una danza pastoril, quizá un banquete patriarcal, acaso una boda. Pero el curioso que se aproxime un poco y mire a través de los tupidos matorrales, descubrirá que es un festín de antropófagos lo que creyó idilio amoroso, percibirá estertores de muerte entre el ruido de los timbales, sollozos de angustia entre el eco de las risas, y el estallido de cráneos humanos entre la crepitación de las fogatas resplandecientes.

¡El Cabito no quería tener presos en su administración!

Frase hermosa, que tuvo de lejos la apacible alegría de las risas que estallan entre arcádicos cantos; ¡pero de cerca!...

A causa de esa frase, perfectamente entendida por los servidores del Cabito, en la sierra de Carabobo fueron fusilados unos infelices, que enloquecidos por una persecución implacable, sin rumbo ni concierto se fueron a los montes, en la inconsciente ceguedad de una dolorosa desesperación, a buscar la sociedad de las fieras, menos sanguinarias que los esbirros de Castro.

Por eso, porque el Cabito quería tener las prisiones vacías, Jorge Bello se desvivía por cerrar las bóvedas de su castillo; y las bóvedas iban quedando vacías en la misma medida en que se llenaba el cementerio de San Carlos.

Por eso, porque el Invicto no quería tener presos en su administración, los cadáveres del general Antonio Paredes y de diecisiete compañeros fueron arrastrados por el Orinoco al mar, como si el patrio río, avergonzado, buscara en la inmensidad del océano, profundidad bastante para esconder las huellas del inmenso crimen. Después de los asesinatos de los federales argentinos, ningún asesinato en masa de tanta magnitud, había ensangrentado la tierra americana. La Restauración del Norte fue digna de la Restauración del Sur. Castro no se le quedó atrás a Rosas, y la sombra de los ejecutores de la Mazorca, en saludo de compañerismo, tendieron sus manos ensangrentadas hacia los agentes del Cabito.

El día que los ministros, los presidentes de Estados, los jefes de cuarteles y de castillos, los periodistas, se hubieran dicho los unos a los otros por el hilo telegráfico: «Lo felicito, la Restauración no tiene ya un solo preso en las cárceles. ¡Llor a la clemencia del Invicto!», habría sido un día de luto nacional; y entre el himno de las acostumbradas felicitaciones recíprocas se habría oído el eco de los oficios de difuntos, cantados a media voz en todas las iglesias de Venezuela.

¡Ese día no llegó merced al absceso purulento que se desarrollaba en el ano del Héroe! ¡Aquel despotismo grotesco, debía tener una terminación inmundada! ¡El punto final de la mascarada trágica fue un foco de pus!

El castillo de San Carlos era una Bastilla que no devolvía sus presos.

Razón tenía pues, Teresa, en llorar como lloran las novias que tienen a sus novios sentenciados a muerte; y con razón también doña Manuela, desesperada y loca, por salvar a su nieto, se volvió a Caracas a buscar a un vendedor de armas a quien no había visto y a un carretero a quien no conocía.

## XVII

En la galería reinaba hacía un rato un silencio profundo. Teresa se levantó quedo, abrió la ventana, asomóse, hundió sus miradas inquietas en la sombra. Un estremecimiento de escalofrío recorrió todo su cuerpo. Ese año los nortes se habían presentado inclementes como nunca, y se entraban por el abra de Aguasalud derramando en abundancia sobre la ciudad los resfriados, las anginas, las pulmonías y la gripe. Todas las noches la muerte silenciosa, armada de su guadaña, cabalgando sobre las ráfagas frías, recorría el horizonte de Caracas en todas direcciones, castañeteaba los huesos de sus mandíbulas, reía con su risa cruel, miraba con sus cuencas vacías a todas partes, y silenciosamente, indiferentemente, sin ningún motivo ni de ira ni de odio, hacía su elección y soplaba su aliento gélido sobre alguna casa, por cuyas puertas, días después, pasaría el cadáver de alguno.

Un segundo escalofrío recorrió el cuerpo de Teresa, pero ella, agarrada a los barrotes de la ventana, por los cuales chorreaba el relente nocturno, seguía mirando en la sombra, a despecho del cierzo que le navajaba las mejillas y las manos.

Leves rumores de la vida interrumpían a veces, por cortos instantes, la calma del lugar y de la hora. Una voz de hombre y una voz de mujer dialogaron por breves momentos y luego se callaron. Bamboleándose y tropezando con las ventanas pasaron después algunos obreros borrachos. Las mantillas blancas de las mujeres de mala vida, se desplegaron un momento a la luz de las estrellas, y desaparecieron en el zaguán abierto a poca distancia, con el característico taconeo menudo y rápido. Lejanos golpes de aldabón, una puerta que se abrió al fin, y una disputa que fue apagada por la misma puerta al cerrarse. Un gato todo crispado pasó y se trepó a la tapia de enfrente, huyendo de un implacable fox-terrier que se quedó parado en la calle, mirando hacia arriba y ladrando colérico, hasta que fue llamado por una voz femenina:

—Alí, Alí, ven acá, amorcito, ven.

El silencio volvió a extender su imperio en las tinieblas.

Transcurrió un rato: la joven miró al cielo límpido; tal vez serían ya las dos de la madrugada.

En actitud de oír pegó nuevamente la cara a los balaustres. Otra vez se escucharon ruidos en el callejón. Eran pasos lentos de pies que se arrastraban, de pies que no hollaban arrogantemente la tierra con el talón, sino que, desfallecidos, se posaban de plano, como una súplica, sobre el piso. Aquellos pasos, luego que resonaban por un momento, se detenían de nuevo. Teresa los percibió, los escuchó atentamente, los reconoció después.

Abandonó la ventana, salió de la sala, atravesó a tientas el corredor y el zaguán que estaba a oscuras, y procurando no hacer ruido, abrió el portón y se lanzó a la calle.

El ruido de los pasos había cesado en ese momento. Teresa, dudosa, se detuvo. Los pasos resonaron otra vez cerca ya.

—¡Abuelito! abuelito! —gritó.

Escuchóse la tos sofocada que prepara la expedición de la voz en las gargantas jadeantes.

—¿Estás en pie todavía? —contestó don Anselmo—. ¿Qué haces ahí con este tiempo tan frío y húmedo?

—Salí a encontrarte.

—¿Cómo estás tú?

—Yo bien.

—¿Y doña Manuela?

—Hace un momento se durmió, porque dejó de quejarse.

El abuelo y la nieta se habían ya encontrado.

—Me tenías cuidadosa: ¿por qué tardaste tanto?

—¡Qué se yo!, yo mismo no lo sé —contestó don Anselmo.

Se apoyó en el brazo que le ofrecía Teresa, y los dos siguieron caminando lentamente hacia la casa.

Ya en la sala, don Anselmo raspó una cerilla y encendió una vela. La luz alegró con sus claridades la oscura habitación. Luego entregó a Teresa un paquete, que contenía pan, queso, galletas, papelón, una tajada de jamón, café molido y medio litro de aguardiente.

—Prende el reverbero y haz café; cena tú, si quieres; ¿habéis comido hoy algo tú y doña Manuela? —preguntó con doloroso ansiedad.

Teresa piadosamente no respondió: no había tomado nada en todo el día, ni había tenido nada que ofrecer a la anciana, cuando ya muy tarde, llegó de la calle, después de buscar inútilmente al carretero desconocido.

¡Día amargo había sido aquel! En la mañana don Anselmo desde el portón gritó a Teresa: «hasta luego», sin ser detenido por su nieta, que siempre le ofrecía un trago de café antes de partir. Con una voz que los sollozos hacían ofrecer como muy distante, la nieta había contestado:

«hasta luego», escondida en un rincón, para no ver los ojos del abuelito que le pedían la acostumbrada taza de café.

El anciano comprendió que en la casa no había amanecido nada; era el primer día de miseria absoluta en que no se había podido alistar la víspera, siquiera el desayuno del día siguiente.

Don Anselmo se fue por las calles en busca de buena suerte. Vagó al acaso, a la ventura, en solicitud de algún trabajo rápido, que le proporcionara con qué comprar las provisiones que necesitaba con urgencia.

Se entró al Registro Público. Tal vez necesitaran allí un testigo. Pero el Registro tenía sus testigos permanentes y el Registrador no admitía otros sino los suyos.

Tuvo una inspiración: se fue al mercado, esperando que se le presentaría algún mandado que hacer, o alguna encomienda que llevar. Precisamente era la hora en que se han hecho las compras y se necesita quien cargue con ellas. A muchas personas que tenían los brazos colmados de paquetitos les preguntaba si se los llevaba a su casa, pero los mandaderos se le anticipaban, arrebatában las compras a sus dueños, y con mucha oficiosidad, las metían en las cestas que cargaban al efecto.

Vagó inútilmente por todos los departamentos del mercado, por la venta de hortalizas, por la venta de las frutas, por la venta de la carne, aturdiéndose con el ruido, las discusiones y los gritos.

—¡Aquí está el maní tostado, no está crudo ni quemado!

—¡A beber la chicha fresca, conforta, chupa y aprieta!

—¡La tortica bejarana, que se come hasta sin gana!

Martirizado por el barullo y por la tantálica visión de la abundancia del mercado, que le hacía recordar la miseria de la casa, salióse a la contigua plaza de San Jacinto, y se recostó de codos en la baranda a la sombra protectora de uno de los tupidos matapalos.

Transcurrió el tiempo. Un reloj dio las diez. Lo que consiguiera cuando lo llevara al callejón, no serviría para el desayuno: ya había pasado la hora del desayuno; pero serviría para el almuerzo. Y se puso a buscar la manera de ganar un bolívar, un real, medio, siquiera medio; con veinticinco céntimos se compran seis bollos de pan, y con seis bollos de pan almuerzan perfectamente tres personas pobres. ¿Cómo encontraría medio, nada más que medio?

Las cavilaciones, las hipótesis, los proyectos febrilmente formados caían luego como castillos de naipes, para ser reemplazados por otros. ¿Qué haría? ¿A dónde iría? Pasó buen espacio de tiempo, y él seguía allí, de codos sobre las barandas de hierro. Su cerebro se cansó de idear inútilmente. ¿En qué pensaba al fin? En nada. ¿Qué se proponía hacer? ¡Nada! Sufría mucho solamente. Era ese estado de alma en que pensamientos y voluntad se anonadan ante los grandes infortunios. Cuando se llega a ese estado el alma no piensa ni resuelve ya nada: solo está triste.

Dieron las doce. La plaza y las calles que en ella desembocan, quedaron desiertas. Las tiendas, las peluquerías, los almacenes y las pulperías se cerraron. Ruido y olor de fritanga inundaron el ambiente, venidos del Pasaje Linares, cuyos restaurantes y cocinas veíanse atestados de revendedores del mercado, cocheros y caleteros, sentados antes mesas grasientas colmadas de grandes soperas humeantes.

Don Anselmo se desprendió de las barandas, y a paso lento, sin rumbo determinado, siguió su vagabunda correría.

Después de vagar largo rato llegó a la esquina de la Bolsa, siguió por el bulevar, pasó por enfrente del Salón Elíptico. Bajó el peristilo, sostenido por las cariátides que representan la Justicia y la Libertad, agrupábanse en aquel momento una porción de hombres graves y sesudos, que a pesar de su austeridad pensativa, mostraban sin embargo estar muy satisfechos de la vida. Eran los ministros de estado, que acababan de salir

de gabinete, y que colaboraban con el Cabito en hacer la patria dichosa, soñada por Bolívar, en la cual no hay seres perseguidos ni hambrientos.

El Cabito, imitador bufo de los grandes gestos y de las grandes frases, que llamó al general Juan Vicente Gómez, Salvador del Salvador, como Bolívar llamó a Bermúdez, Libertador del Libertador, imitó también a Enrique IV prometiendo que a ningún venezolano le faltaría el pan. En esa época arcádica, el viejecito que pasaba por allí, por enfrente de ellos, era un anacronismo increíble. ¡Cómo! ¡Un muerto de hambre! ¡Imposible! ¡Invenciones de los enemigos de la Restauración!

Al pie de los zócalos, charcas de orines elevaban un mefítico olor sexual, que podía atribuirse a las cariátides que, descaradas, medio muestran sus fealdades de hembras por entre los entreabiertos pliegues de los peplos. Por el medio de aquella justicia y aquella libertad con apariencias de bacantes pasaron a poco aquel presidente y aquellos ministros, con apariencia de malhechores, subieron a sus coches y se dispersaron.

Don Anselmo encontró al paso el botiquín La Francia. En el interior vio cómodas butacas, y un surtidor que refrescaba el ambiente con su lluvia de finísimas gotas. Era un asilo tentador para el bochorno de la hora y el cansancio que le doblaba las piernas. Entró, se dejó caer en una butaca. Un mozo se le acercó y le preguntó cortésmente qué deseaba tomar.

—No quiero tomar nada —contestó.

En la mesita de enfrente, Gumersindo Rivas, el periodista escupiti-neado por él, golpeaba en ese momento estrepitosamente el mármol con el puño de oro de su bastón.

—Este helado está aguado, este pastelillo está frío; Menelik, ¡avísplate!

Dos o tres sirvientes acuciosos enviados por Menelik, corrieron a atender a aquella hidropesía que alborotaba, se irritaba, y amenazaba romper el mármol de la mesa con sus golpes.

El mozo volvió a don Anselmo, y le preguntó nuevamente:

—¿Desea algo el caballero?

Don Anselmo agradeció aquella solicitud.

—No señor, muchas gracias, no tomo nada.

—Entonces —tornó a decir, el dependiente— perdone usted, pero las sillas son para los parroquianos que toman alguna cosa.

—Dispéñeme, yo no lo sabía —replicó avergonzado don Anselmo.

Trabajosamente se puso en pie y se alejó sin hacer ruido, para no llamar la atención del periodista, que con la empella encaramada en el cogote, y los entornados ojos de los glotones que comen, se inclinaba en ese instante sobre la mesita y chupaba a través de un canuto de paja el líquido opalino de la copa, en tanto que con el dedo hacía señas negativas sobre un pedazo de ponqué que le ofrecía el criado. Este sin enojarse con tanta necedad, antes bien mirando complacido en el dedo impertinente los destellos de un grueso diamante, volvióse atrás diciendo: «¡Ah, sí, es verdad: pudín!». El dedo, entre chisporroteos de chispas, seguía diciendo furiosamente que no. «¡Jamón?», preguntó entonces el dependiente.

El dedo se encogió; el hombre cesó de beber y levantó la cabeza; la empella carnosa desapareció bajo el ancho cuello postizo de la camisa; dio un resoplido de cachalote, expectoró copiosas flemas, las escupió y exclamó al fin:

—¿No saben ustedes que los jueves, a estas horas, lo que tomo es jamón? ¡El pudín lo tomo los domingos y el ponqué los martes, hombre!

Y siguió comiendo sosegadamente el jamón que le pusieron por delante.

Mientras tanto don Anselmo había llegado a la calle y miró a todos lados con cierto azoramiento. ¿A dónde iría? No quería volver a su casa con las manos vacías. El problema se había simplificado. No necesitaba

para el desayuno y el almuerzo. Esas horas habían pasado ya y estaban canceladas. Necesitaba solamente para la comida.

Se entró a la Biblioteca Nacional.

Allí estaba Landaeta Rosales, director de ella, en mangas de camisa, ensalivándose los dedos para volver las hojas de los viejos infolios que leía con atención. Landaeta Rosales cortésmente le entregó los periódicos del día a don Anselmo y se quedó mirándolo con mirada cariñosa. Para aquel infatigable coleccionador de fechas históricas, un viejo tiene la misma atracción de un archivo. Quiso interrogar a don Anselmo sobre un problema histórico: el origen de Piar; pero no se atrevió: comprendió que no estaba muy dispuesto a responder a sus preguntas aquel anciano, quien tomó un periódico cualquiera y se lo colocó ante los ojos en actitud de leer. Pero no leía; el pensamiento se iba en pos de una pequeña moneda, inasible y fugitiva. Las letras a veces saltaban sobre el papel: otras veces las letras desaparecían entre la negrura de grandes manchas negras, o entre la albura de grandes manchas blancas. «¡Medio, nada más que medio! ¿Dónde lo encontraré? ¿Tendré al fin que pedirlo?», se decía con gran aflicción Don Anselmo.

También de allí tuvo que salir al dar las tres el reloj. Se encontró nuevamente en la calle; pasó por el frente del gran Hotel Klindt.

Una nube de turistas, rojos y alborotadores como cotorras, reían y gesticulaban en el zaguán del hotel. Después se dispersaron por la plaza; ellas rubias, con blancas faldas y blancos velos flotantes alrededor de los livianos sombreros de fieltro; ellos blondos también, con los sombreros de jipijapa abollados en la copa, el ala arriscada por detrás y caída sobre los ojos, la Kodak en la mano.

Aquellas gentes felices tal vez serían generosas; ninguna de esas personas lo conocía; ¿las abordaría? Sí, ¡qué diablo! Pedirles a los extraños no es tan humillante como pedirles a los conocidos.

Un grupo pasó cerca de él. Era el momento oportuno. Tuvo impulsos de extender la mano, pero el impulso murió ahogado entre un oleaje de orgullo doloroso; la mano no se alargó, como si las articulaciones del brazo se hubieran soldado en una anquilosis repentina.

A este tiempo vio parada en la esquina del Principal a doña Manuela, que con los brazos en jarras, demostrando gran cansancio, se había quedado mirando fijamente a un carretero que pasaba con su carreta. La señora siguió después con su paso deslomado hacia la fábrica del Palacio de Justicia, observando siempre con gran atención a los carreteros que llevaban los materiales para las nuevas construcciones, o sacaban los escombros del palacio derribado. «Anda buscando qué llevar —pensó don Anselmo rojo de vergüenza—; ¡y cómo no, si yo, en cambio de la hospitalidad que nos da, nada llevo!».

Se entró a la catedral: allí por lo menos encontraría asiento gratis. En los escaños, mendigos de profesión, con el bordón entre las rodillas y las alforjas en el suelo, daban cabezadas, enervados por el bochorno. Frente a los altares, algunas mujeres arrodilladas oraban. Más arriba se oía la salmodia de los canónigos. En el fondo algunos puntos de oro, brillaban en la penumbra, como estrellitas prendidas por la esperanza. Don Anselmo se sentó. Junto con la noción de la vida, perdió por largo rato, en las naves semioscuras, la noción del tiempo. La gran campana de la torre que tocaba el Angelus lo volvió a la realidad. La catedral estaba oscura y desierta. Los rezos habían cesado, las luces se habían apagado, las puertas al cerrarse llenaban las silenciosas naves de sonidos profundos y vibradores que sacudían el aire, como los que preceden y acompañan a los terremotos.

Hubo que salir. La plaza Bolívar y las calles estaban ya iluminadas con los focos eléctricos. Entre el follaje de los árboles, el caballero de bronce, el Libertador quijote, se destacaba y hacía en el horizonte vespertino,



a alguna quimera desconocida, su saludo inacabable, con cierta sonrisa amarga en los labios, como si estuviera ya convencido de que la Dulcinea de sus amores no era más que una maritornes. Las avenidas empavimentadas de mosaico veíanse cruzadas por paseantes desocupados que en la vehemencia de la conversación a veces hacían una parada brusca y accionaban con calor, o por transeúntes que atravesaban la plaza y marchaban a paso rápido, en seguimiento o en compañía de esbeltas mujeres, que con los vestidos recogidos y ceñidos al cuerpo, bosquejaban una S grácil y ondeante.

Bajo los árboles, numerosos grupos dejaban ya sus asientos para ir a los botiquines cercanos a buscar el aperitivo, y los vendedores de dulces y maní colocaban sus azafates a lo largo de la acera de la iglesia.

Don Anselmo vagó un rato, con la actitud alelada. Por último se sentó en uno de los escaños de mampostería que rodean la plaza.

¿Pediría? se preguntaba por centésima vez. Era una vergüenza mendigar, y por otra parte se sentía desfallecer, y pensaba que allá arriba, en el callejón, también habría hambre.

Otro pensamiento acudió a su mente: ¿robaría?

Esta solución no le horrorizó menos que mendigar, pero tampoco le horrorizó más. La virtud necesitada y orgullosa desecha con la misma indignación pedir o robar. Si la necesidad sigue apretando, si el orgullo y la virtud caen vencidos, entonces los miserables robarán o mendigarán, según la ocasión. La igual repulsión a pedir o a robar, hace sospechar la igual aceptación a pedir o robar más tarde.

Don Anselmo, como todos los viejos inteligentes, gustaba de analizarse, de dirigir al interior del alma sus miradas introspectivas, y sintió cierto íntimo asombro de no sentir mayor horror ante la posibilidad de hacerse ladrón que ante la posibilidad de hacerse pordiosero, a la par que cierta fiera confianza en sí mismo para no ser ni lo uno ni lo otro.

¡Morir primero! ¿Qué le importaba que la miseria le ofreciera aquellas soluciones si él las desechara por igual?

A todas las almas la infamia o la necesidad les han dicho sus palabras insidiosas. ¿Qué hombre no habrá sentido alguna vez dentro de sí mismo propuestas viles? ¿Qué alma no habrá estado alguna vez insomne, oyendo que la vanidad, la ambición, la envidia, el egoísmo, le dicen: «Envilécete, estafa, adula, roba, asesina, para tener placeres y riquezas en palacios espléndidos, repletos de áulicos y complacientes?». ¡Qué mucho que para conseguir un pan la idea del robo se presentara en la mente de un hambriento al lado de la idea del pordiosero! Pero lo que le chocaba a don Anselmo era la igualdad en la repulsa de ambas soluciones. Habría deseado él haber sentido mayor horror por la una, por el robo, que por la mendicidad. Y sin embargo no era así. Todo lo contrario, ahondando más en lo íntimo de la conciencia, don Anselmo encontró que aquella igualdad desaparecía, y surgía una desigualdad más asombrosa aún. Contra sus ideas preconcebidas, contra su educación, contra sus creencias, el robo le fue pareciendo menos odioso a don Anselmo que el petardeo.

Los que están en cierta altura de independencia moral, los que son fácilmente buenos porque no tienen necesidad urgente de ser malos, no distinguen sino muy confusamente los límites de la vileza y del crimen, del mismo modo que desde la altura de los nevados apenas se perciben los relieves de las colinas. Delincuencia y villanía se ven en un montón informe igualmente repulsivos. Es menester descender al fondo para descubrir que hay unas faltas más repulsivas que otras, y que todas las almas que han caído, han hecho para caer, de acuerdo con sus propensiones, ciertas elecciones sombrías. «Si tuviera que estafar o tuviera que robar»... dice un día de desesperación el que a las pocas noches, después de una deliberación doloroso, estafa o roba. El bandido que valerosamente asalta a un transeúnte es porque tuvo vergüenza de hacerse cor-

tesano; el padre de familia que roba o asesina, es porque no tuvo valor para vender a sus hijas.

La situación en que se encontraba y que nunca en la vida había tenido, le hacía a don Anselmo revelaciones de su propia alma que él no conocía. Septuagenario, después de tantos años encontraba dentro de sí mismo sitios inexplorados. En que cada situación de la vida presenta al hombre nuevos sentimientos y nuevas ideas, como cada loma presenta al viajero nuevas perspectivas.

Se acordó de pronto del callejón. Se puso en pie y siguió su correría. Caminó mucho. Al pasar frente a un escaparate lleno de pastelería, miró a todos lados, asaltado por la idea de romper el vidrio. Siguió adelante. Era ya tarde de la noche. En el hueco de una puerta un limpiabotas contaba la ganancia del día, antes de enroscarse a dormir allí mismo. El anciano con el pensamiento comparó sus fuerzas con las del granuja y se encontró más fuerte; titubeó un momento; siguió adelante, sin embargo. El hambre y la desesperación iban ofuscado aquella mente, y con la ofuscación de la mente don Anselmo sentía la tristeza de la vida, el desprecio del mundo, el disgusto de sí mismo.

Las propuestas viles no las oía ya como dichas por una voz extraña que resonaba fuera de él: las escuchaba dentro de sí, no ya como un consejo ajeno sino como una resolución propia. ¡Y pensó que en la misma situación que él, había muchos padres de familia en Venezuela! Y tuvo una ira sorda contra todos los estados sociales y políticos dominados por favoritos corrompidos, contra los despotismos intoxicantes, eternamente corruptores, que en vez de fortalecer lo que hay en el hombre de bueno, y adormecer lo que hay de malo en él, despiertan los instintos o enardecen las necesidades que hacen villanos o criminales, lo mismo a los individuos que a los pueblos. «¡Oh los cortesanos! ¡Oh los despotismos!», exclamó con los puños cerrados.

Siguió su rumbo: ¿a dónde va? Él no lo sabe.

Cruzó una esquina: se encontró de golpe con un zaguán, en el cual una larga escalera que arrancaba en la puerta misma de la calle, se perdía en la penumbra del segundo piso. Algunos señores subían y otros bajaban. Traían estos pintadas en el rostro las huellas de las emociones fuertes: la alegría intensa que hace abrir las bocas de oreja a oreja y llena de arrugas las mejillas, o la desesperación callada que pone miradas oblicuas y torvas bajo el entrecejo fruncido.

Don Anselmo, arrastrado por un grupo, subió maquinalmente la larga escalera y llegó arriba. En el centro de un salón espacioso y profusamente iluminado agrupábanse muchos hombres, sentados unos, parados otros, alrededor de una mesa de tapete verde, frente a la cual, se embutía en un seno de la misma, uno de los ministros del despacho, convertido en tallador.

Entre las personas que se agrupaban alrededor de la mesa había ministros en ejercicio, exministros, y otros altos o bajos, insignificantes o importantes personalidades del politiquismo y del agiotismo de la Restauración.

Estaban allí todos los cortesanos que a la sombra del Cabito se habían adueñado de la república, desde ciertos pilletes, acerca de los cuales nadie podía equivocarse, hasta ciertas honorabilidades acerca de los cuales nadie se atrevía a desconfiar. Superintendentes de la renta de licores jugaban tan fuerte como los ministros, para desmentir a los que decían que el monopolio de la industria cañera no le traía a nadie ningún bien. El secretario del Tribunal de Primera Instancia contestaba a las apuestas de aquellos magnates de la banca y del desfalco, para evidenciar que la administración de justicia era una vaca tan lechera como los ministerios y los monopolios.

—Te arrastraron. Emilio Vicente: ¿cuánto pierdes?

—Doscientos pesos, pero yo los repongo en dos días de tribunal.

Las fichas de marfil cuidadosamente contramarcadas, tenían esa noche en aquel garito un valor convencional de mil bolívares.

La parada tan comentada en su tiempo, de mil onzas, del ministro Andueza Palacio, no llama la atención en los ministros actuales. Hay más caudales en las arcas públicas, los impuestos son hoy mayores y el peculado es más corriente. Todo esto es un adelanto. Los ministros de antaño dejaban pasar algún tiempo para adquirir sigilosamente, por medio de persona interpuesta, las propiedades que podían adquirir con el producto de sus rapacidades. Ese pudor convencional ha desaparecido. Ogaño hay más franqueza. Los pelagatos que por triquiñuelas incomprensibles llegan a ministros, edifican al poco tiempo palacios y quintas costosos, sin preocuparse de la opinión pública pervertida, que más bien que censurar, aplaude el gatuperio como una prueba de talento.

Corre sin contradicción en estos tiempos, como una verdad inconcusa, este aforismo de probidad administrativa: «La Hacienda Nacional es un río en el cual todos los venezolanos tenemos el derecho de meter nuestra totumita». La probidad pública solo se alarma cuando algunos ministros quieren llevarse todo el río para su casa.

Robar el tesoro público es dar muestra de inteligencia: por eso es tan crecido el número de intelectuales que tiene el país. Carnevali Monreal, mariposa política que tiende siempre el vuelo hacia todos los jardines en que se abren las flores de la victoria, hizo una novela de la cual nadie se ocupó; pero bastó que *El Constitucional* dijera que había dejado como gobernador de pocas semanas, un desfalco de cien mil bolívares, para que se hiciera justicia a la inteligencia del novelista preterido: «Es un talento robado a las letras por la política», dijeron entonces con profunda melancolía los críticos literarios. (\*)

---

(\*) *El Constitucional* lanzó un cargo semejante contra el gobernador Gustavo Sanavria: pero este se vindicó con la absolución que le dio una de las comisiones del Consejo. Es de sentirse que Carnevali Monreal no haya recurrido a este fácil remedio para rehabilitarse.

Guzmán Blanco, en quince años se robó doce millones: Crespo en diez años, se robó diez y seis. Castro en ocho se robó veinticinco. Indiscutiblemente es, y ciego será quien no lo vea, que progresamos asombrosamente en... el peculado.

El Cabito, como administrador, sin el deber de dar cuenta, de los fondos públicos, había introducido una novedad que no se vio ni en la Regeneración ni en el Legalismo. El Ilustre Americano, y el Héroe del Deber, en el saqueo del Tesoro, representaban la sociedad conyugal. Ni doña Ana Teresa, ni doña Ana Jacinta, abrieron cuentas corrientes en la contabilidad nacional. Doña Zoila de Castro tuvo su lista civil en el presupuesto, y formó en la sangría, por su cuenta, del país, su pequeño peculio de dos millones.

El matrimonio Castro explotaba el erario público bajo el régimen de separación de bienes.

Muy de malas estaba esa noche Torres Cárdenas; el banquero le había arrastrado ya cien fichas, por lo cual pateaba el pavimento, con una ira de buey cansado, haciendo brincar las fichas de marfil sobre la mesa.

—Te compro tus gallos, Julio —dijo Panchito Alcántara, descubriendo indiscretamente un deseo oculto.

—¿Crees que estoy arruinado, o sin crédito? —contestó este.

En apoyo de esta interrogación del escribiente favorito, el banquero le alargó una cesta repleta de fichas, diciéndole:

—Puede usted tomar todas las que necesite.

El presidente de Aragua, Panchito Alcántara, se encogió de hombros y esperó. Conocía al ministro del Interior. Sabía que tiene por costumbre no sacar una sola de las onzas de oro que guarda en su caja fuerte de muchas llaves. Antes que hacer eso vendería todo, hasta los gallos. Torres Cárdenas sacrificaba al juego todo, menos el oro que ya tenía guardado. Por esta razón no aceptó el ofrecimiento que le hacía el banquero; para

pagarle tendría que sacar dinero y él no acostumbraba eso. Jugaba en la noche lo que destinaba al juego, del producto de sus gangas del día, nada más; ni sacaba de lo atesorado, ni comprometía las entradas del día siguiente; tenía hasta en el juego el método inflexible de las capacidades mediocres y ordenadas, desprovistas de impulsos.

Se tiraron dos lances sin llevar ninguna apuesta de Torres Cárdenas, el cual a duras penas podía contenerse.

—Tú nunca me darás por mi cuerda de gallos lo que me cuestan —dijo por fin a Panchito Alcántara.

—¿Cuánto te cuestan? —preguntó este.

—Veinte mil pesos.

—Ya lo creo que no te daré eso; pero sí te doy diez mil.

—Vaya, cógelos por quince mil.

—Diez mil te doy, ni un centavo más.

—Son tuyos —dijo Torres Cárdenas suspirando.

Panchito Alcántara entregó cuarenta fichas de marfil.

La bolita con sus salticos caprichosos, seguía movilizándose en aquel garito, los caudales de la nación, entre una docena de favoritos.

Valarino y Revenga un poco separados de la mesa hablaban en voz baja y con calor.

El médico decía con cierto resentimiento:

—Ustedes tienen los telégrafos y la luz eléctrica; nada me ha tocado a mí del monopolio de los cigarrillos, ni del aguardiente, ni de los fósforos; la Guayana y el Orinoco pertenecen a Corao; ninguna parte me han adjudicado ni en el Fomento, ni en las Obras Públicas; las herencias yacentes se las coge íntegras Torres Cárdenas, quien sostiene con sus influencias, y con este objeto, al juez de primera instancia; el pavimento de las calles lo tiene Sárraga, que cobra por el metro cuadrado lo que

le da la gana, y le quita a cada trabajador dos o tres reales de su jornal; Graciano Castro se coge íntegros los paquetes postales, de tal manera que el descrédito de los correos de Venezuela es universal, y nos haría avergonzar, si nosotros tuviéramos vergüenza. Esas concesiones del Delta son lo único que me ha tocado de la Restauración, y en ellas no le doy parte a nadie: las tengo ya colocadas en individuos de mi familia.

—¿Y una partecita en las loterías? —preguntó Valarino.

—Las loterías ya no alcanzan para tantos. Hace poco doña Zoila le hizo saber al empresario que las loterías son una inmoralidad pública, y le manifestó, llena de indignación, que si no le daba dos mil bolívares diarios, ella se vería en la necesidad de interponer sus influencias en favor de las buenas costumbres.

Valarino dejaba hablar a Revenga, sin interrumpirlo; sabía que el médico, como restaurador del Restaurador, era omnipotente, y le dijo con jovialidad, golpeándole los hombros:

—No seas tunante, Rafael: yo sé que durante la enfermedad del jefe, todas las reservas y apartados que había en caja, seis millones por lo menos, han desaparecido, fuera de ocho millones más, que actualmente se deben al Banco de Venezuela, pedidos por ustedes. De eso a mí no me ha tocado nada. Pero no discutamos por pequeñeces. Se me ocurre una idea; ¿quieres que juguemos esas concesiones del Delta, a ver quién se queda con ellas?

El tahúr médico, que además estaba como de costumbre algo ebrio, se dejó seducir por la idea de jugar y puso las concesiones que ya eran de él, en peligro de que se las arrebatara Valarino en una jugada.

—Aceptado.

—¿A qué vas tú?

El galeno dijo entre dos hipos:

—Te dejo la elección.

—No, elige tú.

—Voy a pares, pues.

Se acercaron al grupo.

—¿Ya ustedes se arreglaron? —preguntó Gumersindo Rivas.

—Nuestras diferencias las va a decidir la suerte —contestó el interpelado.

—Igual solución le he propuesto a Carnevali Monreal, porque entre los hombres beneméritos de la Restauración, como apóstoles que somos de una causa santa, no debe haber malquerencias antipatrióticas.

—Buen exordio para una editorial, Gumersindo —dijo riéndose Valarino.

Carnevali Monreal y Gumersindo Rivas no se querían bien.

En la gira del general Castro a los llanos, de la cual iban a resultar grandes beneficios para el país, según dijeron entonces los áulicos, pero de la cual no resultó sino que el tornillo que exprime a la Guayana diera una vuelta más con el monopolio de la navegación del Orinoco, en esa gira, decimos, iban como horneros, Gumersindo Rivas y Carnevali Monreal, que transmitían diariamente a *El Constitucional* los episodios de la odisea presidencial. Gumersindo comprendió que su pluma de ganso no podía competir con la pluma ágil y galana de Carnevali Monreal, y resolvió quebrársela en las manos. ¿Cómo? Componiéndoselas con los correctores del periódico, para que las revistas de su émulo salieran tan llenas de errores, que no se podían leer. Gumersindo quedó solo en el monólogo adulador y Carnevali guardó su berrinche con el propósito de desquitarse en primera oportunidad.

—¿Cómo voy a aceptar —gritó Carnevali con aquella su cara despa-bilada— acaso soy tonto? La suerte puede serme adversa, en tanto que mis manejos son infalibles.

La respuesta de Carnevali Monreal, hizo comprender a Revenga, que era una tontería someter a la suerte la propiedad de una cosa que ya tenía en sus manos. Con amagos de retractarse miró a Valarino, pero este no le dio tiempo de que se aclararan completamente las ideas y le dijo:

—Ya sabes: pares tú, y nones yo.

Gumersindo Rivas seguía hablando con Valarino. ¡Estaba decepcionado! Había organizado por puro patriotismo la Imprenta Nacional, gastando nada más que millón y medio de bolívares del erario venezolano, para despertar la codicia de Carnevali, que creía que él, Gumersindo, se estaba haciendo rico. Esa era una suposición completamente infundada. Esa imprenta no le causaba al apostólico Gumersindo sino profundos sinsabores, y francamente, no la quería, no, no la quería. Hizo un puchero de sublime abnegación. De que se la quitaran estaba tan deseoso como el general Castro de apartarse del poder; pero a esos desinteresados deseos se oponía el ansia no menos grande, que uno y otro tenían de sacrificarse por la patria.

—Hagamos lo mismo con nuestros candidatos a la Gobernación de San Fernando de Atabapo; la suerte decidirá si se nombra tu recomendado o el mío —le dijo don Tello al ministro de Hacienda.

—Convenido —contestó el ilustre financista, con suma docilidad—; pero a condición de que la suerte decida también si en el Yuruari prevalecen o no los elementos de Zapata.

Don Tello, dudoso, se mesó la chiva un momento y por fin se decidió.

La ruleta seguía dando vueltas.

Don Anselmo salió del garito. Descendía ya los últimos peldaños, cuando sintió en la parte de arriba los pasos de otra persona que también bajaba la escalera.

Tenía el alma y el cuerpo agujajados por toda suerte de desesperaciones y de urgencias, y se plantó en la acera de la calle a esperar al que bajaba

detrás de él, para pedirle o robarlo, lo que hubiera lugar. Ya sabía él lo que tenía que decir al ejercer el papel de bandido, porque lo había leído en Gil Blas de Santillana siendo muy niño, y lo recordaba más o menos perfectamente; con voz de trueno diría al que venía detrás: «¡la bolsa o la vida!».

Y cuando tuvo frente a frente al transeúnte, cuando la mano tras un esfuerzo supremo se levantó crispada para pedir, y si no era atendido, para estrangular, dijo apenas:

—Deme... la hora, señor, y perdone.

El tahúr, preocupado, no entendió las palabras confusas; solo vio la mano estirada y depositó en ella una moneda.

Con la limosna compró don Anselmo fósforos, velas y provisiones, que entregó a su nieta, como ya lo hemos visto.

El anciano, después de sus luchas de dignidad y de conciencia, tenía el alma destrozada, como un campo donde se ha librado una gran batalla. Estaba enfermo; la disnea casi lo ahogaba; no quiso tomar nada. Deseaba descansar, deseaba dormir, deseaba olvidarse de todo, de su miseria, de su vejez desvalida, del porvenir incierto de Teresa, de los días siguientes, de los interminables días siguientes, que serían iguales al que ya había terminado. Preparó su lecho, un jergón tendido sobre el suelo, con un dobléz en una esquina que servía de almohada. Se quitó el paletot que traía, húmedo con el aire de la noche. De un clavo descolgó una vieja levita y se la puso, después descolgó un sobretodo tan viejo como la levita y se lo puso también.

¿Iba a salir de nuevo?

Hacía frío y su lecho no tenía mantas. Con su andrajoso traje de calle, convertido en traje de dormir, se echó sobre el jergón, abrigando como pudo los pies helados, entre los deshilachados faldones de la levita y del gabán.

## XVIII

Eran las altas horas de la noche. Teresa apagó el cabo de vela y se guardó los fósforos. Se salió al corredor. Una respiración cavernosa, interrumpida a ratos por accesos de tos fatigante, salía de la salita, convertida en dormitorio de don Anselmo, y monólogos quejumbrosos de cuando en cuando se escuchaban en la galería, donde se encontraba doña Manuela.

En la casita no brillaba ningún destello de luz; los acentos dolientes que salían del interior, se dilataban en las tinieblas, tomando inmensas proporciones de desesperanza.

Teresa, con el busto doblegado, dejando ver cierta acobardada expresión de vencimiento, cavilaba.

Había llegado al límite en que las energías no pueden más y se quiebran, en que los más altivos caracteres piensan en la súplica, en que junto con el cansancio viene la desalentadora sospecha de la esterilidad de la brega.

Sobre ella y alrededor de ella, había caído y seguía cayendo todo género de persecuciones. Desde hacía muchas semanas estaba atormentada en su alma y en su cuerpo, en sus afectos y en sus sentidos; dolor para

el corazón, desesperación para la vida, todo eso lo sufría ella, y lo veía sufrir a los seres que ella amaba, suplicio mayor que el propio sufrimiento, para un alma noble como la suya. Había tenido, sin embargo, valor hasta entonces. Pero ahora, esa noche, sencillamente desearía morir.

En la tarde doña Manuela, de vuelta de sus inútiles gestiones por la libertad de Juan, llorando hilo a hilo, le dijo que se lo habían llevado para el Castillo. Juan, pues, a esas mismas horas, iba en la bodega de algún barco de guerra, cargado de cadenas, camino de las torturas y tal vez de la muerte.

Y el pensamiento de salvar a Juan se había posesionado con más fuerza de ella. ¿Pero cómo? No se le ocurría medio alguno. ¿Qué haría? ¿A quién suplicaría? Clementina, la buena amiga de quien podía aconsejarse, se había marchado, según ella le dijo, para Valencia, días después que la propuesta del Gobernador referida por Teresa, le produjo a la honrada señora un agudo acceso de indignación.

¿Recurría a doña Agustina? También se había indignado, pero no con don Tello, sino con Teresa: «¿Qué perdías, tú, le había dicho, con haber aceptado las joyas y haber ido al estreno de la compañía de zarzuela?». Ella reanudaría sus fastidiosas prédicas. Por no oírla, Teresa resolvió prescindir de doña Agustina.

¿Pero entonces a quién recurrir y qué hacer? Ante estas preguntas halló su entendimiento cerrado, como si en él se hubiera entrado también la oscuridad que la rodeaba. ¡Necesitaba luz, luz para sus ojos y su inteligencia! Miró anhelosamente al cielo, pero en el oriente no asomaba ningún destello. Y embargada por sus deseos y por el cuidado de los dos ancianos, velaba y cavilaba, pasándose a veces la mano por la frente, como para apartar las sombras que le ocultaban la solución de sus males.

De pronto, en la sala, la respiración fatigosa se hizo gemidos. Las ásperas pajas del jergón sonaron con violencia, como si sobre ellas el cuerpo de don Anselmo se revolcara desesperadamente.

La joven corrió a la sala y encendió el cabo de vela. En un poco de agua echó el último resto del contenido de una botella que no llegó a la cucharada prescrita por el facultativo. Era un calmante que debía propinarse cada cinco minutos al anciano cuando le daban sus accesos de disnea cardíaca, que en esos días habían sido muy frecuentes y no le habían permitido dejar la cama. ¡La última dosis, no completa, y el acceso apenas empezaba! El farmaceuta de la esquina, codicioso de la hermosura de Teresa, muy amable, al principio, con ella, creyéndola fácil flor de miseria, esa tarde se había negado a despacharle la medicina, irritado por las negativas firmes de la joven.

Don Anselmo, incorporado en el jergón, con el tronco echado hacia atrás, hacía esfuerzos inauditos para respirar. Teresa se sentó en el jergón, lo tomó en su regazo y con cariñoso cuidado fue vertiendo lentamente la medicina en la boca ansiosa del enfermo. Cada deglución se deslizaba con dificultad y con ruido por entre las fauces resecas. El acceso continuó sin detenerse. Hincháronse las venas del cuello y de la frente; en la cara violácea pintóse la expresión de la asfixia. Con un periódico que halló a la mano y que dobló en forma de abanico, Teresa echaba aire sobre aquella faz que se desfiguraba con todos los horrores de la sofocación. Viendo la angustia de su abuelito, con cierto aturdimiento desesperado, creyendo tal vez que el cielo compadecido haría un milagro, alcanzó la botella vacía y la vertió sobre la boca entreabierta y suplicante.

De la botella solo cayeron algunas gotas.

La joven, con desesperación iracunda, lanzó lejos la botella, y se arrojó, tratando de levantar más el busto del moribundo.

El tropel de gemidos estrangulados fue después un tropel de estertores profundos que venían de allá muy adentro, de lo más hondo del pecho. Luego los estertores fueron silbidos, que también se apagaron a poco, para dar lugar a un imperceptible hálito que se escapó tranquilo de la entreabier-

ta boca de don Anselmo. La faz violácea se tomó pálida y tomó por grados una impasibilidad serena. A medida que se iba el tormento de la vida, volvía la calma a aquella faz. Los labios del moribundo pudieron moverse y dijeron unas palabras que no se oyeron; sus ojos, completamente serenos ya, se posaron con compasiva ternura en la joven, y se quedaron mirándola.

Teresa lo llamó:

—¡Abuelito!

No obtuvo respuesta.

Después se inclinó sobre él, y al oído, en voz baja, para que no oyera doña Manuela, le gritó:

—¡Abuelito! ¡Abuelito!

Los ojos del anciano se habían empañado ya con el vaho de la muerte.

Teresa ahogó sus sollozos, para no hacer tan pesada la hospitalidad que les había ofrecido doña Manuela. Su dolor no tuvo gritos, sino lágrimas silenciosas. Con infinito cuidado, como si su abuelito solo estuviera dormido y no quisiera despertarlo, colocó la cabeza de él sobre la esquina doblada del jergón, y lo miró largo rato, esperando que reviviría. Se inclinó para besarle y cerrarle los ojos. Cuando se irguió se halló completamente a oscuras: la vela había dado sus últimos destellos.

Era aquel un extraño velorio de miseria, silencioso y negro.

Los primeros destellos del alba esfumaron vagamente ante los ojos atónitos de la joven, en el suelo de tablas, como una gran mancha oscura, el cuadrilátero del jergón, informe y confuso. Después con la mayor claridad de la aurora surgieron los relieves, se destacaron los contornos, y apareció el cadáver de don Anselmo, las manos sobre el pecho, la frente nimbada por las plateadas canas y en la boca esa enigmática sonrisa de los muertos, llena de infinito descanso y de eterna despedida.

Anonadada por este golpe terrible continuó Teresa debatiéndose contra el dolor y la miseria, en una lucha desesperada e imposible.

Nadaba, cansada y extenuada, sobre un oleaje embravecido, llevando sobre sus espaldas a doña Manuela cargada de años, y a Juan cargado de cadenas.

Sola en el mundo, se habría dejado morir ya, envuelta en su cendal virgen, como en una bandera de virtud invencible, o se habría agregado a los grupos de desterrados voluntarios que abandonaban la patria despotizada. Pero ella no se pertenecía. No le era dable fugarse del campo del combate por la puerta de escape de la muerte o del exilio, porque tenía que proteger la vejez de doña Manuela, y trabajar por la libertad de Juan.

Doña Agustina, cuando venía, no cesaba de repetir esta frase de una ambigüedad horrible: «Estás así porque quieres».

Y una vez dijo además:

—Tu abuelo murió por falta de cuidados y remedios; tu orgullo lo mató.

¡Tu orgullo!

Esas palabras se le clavaron en el alma a Teresa con el dolor del remordimiento y con el hastío de la desilusión. Su resistencia no era virtud, no era heroísmo, era simplemente orgullo, ¡y ese orgullo había matado a su abuelito!

Y recordó entonces que sus negativas secas e indignadas habían irritado al boticario. ¡Hubiera sido menos orgullosa ella, y las cucharadas habrían tal vez salvado a don Anselmo! Y subiendo más, en las alas de malos pensamientos que a veces la llevaban por regiones negras, recordó a las Ordóñez, las muchachas que doña Agustina le presentaba como modelo, las cuales no necesitaban de boticarios porque tienen a sus padres rebosantes de salud.

El más sombrío de los arrepentimientos, con su dosis de despecho, se fue apoderando de aquella alma: el arrepentimiento del bien obrar. Por ser buena, por ser orgullosa, como decía doña Agustina, perjudicaba a



los suyos. Por salvarse ella, sacrificó a don Anselmo. ¿Es eso permitido? Pudo salvarlo, y lo dejó sucumbir. Sí: ¡ella pudo salvarlo! Un beso, solo un beso en la mejilla, le había pedido el farmacéutico, en cambio de las cucharadas. ¿Qué importaba habérselo dado? La huella de aquella boca no habría pasado de la epidermis, ni empañado su alma. La boca de aquel hombre habría rozado su piel como el hocico de un perro. Aquel contacto habría sido sucio, pero no impuro; esa suciedad la habría lavado con jabón y agua, y en cambio habría conseguido la medicina. Pero su orgullo, el maldito orgullo de que hablaba doña Agustina, lo había impedido. Desde entonces comprendió que había sido muy adusta, y que era mejor ser tolerante. En las luchas con el mundo se quiebran las conciencias rectas, y triunfan, como un florete, las conciencias flexibles. Estos pensamientos iban llenando poco a poco el alma de Teresa. Algunas gotas de lodo caían sobre las alas del ángel y sobre el cendal de la virgen; el oleaje incesante socavaba el acantilado; la gota pertinaz horadaba el granito.

Aquella pobre belleza de barrio, cuando se presentaba en las avenidas centrales, atraía las miradas de todos los hombres. Las declaraciones amorosas, las frases galantes que cuando iba por la calle le decían los transeúntes o le gritaban detrás de los mostradores los dependientes, no las recibía con la severidad de antes, sino que las oía sonreída. Las insinuaciones delicadas de los seductores finos, o las propuestas groseras de los seductores vulgares, las escuchaba desde el principio hasta el fin con una gravedad atenta, que casi quería decir: «lo pensaré».

A veces constreñida por un asedio hábil, tenía necesariamente que dar alguna respuesta categórica; y entonces acompañaba la negativa de sonrisas acariciadoras que eran casi una promesa. Su esquivez se había trocado en la amabilidad indiferente de las mujeres bellas, que no aman a nadie, siendo amadas de todos: en esa amabilidad igual sin preferencias que tanto excita la codicia de los hombres.

Su instinto femenino la había ido convenciendo de que las mujeres perseguidas no se defienden ni triunfan con la virtud, sino con el ardid. La segunda parte del consejo bíblico: «Sé prudente como la serpiente», no la empleó para no dejarse engañar solamente, sino además para defenderse. Luchaba ella sola contra todos, y el recurso de los débiles, la astucia, ella lo opuso contra los fuertes. Aprendió a manejar las terribles armas femeninas: las miradas y las sonrisas. Aquella alma leal se hizo astuta; aquellos labios castos, supieron de las sonrisas equívocas; aquellas pupilas inocentes ensayaron las miradas maliciosas. Fingió ser coqueta, tuvo la hipocresía del vicio, como otras fingen ser buenas y tienen la hipocresía de la virtud.

Urgida por la necesidad de sostener a doña Manuela y libertar a Juan, su alma, poco a poco, insensiblemente, se iba conformando con ciertas renunciaciones parciales: ¿vendría después la gran renunciación total?...

Con su nuevo modo de ser, por lo menos conseguía para la viejecita los recursos y medicinas que le faltaron para don Anselmo. Pero la viejecita, a pesar de todo, se moría. Las almas enfermas contagian sus males a los cuerpos, y doña Manuela tenía el alma muy enferma. Cuando se convenció de que la salvación de Juan era muy difícil, casi imposible; cuando se vio desoída de todas las personas influyentes con quienes hablaba; cuando se cansó de estarse parada en los zaguanes de los poderosos sin que la mandaran a entrar; cuando los porteros de los ministerios empezaron a tratarla mal, y eran las espaldas cruelmente vueltas hacia ella, donde se estrellaban sus gestos de súplica, desapareció el valor que la sostenía en pie, y se abandonó a la desesperanza inerte e inactiva.

No creyó que la libertad de su nieto pudiera ser obra humana; solo Dios la realizaría haciendo un prodigio; y se sentó a llorar silenciosamente en espera de la muerte, desconfiada de Dios e incrédula del prodigio.

Su vida era un silencio continuado y sombrío. El sueño había huido de sus ojos, abiertos siempre, con una alelada expresión de miedo. Por

las noches, cuando algún rayo de luna o algún relámpago atravesaba los postigos de la ventana, Teresa veía los ojos de doña Manuela siempre abiertos, como centinelas aterrorizados que esperan una mala noticia.

Se moría poco a poco y no se quejaba. Sus penas, que habían suplicado tanto y tan inútilmente, tenían ahora el mutismo más triste que los sollozos, de los dolores que nada piden porque nada esperan. Solo a veces, en el silencio de la noche, cuando se iba de un rincón para acurrucarse en otro, monologaba frases confusas y nombraba a Juan. La escena que presencié en el cuartel de la Trinidad se le aparecía distintamente con todo su horror en sus largas noches sin sueño. De la sogá veía colgando un cuerpo que era el de Juan; oía golpes de vara y gemidos, en los cuales reconocía la voz de su nieto, que se sobreponía poderosa y doliente a los acentos del clarín y a los redobles del tambor. Estas visiones la poseían; las veces que Teresa regresaba de la calle, se quedaba mirando a la joven como si le trajera ya la noticia siniestra.

Mientras tanto la desgracia de la camarilla continuaba en aumento. Don Tello había sido echado de las habitaciones íntimas de Palacio; a Rendiles le habían quitado las canonjías de que disfrutaba; al saludar a su médico Revenga, el Cabito solo le alargaba la punta de tres dedos; Torres Cárdenas solo contaba con dos dedos; Corao con uno, el índice, que Corao sentía revolverse en su mano, como si tuviera la intención de escapársele para siempre. La manecita blanducha regateaba su protección a los áulicos. Después que solo dio unos dedos, los dedos, a su vez, solo dieron unas falanges, de acuerdo con un arancel de favor cada vez más restringido. ¡Sentíanse perdidos! La caída de la gracia del amo no significaba para ellos solamente la pérdida de la explotación que ejercían en todos los ramos, sino también el rendimiento de cuentas y la reintegración de los millones sustraídos.

Los cortesanos, angustiados, se llamaron a capítulo:

—Hay que raptar esa muchacha —opinó la mayoría— y entregársela al jefe; después que él se entienda como pueda con ella.

—Raptarla es lo más fácil, pero esa muchacha se defendería como una pantera, entonces él la mataría, y en la furia quién sabe qué haría con nosotros. Pido unos días más, solo el tiempo necesario para intentar un último ataque.

Esta opinión de don Tello prevaleció. Y esa misma tarde Clementina Blanco abrió el portón y llegaba al corredor de la casa de doña Manuela. Teresa al verla, sedienta de consuelos, le echó los brazos. Clementina, con fruición cómica, la estrechó largo rato entre las suyos y ensayó un sollozo. Entraron a la sala y se sentaron en los poyos de la ventana.

—¿Pero qué es esto? ¿Qué ha sucedido aquí? —preguntó Clementina enjugándose los ojos y girándolos a todos lados con una gran expresión de asombro—; sabía que has tenido grandes penas, pero no que estuvieras en casa ajena, ni en tal estado de miseria. ¿Qué es esto?

Y después de un rato en que Teresa no hacía sino llorar, agregó:

—Supe en Valencia la muerte de don Anselmo y no te escribí porque me proponía darte en persona mi pésame. ¿Y doña Manuela?

—Allí dentro está en el paraqué.

Clementina, melosamente, corrió a saludar a doña Manuela, la cual, sin levantarse de su puesto, extendió los brazos, más para contener que para recibir el saludo.

—¿Y Juan? —preguntó cuando volvió a la sala.

—Está preso.

—¡Preso! ¿Aquí en Caracas?

—No, en el castillo de San Carlos.

—¡Dios mío! ¿En el castillo? —exclamó Clementina con terror. — Eso es tanto como estar en capilla. ¿Y por qué está preso?

—Porque lo acusan de revolucionario.

—Pero eso debe ser un chisme. ¿Tú crees que Juan sea revolucionario? No, ¿verdad? Pero eso es peor para él. Han salido y salen de las prisiones los conspiradores notables, los heroicos caudillos, que pueden suscribir una adhesión que le da prestigio al gobierno; pero no salen los insignificantes, los que llegan a un calabozo sin saber por qué, los desconocidos cuya adhesión al gobierno no le agrega al gobierno ninguna gloria, ni siquiera la de la magnanimidad; esos se quedan olvidados en el calabozo, del mismo modo que el botón de hueso, que se ve entre botones de brillantes, no sale nunca del estuche a adornar la pechera del dandi presumido.

Después de unos momentos añadió:

—Sin embargo, muchos presos han salido pronto de la prisión, ¿sabes? Pero es porque los han llevado al cementerio.

Teresa se inclinó hacia Clementina para decirle:

—¡Hable paso, hable paso! Doña Manuela está al lado —y preguntó en voz baja:

—¿Los matan acaso?

—O se mueren, que es lo mismo, con los tormentos, los sustos la negrura, la hediondez y la humedad de los calabozos, el pescado podrido que comen, el agua corrompida que beben. A los presos delicados como tu novio, los apersogan por pies y manos con grillos y esposas a algún criminal desalmado y soez, y en esta convivencia próxima pasan los días y las noches, presenciando y respirando sus miserias corporales, que tienen que satisfacer en el mismo calabozo. Duermen y comen sobre sus inmundicias. Para dar unos dos pasos por sus celdas estrechas, necesitan cargar con los grillos, unos grillos fabricados por Jorge Bello, llamados restauradores, que pesan treinta libras. Antes de morir, porque indefectiblemente tienen que morir, los presos hacen en pocos días un curso completo de degradación. Los caracteres más levantados acaban

por inclinar la cabeza y ensayar miradas suplicatorias. La altivez humana se domeña allí, como la ferocidad de las fieras, a palo. ¡Es indecible el rencor con que los carceleros viles se proponen envilecer a los presos dignos! Es el mismo rencor de los elefanciacos hacia los que no están contaminados de su asqueroso mal. Tu novio, que según me pareció la única vez que lo vi, es un altivo, será en el castillo de los más apaleados.

Teresa nerviosamente se puso de pie como para defender a su amado. Clementina la obligó a sentarse y continuó:

—Los que no se mueren caen en la locura, pero no en la locura locuaz, inquieta y disparatada, adquirida en plena libertad, no. La locura que sobreviene en el castillo es una locura moldeada por el calabozo, disciplinada por el látigo. Del cerebro desquiciado de los locos del castillo se borran todos los recuerdos, el recuerdo del hogar, el recuerdo de la madre, el recuerdo de la novia, pero subsiste el recuerdo de Jorge Bello o de Trino Pino. Se extingue la noción de la libertad, pero queda la noción del terror. Los pobres idiotizados no sonríen, pero tiemblan. El miedo sigue atormentando aquellas almas, en las cuales, como en una noche del caos, se han apagado todas las estrellas.

Teresa, pálida de angustia, puso su dedo sobre los labios de Clementina, repitiendo:

—¡Más paso, más paso!

Después agregó suplicante:

—Clementina, por Dios, ¡ayúdeme a salvar a Juan!

—Con mucho gusto lo hiciera, ¿pero cómo? Las murallas de ese sombrío castillo son impenetrables hasta para las influencias más poderosas: es una tumba que con dificultad devuelve sus muertos.

En el entreportón sonaron unos golpecitos, y en seguida doña Agustina Rodríguez asomó su cara descarnada y bella por entre las hojas entreabiertas.

Se dirigió con los brazos abiertos a Clementina:

—¡Caramba, te fuiste a la francesa, sin despedirte!

Después abrazó a Teresa.

—¿Y tú siempre llorando? Por supuesto, porque quieres; entre las dos sendas que a todos los mortales nos ofrece la vida, has preferido tomar la de abrojos. Teresa —siguió dirigiéndose a Clementina, como poniéndola de juez de tanta torpeza— ha resuelto desoír las seducciones de la vida solo por hacerse virgen y mártir, sin tener en cuenta que ya no caben más santas en el calendario, y el mundo, contento con las que hay, no tiene ningún aplauso para las nuevas.

—Eso no importa —contestó Clementina con un acento muy austero—; el bien obrar no busca la admiración ajena sino la satisfacción propia.

—Pero se puede obrar bien —arguyó doña Agustina, que parecía haber venido a cumplir una comisión, y entraba en materia sin rodeos— sin ser mártir, y sobre todo, sin imponer el martirio a seres inocentes. ¿Podrá tenerse derecho de condenar a la desesperación a una viejecita como doña Manuela, y a prisión a un muchacho como Juan? Es el caso que en el último baile de Montálvez el Cabito se enamoró de Teresa. Teresa ha opuesto, no el desdén sino la descortesía, y esto ha atraído sobre ella todo género de persecuciones.

—Pero eso es una gran iniquidad —observó con mucha nobleza Clementina.

—Convenido; pero hay que tener en cuenta que la iniquidad existe en el mundo, y que hay que aceptarla cuando no se puede vencer. La virtud de Teresa fue la muerte de don Anselmo y también será la muerte de doña Manuela, a quien va matando la prisión de Juan, quien purgará con la vida el delito de tener una novia bella, que desdeña a uno que jamás ha sido vencido.

—¡Eso es una infamia horrible! —repitió Clementina.

—Una infamia —replicó doña Agustina— con la cual hay que transigir, porque la vida está formada por una cadena interminable de transacciones con las infamias triunfantes. ¿Cuántos hombres no han transigido con la Restauración? ¿Por qué no ha de transigir también Teresa?

Doña Agustina iba haciéndose gradualmente más y más explícita.

—¡Ah, caramba!, ¡antes que esas transacciones —exclamó Clementina mirando a Teresa— existe otra solución!

—No una, sino varias: hacerle una revolución a Castro, o matar a Castro, o recordarles el pudor a los cortesanos de Castro.

—No, otra, no difícil, imposible, como esas, sino muy hacedera...

—Sí, haciendo antes, lo que la romana Lucrecia hizo después. Pero esa es una solución estúpida en el presente caso, porque no remedia nada. Teresa puede quitarse la vida, yo no lo discuto: lo que le discuto es si tiene el derecho de sacrificar otras dos vidas, como ya sacrificó una. Tu novio —siguió diciendo doña Agustina a Teresa, y leyendo en un papel que sacó del bolsillo— cerrará la lista sombría en que figuran el Dr. Gil, los generales Pilar Medina, Rafael Carabaño, Desiderio Centeno, Francisco Ricardi, J. A. Valbuena, Jorge T. Colina, los coroneles Taillardat, Félix Ma. Uzcanga, Pilar Sánchez, José Vidal, Juan Antonio Chirinos, Brígida Villegas, Eduardo Díaz, Juan Sánchez y muchos otros. Los déspotas, imaginándose que los aplausos de sus áulicos apagan los gemidos de sus víctimas, creen que la historia no descubre ni anota todos sus asesinatos —agregó doña Agustina guardándose el papel nuevamente—; la historia todo lo averigua, y dentro de pocos días tal vez a esa lista agregará un nombre más: Juan Bustos...

—¡Oh no, no! —exclamó Teresa pálida, tendiendo las manos suplicantes hacia doña Agustina.

—Tu novio entrará al fúnebre desfile —continuó esta con crueldad—, convéncete de ello; y entonces velarás a oscuras a doña Manuela, como velaste a oscuras a don Anselmo; y en seguida, para no sobrevivir a tantas desgracias, te tomarás una dosis de veneno: ¡magnífico! Y si a última hora, como a veces sucede, te falta el valor para propinarte el veneno, entonces para conservar esta vida miserable, después de sacrificar a tres seres, irás transigiendo insensiblemente, y por necesidad, con tus escrúpulos, y harás al fin, estérilmente, sin saber cómo ni a qué horas, lo que hecho al principio servirá para salvación tuya y de los tuyos.

Era ya la propuesta sin ambages, que sonrojó, pero no sorprendió a Teresa. Los hechos, con su lógica muda, la habían hecho mucho antes que doña Agustina con la lógica de sus palabras. La brutalidad con que hablaba doña Agustina era la misma brutalidad con que la realidad le había hablado ya.

Confusamente vino a la mente de Teresa el recuerdo de la tolerancia con que en los últimos tiempos recibía los galanteos y asedios de sus perseguidores. Aquellos pronósticos de doña Agustina eran la expresión de sus pensamientos íntimos, y les daba una gran dosis de verosimilitud su corta experiencia de la vida en los últimos meses. Sospechó de una manera confusa que a las simas profundas han bajado todos los vencidos por descensos insensibles; que la renunciación última de las grandes virtudes estuvo preparada siempre por pequeñas renunciaciones parciales. ¿No había ya ella hecho algunas transacciones consigo misma? ¿No abandonaba ya la mano, no dejaba olvidado al pañuelo? ¿No sonreía con las declaraciones amorosas que le dirigían? ¿No escuchaba acaso sin indignarse las insinuaciones veladas y las propuestas explícitas? ¿Y esas pequeñas claudicaciones que ella, meses antes, no se hubiera creído capaz de cometer, y que cometía ahora, no le indicaban que ya ella había empezado el descenso, y que a la larga la acostumbrarían a la idea de la transacción suprema? Por un momento tuvo el presentimiento de la de-

rrota fatal e inevitable, de la derrota estéril, como decía doña Agustina, porque ya no serviría para salvar a nadie.

¡La corza fugitiva, cada vez más estrechada por la jauría, sin más camino de salvación que el de la infamia, osó mirar la vía maldita! Teresa, horrorizada, se cubrió el rostro con las manos, y se puso a llorar.

Apeló a Clementina buscando en ella un recurso contra sí misma, contra sus inconfesadas previsiones, contra la lógica vil de doña Agustina; pero ahora Clementina estaba pensativa y no tenía el gesto de honrada protesta de unos, momentos antes.

—¿Qué hago, Clementina? ¿qué hago? —preguntó angustiada Teresa.

—Pero bien —observó Clementina—; ¿la situación es así como la pinta doña Agustina?

Nadie contestó.

Clementina agregó:

—¿La resistencia contra un poder inicuo, pero omnipotente, es la que ha traído tantas desgracias? ¿La cesación de todas esas desgracias depende de la voluntad de Teresa?

—Sí, sí! —contestó doña Agustina.

Teresa, con la cabeza entre sus manos, repetía desesperada su pregunta:

—¿Qué hago, Dios mío, ¿qué hago?

—Yo, por libertar a mi novio, por salvarlo de la muerte, sería capaz de hacer cualquier sacrificio — se anticipó a contestar doña Agustina.

—¡Yo daría gustosamente la vida! —exclamó con fuego Teresa.

—Yo también daría la vida si me la pidieran —dijo doña Agustina—, pero no es preciso ese sacrificio: basta que tú te dejes de tanta altanería, y le supliques a algún hombre influyente. Yo por salvar a mi novio de una muerte segura, lo haría; digo, en el caso de que lo quisiera mucho.

—¿Acaso puede amarse poco a un novio? —preguntó dulcemente Teresa, recordando con amor a Juan.

—Pues cuando se ama mucho a un novio hay que salvarlo, cueste lo que cueste.

—¿Pero a quién podría suplicar yo?

—Al gobernador; con una súplica que le hagas es suficiente.

La insinuación de doña Agustina tenía cierta significación convencional entre Teresa y ella: suplicar al gobernador significaba aceptar la propuesta del gobernador.

Teresa se irguió con aire de resolución inquebrantable:

—¡Eso, jamás!

—No te digo que lo hagas; te digo simplemente que yo, en tu lugar, lo haría.

Doña Agustina, derrotada una vez más, se levantó con gran disgusto, en ademán de retirarse. La detuvo un gesto imperceptible de Clementina.

Doña Agustina, al principio, había tomado parte en aquella aventura, por cierto espíritu de intriga nada más, con que distraen su aburrimiento y espantan sus bostezos ciertas almas ociosas y pervertidas. Pero esos motivos iniciales tenían ahora un refuerzo en el espíritu de lucro, gracias a ciertas promesas remuneratorias hechas por don Tello en caso de obtenerse buen resultado, y cuyos valiosos anticipos habrían podido comprarse con algunos recibos suscritos por el marido de doña Agustina, que reposaban en las bien balanceadas cuentas de las rentas municipales.

De ahí el despecho con que se dispuso a irse, y el odio con que miró a Teresa, la cual, impidiéndole realizar una ganancia, llegó a parecerle una ladrona que se la sacaba del bolsillo.

Pero Clementina, más práctica en traducir los estados de alma que se ocultan tras los rictus trágicos, sabía que algunos aparatosos gestos de

energía sirven para disfrazar el anonadamiento, como algunos aparatosos gestos de valor sirven para disimular el miedo. En ciertos momentos, la poca voluntad que a los perseguidos les queda dentro del pecho, sirve únicamente para acomodar los músculos del rostro en una apariencia de reto feroz, que no está respaldado en nada, porque toda la energía se ha gastado en producir el gesto. Tales caras entonces se parecen a las fortalezas que hacen subir a las almenas los soldados agonizantes para hacer creer al enemigo que tienen todavía defensores.

Un asalto más, un nuevo golpe, y la cabeza erguida, el ceño imperioso, la mirada brillante con que Teresa había acompañado su negativa, caería, como los últimos defensores moribundos, aquella pobre alma, debilitada y combatida.

Clementina volvió a preguntar con su acento más insinuante y leal a la joven:

—¿De modo que de todo lo que sufre doña Manuela, de todo lo que sufre Juan, así como de la vida de los dos, tú, y solo tú, Teresa, eres la responsable?

Las tres mujeres callaron.

—¿Juan podrá ser feliz sin mí? —preguntó de repente Teresa a Clementina.

Esta vaciló. ¿Era el egoísmo, o era la abnegación la que hacía aquella pregunta? ¿Teresa deseaba que, sin ella, Juan fuera feliz, y aceptaba gustosa su inmoción, o temía eso, y en tal caso, no se resolvía a inmolar-se? Clementina miró fijamente a Teresa. El rostro de la joven, lleno de ansiedad dolorosa, no le reveló nada.

—¿Y por qué sin ti? ¿Acaso se trata de morir? —contestó Clementina

—Para él si voy a morir —contestó Teresa, y repitió la pregunta: — Cree usted que él podría vivir sin mí? ¿Me olvidaría?

Clementina seguía perpleja; al fin respondió:

—Eso, yo no lo sé... eso pertenece al porvenir; pero veamos; ¿tú cuál de las dos cosas desearías?

—Yo aceptaría mi sacrificio, con tal que él produzca la felicidad de Juan, con tal que sea dichoso sin mí, con tal que me olvide, porque yo moriré para él.

—Pero tú ves las cosas por el lado peor. ¿Quién los obliga a que se olviden? Cuántos novios conozco yo que, en situaciones parecidas, se han casado después de todo.

Clementina, de tal manera subrayó la frase después de todo, que hizo enrojecer con arreboles de vergüenza las mejillas de Teresa

—¡Oh no, no! Yo tengo valor para dar mi vida, para renunciar a mi felicidad por Juan, pero no tendría valor para engañarlo.

Y luego con voz triste, como era triste aquel regateo de su vencimiento, con voz en que se barruntaban los sollozos, volvió a preguntar:

—¿Sí será feliz sin mí?, ¿lo cree usted?

—¡Bah!, ¿quién lo duda? En el corazón del hombre el tiempo todo lo borra. Pero la que indudablemente va a ser dichosa —prosiguió con gran habilidad Clementina— es doña Manuela. ¡Cómo se va a alegrar cuando vea a Juan!

—Es cierto —dijo Teresa con cierta resolución—; ella si será feliz; y Juan es probable que también lo sea.

Clementina comprendió que aquella voluntad flaqueaba, pero que no obstante, a las propuestas descartadas contestaría siempre con orgullosos negativas. Era preciso que dentro de la fortaleza una voz amiga e insospechable hablara de transacción. Era el momento supremo en que la virtud de las muchachas honradas se salva o se pierde según que tengan a su lado, como había dicho Josefa al gobernador, un ángel bueno o un ángel malo.

Y el ángel malo casi blasfemó:

—Tu resistencia es perjudicial para dos seres, a quienes ella va a hacer mal; tu resistencia es mortal para dos seres a quienes ella va a arrebatarse la vida; pues bien, sacrificate por ellos. Con tu virtud no haces ningún bien a nadie; con ella pierdes a dos personas a quienes amas, y solo aplazas tu muerte o tu vencimiento: tu virtud, pues, es el sacrificio inútil de tres vidas: tu condescendencia es la salvación fecunda de tres vidas. ¿Tú me pedías ahora poco consejos? Pues bien: yo me inmolaría, es decir, salvaría a Juan, salvaría a doña Manuela, y me salvaría a mí misma.

Teresa callaba.

En el zaguán resonó un tropel de pasos.

Teresa instintivamente se puso en pie como para rechazar una agresión. Había reconocido aquellos pasos, porque estaba esperando aquella visita. Eran los mismos del comprador sub-retro de la casa, que días antes había venido a cobrar los alquileres. Avisó entonces que dentro de tres días el tribunal vendría a notificar el desahucio, y ahí estaban ya.

El juez manifestó el objeto de la constitución del tribunal en aquel lugar, que no era otro que poner al dueño en posesión de la casa. Levantada el acta correspondiente, que fue suscrita por Teresa, porque doña Manuela se negó a suscribirla, el tribunal se retiró.

Empezó el atropello después.

El acreedor pidió las llaves. Teresa, sobrecogida, no respondía nada ni se movía de su puesto. No estaba muy lejano el recuerdo de la otra desocupación cuando ella y don Anselmo fueron expulsados de su hogar. Uno de los policías intervino con la acostumbrada violencia.

—¿No oye usted que le piden las llaves? —dijo dirigiéndose a Teresa.

—Deben estar en las puertas —observó el otro policía, que se entró groseramente en las habitaciones.

A poco se escucharon chirridos de llaves que daban vueltas en las cerraduras. Las puertas de las habitaciones fueron cerrándose una a una, con cierta apariencia de expulsión.

Muy poco había que echar fuera: el cajón que servía de único asiento, lo habían sacado hacía un momento para ofrecérselo al ciudadano juez; solo quedaba un catre de tijera en el paraqué, en el cual se hallaba sentada doña Manuela, a la cual había que sacar primero para después sacar el catre.

Y doña Manuela, llevada por un policía, que de un brazo la levantaba en vilo, apareció en la puerta, sin oponer ninguna resistencia ni decir una palabra.

Parecía un espectro de terror y de miseria. Sus vestidos estaban hechos girones muy limpios, pero también muy desleídos, en los cuales la aguja incansable de Teresa no encontraba ya resistencia para hacer sus hábiles zurcidos. La ausencia del corpiño dejaba descubiertos los huesos de los brazos y del busto, borrados por la piel arrugada y lívida de los viejos. El pecho exhausto, en el cual el trascurso del tiempo había atrofiado las fuentes de la vida, veíase hundido, como resquebrajada losa de un sepulcro en ruinas; y en aquel momento, a causa de la impresión del miedo, las precipitadas pulsaciones del corazón sacudían de dentro afuera el esternón, como si quisieran levantarlo, produciendo un ruido que se oía a distancia como el de una pequeña tabla que golpea de plano la superficie del agua.

La viejecita se dejaba llevar con la docilidad de un niño; solo al llegar afuera se resistió un poco para mirar a Teresa, con una mirada indecible, que imploraba protección y misericordia. Esa mirada le pareció de acusación a la joven, como si ella, que podía evitar aquellos vejámenes, fuera al fin de cuentas la causa de ellos.

Ella amaba a la anciana porque era la madre de Juan, la amaba por amor a Juan, con un amor en que había mucho de las ternuras abnegadas, del espí-

ritu de sacrificio que guardaba en el fondo de su alma para su amado. En el atropello de que la señora era víctima, no solo vio el atropello de la anciana, sino que también vio a la vez un atropello para su novio, y sintió todo el dolor, toda la indignación que este habría sentido. Padecía, pues, doblemente por los dos, y doblemente también, y por los dos, se indignó, hasta el punto de que como una loba corrió a proteger a doña Manuela, y con fuerza y resolución que sorprendieron al policía, se la arrancó de las manos.

El policía también colérico puso en balance la carabina y gritó:

—¡He dicho que voy a cerrar la casa, afuera todo el mundo!

Doña Manuela, cuando se vio libre, presa de un gran terror, huyó a asilarse en alguna habitación, pero encontró cerradas todas las puertas; entonces se acurrucó en un rincón resistida a salir, y para no ver nada, ocultó el rostro entre sus manos. Era un montón de huesos y de andrajos que temblaba de miedo.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Vas a permitir que esa anciana vaya de puerta en puerta, pidiendo pan y abrigo? —preguntó implacable doña Agustina.

Teresa, intensamente pálida, revelaba en el descompuesto rostro, la lucha espantosa de las disyuntivas supremas.

—¿Qué voy a hacer? —contestó después de un breve instante, con cierta expresión de locura—. ¿Qué voy a hacer? El asilo que ustedes no me ofrecen, no me lo ofrecerá nadie en Caracas. Pues bien, sí: voy a hacer lo que haría cualquiera otra en mi lugar: voy a salvarlos.

—¿Cómo?

—¡De cualquier modo!

—¿Hablo entonces con don Tello?

Pero Teresa no respondió tampoco esta vez a aquella pregunta, que era la propuesta concreta de su sacrificio.



Los policías nuevamente levantaron a doña Manuela por los brazos, para sacarla afuera.

Teresa con ímpetu, desesperada, enloquecida, corrió a defenderla; pero los policías la arrollaron.

Fue desde el zaguán, donde luchaba por arrebatar a los dos policías la presa que se llevaban a la calle, que gritó:

—Doña Agustina, por favor, ¡hable con don Tello!

A una señal de Clementina los policías se contuvieron.

Y cuando la viejecita, despavorida, tornó a acurrucarse en un rincón. Teresa desesperada se arrojó en su regazo, y rompió a llorar amargamente.

## XIX

En una de las habitaciones interiores el reloj que tictaqueaba sobre la mesa, dio dos campanadas. Teresa se estremeció como si saliera de un sueño. Colocó sobre una consola el tejido de crochet que, dominada por sus pensamientos hacía muy distraídamente, tan distraídamente, que muchas veces se hincó los dedos, o tuvo que deshacer lo hecho, para rectificar los puntos. Permaneció inmóvil un momento, con las miradas perdidas en el vacío. No llamó su atención el lujo cursi de la casa, la casa que fue de su abuelito, y de la cual habían sido arrojados. Días antes, Gumersindo Rivas, precipitadamente, la había hecho amueblar, Valarino le puso el alumbrado eléctrico, y como retoque final, Efraín Rendiles atestó el *seidboard* de conservas suculentas y vinos generosos. También el callejón lo adoquinaron en poco tiempo una nube de trabajadores. Era práctica de los cortesanos fraudulentos reparar las calles por donde sabían iba a pasar el Cabito, para hacerle creer a este rey que rabió, tan adulado y tan engañado, que las calles estaban buenas.

Teresa se asomó a la ventana para mirar con cierta inquietud hacia la casita de arriba, de la cual se había escapado sigilosamente, después

que a fuerza de mimos convenció a doña Manuela que debía tratar de dormir un poco, y la acomodó en el catre, como a un niño. ¿Qué haría la anciana? ¿Habría notado su ausencia?...

Miró después la calle. Se sorprendió de ver que dos lámparas voltaicas, que no se encendían nunca, colocadas a alguna distancia una de otra, y funcionando mal, lanzaban sus destellos intermitentes. Con sus largos pestañeos sometían el callejón a alternativas de luz y de sombra, que tenían apariencia de travesura maligna, como si después de emboscarse en las tinieblas, alumbrasen de improviso, para sorprender algo. Los focos de arco le parecieron a Teresa las pupilas fisgonas de dos polifemos desconocidos, que con su único ojo se hacían a distancia guiños burlones que se referían a ella. Volvióse a su asiento. Tomó el tejido para continuar la interrumpida labor, pero quedó en suspenso otra vez. A lo lejos se oyó un silbato, que fue contestado por otro, y después por otros cada vez más próximos; el último sonó casi al pie de la ventana. Una fugaz oleada de rubor purpureó el rostro de Teresa: en la calle esa noche no solo habían encendido focos eléctricos, sino que también habían colocado mayor número de policías. Eran precauciones que el gobernador tomaba por la seguridad del Invicto en sus correrías nocturnas.

Coincidiendo con los pitazos, un rumor confuso como el de los truenos lejanos, se escuchó hacia el término del callejón. Del rumor impreciso y brumoso, que se acercaba gradualmente, se destacó con claridad el ruido de las ruedas de un coche, después el golpe de los herrados cascos sobre el empedrado, más luego un aislado chasquido de fusta, y por último, la respiración anhelosa de los caballos, que piafaban impacientes cerca de la puerta.

Desde la ventana, a donde llena de angustia se asomó por segunda vez Teresa, vio que dos hombres descendieron del coche y se pararon un momento en la acera. Uno, el más pequeño, se despojó de un abrigo y se lo entregó al otro, un hombre alto y obeso, diciéndole:

—Espérame, Leici.

El llamado Leici recibió el abrigo, se envolvió en su macferland, metió nuevamente su voluminosa personalidad en el coche, que osciló con el peso, y se repantigó en los cojines lo mejor que pudo para la larga espera. Resonaron en el zaguán unos pasos cojos y a poco apareció en la puerta de la sala el general Castro.

Llevaba un sombrero de jipijapa de baja copa y anchas alas. Del bolsillo de la blusa militar, colgaba una riquísima leopoldina, verdadero muestrario de piedras preciosas, que descomponían en una orgía de destellos los colores de la luz. Obligado, no se sabe si por la urgencia libidinosa o por la afección, veíanse por entre la blusa abierta los pantalones desabotonados, solamente sostenidos por las elásticas. Dio las buenas noches, y colocó sobre la mesa dos pequeños revólveres, que sacó de los bolsillos de los pantalones.

Teresa, lívida, se puso en pie al verlo, y se quedó petrificada por un sentimiento de invencible horror. Tornó a sentarse; recordó que no podía huir y que su sacrificio había sido ya voluntariamente aceptado por ella. Con el pretexto de colocar su labor sobre la mesa, se volvió cuando el Cabito se acercó a saludarla.

—¿La orden de libertad? —preguntó con voz seca y breve, sin mirar al Héroe.

—Prometí traerla; hela aquí.

Después agregó el Héroe con su fatuidad habitual:

—Pero juzgo por esa pregunta, que la orden era tan esperada como yo, si no lo era más.

Teresa tomó el pliego, y leyó:

«El jefe del castillo de San Carlos pondrá en libertad al detenido Juan Bustos.

Cipriano Castro».

—No solo he traído la orden tan esperada por usted —agregó el Cabito sacando del bolsillo otro pliego que alargó a Teresa—; usted puede escribir lo que a bien tenga.

Era un cheque en blanco.

Ante aquel ofrecimiento Teresa no sintió desdén ni sintió ira. ¿Se puede experimentar acaso ira ni desdén hacia la deyección que aparece de improviso en nuestro camino? Ante el cheque que el Cabito seguía ofreciendo a Teresa, esta apenas hizo un movimiento hacia atrás, recogiendo los vestidos. Y sin responder nada al amoroso reproche ni a la grosera generosidad, cerró la ventana y se dirigió resueltamente al dormitorio.

Teresa al encaminarse a la alcoba miró al Cabito como invitándolo a que la siguiera en el acto, sin perder un momento. Estaba agitada por una impaciencia dolorosa y colérica. No era que, como los dichosos en presencia de su dicha, deseaba empezar; era que como los condenados en presencia de sus torturas, deseaba terminar. La copa que el destino le alargaba era acerba, y quería apurarla pronto, de un solo trago.

Traspuso la puerta, y cuando casi se desdibujaba en la apacible semioscuridad de la estancia, volvióse otra vez para mirar al Cabito, y le hizo con la mano y con la cabeza un imperceptible movimiento como diciéndole: ¡Pronto! ¡Adelante!

Sin embargo, la invitación no quería decir: ¡Vamos!; quería decir: ¡Terminemos!

El Héroe, lleno de vanidad, se sentó en la sala para obligar a aquella beldad a que lo llamara al placer, como obligaba a los pueblos con sus renunciaciones cómicas, a que lo llamaran al poder.

La joven llegó al tocador. Se quitó de la cabeza las horquillas y peinetas; sus rubios cabellos, cayeron como un nublado de tristeza sobre el alabastro de sus hombros y de su cuello; luego se hizo el rodete heléni-

co, que dio a su cabeza los perfiles de una Diana severa, y se lo ató con una cinta roja, que brilló como una centella de fuego sobre un celaje de oro. Sus dedos se enredaron en una fina cadena que sostenía en su garganta una virgencita de esmalte: era un obsequio de Juan. Llevada de un honrado sentimiento de lealtad hacia su novio se quitó la medalla, le dio un beso de despedida eterna y la colocó en un cofrecito.

El corpiño rodó por el suelo como una bandera de castidad arriada de su asta; después el corsé también rodó por el suelo, como la armadura de una virginidad vencida.

El Cabito, que viendo que no se le llamaba, se resolvió a venir, daba vueltas, cojeando, alrededor de Teresa y quiso ayudarla a desnudarse; y ese auxilio inhábil de los hombres, cuyas manos en esos momentos aprietan los lazos en vez de soltarlos, ese auxilio cuya torpeza tanto hace reír a las mujeres enamoradas, fue un suplicio para Teresa, quien se estremeció cuando sintió el contacto de un dedo que le rayó la piel.

Se apartó del tocador y dio unos pasos en dirección al lecho. De pie cerca de él, serena y triste, desató con sus propias manos las cintas que ataban las enaguas: no las dejó caer. Sus alternativas instables de resolución y de vacilación, se presentaron de nuevo. Con un movimiento repentino de aplazamiento, cogió las ropas cuando empezaban a rodar y las levantó hasta el pecho, donde las retuvo con los codos pegados al cuerpo fuertemente, con cierta energía de defensa. Nuevamente recordó que no había salvación para ella, y nuevamente se resolvió. Soltó los vestidos, los cuales descendieron lentamente por el busto abajo, con una lentitud acariciadora y egoísta, como si les doliera abandonar aquel cuerpo de durezas y blancuras marmóreas; al llegar a la cintura esbelta cesaron de rodar, detenidos por el contorno amplio de las caderas; merced a un esfuerzo de Teresa cayeron al fin a los pies de la virgen, en una apariencia de dolorosa derrota. Y aquel conjunto de las blanquísimas ropas esparcidas por el suelo y Teresa erguida en el centro, parecía

los pétalos y el pistilo coronado de dorado polen, de una inmensa flor dolorosa, una flor de holocausto, una flor destinada a los ritos crueles que se celebran ante esa divinidad tan implacable y sorda: el destino. Al fin dio un paso, el paso decisivo, el paso último, fuera del cerco de las ropas, en dirección al lecho. El cuerpo de la virgen esbozó bajo la túnica toda la esplendidez de su euritmia. Surgieron los pechos temblorosos y rebeldes, volados hacia adelante, no esféricos, sino cónicos, terminados en el pezón que se destacaba enérgicamente bajo la tela, y semejantes a dos palomas que alzarán el pico ansiosamente hostigadas por el velo que los cubría. Apareció el perfil de la lira pagana en las caderas victoriosas y formidables, hechas para la maternidad y para el placer, para tener hijos y para vencer hombres, incubadoras de vidas y agotadoras de vida, mortales y fecundas, como todos los laboratorios de la naturaleza. Y cuando abandonados definitivamente los vestidos, dio hacia el lecho el paso definitivo, de aquella dolorosa flor de belleza se escapó un leve y desvanecido olor de mandrágora, el aroma turbador de las vírgenes, las orobias íntimas de la hembra intocada, que llenaron la alcoba de efluvios de tentación.

Teresa se sentó en la orilla del lecho. De sus pies primorosos desprendieron las zapatillas, que hicieron al caer el toque de llamada que dice ¡ven! en las alcobas nupciales. Y se quedó allí, encorvada, inmóvil, meditabunda, las manos entre las rodillas, el cuerpo sacudido con nerviosos escalofríos, luchando entre el deseo de huir y la imposibilidad de huir, mirando el suelo con ojos asombrados, llenos de interrogaciones y de lágrimas contenidas.

Y permanecía así, dudando si estaba despierta o sumida en una horrible pesadilla, cuando vio que, en ropa interior, avanzaba hacia ella el Cabito, como un ridículo mensajero de la realidad odiosa. La hirsuta barba esponjada como las púas de un erizo, los ojos cabrilleadores de lascivia, la barriga prominente y descendida balanceándose sobre las

piernecitas atrofiadas y cortas, la palidez intensa, daban a aquel Genio a palos un aspecto risible, y lo ponían a una distancia inmensa de la dignidad de la gloria. Parecía un macaco con paludismo. Se comprendía que si aquel Grande Hombre se hubiera entrado al templo de la Fama, la diosa le habría roto su trompeta en las costillas, para obligarlo a salir.

El Héroe llegó y puso las manos sobre los hombros de la virgen para doblarla sobre el lecho; pero ella sin poderse dominar se puso en pie y lo hizo retroceder con un empujón violento e inverosímil, dado con todas sus fuerzas y al mismo tiempo contra toda su voluntad, con el asco contradictorio con que empujamos un costal de inmundicias que se nos viene encima, al cual a la vez no quisiéramos tentar.

Cuando Teresa lo vio que trastabillaba lejos, entonces sí, toda encorvada sobre sí misma, se echó sobre las sábanas, por su propia voluntad, estaba tendida en aquel lecho no llevada por la mano de ningún hombre, sino porque había querido someterse a su destino.

El Piteco volvió como macho troglodita, exasperado por la resistencia de la hembra. No tuvo que vencer ya ninguna oposición. Teresa lo dejó hacer, se abandonó, se dejó acomodar boca arriba, y se entregó con frialdad de estatua, con insensibilidad de momia. Ocultó el rostro entre sus manos cuando él quiso besarla; cruzó los brazos sobre los pechos cuando él quiso resobarlos. En aquel naufragio de su virginidad salvó la pureza de su boca, que no fue besada, la pureza de sus ojos que no vieron nada y la pureza de sus manos que se escondieron mudas de caricias entre las faldas de la túnica que el sacrificador le remangó hacia arriba, con violenta avidez faunesca.

La virgen gimió bajo las pezuñas del sátiro. Sintió ella sobre sí una montaña que le impedía respirar; alrededor de sus hombros percibió unos brazos estranguladores; en su cuello la proximidad de un rostro y las púas de unas cerdas que atravesaban la tela protectora que cubría su

faz. Oyó después una respiración horriblemente bestial, unos resoplidos de hipopótamo enamorado, que iban haciéndose por momentos más y más estertorosos. Y en un instante dado, con un movimiento irresistible, que no fue pensado ni instintivo, sino un acto reflejo y orgánico, que sorprendió a la misma Teresa; con un movimiento en que no intervinó su voluntad y que se inició en las partes más profundas y recónditas de sus entrañas, como si ellas, con todas las fuerzas de la vida, con toda la repulsión del odio se negara a recibir algo en su seno, Teresa de una sacudida, derribó al Cabito de encima, se sentó en el lecho, y con los pies, a patadas, animada de una cólera repentinamente desbordada, lo mancornó contra el copete de la cama, y le contuvo allí.

Entonces vio asombrada que aquel Invicto ante el cual temblaban dos millones de hombres, como si de repente lo hubieran abandonado las fuerzas, no se rebelaba, y apenas se agarraba, y se restregaba contra las piernas de ella, lanzando en el acceso de la pequeña epilepsia, sonidos roncós e inarticulados, por entre los babeados labios, ridículamente contraídos por aquella defraudada eyaculación onánica.

El Cabito no se cree amado de las mujeres, escepticismo raro en aquel déspota que se cree admirado por los hombres.

Por su parte, él no las ama tampoco. Ese ser de contradicción, profundamente mujeriego, tiene sin embargo hacia ellas un odio secreto. Su salacidad es sádica. Posee a las mujeres con ira. Va hacia ellas no con amor, sino con rencor. Por eso se ha hecho de preferencia estuprador, porque en el estupro hay dos cosas que él ama: la sangre y los gemidos.

Las caricias que le prodigaban algunas de sus queridas, las recibía como una muestra de infinito arte que las mujeres tienen para fingir. Tras de esas caricias él descubría el desamor de ellas; y por eso los puntapiés humillantes que le dio Teresa después que se lo quitó de encima, tenían para él el mismo valor moral que los besos de otras: toleró estos

golpes, como toleraba aquellos besos. El amor de ella, el corazón de ella, las caricias de ella, las ternuras románticas de ella eran del otro, del llamado Juan, el preso ese cuya libertad y cuya vida compró con su propio sacrificio. «Bueno pues, ¿y qué?», se decía el Héroe lascivo y no enamorado; «el cuerpo para mí y el alma para el otro, no es malo el cambio». Y se levantó del lecho con una mueca de burla en la faz y se fue sin ofrecer ni exigir una palabra de amor.

En las impresiones dolorosas se verifica la ley de la vida y de los seres: la más fuerte devora a la más débil: el dolor de la estocada apaga el dolor del alfilerazo. La vergüenza que la produjo a Teresa su inmolación, que equivalía a echar sobre sí, y para siempre, el desprecio de Juan, le anestesió los nervios y la impidió sentir el desgarramiento físico de su castidad. Su inocencia se despidió sin dolor, y se fue sin avisar su partida. La sensación no le hizo a aquella virgen ninguna advertencia. Aquella doncella ya sin virginidad no había conocido la vergüenza de la desfloración. La sangre del estupro incontaminada de huella masculina, fluyó material y moralmente pura como la sangre de una puñalada.

No supo ella el momento en que

«Las rosas blancas se tornaron rojas»

y fue horas después, cuando, a la luz del alba, alcanzó a ver esparcidos en las sábanas algunos reveladores pétalos purpúreos, que se dio cuenta de todo. Los pétalos purpúreos tiñeron su rostro de vivísimo carmín, y le hicieron soltar en tropel, libres al fin e incontinentes, los sollozos que desde hacía tantas horas pugnaban por salir de su garganta; y cuando así lloraba, un halo de castidad, extraterreno destello de su alma dolorida, circuía su frente y se le escapaba por los ojos, como luz diáfana y pura que sigue brillando a través de un bombillo de alabastro roto.

Apenas la goleta, mal sujeta todavía por los cables, abordó al carcomido desembarcadero de madera, Juan se puso en pie nerviosamente sobre la cubierta y le dijo al capitán algunas palabras en voz baja. El capitán con lisura y acento maracaiberos, le contestó tuteándolo:

—Está bien; ya eso está convenido entre nosotros; me pagaréis el pasaje cuando podáis, ¡adiós!, y que encontréis buenos en Caracas a todos los tuyos.

Le dio un abrazo a Juan, y este saltó del puente de la nave que se balanceaba débilmente, mecida apenas por el oleaje tranquilo del puerto.

El sol poniente encendía orlas deslumbradoras en los nacarados cúmulos, que en el lejano confín del horizonte parecían flotar, inmóviles, sobre las olas, del mar, y servían de fondo a la silueta de Cabo Blanco, que se destacaba desdibujado y borroso entre las calinas y vapores marinos. Juan miró el sol que ya se hundía en los arreboles del ocaso, y como si le preocupara el temor de que la luz del día se extinguiera antes de realizar algún proyecto importante, trepó rápidamente las gradas del

malecón y se detuvo cuando acabó de subirlas, para dirigir las miradas en todas direcciones, en solicitud de alguien.

En los grandes muelles, un hormiguero de trabajadores, con los desnudos torsos brillantes de sudor y los hombros irritados y rubicundos por el frotamiento de los fardos, se ocupaba en la carga y descarga de dos trasatlánticos, atracados al tajamar combatidos sin tregua por el flanco de estribor por las olas del mar libre, que se estrellaban unas tras otras con ronco estruendo, y después de conmoerlo hasta sus cimientos con sus embates furiosos, reventaban en la altura, en un torbellino de espumas que luego caía sobre techos de zinc de las bodegas y las cubiertas de los buques, en menuda lluvia amarga, como lluvia de lágrimas.

Otro vapor, echando bocanadas de humo negro por la chimenea, terminada la carga levaba el ancla entre chirridos de cadenas, y hacía la maniobra de salida, obediente al pito del capitán, diciendo ¡adiós! al puerto y a los bajeles que se quedaban, con la potente voz de sus sirenas.

Dentro del puerto, en las aguas cuya tranquilidad hacía contraste con la turbulencia de afuera, una multitud de buques de vela, bergantines, goletas, faluchos y balandras se agrupaban silenciosos, las velas arriadas, como en visita de duelo, alrededor del casco medio hundido, de uno de nuestros barcos, echado a pique allí mismo por las naves coaligadas del bloqueo.

Era un testimonio de las glorias de la época. ¡En La Guaira, lo mismo que en Cumaná, lo mismo que en Trinidad, nuestros Churrucas de gofio, nuestros Nelsones de pasamanería, tan costosos y tan inútiles, a la aproximación de los blindados enemigos abandonaron sus barcos, sin dignidad ninguna, sin valor ninguno, sin vergüenza ninguna!

Abandonaron sus barcos, salvando solo el uniforme y el espadín con que asisten a las cuadrillas palatinas, olvidándose en la precipitación

de la fuga de volarlos siquiera, para evitarle ese trabajo al enemigo y esa vergüenza a la nación, y buscaron la salvación en la costa, primero que repetir sobre las aguas el anticuado espectáculo de Ricaurte en San Mateo, en una época sin grandeza, en que lo práctico es conservar la vida, y en que una olla de hervido tiene más atractivos que cien glorias póstumas.

Sobre el parapeto de tablas del malecón, Juan seguía mirando a todas partes, como si estuviera la esperanza de descubrir a la persona que buscaba. Entre los grupos de transeúntes que trajinaban o discurrían por las calles y por las orillas de los muelles, vio antiguos camaradas, a los cuales con la mano anticipó un saludo desde lejos. Su saludo no fue contestado; todos aparentaron no verlo y se alejaron.

—Debo haber cambiado mucho —pensó Juan— cuando no me conocen.

No había cambiado tanto como para no ser conocido. La naciente y juvenil barba un poco crecida; el cuerpo adelgazado por la mala alimentación, la faz pálida por las calenturas, triste por las penas, sombría por la indignación. Fuera de esto, era el mismo Juan empleado desde pequeño en la casa de míster William, con su cuerpo esbelto y gentil, su mirada franca, sus ademanes sueltos; Juan, el mismo Juan que descargó un garrotazo sobre la cabeza del prefecto, el mismo Juan a quien llevaron preso para Caracas y después para el castillo de San Carlos, por revolucionario. No, no era mucho lo que había cambiado. Podía conocerse perfectamente, y a causa de esto, de que lo conocieron perfectamente, fue por lo que sus camaradas resolvieron desconocerlo.

Después que comprendió que ni en los muelles, ni en las bodegas, ni en las calles que desde el parapeto alcanzaba a divisar, estaba la persona a quien buscaba, se dirigió a los almacenes donde los comerciantes y comisionistas tienen sus escritoras, cruzó varias esquinas y llegó a la plaza Vargas.

Sentado en un escaño, tomando el fresco bajo el follaje de los árboles, vio de espalda a un joven. Era un compañero de almacén, un amigo íntimo a quien reconoció en el acto por la indumentaria, un poco exagerada, que le era característica, la cachucha blanca, el traje blanco, los zapatos blancos.

Juan se acercó de puntillas; creyendo darle una grata sorpresa le puso las manos sobre los ojos a manera de pantalla, y con la voz disfrazada le preguntó:

—¿A que no adivinas quién soy?

El interpelado se echó a reír y replicó:

—¿Obdulio? ¿Antonio María?

No acertó porque la pantalla seguía sobre los ojos. Entonces apartó las manos que le impedían ver y miró hacia atrás:

—¡Oh, Juan Bustos! ¿Eres tú? —preguntó poniéndose repentinamente serio; después miró recelosamente a todas partes y añadió:

—¡Mucho gusto de verte! —y se alejó precipitadamente.

No se escapó a la perspicacia de Juan el cambio repentino que se había operado en la faz de su amigo cuando lo reconoció. Y se quedó un momento de pie, dominado por un estupor doloroso. Acababa de comprender que evitaban su saludo por no exponerse. Todos, aquellos amigos y conocidos estaban contagiados de la vil enfermedad moral que producen todos los despotismos, con sus camarillas de favoritos y delatores: el miedo. Recordó que él había hecho un tolondrón a la sagrada frente de la primera autoridad del departamento, que había estado preso y que acababa de salir de la prisión. Sobre él había pesado la animadversión del gobierno, que trae como consecuencia la animadversión de los sumisos gobernados. Se dijo entonces para sus adentros: «El señor William también me recibirá mal, y me negará la cabalgadura que iba a pedirle; ni él querrá comprometerse, ni yo en conciencia, debo

comprometerlo: nada, me voy a pie. ¡Maldito chubasco! Si no hubiera sido por él, la goleta hubiera llegado antes de la salida del tren, y a estas horas, estaría yo llegando a Caracas».

Regresó hacia atrás, atravesó el laberinto de callejuelas que desde la dominación española constituyen las únicas calles de La Guaira. En beneficio de esas calles la república no ha hecho nada. Por una vereda de cabras ganó a poco la falda del monte, y por fin llegó al antiguo camino llamado del Cerro, que por mucho tiempo unió a La Guaira con la capital, hasta que se construyó el ferrocarril inglés. Siguió faldeando, dejó atrás a Maiquetía, y continuó trepando por mucho tiempo, con paso vigoroso y rápido, hasta llegar a una cuesta, desde la cual veía a sus pies a La Guaira, Maiquetía, Macuto, las naves ancladas, los cocales como huertas de repollos diminutos, algunos focos eléctricos como luciérnagas lejanas luchando con los últimos destellos del día, el tajamar negro, azotado por las olas y bordado de espumas por un lado, los tumbos del mar, que a veces presentaban desde Cabo Blanco hasta Macuto un relieve recto y oscuro, que avanzaba silenciosamente, como ejército que va a sorprender al enemigo, y luego estallaba en blancas espumas, que simulaban el humo de las descargas en toda la línea. La brisa contribuía a hacer más completa la ilusión de un combate, trayendo por intervalos, como un lejano fragor de baterías, el ruido de las olas que reventaban en la costa, con estrépito profundo.

Juan, alma contemplativa, se arrobó un momento ante el grandioso panorama que desde el alto monte presentaban la costa, extendiéndose hasta perderse de vista a derecha e izquierda, y el mar, vencido pero no rendido, arrastrando a los pies del monte su rabia luzbélica y poblando el espacio semioscuro con sus dilatados rugidos.

Recordó de pronto a Caracas, a su novia y a su abuelita, e impaciente por llegar, siguió su camino con paso ágil y corazón alegre, ya casi olvidado de la decepción que le causaron sus prudentes amigos de La



Guaira. Continuó trepando la cuesta, a poco llegó a la cima, la tramontó, perdió de vista el puerto, la costa, el mar y su horizonte ilimitado, y empezó el largo descenso, columbrando ante su vista una sucesión de cumbres abruptas, entre las cuales sobresalía el pico de Naiguatá, que recogía y reflejaba todavía en sus rocas nunca holladas por la planta humana, los últimos resplandores del sol, hundidos ya en el ocaso.

A poco se hizo noche; las sombras que se esconden en las grietas profundas, en los barrancos y en los precipicios de la montaña, habían salido de sus escondrijos, extendiendo por los cielos y la tierra el imperio de sus alas negras.

Al llegar a las Dos Aguadas, cayeron los primeros goterones de un chaparrón huracanado, que hacía bramar las hondonadas de la montaña. El meteoro, que se extendía sobre el valle de Caracas, a la altura en que se encontraba Juan, avanzó hacia él y lo envolvió. Estalló el trueno; fulguró el rayo.

Juan no se arredró y siguió su marcha.

Del corredor de una casa situada a la orilla del camino, donde brillaba la brasa de un tabaco, una voz le dijo:

—Socio, se va a mojar; mejor es que entre y aguarde un poco.

—Muchas gracias, amigo, esto no es nada.

¿Detenerse? ¿Dominar su impaciencia, y prolongar la impaciencia de las dos idolatradas mujeres que lo aguardaban en Caracas?

Más adelante la lluvia se desgajó a torrentes. No hizo caso y siguió, despreciando el asilo que le ofrecía un techo pajizo, construido sobre zancos, que distinguió a la luz rápida de un relámpago.

La nube tempestuosa, encajonada entre dos flancos de la montaña, pasó por encima de Juan, tomó una dirección opuesta a la ruta que él seguía, y bramando e incendiándose con los relámpagos, se perdió hacia el norte, en la dirección del mar.

Calado por el agua, Juan caminaba infatigable.

Hacia el sur, el horizonte se presentaba ahora límpido, las estrellas brillaban en el cielo, y abajo, sobre el valle, un resplandor blanco y difuso, que por gradaciones imperceptibles se diluía en el azul oscuro de la altura y se confundía con él, indicaba el lugar en que Caracas, hundida en el valle profundo e invisible todavía, ilumina sus noches y sus fiestas con sus focos eléctricos, cuyos destellos subían a incendiar las tenues neblinas de la noche que flotaba en el aire.

A medida que Juan avanzaba, fueron apareciendo las luminarias; primero las líneas de focos que alumbran los extensos corredores de la quinta del general Juan Vicente Gómez, primer vicepresidente de la República, trazaron sobre el negro fondo de la noche una especie de pórtico pirotécnico. Instantes después, a la derecha, apareció una zona blanca y clara, dentro de la cual se destacaban algunos puntos brillantes como lentejuelas de oro, regadas en un impalpable y gigantesco copo de algodón. Era el sitio en que Villa Zoila, insolencia arquitectónica del robo descarado y sin castigo, escondida en medio de sus grandes bosques artificiales, se baña en los torrentes de luz de sus dos mil lámparas. Luego la avenida del Paraíso surgió como un extenso arco luminoso, y por último las calles que se extienden de sur a norte proyectaron sus líneas paralelas, que empiezan en La Pastora y San José y van a perderse en el Guaire.

Juan apretó el paso; aunque Caracas parecía que estaba ahí cerca, casi al alcance de la mano, sabía que eso era ilusión del aire transparente, que acerca las cosas y hace perder la noción de las distancias.

En realidad Caracas estaba muy lejos todavía.

Y siguió avanzando, cubierta de sudor la frente, silbando a veces, a veces cantando, a veces hablando y accionando cariñosamente, como si dialogara con personas muy queridas, lleno de esa alegría de la cual no

tienen ninguna idea los que nunca han estado presos y vuelven libres a los brazos de las personas amadas.

En ocasiones desaparecía el panorama luminoso interceptado por el descenso a alguna hondonada, o el filo de algunas de las cuchillas adosadas como enormes contrafuertes a las grandes cimas; pero luego reaparecía más brillante y cercano, al coronar el repecho siguiente o flanquear la cuchilla.

Por fin Juan se detuvo en la última loma, desde la cual sabía, como conocedor que era de aquellos parajes, que se divisaba por última vez la perspectiva general de la ciudad; ahora sí muy próxima, indolentemente tendida en su lecho de jardines.

«Madre, aquí estoy».

¿A qué horas lo dijo? A qué horas empezó a recitar las sentidas estrofas de Pérez Bonalde, las estrofas que con tanta naturalidad como las lágrimas a los ojos, acuden a los labios de todos los proscritos que regresan a la patria? Y con la voz conmovida y los ojos humedecidos, como un ritornelo amoroso, repetía una y otra vez, después de cada estrofa:

«Madre, aquí estoy»...

Ofrendó a la cercana urbe

«esta flor amarilla del camino,

y este resto de llanto que me queda».

y permaneció después silencioso y triste.

Auxiliándose con las líneas paralelas de los focos eléctricos determinó lugares y edificios: la plaza Bolívar, la torre de la Catedral, las flechas de la Santa Capilla; una lucecita que se desprendió del sur, rayó un momento el fondo negro para extinguirse, reaparecer a poco más lejos, y perderse de nuevo para siempre, le indicó el último tranvía eléctrico que partía para El Valle. Calculó el sitio de La Pastora y del largo callejón

que pronto recorrería en toda su longitud, y determinó con el dedo, en la sombra, el sitio en que estaban las dos casitas a donde tenía tanta impaciencia de llegar.

Se puso nuevamente en marcha. El rumor de la ciudad, como el de un mar alborotado, empezó a llegar por intermitencias, que se apagaban y renacían, iban y venían en las bocanadas de la brisa nocturna. A veces los rumores llegaban dolientes, como sollozos de dolor; a veces amenazadores, como rugidos de cólera; a veces singultantes, como cantos de orgía. Sobre el rumor informe, compuesto de mil rumores, sobresalían en ocasiones, distintos y claros, los ecos de acentos humanos, entre los cuales Juan creyó distinguir la voz armoniosa de Teresa, y la voz cascada de doña Manuela, que le daban la bienvenida. ¡Cómo se alegrarían con su llegada aquellas almas tristes por su ausencia! ¡Cómo estarían de iluminadas aquellas dos casitas, esperándolo!

La rotonda del antiguo polvorín, donde antes habitó el valor, convertido por el mercantilismo de la época en redil de cabras, surgió de entre las sombras, a la derecha, como una inmensa cabeza encalvecida por los años. El polvorín quedó atrás y se hundió en las tinieblas. Las tapias del estanque de La Pastora pronto presentaron su masa negra, y por el frente desarrolló su pavimento abrupto la larga vía tortuosa que desde el estanque desciende a la plaza, vía desigual, casi perdida ya en aquella época, por la incuria del municipio y el reparto de las rentas entre la camarilla.

Flanqueó la plaza desierta ya a esas horas, desapareció en una red de veredas, algunas de las cuales serpenteaban por la orilla de profundos barrancos, en solicitud de la única entrada del callejón, que quedaba hacia el sur; por esta circunstancia en vez de acercarse a las dos casitas, caminó largo rato como alejándose de ellas.

Al cabo embocó el callejón, que estaba silencioso y oscuro; comenzó a subir la cuesta; bajo sus pies infatigables algunas piedras sueltas rodaron.

Miraba hacia adelante con insistencia.

—¿Me esperarán? —pensó.

Al llegar al término de su viaje, una ansiedad infinita se iba apoderando de su alma. Ninguna luz se veía en toda la longitud de la cuesta. Cuando pasó por delante de la casa cerrada de Teresa, el corazón le latía con violencia, y se detuvo al frente silencioso y conmovido, unos instantes; luego siguió a su propio hogar, donde su abuelita, ella sí, lo estaría esperando.

Pero su casa también estaba cerrada. Le metió el hombro al portón; no se movió. Tanteó los postigos de la ventana; estaban con armellas.

Un indefinible hastío de resentimiento llenó el alma impresionable de Juan. ¿Por qué todas esas puertas estaban cerradas, y no abiertas de par en par? ¿De manera que él no era recordado ni era esperado?

Inmediatamente él mismo se dio esta explicación, porque estaba necesitado de explicaciones consoladoras: no había podido poner un telegrama desde San Carlos anunciando su salida; y ya en La Guaira, no tuvo un amigo a quien suplicar avisara a doña Manuela que seguía viaje esa misma tarde por el cerro. Era muy avanzada la noche, a esas horas los que nunca se divierten, los pobres que tienen que trabajar en el día, duermen, si no han recibido aviso de esperar a alguno que regresa de la prisión.

Dio suavemente un aldabonazo y esperó un rato: nadie respondió. Después con creciente impaciencia dolorosa dio otros muchos que resonaron sin respuesta en el interior de la casa. Entonces Juan pensó; cómo no, si necesitaba excusar la crueldad de esas puertas cerradas que no querían abrirse! pensó que su abuelita estaba ya bastante sorda cuando lo pusieron preso y que esa sordera a la fecha quizá sería completa. Resolvió esperar a que amaneciera porque la anciana era muy madrugadora, y lo primero que hacía al levantarse era abrir el portón.

De todos modos aquello era una mala jugarreta de la suerte; desear tanto llegar, venirse a pie desde La Guaira, caminar toda la noche, arros-trar un chaparrón, para encontrar solo puertas cerradas y tener que es-tarse en la calle.

Para matar el tiempo, resolvió bajar nuevamente al callejón e irse a recorrer la ciudad.

Frente a la casa de Teresa se detuvo de nuevo. A través de sus pupilas dilatadas pasaba el efluvio de sus miradas intensas, como si quisiera tras-pasar los muros y las maderas, y calmar la infinita necesidad que sentía de ver a su amada. Dominado por sus deseos se acercó al portón, y se puso a mirar por el ojo de la cerradura. De pronto se irguió. El segundo portón estaba abierto, y en el corredor se movía una sombra, proyectada sobre el piso por la luz de las estrellas; escuchó un leve rumor, como la cola de un vestido que barre el suelo. Allí tal vez estaba Teresa. ¡Oh, sin duda, allí estaba ella esperándole! ¡El corazón de ella tenía que haberle avisado su llegada! Con los nudillos de los dedos dio unos golpecitos suaves, unos golpecitos de intelicia y de cita, los golpes discretos que las novias distinguen y conocen entre mil. Esperó inútilmente largo rato. Volvió a mirar por el agujero de la llave: la sombra estaba allí moviéndose; aplicó el oído: el rumor estaba allí, a instantes próximo, a instan-tes lejos, como las faldas de una mujer que paseándose, se acerca o se retira. Tornó a dar nuevos golpes algo más fuertemente. En la ventana un postigo se abrió con estrépito. Juan corrió a la ventana, y tendió sus miradas y sus brazos hacia el hueco desierto y negro del postigo abierto.

—Soy yo, Teresa, no me conoces. ¡Soy yo!

El postigo volvió a cerrarse con violencia.

Juan entonces trepó a los balaustres y lo empujó. El postigo estaba sin aldaba y se abrió. Miró adentro. La puerta de la sala sobre el corredor tam-bién estaba abierta; en el interior de las habitaciones las puertas y ventanas

se golpeaban con infinito abandono, por intervalos, a impulsos del viento, que invadía y recorría toda la casa. Se dio cuenta de todo. La sombra que había visto, a través de la cerradura, era la silueta de las palmas del patio, las que en otros tiempos daban sombra al tiesto de las violetas, pensamientos y miosotis, cuyos aromas no embalsamaban ya el ambiente. Los pasos que había oído era la hojarasca seca del pequeño jardín, llevada y traída por la brisa, a través de los corredores y de las habitaciones, desiertas.

La casa parecía deshabitada.

Desconcertado, anonadado, bajó el callejón como un autómata, en busca de alguien que le diera noticias. El callejón estaba dormido a esas horas y no encontró a nadie; lo dejó a sus espaldas y después de caminar un rato empezó a internarse en la ciudad. A medida que se aproximaba al centro, encontró transeúntes, vio ventanas abiertas y animadas tertulias; no conoció a nadie, y esas gentes vivían ya a mucha distancia de La Pastora; no las interrogó, porque nada podían informarle. Atravesó calles y más calles, sin rumbo fijo, sin saber a dónde iba, a paso rápido, creyendo que la rapidez en el andar, haría transcurrir también rápidamente las horas que faltaban para el amanecer. Caminó mucho; la animación de las calles, las reuniones familiares, las ventanas abiertas fueron escaseándose nuevamente, hasta que desaparecieron casi en totalidad. Ahora iba otra vez por calles solitarias, atravesadas de vez en cuando por coches conduciendo mujeres que cantaban y hombres que reían y gritaban. Al pasar uno de estos coches escandalosos, el policía se cuadró e hizo un saludo militar; después una voz dijo:

—¡Ahí va el Cabito!

Había llegado a la orilla del Guaire, al extremo de un puente, y se detuvo. Hasta él llegaba desde los botiquines de la otra orilla del río, el ruido tumultuoso de los diálogos a gritos, de las carcajadas a pleno pulmón, de los cantos enronquecidos por el licor, de los tiros de revólver,

de las orquestas cancanescas con que se divierten los nocturnos clientes de Puente de Hierro y Bosque de Bolonia. Pero Juan, sin percibirse de nada, se estuvo largo rato mirando sin ver y oyendo sin escuchar aquel espectáculo de placer. ¡En el fondo de su retina y en el fondo de su tímpano había quedado impresa la imagen de una casa desierta, y el ruido de una hojarasca que iba y venía empujada por la brisa!

Volvió arriba; regresaba lentamente, con cierto cansancio, con cierto malestar que le embargaba el alma y el cuerpo. Diríase que deseaba no llegar. Cuando empezó a subir la cuesta del callejón, amanecía ya. Desde abajo observó que la abuelita no había abierto aún el portón. El frío de la mañana despertó en el aniquilado organismo de Juan el frío de las calenturas; y temiendo que el gélido acceso, que allá en el calabozo, lo obligaba a echarse en el suelo porque no podía permanecer en pie, lo sorprendiera en la calle, golpeó el portón, desesperadamente.

Un hombre mañanero abrió con curiosidad una ventana vecina:

—Ahí no hay nadie —le dijo a Juan.

—¿Y la señora que vivía aquí?

—Yo no sé. Hace diez días vivo en el callejón y esa casa la he visto siempre cerrada.

—¿Y los dueños de aquella otra dónde están? —preguntó Juan señalando la casa de Teresa.

—No sé tampoco; esa casa también la he visto cerrada.

Juan no pudo más. Vencido por el acceso palúdico y por una inmensa tristeza, con los calenturientos ojos hundidos, la nariz afilada, y la contraída boca de los que mueren de frío en los páramos, se tendió en el quicio de la casa.

Los rayos del sol de la mañana, alegres y tibios, cayeron compasivos sobre él, que se sacudía aterido por el frío. El estado gálico pasó; faltaba

el período de fiebre y el período de sudor, pero estos no le impedían andar, y se puso en pie.

Las ancianas abandonadas y miserables que han desaparecido de su casa, pueden encontrarse en el cementerio o en el hospital.

El hospital estaba más cerca y Juan fue a él.

En el patio, sobre alto pedestal, erguía la estatua del sabio Vargas, sentado en su curul, con su libro en la mano, en actitud de dar sus lecciones, apacible y noble la faz. Inmortalizado y victorioso en el mármol estaba el vencido de Carujo, como alentadora advertencia de que el mérito, a la larga, triunfa sobre el atentado.

—¿Una anciana de nombre Manuela Bustos? —preguntó Juan a la hermana que acercó a atenderlo.

La hermana enfocó su toca acartonada no tanto sobre Juan, como sobre su vestido ajado y descompuesto, sin huella de plancha y lleno de lodo. El resultado interior de este examen, se exteriorizó en un pequeño paso que dio la hermana hacia atrás, recogéndose, con un movimiento repleto de pulcritud la falda, para que no se rozara con la ropa embarrada de aquel mozo, que tenía todas las trazas de ser un beodo.

Con mucha amabilidad después, con esa amabilidad llena de urbanidad y no de amor que ofrecen en ademanes y palabras las personas que ejercen concienzudamente el oficio de la caridad a tanto por quincena, la hermana contestó:

—Sí, hace días: llega usted a tiempo.

Y agregó tras breve pausa:

—¿Tal vez será usted el nieto a quien ella vive nombrando?

—Sí, yo soy, ¿dónde está ella?

—Suba usted esas gradas: el corredor de la izquierda, que es el departamento de las mujeres, en la última sala, también a la izquierda.

Juan subió corriendo las gradas, atravesó el corredor y se quedó perplejo a la entrada de la sala indicada. A todo lo largo de esta, a derecha e izquierda, extendíanse dos líneas paralelas de camas limpiísimas, adosadas por la cabecera a la pared en la cual, en cifras grandes, se veía un número que reemplazaba al nombre de cada enferma. El silencio y la quietud que reinaba en el salón, lo interrumpían a veces, aquí o allá, algún pequeño movimiento bajo los cobertores, acompañado de algún gemido débil, de esos que no tienen fuerzas para volar muy lejos, y caen allí mismo cerca de las camas, como mariposas de color que tienen las alas rotas.

—¿En cuál de esas camas estará mi abuelita? —se preguntaba Juan mientras avanzaba paso a paso, mirando a las enfermas de la izquierda.

Algunas cabezas desgredadas se movieron en las almohadas; algunos ojos tristes se abrieron al ruido de las pisadas desconocidas, y miraron, con ansiedad unos, los que aguardaban algún deudo querido; con indiferencia otros, los que no tenían a quién esperar.

Flotaba en el ambiente un fuerte olor a ácido fénico, y abriéndose camino a través de él percibíanse a veces las ráfagas mal olientes de las morbosas emanaciones de los cuerpos enfermos.

De pronto, Juan se precipitó en derechura a la última cama de la serie: había distinguido en ella a doña Manuela, acompañada de una hermana, que rezaba a su lado a media voz. Juan llegó a la orilla sin ser visto por la anciana, que repetía con los ojos entornados las oraciones que la hermana con cariñosa solicitud iba leyendo en su libro. La anciana, sin abrir los ojos ni suspender el rezo, levantó el brazo y extendió la mano en dirección a Juan. Juan tomó la mano temblona que se tendía hacia él buscándolo y la besó. La anciana con la fe sencilla y grave de los llaneros siguió atendiendo al rezo. Cuando este terminó abrió lentamente los párpados, se volvió hacia su nieto y sin manifestar sorpresa por su llegada, dijo con voz débil de moribunda:

—Sabía que no moriría sin verte.

—No morirás, yo estoy ya aquí para cuidarte —contestó conmovido Juan.

La anciana meneó negativamente la cabeza:

—Ya he recibido todos los auxilios; estoy lista, solo me faltaba despedirme de ti.

La hermana se puso en pie, levantó un poco las almohadas de la viejecita, hizo una pequeña inclinación de cabeza y se alejó discretamente.

Juan, arrodillado al lado del lecho, ahogaba sus sollozos, para no afligir a la moribunda. Con cariño infantil apartaba de la frente de ella algunos mechones de sus nevados cabellos, y contemplaba aquella faz noble, en la que el tiempo y los dolores habían estampado sus huellas profundas, pero en la cual la vida vil no había dejado la huella de ninguna vileza.

—¿Por qué te encuentro aquí? —preguntó con doloroso curiosidad

—Quedé sola y enferma, hubo un día que no volví a saber de mí en la calle, y al recobrar el sentido me hallé en esta cama.

—¿Te abandonaron todos? —preguntó Juan con amargura.

La anciana abrió los ojos comprendiendo el reproche de Juan:

—Teresa veló a mi lado y no me abandonó nunca; sus cuidados para mí fueron constantes. Fue ella quien pudo conseguir la orden de libertad para ti. Las dos la llevamos al telégrafo. Hace mucho tiempo de eso: ¿por qué tardaste tanto?

—Porque ningún barco quería traerme a crédito, y yo no tenía con qué pagar el pasaje.

Ante esa ingenua explicación, una sonrisa triste plegó los labios de la anciana, quien siguió diciendo:

—Un día se aseguró que proveniente de Maracaibo había llegado una goleta a La Guaira con unos cuantos presos del castillo, ya puestos en

libertad. Se dijo que ahí venías tú, y que esa tarde llegarías. Teresa muy agitada y llorosa se despidió de mí, diciéndome que ya no nos veríamos más y me dio una carta para ti.

—¿Y no te dijo para dónde se iba?, ¿no sabes dónde está? —preguntó Juan con ansiedad, mientras la señora sacaba del seno un pequeño paquete.

—No.

Juan rompió el sobre: el pliego tenía cuatro líneas:

«Compré tu libertad a costa de mi dicha; te redimí de tu prisión y de tus martirios, echando sobre mis hombros el martirio de tu olvido. Adiós.

Teresa».

La carta enigmática y breve no le dio a Juan ninguna luz.

Doña Manuela, como respondiendo a los encontrados pensamientos de su nieto, dijo:

—Teresa no dejó de quererte un solo instante. ¡Pobrecilla!

—¿Y por qué huyó de mí? ¿No sabes a dónde se ha ido? —preguntó Juan con desesperación.

Después, arrepentido de esos arrebatos de su pasión y su egoísmo, en aquellos instantes en que su abuelita se estaba muriendo, procuró olvidarse de su amada, y cubrió de besos la mano de la anciana, la única mano que encontraba que estrechara la suya.

Transcurrió un rato. Los ojos de la enferma se cerraban a su pesar; el esfuerzo con que oprimía las manos de Juan fue debilitándose; Juan acariciaba inútilmente entre las suyas aquella mano que se enfriaba y se moría.

Doña Manuela lo miró de nuevo con infinito cariño.

—Ahora reparo que estás muy flaco —dijo—; ¿has estado enfermo? ¿Has sufrido mucho en la prisión?

—En la prisión no tanto: ¡después es que he sufrido mucho más!

Después los ojos de la anciana tornaron a cerrarse para no abrirse más; su respiración se suspendió para siempre; su mano helada se contrajo débilmente con un último movimiento de despedida, y cayó inerte sobre las albas sábanas del lecho.

Y en el salón resonaron unos sollozos ahogados, en los cuales se desbordaba al fin la onda amarga de muchas penas acumuladas en el transcurso de muchos días. Fueron unos sollozos más que llenaron aquel recinto donde tantos gritos de dolor se han escuchado y seguirán escuchándose; unos sollozos que apenas llamaron la atención indiferente de los servidores de la sala, para los cuales el diario espectáculo del dolor y de la muerte ha convertido a la muerte y al dolor en una costumbre que carece ya del poder de conmover.

## XXI

Se dio a buscar a Teresa, por todas partes y a todas horas, con una constancia dolorosa.

De día y de noche recorría las calles principales, se internaba en los suburbios, se entraba por el caserío de Sarria, trepaba al Guarataro, observaba las barracas del estado Vallenilla, suspendidas en las orillas u ocultas en el fondo de los barrancos. Desde la planicie de la Academia Militar fiscalizaba los corrales y patios de Canarias y Monte de Piedad. A pie hizo excursiones a Antímano, Sabana Grande, Petare, Los Dos Caminos, La Guaira y Macuto y a todas las haciendas cercanas. Se aproximaba cauteloso, como un ladrón, a las casas, para mirar a través de las cortinas, y a las chozas, para mirar a través de las rendijas. Después de muchos días de esta busca, infructuosa creyó firmemente, sin saber por qué, sin ningún fundamento lógico, que su amada no había salido de Caracas, y limitó a la ciudad todas sus pesquisas. Aguardaba parado en las esquinas o en la mitad de las calles la salida de los teatros o de las iglesias; escudriñaba agarrado de los barrotes de las ventanas las reuniones familiares, y apostado entre la multitud observaba el desfile de las

damas que asistían a los grandes bailes, en los que hay policías que no permiten que nadie se acerque a las ventanas.

Los domingos, por la mañana se iba al beisbol de San Bernardino, por las tardes al Paraíso, por la noche a la plaza Bolívar, ocultando con una vergüenza orgullosa, en la penumbra de los bosquecillos, sus vestidos andrajosos.

Todo ello por muchos días lo hizo inútilmente, porque no encontró a su novia.

Este ojeo constante y la idea fija de Teresa desaparecida, acabaron por imprimir en su fisonomía un extraño gesto de perenne interrogación, y pusieron en el fondo de sus ojos una expresión doliente de pregunta, la expresión del que busca algo muy querido que se le ha perdido. Las personas a quienes él miraba, tenían casi impulsos de decirle: «No sé», respondiendo a lo que él les preguntaba con las miradas: «¿Sabe usted a dónde se ha ido?».

De vez en cuando, en altas horas de la noche, llegaba al callejón, desierto y sombrío, de La Pastora. Se detenía frente a la casa, impenetrable y muda, de su amada, hundía sus miradas escrutadoras en la sombra de los postigos abiertos, daba unos golpecitos en el aldabón, miraba por la cerradura. Tal vez ella, su novia, había regresado ya de su viaje tan largo. Y cuando veía que nadie le respondía, exclamaba con voz muy queda, como si hablara con una sombra:

—¡Teresa! ¡Teresa! ¿Dónde estás? ¿Has muerto? ¿Por qué no me respondes?

Luego se sentaba en la acera, a esperar, con la fe persistente de los que aman mucho, que su amada se asomaría al postigo; y allí permanecía, con la cabeza apoyada en las dos manos, los dedos hundidos entre los crecidos cabellos, salmodiando de vez en cuando sus preguntas, hasta que la aurora aparecía en oriente. Entonces descendía el callejón, y

emprendía por calles, plazas y suburbios, sus incansables correrías, en busca de su amada.

Se había envejecido: no tenía veinticinco años y representaba cuarenta; los cabellos con muchos hilos plateados, la faz interrogadora y triste, encorvada la estatura alta y esbelta, crecida y descuidada la barba juvenil.

Muchas veces atropelló a los transeúntes, o se vio derribado por el timón de los coches por correr tras alguna dama de rubios cabellos, como los de Teresa, que divisaba a distancia. ¡Oh!, ¡cuántas equivocaciones le hicieron sufrir estas cabelleras doradas! ¡Cuántas veces se pasó las horas, enteras en la mitad de alguna acera, esperando que volviera a asomarse en el balcón del frente una blonda cabeza que columbró desde lejos! ¡Cuántas veces los porteros de los teatros lo agarraron por el brazo, al tratar él de colarse en pos de otra cabellera, que daba a los reverberos eléctricos sus destellos de espigas maduras!

En las avenidas concurridas, donde nadie se fija en nadie ni en nada, pasaba desapercibido su extraño aspecto de mirón impertinente. En los barrios y caseríos de la orilla, donde aparecía por temporadas, al principio llamó la atención, pero después no hacían ya caso de él, cuando pasaba por las calles y se detenía frente a las ventanas o se entraba de puntillas a los zaguanes para atisbar al interior de las habitaciones, con insistencia fastidiosa e irritante.

Cuando más, las gentes bronquinosas de los suburbios se le venían encima con ademán hostil, más bien que preguntándole, preguntándose con gritona voz de mal humor: «Pero señor, ¿qué se le habrá perdido por aquí a este mozo?». Pero no pasaba la cosa de ahí: ni siquiera le cerraban las puertas en las narices, como se proponían en el primer arranque de ira; la melancolía indecible de aquel rostro desarmaba la ira que producía su inquisidor figoneo.



Porque a medida que transcurrían los días sin encontrar a la desaparecida, fue bosquejándose en el rostro de Juan la tristeza insondable, al lado de la interrogación inacabable. Sobre la desaparición de Teresa no le quedaba ni un indicio con qué construir una conjetura: la desaparición fue brusca y cruel, y no le dejó a sus esperanzas ni el más pequeño alimento que bastase a sostenerlas.

Por eso todas las esperanzas de Juan se morían, estaban muertas ya.

Las casitas del callejón enigmáticas y mudas como dos tumbas; su abuelita muerta; sus amigos huyendo de él y evitando su encuentro, con una cobardía prudente; rotos todos los lazos que lo, ligaban a la vida, azorado, despistado, desorientado, se creyó de más en el mundo, porque se creyó solo en el mundo; y el vacío que en su alma dejaron sus dichas muertas se fue llenando al fin con el pensamiento terco y tenaz de la suprema liberación.

Había caído en la obsesión de las almas apasionadas que llegan a amar sus penas como una seductora copa de ajeno. Si un hada piadosa se hubiera acercado a él ofreciéndole un bálsamo que borrara de su mente el recuerdo de su amada y le hiciera disfrutar las alegrías de la vida y de un nuevo amor, él habría desechado el ofrecimiento del hada misericordiosa. No podía curarse de sus tristezas, porque él adoraba sus tristezas. Fue un vicioso de la melancolía, y la melancolía pobló su alma con las trágicas visiones del suicidio.

Sentíase infinitamente cansado y deseaba el descanso; sentíase inmensamente adolorido, y deseaba el alivio, pero no el alivio ni el descanso que dan la resignación y el olvido, sino el alivio y el descanso que da la muerte.

Entre el nirvana eterno y el suplicio de la vida, veía extenderse el abismo indescifrable, no tan profundo que no pueda colmarse con unas gotas de veneno, ni tan abierto que no pueda atravesarse sobre el arco de una culata de revólver.

¡Y quiso hundirse en el abismo indescifrable!

Y en las horas de mayor decaimiento, en que sus penas se hinchaban y parecía que como el mar tuvieran su reflujo, se recreaba haciendo desfilar por su imaginación enferma todos los géneros de suicidios, para elegir uno.

Desechó, desde luego, el cordel; le pareció macabro el pataleo de los ahorcados y grotesca la figura de un hombre colgado de una cuerda.

¿Un balazo en el cráneo? Pero la detonación extemporánea, el alarma consiguiente del vecindario, su cuerpo en medio del arroyo entre un corrillo compasivo y soez, la investigación judicial en plena calle, el informe rutinario que entre bostezos de indiferencia, extendería el doctor Rada o el doctor Aveledo, médicos de ciudad: «Herida con arma explosiva, de pequeño calibre, necesariamente mortal, que entró etc.»; la posible desviación de la bala, ¿son tan caprichosas en su curso! que lo haría ingresar en la cómica legión de los suicidas frustrados o de los suicidas reincidentes; todo eso le desanimaba, porque lo encontraba ridículo.

Hacer harakiri japonés, abriéndose el vientre en canal, le parecía un bárbaro procedimiento de matarife.

¿Se tiraría entonces de cabeza desde el viaducto sobre el adoquinado de la calle? ¡Oh! El cráneo abierto como una fruta de coco, los sesos desparramados por la vía y lamidos por los perros famélicos de aquel vecindario miserable, le producían escalofríos de horror.

Podía también tenderse sobre los rieles, en el oscuro túnel del Calvario, momentos antes de que pasara el tren, y su cuerpo quedaría destrozado, aplastado, destripado: el esteticismo de Juan se rebelaba contra el repugnante espectáculo.

Pues bien: ¡esperaría la próxima revuelta, para hacer un suicidio criollo, subiéndose sobre alguna trinchera tremolando la bandera amarilla, o asaltando él solo, durante la noche, algún retén enemigo! Este

suicidio le agradaba por algunos momentos; pero pensaba luego con horror en la necrología que le haría el mejor literato o el doctor más ilustrado del ejército, y en la orden de día del jefe, mandándole tributar honores militares, agradecido de aquel ejemplo de fanatismo partidario, que demostraba el prestigio de su causa. Además no había indicios de revolución. Los caudillos en el extranjero pensaban, más en reñir entre sí que con el Cabito. La guerra de ese año se había malogrado lo mismo que las cosechas, por lo cual los generales estaban tan abatidos como los agricultores.

Pensó en el suicidio romano, en la extinción lenta de la vida, que se escapa por la vena abierta, en una bañera de mármol, llena de un agua perfumada y tibia que impide sentir el frío de la muerte y el olor acre de la sangre. Suicidio voluptuoso y aristocrático, digno del pueblo rey que no produce visajes que descompongan la majestad del rostro, ni sacudimientos convulsivos en el cuerpo, repletos de animalidad agonizante. Muerte agradable como el sueño después de la fiebre, como el descanso después de la fatiga, y que no tiene la noción acongojante de la suerte irremediamente echada, del instante crítico e irreparable que hace tan terrible la deglución del veneno, el desprendimiento de la altura, o la explosión de la cápsula, sino que, por el contrario, a cada momento la sentencia puede derogarse, la resolución de morir puede suspenderse, mientras quede una gota de sangre en las arterias. ¿A última hora se ha reflexionado que la vida es bella y que en las pupilas adoradas brilla el amor de las novias que nunca abandonan a sus amados? Pues se regresa a la vida, como se regresa de un viaje apenas empezado, emprendido sin voluntad; para ello basta vendar la picadura hecha por la lanceta. Lentamente, el suicida se hunde en las sombras eternas mirando siempre el sol, y se engolfa en la región de la muerte, acariciando la posibilidad de retornar a la vida. El aniquilamiento final extingue con la vida la conciencia de esa posibilidad. La tenue pluma de sangre no se escapa ya

de la vena rota. Una última gota que no tuvo alientos para saltar, queda como lágrima roja cerrando los párpados de la herida entreabierta, y un hombre al parecer dormido, pues sonrío todavía, deja ver la noble eurtimia de su faz serena y de su cuerpo intacto, flotando en un líquido perfumado y tibio, de irisadas espumas.

Esta muerte le encantaba; ¿pero dónde encontrar la bañera de mármol y el agua cargada de perfumes?

Cavilando, cavilando, a su memoria acudía también el recuerdo del suicidio viril de los malayos, que se van por los aduares y caminos, en un temerario duelo de uno solo contra los demás, agrediendo a todo el mundo, para ser muertos a manos de sus mismos compañeros, obligados a ello por la necesidad de la defensa; es el amok, el feroz amok de los javaneses. Se iría, pues, por calles y paseos dejando tras de sí un reguero de muertos, ¿para que lo cazaran a tiros como un perro hidrófobo?

Juan movía la cabeza con disgusto. Creía que el suicidio es el más hermoso de los gestos humanos, y debe estar rodeado de nobles detalles.

Recordó entonces que en el espacio que media entre Maiquetía y La Guaira, mar adentro, a muchos metros de la costa, existe una especie de remolino o tragadero, pequeño maelstrom que por momentos se abre con un silbante ruido de respiración cavernosa o chasqueo hambriento. Aquel hueco es bronquio y es a la vez gargüero; pide aire y pide presa; respira y traga. La boca del antro desaparece por intervalos bajo las olas; un remanso sospechoso con grandes manchas de espumas, ocupa el lugar en que antes abría su boca el remolino; reina el silencio donde hace poco se escuchaba la respiración o las degluciones del monstruo. Pero él está allí, agazapado bajo las aguas; sus espirales siguen dando vueltas, triturando contra las rocas submarinas el bolo alimenticio o el bolo aéreo que atrapó en los breves momentos en que abrió sus fauces. El monstruo está allí, agitándose y moviéndose, como lo prueban las manchas de espuma que

nuevamente, con un movimiento que viene de abajo y que al principio tiene titubeos, empiezan a dar vueltas, hasta que de pronto las olas girando en borbotones tumultuosos, se precipitan hacia abajo, como si de improviso se hubiera roto el lecho del mar, y las aguas todas se escapan por el fondo, como a través de un inmenso embudo. El cantil, en plena actividad, vuelve a silbar, vuelve a rugir. Por el estrecho hueco se precipitan las olas y pasa la ráfaga, arrastrando todo lo que a poca distancia flota en las aguas o vuela sobre ellas: es el mar atormentado por el hambre y por la asfixia, que pide alimento y pide aire. En los momentos de la incontrastable succión las cosas pequeñas, que están por ahí cerca, gaviota o albatros, bote o tronco de árbol, es tragado por el vórtice, después que en danza fúnebre les hacen dar tres o cuatro vueltas las olas mugidoras, que se hunden con su presa en el abismo.

Conocía Juan la región del mar de la cual huyen los nadadores y los pescadores. Guiado por los rugidos del sumidero marino, iría hasta él a nado, se sostendría a flote, hasta que las espirales tumultuosas lo atrapasen y se lo tragarán. Todo esto lo podía poner en práctica sin tener que resolver el problema de los recursos, sin tener que hacer ningún gasto, gratis; le bastaba ponerse en camino, llegar protegido por las sombras de la noche a la orilla del mar, tirarse al agua y bracear un poco.

Se decidió por el cantil.

Y una mañana, después que pasó la noche frente a la desierta casa de su amada musitando su pregunta: «Teresa, Teresa, ¿por qué no me respondes?», bajó por última vez el callejón, en busca del camino que le conduciría a Maiquetía.

Sin embargo, cualquier suceso puede hacer variar el curso de las resoluciones humanas.

En el fondo de un barranco, un tiro de arma de fuego de grueso calibre atronó el espacio. Tras la detonación se escucharon voces de alarma

y alaridos lastimeros. Por los caminitos de los flancos del barranco bajaron corriendo los vecinos, y tras los vecinos, algunos policías, a una barraca, llena todavía del humo de la pólvora.

Un joven con el vestido de dril amarillo de los soldados, estaba tendido en el suelo, a un lado el ridículo casco de corcho, y a otro lado el máuser. Tenía el pecho ensangrentado y daba las últimas boqueadas. Los policías, como siempre, llevados del prurito de ejercer actos de mando, ordenaron a los curiosos despejar el local. Los grupos treparon nuevamente los flancos del barranco y se detuvieron en la orilla para escuchar a un hombre del pueblo que con voz colérica y ademanes enérgicos explicaba el suceso:

—Hace días se desertó, para no morir de hambre; estaba ya cansado de andar escondiéndose en los montes y se mató. Yo en vez de suicidarme así tan zoquetamente, habría encomendado ese trabajo a la guardia de Villa Zoila, matando primero al tirano, que es la causa de todos nuestros males. Eso sí se agradece.

La tierra guarda ocultas venas de agua que solo esperan un golpe de barra para revelarse. El alma humana tiene también sus fuentes escondidas que solo esperan una palabra para saltar. A veces esa palabra no resuena nunca y aquellas energías quedan para siempre perdidas. A veces la palabra milagrosa, que no se necesita que sea bella, sino oportuna, llega hasta el fondo de una conciencia, y la fuente escondida se revela en hechos.

Entre el grupo de curiosos, Juan oyó las palabras del desconocido, palabras sin elocuencia, pero que eran la respuesta rotunda a esta pregunta que se hacía cuando recordaba el amok de los malayos: «¿Me iré por calles y paseos, agrediendo a todo el mundo, para que me cacen a tiros?». ¡No agrediría a todo el mundo, agrediría y mataría a un solo hombre, al déspota, para que lo mataran a él después!

Las palabras del hombre desconocido, de aquel orador burdo y sin arte, habían despertado en el alma de Juan muchas cosas que, al lado de sus penas, permanecían dormidas. Recordó los proyectos de justiciera venganza, que allá en la prisión, servían de glosa a las lecturas libertarias de La Boetie y de Alfieri; sus sentimientos altruistas, que constituían el fondo de su carácter, le hablaron de hermosos sacrificios y de nobles acciones; el cadáver del infeliz soldado, tendido en el suelo, le recordó que en el mundo no solo hay desgraciados abandonados de sus novias como él, sino también perseguidores y perseguidos, opresores y oprimidos, explotadores y explotados; volvió a sentir lastimada la parte de su alma, que cuando niño le dolió la primera vez que vio el triunfo brutal de la fuerza sobre la debilidad indefensa; pensó que agrediendo y matando al tirano, él encontraría la muerte que buscaba, y ofrendaría además su vida en el abandonado templo de la patria, un templo que no tiene ya sacerdotes ni creyentes, porque ellos se van a regarles palmas a todas las mediocridades que triunfan.

Ennoblecía a su deseo de morir por sustraerse a su dolor, el deseo de morir por la felicidad ajena. Su egoísmo estéril, por gradaciones insensibles, se iba cambiando en un redentorismo fecundo. ¿Su dolor particular se puso a tono con la gran tristeza nacional? Y recordó el suicidio glorioso de los vengadores sociales, de los libertadores de pueblos, ante cuya memoria la vindicta humana, enferma siempre del miedo de los déspotas, permanece muda, sin atreverse a ofrecer justicieros panegíricos. ¡Cuántas cosas acudieron de repente a la mente de Juan, que sintió asombro de haberlas olvidado! Pensó en los tiranicidas generosos y justicieros, que ofrendaron su vida al castigo de los grandes criminales impunes, de los poderosos engreídos, ante cuyo poder tiemblan todos los jueces de la tierra y se embotan todos los golpes de las leyes; recordó a Souleiman, el mameluco que asesinó al invasor de su patria, y que pagó con su vida su acción liberatriz; la Corday, que sabía que al matar

al tirano se sentenciaba ella misma a muerte; a Stabs, quien caminando al suplicio contesta a Napoleón: «Mataros no es un crimen sino un deber»; a Karl Sand, que la víspera de ser ejecutado por haber muerto al tirano de su patria, declara que había hecho lo que debía; y por encima de todos, vigorosamente destacado en los lindes de los siglos, a manera de símbolo eterno de libertad y de justicia, a manera de estrella polar de la humanidad oprimida, miró a Marco Décimo Bruto, blandiendo su puñal como un remedio y como una amenaza, en estos menguados tiempos de insolencia arriba y de sumisión abajo; blandiendo su puñal como una amenaza para los opresores, para los explotadores, para los perseguidores; como un remedio para los explotados, para los perseguidos, para los oprimidos!

Juan volvió sus pasos hacia la ciudad.

A medida que el sol declinaba, la avenida del Paraíso se iba llenando de una multitud siempre creciente de carruajes de todas clases, atestados de mujeres hermosas que dejaban el ambiente fresco saturado de perfumes; parejas de caballeros y amazonas, al paso, abstraídos en íntimas conversaciones; ciclistas en vertiginosa carrera, que tocando la trompilla o campanilla de aviso, pronto desaparecían en las curvas de la vía, y automóviles chatos, de relucientes colores, que se arrastraban como enormes pulgones, dejando su rastro hediondo por donde quiera que pasaban.

A lo largo de las aceras de macadán, dos cordones interminables de viandantes a pie, que luego se dispersaban y perdían por las veredas, saludaban de paso a las familias reunidas en los jardines, terrazas y azoteas de las quintas pintorescas, llenando los sotos y vegas del Guaire con los rumores de animados diálogos y regocijadas risas.

En los diferentes terrenos donde se jugaba al beisbol, rodeados de espectadores inmóviles, de vez en cuando un golpe seco de bate, una bola que hendía los aires, un jugador que se disparaba de un punto del

estadio para enclavarse en otro; una onda de ansiedad que hacía inclinar los bustos y alargar los cuellos, volviendo nuevamente a petrificarse todas aquellas figuras, atentas a los lances de la partida.

Ese día los paramitos o garúas, nombres con que se designan en Venezuela los breves aguaceros precursores de la estación lluviosa, que son como los cuerpos volantes de los grandes chaparrones que se quedan todavía inundando la región de los llanos, muchos días a retaguardia, habían estado jugando al escondite con los ojitos de sol; y estas alternativas de calor y de lluvia, de picantes rayos solares y refrescantes toldas pasajeras, habían hecho palpar locamente la vida en el tronco de los árboles, en las pajas de los nidos, en la hojarasca del suelo, llena de zumbidos, en las corolas de las flores, llenas de polen.

Esos días de lluvias pasajeras y finas como chanceros asperges de las nubes juguetonas que corren alegremente por el cielo límpido y azul, de lluvias fecundantes y bienhechoras que ablandan el suelo para que las chicharras rompan su cárcel y canten, y los granos recién puestos en el surco rompan su cáscara y germinen, y las plantas revienten en renuevos, y las almas rompan en risas; esos días que no son de verano ni tampoco son de invierno, en que la luz del sol no ciega ya, pero tampoco está velada por espesas nubes, y tiene un tono plateado y claro, como si en el aire flotara un invisible polvillo de nácar, esos días constituyen la primavera tropical, el resurgimiento de la naturaleza y de la vida, muertas no de nieblas y de frío, como en otras zonas, sino de calor sofocante y luz deslumbradora.

A esos días de fiesta panida, de borracheras de savias, de orgías de gérmenes, de interminables nupcias de las almas y de los cuerpos, en que salen a luz nuevas existencias y quedan en gestación otras existencias, siguen tardes de plácida enervación, en que la naturaleza deja transparentar la lasitud apacible que todas las hembras experimentan después de las fecundaciones y de los alumbramientos.

De las pasadas garúas no quedaban sino una ligera humedad en el ambiente, en el pavimento de la avenida huellas de charcas absorbidas por la tierra sitibunda, el polvo convertido en lodo resquebrajado que crujía bajo el casco de los caballos o las ruedas de los vehículos, y en las doradas espigas de los cañaverales, algunas gotas de rocío, que brillaban como diamantes prendidos de rubias caballerías.

La tarde estaba tranquila y triste.

Grandes masas de nieblas tenues, que refrescaban y no mojaban, sucedieron por algunos momentos unas tras otras, como cortinas de gasas transparentes y movibles incendiadas por el sol del ocaso, que sacudían sus flecos a la altura de los techos y torres de Caracas, flotaban después sobre las vegas del Guaire, para desaparecer en seguida hacia el abra de occidente, por donde serpentea el camino de Antímamo y Los Teques. Apenas acababa de alejarse una, dejando ver el azul índigo del cielo, cuando ya se veía que por las laderas de la montaña descendía rápidamente otra, como si tratara de pasarla, para llevar primero a los topos y campiñas distantes, los mensajes fríos y besos seniles del Ávila milenario.

Algunas de estas nieblas, más pesadas que las anteriores, no flotaban como ellas a cierta altura, sino que rodaban a ras del suelo, inundaban las calles, se enredaban, rotas, en el follaje de los árboles, en los postes y alambres del teléfono y los aleros de las casas, ocultaban los objetos y ponían una venda a los ojos, que ya no veían sino las cosas muy cercanas; pero estas nieblas también pasaban pronto y de nuevo surgían el panorama de la ciudad, las vegas del Guaire, el cielo transparente, las montañas azules, el sol en el ocaso.

En los cristales de la atmósfera, lavados por la lluvia, verdegueaban los manojos de esmeraldas pálidas de los pimpollos nuevos, de una delicadeza de papel seda, entre las esmeraldas muy oscuras de las frondas

antiguas, rígidas y arrugadas como cartones viejos. Los renuevos de las ceibas exhibían toda la escala del color carmelita. Enjambres de mariposas multicolores, que rompieron esa misma mañana sus capullos, subían a los aires, se perseguían febrilmente para ofrendar al amor su efímera vida de una sola tarde, y descendían a veces en masa, cual si huyeran de un peligro desconocido, centelleando al sol poniente sus colores, como papelillos de carnaval desgranados a manos llenas desde la altura por jugadores invisibles.

Al rumor que en las vegas hacían los malojales y los sauzales, movidos por el aura fresca y viva, contestaban melancólicamente desde las lomas, como en letanía mística, los penachos de las palmeras y el tupido follaje de los bambúes, que inclinaban las puntas flexibles, como haciendo rituales reverencias sacerdotales, el religioso recogimiento de la hora.

La tarde, avanzando, se convirtió en crepúsculo. Las nieblas flotaban ya sobre el horizonte; enclavadas se habían quedado en las esmeraldinas cañadas de la montaña, semejantes a un campamento de grandes garzas blancas que se aprestaran a dormir, o edredones de lana escardada y névea que echara sobre sus hombros el viejo monte friolento.

El sol ya medio oculto, como un moribundo envenenado por las cantáridas, seguía enviando desde su lecho de muerte, sobre la tierra palpitante, rayos acariciadores y lascivos; y el horizonte límpido, de un azul profundo, prometía una de esas noches serenas y tibias, que se presentan en el trópico, con el aire cargado de aromas y el cielo lleno de estrellas.

A la avenida seguían ingresando, cada vez más numerosos, los paseantes. El rodar de los vehículos, las conversaciones, las risas, los organillos callejeros, los pianos de las villas, la retreta de la plaza, poblaron la avenida desde un extremo al otro, de un rumor sordo, informe, profundo, como el de una marejada, sobre el cual sobresalía a veces, neto y distin-

to, el de los coches que atravesaban el tablado de los puentes tendidos sobre el río. El Caracas que se divierte y que había estado de fiesta y de bronca por las calles, se precipitaba a la avenida, a respirar por unos momentos el aire embalsamado y libre de la campiña. Las mesitas de piedra artificial colocadas en las terrazas de los botiquines, viéronse rodeadas de caballeros que se desesperaban pidiendo inútilmente el whisky y el brandy a los criados que, atendiendo preferentemente al llamado que les hacían las damas con los abanicos o los pañuelos, circulaban entre los coches, portando bandejas repletas de copas y botellas. Todos, hombres y mujeres, pedían el aperitivo con un ansia viciosa, que justificaba la observación del doctor Razetti, de que en Venezuela, proporcionalmente, se consume tanto alcohol como en Dinamarca, que es el país más alcoholizado del mundo.

Juan atravesó el puente llamado Restauración; observó que llegaban grupos de policías a reforzar a los que ya estaban en sus puestos, y se escalonaban a lo largo de la avenida. Esa medida de seguridad le indicó que el Cabito iba a pasar por allí esa tarde. ¿Por dónde vendría, del lado de San Juan o del lado de Puente de Hierro? Después de dudar un momento, sin ningún motivo de elección, como el jugador que confiando en el acaso se apunta a una carta, torció a la izquierda.

Caminó largo trecho, y llegó sin tropiezo a la pequeña plazoleta, sombreada de bambúes, que se extiende frente al botiquín Bosque de Bolonia, casi oculto entre sus jardines, como en una emboscada de placer o de vicio.

Este botiquín lo constituían dos departamentos: uno era templo de Baco y el otro templo de Venus. El templo de Baco tenía abiertas sus puertas para todos los fieles; el templo de Venus reservaba sus altares a un solo pontífice: el Cabito, quien hacía allí sus ofrendas a la diosa del amor, asistido por los conocidos acólitos de la camarilla.

Cuatro edecanes, galoneados e imberbes, mandados por su jefe, un pundonoroso general de aspecto marcial y mostachos canos, resto glorioso de los próceres de la Federación, se habían desmontado de sus cabalgaduras, que se veían atadas a los troncos de los árboles. Dentro de los jardines interiores se alcanzaban a ver un coche y tres caballos más, tenidos del diestro por los servidores del botiquín.

Los edecanes y su jefe, en actitud de oír algo, se paseaban conversando en voz baja y sosteniendo los espadines con la mano, para que no hicieran ruido al golpearse con las polainas.

De pronto se detuvieron y se callaron para escuchar mejor: unos gritos agudos y ahogados salían del departamento del botiquín, destinado a las aventuras galantes del Invicto.

Los imberbes edecanes, futuros generales de la república, se cambiaron furtivamente sonrisas burlonas.

El denodado jefe de ellos, aquel glorioso veterano de la Federación, se dispuso a testificar sobre la cruz de su acero que el general Castro continuaba siendo vencedor.

Juan se detuvo para escudriñar el interior del jardín, donde se alcanzaba a ver los caballos y el coche, no ya con su mirada preguntona de los días pasados, sino con una mirada que tenía cierta expresión de firme resolución. Un policía se le acercó y le ordenó que siguiera su marcha.

—Sí, está bien, ¡ya voy a seguir! —contestó Juan acabando de hacer su inspección.

Continuó su marcha, sin hacer caso del desagrado del policía porque no le obedeció en el acto, y llegó al antiguo Puente de Hierro.

¿El tirano seguiría hacia ese lado? Resuelto a esperar se sentó en el estribo del puente. Desde allí vio momentos después que el coche que estaba dentro de los jardines del botiquín salió a la plazoleta, y se vino en la dirección del puente, a trote largo. Juan, ligeramente pálido, se

puso en pie, hundiendo en el bolsillo su mano derecha. «Los edecanes no vienen atrás del coche: ahí no viene el Cabito», pensó. El coche avanzaba y Juan vio que dentro llevaba dos mujeres: una muchacha, jovencita todavía, la cual lloraba y se ocultaba el rostro con el ademán lleno de vergüenza, que debió usar Eva después de la tragedia del Edén; la otra era Clementina Blanco.

Juan, al ver a Clementina, se abalanzó hacia el coche. ¡Al fin encontraba una persona conocida que podía darle noticias de su amada! El cochero quiso detenerse; pero Clementina, que había conocido al novio de Teresa, ordenó con voz imperiosa:

—¡Sigue, sigue!

El cochero arrancó violentamente cuando ya Juan estaba cerca de él.

Juan desanduvo su camino y volvió a pasar por el botiquín Bosque de Bolonia. El Cabito no había salido aún de las habitaciones, porque los edecanes continuaban en su puesto.

—¡Siga la marcha! —le gritó de nuevo el policía.

El Invicto tal vez había ingresado a la avenida por Puente de Hierro, y por consiguiente, seguiría su ruta a pasar por la plaza de la República. Juan de pronto creyó esto, y a paso rápido, atropellando transeúntes, dejó a sus espaldas la serie de quintas que se extienden hasta el edificio de la planta eléctrica; dejó este atrás lo mismo que Villa Zoila, y llegó jadeante a un punto en que la vía describe un brusco recodo, cuyo vértice, del lado de las lomas o portachuelos, está sombreado por un tupido bosquecillo de bambúes, ceibas y chaguaramas; al frente del recodo se extiende la vega cultivada de malajo y hortalizas, a una profundidad como de dos metros bajo la acera de macadán, levantada en ese lugar al nivel de la avenida, por una cortina de mampostería.

Apenas había llegado a este sitio, cuando distinguió a una distancia como de cien metros una numerosa cabalgata. El Cabito, rodeado de



sus cortesanos y de los edecanes, se adelantaba por entre los carruajes, jinetes y ciclistas que se detenían para dejar el paso libre a la comitiva presidencial. El prócer de la Federación, marcialmente, marchaba a vanguardia; seguían los edecanes y atrás de estos, un poco separados, venían el Invicto y sus áulicos.

Sin ser visto por los policías, que en ese momento estaban distraídos viendo el séquito que se acercaba, Juan abandonó de un salto la acera de cemento, y se internó en la arboleda. Cuando miró hacia atrás, el prócer, los edecanes, el Cabito y los cortesanos habían desaparecido como la visión de un sueño. Apenas en las tablas del puente inmediato resonaba el paso de la cabalgata, que había tomado la dirección de la ciudad.

En el rostro de Juan apareció un gesto de despecho:

—¿Tampoco esta tarde? —murmuró.

Titubeó entre permanecer en su escondite o abandonarlo. Se resolvió a esperar; esperó largo rato. Al fin oyó que la banda que tocaba la retreta en la plaza de la República ejecutó unos compases del Himno Nacional. El Cabito, sin duda, pasaba por aquella plaza en ese momento. ¿Seguiría por la avenida, a pasar por donde Juan se encontraba, o volvería antes a escaparse a la ciudad por alguno de los puentes de la izquierda, sin llegar a aquel sitio?

La cabalgata apareció en medio de una nube de polvo; el glorioso prócer de la Federación, marchaba siempre a la cabeza, como si en aquella recorrida decorativa de los tiempos modernos, dijese lo que Rondón en las temerarias embestidas de los tiempos pasados. «Por delante de mí la cabeza de mi caballo». Seguían los edecanes, después el Invicto sujetando las riendas con las dos manos como si el caballo estuviera a punto de desbocarse, haciendo piruetas de chalán, y luego los cortesanos, que se mostraban muy asombrados de las audacias hípicas de su amo.

La cabalgata venía a paso muy rápido, y apenas le dio tiempo a Juan de ponerse en pie y ocultarse tras el tronco de un árbol.

¡Sí, se ocultaba cuidadosamente!

Para dar caza a un tirano, lo mismo que para dar caza a un tigre sanguinario, es lícito tomar todas las precauciones que aseguren el golpe: ¡es permitida la premeditación y es permitida la alevosía, la misma alevosía y la misma premeditación con que él, desde el fondo de sus habitaciones, defendido por sus servidores y apoyado en sus bayonetas, asesina a mansalva la libertad de un pueblo!

Sí, se ocultaba cuidadosamente, pero no por cobardía, sino por no ser muerto antes de realizar su plan. Quería poner en seguridad no su persona, sino su proyecto. Quería atrincherar no su cuerpo, sino su idea. Su vida le era odiosa, su idea le era amada, y por amor a esta tomaba precauciones que le aseguraran la vida por breves momentos nada más, por los momentos indispensables para disparar unos tiros y perpetrar una muerte. Y por eso, cuando tras el tercer disparo, vio que perdidos los estribos y sueltas las riendas cayó el déspota del encabritado caballo y desapareció por la calzada profunda, creyéndolo muerto, y por ende, realizado el único fin que lo ligaba a la vida, abandonó el tronco del chaguaramo y la maleza, tras los cuales se había ocultado; y con la cabeza erguida, el pecho descubierto, los brazos caídos a lo largo del cuerpo, la frente alta y orgullosa, en la mano el revólver humeante todavía con el último disparo, el dedo enérgicamente apoyado en el gatillo, con cierto aire de ratificación altiva de su atentado, se presentó a los esbirros y favoritos atónitos.

—¡Asesino! ¡Bandido! —empezaron a gritar.

Juan seguía adelantándose hacia el grupo asombrado.

En ese momento sus labios no se movían para murmurar su eterna pregunta: «Teresa, Teresa, ¿dónde estás?» ni sus ojos tenían la mirada

interrogadora de los que buscan algo muy amado que se les ha perdido. Sus labios estaban ahora orgullosamente contraídos con un gesto de noble dignidad, y sus ojos parecían contemplar una visión futura de libertad y de justicia, la misma que debieron contemplar Bolívar en el Monte Sacro, Girardot en Bárbula, Ricaurte en San Mateo.

¡No, no era un asesino! A los mercenarios, azuzados por los áulicos, les quedó el valor de matarlo, pero no les quedó el valor de insultarlo. El noble continente de Juan hizo cesar los gritos. Sobrevino un silencio trágico que permitió oír el ruido metálico de las espadas al salir de las vainas, y el de los muelles de las carabinas al montarse.

Y los mercenarios, cuyo primer impulso fue el de abandonar al Cabito a su suerte y salvarse ellos en fuga creyendo que habían caído en una celada de conjurados o de anarquistas, al ver que la agresión venía de un solo hombre, de un mozo escuálido que se les entregaba sin ademán hostil, más con apariencias de víctima que de agresor, revelando antes el deseo de ser muerto que el de matar, tiranicida silencioso que no profería siquiera el brindis desacreditado de nuestras orgías patrióticas: «¡Viva la libertad! ¡Viva la patria!», vaciaron sobre él, con alarde heroico que tiene en cuenta la paga, con la precipitación de los que quieren ser los primeros para cobrar el premio, las cápsulas de sus revólveres y de sus carabinas, produciéndole por todo el cuerpo heridas que purpuraron por varios puntos, con rojas flores de sangre, sus humildes vestidos de dril blanco. Y observando que el mozo escuálido permanecía en pie, en la actitud de los que desafían la muerte, y no caía de rodillas, en la actitud de los que imploran la vida, un policía más denodado que los otros, con el rencor que a los viles produce la superioridad de los demás, con la envidia que a los esclavos les causa la dignidad ajena, se acercó a dos metros de la víctima, puso rodilla en tierra para tomar bien la puntería, prolongó la amenaza subiendo y bajando por tres o cuatro veces el cañón de la carabina; y exasperado porque los ojos de Juan no

se dignaban odiarlo, ni siquiera temerlo, ni siquiera mirarlo, le destrozó al fin el pecho de un balazo.

Juan se desplomó sobre las hojas secas, y quedó recostado al tronco de una ceiba que tendía la raíz a modo de almohada, para levantarle el busto y la faz. No tenía esta ya la habitual expresión de interrogación de otros días, ni la expresión visionaria de hacía poco. En las pupilas empañadas por las sombras de la muerte, como el destello lejano de dos luceros apagados por las nubes, brillaba ahora el gozo de los que al fin tornan a encontrar al ser largo tiempo buscado. En los labios exangües vagaba la sonrisa con que los enamorados pagan los besos que sus amadas les envían desde lejos. Sus manos iniciaban un movimiento hacia adelante, como para acortar la distancia que las separaba de otras manos invisibles, tendidas hacia él.

Los áulicos de César no cubrieron el cadáver de su amo con la toga imperial; los aduladores de García Moreno no recogieron el último aliento en que se le escapó la vida; los domésticos de Lili no presenciaron los visajes de su agonía. Los cortesanos de Reme, de Quito y de Santo Domingo fueron, como todos los cortesanos, cobardes, desagradados y villanos. Se alejaron del amo caído, como las aves del árbol derribado que ya no les presta abrigo; abandonaron al amo gélido por la muerte, como los parásitos al animal muerto que ya no les da calor.

No había ninguna razón para suponer que los áulicos de Caracas tuvieran el átomo de lealtad y de hidalguía que ha faltado a los áulicos de todos los tiempos y de todos los países. Ellos no habían huido como huyeron de Guzmán proscrito, de Crespo vuelto picadillo, de Andrade traicionado. Ellos no se habían desbandado. Ellos estaban allí. ¿Se habían ennoblecido repentinamente aquellos hombres? No. La permanencia de ellos en el lugar del suceso, indicaba solamente que el amo no había muerto; su lealtad era la lealtad interesada que sigue aspirando a la cuota correspondiente, en los prorrates remunerativos del amo vivo.

Y el amo surgió del fondo del sembrado de hortalizas y malojo, trepando a gatas por la cortina de mampostería, los pies, las manos y las rodillas embarradas con el limo verdoso de la vega, el rostro intensamente pálido de terror y de ira, en los ojos las fulguraciones siniestras que ponían a temblar de miedo a los servidores.

Los cortesanos corrieron a tenderle la mano para ayudarlo a subir; él los rechazó; con mucha dificultad se puso en pie sobre la cortina de mampostería, soberbio y diminuto, como un pequeño luzbel; realizaba uno de los tiranuelos imperceptibles pronosticados por el Libertador.

Y dijo con su voz breve y chillona.

—El primer balazo se embotó en el pañuelo del bolsillo; el segundo me bandeó el sombrero; el otro debió herir a mi caballo, porque sin poder dominarlo, se encabritó, derribándome al fin. ¿Dónde está mi caballo? —gritó—. ¿No se les ha ocurrido detenerlo? ¿Van a dejarlo escapar?

Todos los cortesanos, con acuciosidad de mozos de cuadra, se dispararon a traer el animal.

Realmente, la blusa del Cabito estaba quemada y desflecada en la región del pecho; el sombrero de jipijapa agujereado en el ala, y el caballo traído del diestro por el doctor Revenga tenía hacia la raíz de la oreja una herida de la cual manaba sangre y obligaba al bruto a sacudir la cabeza desesperadamente.

Los palaciegos compungidos rodeaban al Cabito en actitud de escudarlo con sus leales pechos de todas las agresiones imaginables. Ya no pensaban en la fuga: ya tenían intenciones de sacrificarse por el jefe, porque el peligro había cesado.

La noticia del atentado circuló con la celeridad del rayo.

Nuevos pelotones de policías llegaron, y echaron a la espalda a todo el mundo. Solo le permitieron acercarse a Gumersindo Rivas, que con

la bamba temblorosa llegó desalado y llenó la campiña con sus alaridos de plañidera bien pagada.

El Cabito, los cortesanos y los policías, vinieron a constituir el centro de una circunferencia de espectadores, formada de todos los habitantes y paseadores de la avenida, que de lejos, subidos en las azoteas, en las lomas, en las terrazas y hasta en el tronco de los árboles, observaban silenciosos.

—Hay que averiguar si se trata de un atentado aislado, o de conspiración organizada— declamó con gesto heroico el jefe los edecanes, vuelto en sí del susto, y haciendo caracolear el caballo.

Aquella voz de espía se extendió como una amenaza de posibles delaciones, sobre el silencio de la multitud y de la naturaleza: la naturaleza permaneció impasible; la multitud, medrosa, comenzó a dispersarse.

El Cabito descubrió el cadáver de Juan, después de buscarlo con los ojos. Se acercó al muerto: lo contempló largo, rato y después le asestó un puntapié. El cadáver tieso y rígido reboto contra el suelo, y quedó boca arriba con su gesto de éxtasis, con su gesto de dicha infinita, que lo hacía insensible y superior al villano vejamen, con las manos extendidas hacia algunas manos invisibles, ¡en los apagados ojos la mirada dichosa de los amantes que tornan a encontrar a sus amadas!

---

En una celda del convento de Adoratrices de la Merced, Teresa, de rodillas en su reclinitorio, oraba fervorosamente, como oran las almas adoloridas y sencillas, que tienen la oración como único consuelo, y la muerte como única esperanza.

Por el espacio de muchos días y muchas noches había llorado y había sollozado mucho, hasta que quedaron afónicas las cuerdas del sollozo y se agotó la fuente de las lágrimas. Entonces, apareció serena, casi impasible, sumida en un mutismo absoluto. Solo sus ojos, rodeados de os-

curas ojeras, conservaban un brillo extraño, como si en ellos se hubiera reconcentrado toda la fiebre del dolor y de la vida.

Había adquirido una demacración cadavérica. El rostro pálido y las manos exangües, porfiadamente cruzadas sobre los senos, como si ellas persistieran en defenderlo de alguna profanación infame, tenían la lividez de las estatuas sepulcrales, el albor de los campos de lirios iluminados por la luna. La blancura de la novicia era una blancura espectral, que reclamaba ya el sudario y el cajón para aquel cuerpo del cual el alma, como un perfume, se escapaba dulcemente.

Teresa se moría; su vida, como la lámpara falta de combustible, lanzaba sus últimos destellos, y podía ser apagada por el hálito de un moribundo, o el aleteo de una mariposa.

Y una tarde apacible y triste, en que las garúas habían lavado y hecho más transparentes los cristales de la atmósfera, y en que, desde la ventana de la celda, veíanse las laderas del Ávila cubiertas de nieblas albas como cardados edredones o bandadas de garzas que se aperciben a dormir, llegó un momento en que la vida se reconcentró con intensidad inusitada en las pupilas dilatadas de la reclusa. Comprendíase que en aquel instante su alma, para oír, se agolpaba toda en los ojos, en el órgano sensorio de más alcance, y sus ojos tomaron la expresión extraña de los que quieren ver los sonidos, de los que quieren escuchar con las miradas, ruidos y voces muy lejanos.

La reclusa escuchaba algo muy distante. La impasibilidad de su rostro había desaparecido para tomar la expresión de los alucinados, de los iluminados, de los extáticos. En efecto, escuchaba una voz de agonía, muy débil, pero muy conocida, que la nombraba y le decía: «Teresa, Teresa, ¿dónde estás?». Cerca de su faz percibió un soplo muy tenue, como el aleteo de una mariposa o el hálito de un moribundo. Después sintió que en su frente se posaban unos labios, también conocidos de

ella, cuyo rozamiento esbozó en la boca de la reclusa, el movimiento ya casi olvidado de las sonrisas dichosas, y con esta sonrisa venturosa en los labios, como si el soplo tenue hubiese apagado la llama vacilante de su vida, se desplomó inerte sobre el suelo.

## XXIII

Al día siguiente tuvo lugar la fiesta del Desagravio, celebradora de la salvación del Caudillo. En la Catedral, el arzobispo cantaba el Te-Deum. En Villa Zoila, entre las cadencias de la música, las detonaciones de la champaña y el tintineo de las copas, los cortesanos, con su hiperbolismo cursi, aseguraban que la salvación providencial del Héroe indicaba que Dios mismo era castrista.

Con aquellos ecos de placer se confundió por un momento el tañido lejano de las campanas de la Merced, que doblaban tristemente, acompañando un carro fúnebre que descendía por la calle Sur 1. El carro fúnebre se encontró más allá del puente Sucre, con unas andas llevadas por cuatro soldados, y siguieron las unas tras el otro, camino del cementerio. Poco después el enterrador, en dos hoyos inmediatos, depositaba los despojos de una novicia llamada Teresa, y el cadáver de un desconocido, hallado en la avenida del Paraíso.

FIN



**COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO**

**COMISIÓN PRESIDENCIAL BICENTENARIA DE LA BATALLA Y LA VICTORIA DE CARABOBO**

**PREPrensa e impresión**

Fundación Imprenta de la Cultura

**ISBN**

978-980-440-202-9

**DEPÓSITO LEGAL**

DC2023000294

**CARACAS, VENEZUELA, ABRIL DE 2023**

La presente edición de  
**EL CABITO**  
fue realizada durante el mes  
de abril de 2023,  
ciclo bicentenario  
de la Batalla de Carabobo  
y de la Independencia  
de Venezuela

**EN CARABOBO NACIMOS** “Ayer se ha confirmado con una espléndida victoria el nacimiento político de la República de Colombia”. Con estas palabras Bolívar abre el parte de la Batalla de Carabobo y les anuncia a los países de la época que se ha consumado un hecho que replanteará para siempre lo que acertadamente él denominó “el equilibrio del universo”. Lo que acaba de nacer en esta tierra es mucho más que un nuevo Estado soberano; es una gran nación orientada por el ideal de la “mayor suma de felicidad posible”, de la “igualdad establecida y practicada” y de “moral y luces” para todas y todos; la República sin esclavizadas y esclavizados, sin castas ni reyes. Y es también el triunfo de la unidad nacional: a Carabobo fuimos todas y todos hechos pueblo y cohesionados en una sola fuerza insurgente. Fue, en definitiva, la consumación del proyecto del Libertador, que se consolida como líder supremo y deja atrás la república mantuana para abrirle paso a la construcción de una realidad distinta. Por eso, cuando a 200 años de Carabobo celebramos a Bolívar y nos celebramos como sus hijas e hijos, estamos afirmando una venezolanidad que nos reúne en el espíritu de unidad nacional, identidad cultural y la unión de Nuestra América.

**El Cabito** Publicada en 1909, esta novela podría considerarse una de las evocaciones más crudas del contexto político venezolano de principios del siglo XX. Con Cipriano Castro —apodado “El Cabito”— como protagonista, el autor denuncia un entorno presidencial corrupto plagado de individuos oportunistas. Se puede apreciar el contraste entre el glamour de la *Belle Époque*, en su réplica de las modas parisinas traídas a Caracas, y el pesimismo y el desengaño de quienes perciben en Castro y su entorno “esa elegancia de segunda mano” propia de los advenedizos, una ciudad donde la opulencia coexistía con la proliferación de las casas de empeño.

El Castro retratado en esta novela es un tirano lujurioso y violento, cuyos secuaces están dispuestos a innumerables crímenes con tal de complacer sus deseos. A lo largo de sus veintitrés capítulos, el desarrollo argumental se combina con reflexiones de quien observa que hay un entramado social alrededor del Presidente que determina su mantenimiento en el poder.

*El Cabito* fue introducida clandestinamente al país tras el derrocamiento de Castro, fue tal su revuelo, que llegó a estar entre las obras más leídas y comentadas hasta fines de los años veinte. El mismo Morantes consideró esta narración más próxima al panfleto político que a la ficción.

COLECCIÓN BICENTENARIO CARABOBO

